
KELLIE SHERIDAN
GENERACIÓN
Z

GENERACIÓN Z

Kellie Sheridan

Traducción de Ester Mendía

Generación Z

¿Sobrevivirías en un mundo donde los zombis son tan inteligentes como tú?

Después de sobrevivir a la horrible plaga que convirtió en zombi a la mayor parte de la humanidad, Savannah creyó que lo peor había pasado. Pero la vacuna diseñada por un grupo de científicos para curar a los infectados funciona mal y crea una nueva generación de zombis más listos y rápidos.

Savannah ha perdido a su familia y no está dispuesta a esconderse como el resto de supervivientes: quiere luchar. La oportunidad de hacerlo se presenta cuando conoce a Cole, un joven que tiene un plan que podría cambiarlo todo. Savannah abandona la seguridad de su refugio para ir con él y enfrentarse a peligros que nunca antes había experimentado.

Para mis padres, que tal vez no sabían que estaba escribiendo un libro, pero que tanto han hecho por hacerlo posible.

Capítulo Uno

Savannah

Alex me había vencido, y lo sabía, aunque no me importaba. Me empujó contra la pared de cemento sujetándome el cuerpo sólo con el antebrazo mientras con la mirada me lanzaba un «te lo dije» silencioso. Los dos sabíamos que no había tenido una oportunidad real de ganar, pero tener la cara de Alex a pocos centímetros de la mía era un gran premio de consolación.

Sin esforzarme mucho, intenté quitármelo de encima empujándolo hacia la colchoneta, pero no se movió ni un centímetro. En su cara se dibujó una sonrisa de satisfacción.

—Vale, lo pillo. Eres más rápido, más fuerte… bla, bla, bla.

Alex perdió la sonrisa, pero siguió sin moverse.

—Tienes que tomarte esto en serio, Savannah.

Se acercó todavía más, como si fuera a susurrarme algo. Después, con una risotada, se puso a hacer ruidos como si estuviera masticando y sorbiendo junto a mi oído. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, pero me reí con él.

—Vas a convertirte en papeo para zombis si no tienes más cuidado —me advirtió.

—Entendido. —Intenté ponerme seria. Me importaba lo que estábamos haciendo y no quería que nadie lo dudara ni por un segundo, y mucho menos Alex. No había nada que me preocupara más que mantener nuestra ciudad a salvo, pero era difícil pensar con claridad teniéndolo tan cerca. Sus ojos marrones me estaban mirando como si pudieran leer todos mis pensamientos.

Me soltó y lo golpeé en broma antes de ir hacia el otro lado de la habitación para recuperar el aliento.

—A ver, idiotas, ¿cuál de vosotros cree que puede vencerme? —preguntó Alex levantando las cejas mientras miraba a Pierce y a Zack.

Pierce, sentado y con la mano sobre lo que, probablemente, se convertiría en un moretón muy desagradable en la mejilla, aún tenía la nariz metida en un libro de texto, pero Zack estaba más que dispuesto a intervenir mientras yo me tomaba un respiro. Al menos Zack tenía oportunidad de vencer cuando entrenaba contra Alex. Los dos podían estar pegándose tan contentos durante horas y decir que había sido un rato bien aprovechado.

Me dejé caer contra la pared del gimnasio y me aparté unos mechones

que se me habían pegado a la cara por el sudor. Al dejar de moverme noté el olor y arrugué la nariz. El pequeño gimnasio del instituto, donde pasábamos la mayor parte del tiempo, tenía ese aroma a adolescente sudado imposible de ignorar. Parte de la culpa del mal olor se debía a que sólo había una pequeña ventana que daba al aparcamiento, por lo que era evidente que no se trataba del mejor refugio post-apocalíptico.

—¿Y tú qué? ¿Quieres intentarlo otra vez? —le pregunté a Pierce dándole un pequeño codazo en las costillas.

Sólo tenía catorce años, pero funcionábamos bien como compañeros de entrenamiento. Me resultaba más realista porque su ataque era similar al de un zombi. En cambio los otros chicos, que se habían convertido en puro músculo en los últimos meses, eran mucho más fuertes. La mayoría de los infectados que había visto habían sido ancianas pequeñitas u otras personas que no habrían podido conmigo ni antes de que sus cuerpos se hubieran empezado a pudrir.

La única respuesta que obtuve fue un gruñido de enfado cuando Pierce pasó la página de su libro. Solté un largo e intencionado suspiro y estiré los brazos deseando por millonésima vez poder emplear mi tiempo en algo que valiera más la pena. Empecé a levantarme para abrir la ventana, pero Pierce por fin abrió la boca.

—Eh, ¿sabes qué día es hoy? —dijo mirándome. Aquel chico siempre disponía de información útil, y quiero decir *útil* en un sentido muy amplio. Seguro que era el cumpleaños de algún científico o un escritor que había muerto mucho antes de que los cadáveres hubieran empezado a caminar.

—Ni idea.

—Hoy hace seis meses que empezó el segundo brote —comentó echando la cabeza hacia atrás para mirar al techo. Tenía un acento británico muy marcado que me había resultado difícil descifrar al principio, cuando llegó a New Ravencrest unas semanas antes, pero ya me había acostumbrado a él.

Se me olvidó que iba a levantarme para abrir la ventana. «Seis meses, ¡vaya!». Por alguna razón me pareció poco. Me resultaba intrascendente y abrumador al mismo tiempo. Generalmente tenía la impresión de que aquello había empezado hacía una eternidad, como si nunca hubiera conocido otra cosa que no fuera esconderme y matar. Aunque era como si hasta ayer hubiera estado en el salón viendo la tele con mis padres. *Ocho meses.*

—¡Guau! —Volví a sentarme contra la pared y Pierce soltó, por fin, el puñetero libro.

Los dos nos quedamos sentados en silencio. Yo estaba recordando el tiempo que había pasado con mis padres en nuestra casa, acurrucados para darnos calor después de que se hubiera ido la luz. Y podía imaginarme lo que estaba pensando él. Pierce y yo lo habíamos perdido todo. Solía evitar pensar en ello, pero los aniversarios siempre generan una extraña sensación de nostalgia.

Zack empujó a Alex un par de metros fuera de la colchoneta y el esbelto cuerpo de éste aterrizó en el suelo con un estruendoso golpe que me devolvió a la realidad. Alex soltó un gruñido de enfado y volvió a agacharse antes de cargar contra Zack. Como de costumbre, no sabía si aquella era su idea de diversión o si era sólo un modo de descargar sus frustraciones por llevar tanto tiempo encerrados.

Rápidamente, Alex tomó la delantera utilizando su propio peso. En cuestión de segundos, Zack quedó clavado en la colchoneta e intentó quitarse de encima a Alex, pero se rindió al cabo de unos cuantos intentos fallidos.

—Casi lo consigues —espetó Alex soltando una arrogante carcajada antes de permitirle que se levantara.

En cuanto Zack estuvo en pie, los dos dieron un paso atrás y empezaron otra vez. Lo único que los hizo parar fueron unos golpecitos en el marco de la puerta.

—¡Hola, hola! —Alguien se asomó a la puerta del gimnasio C.

«Genial. ¿Qué está haciendo aquí?». Era Marybeth, alguien a quien normalmente no tenía que ver hasta la hora de la comida, y su repentina llegada no fue una sorpresa agradable. Al menos, no para mí.

Zack me lanzó una mirada de complicidad mientras Alex la rodeaba con sus brazos y la besaba. Me sonrojé y bajé la vista.

—¿Qué te trae por aquí, preciosa? —Alex tenía esa sonrisa de idiota y yo sentí la súbita necesidad de darle una patada a algo. O a alguien.

—Tu madre me ha dicho que bajara para pediros un favor a todos.

La madre de Alex, Kim Park, entendía lo nerviosos que estábamos todos metidos ahí en ese diminuto gimnasio mientras los adultos salían a hacer el trabajo de verdad, así que solía darnos algo que hacer en los días más tranquilos.

—¿Necesita ayuda en la enfermería? —pregunté levantándome de un brinco—. Créeme, nos sobra el tiempo.

—Creo que eso ya lo has dicho antes. —Marybeth ladeó la cabeza hacia Alex y tuvo la caradura de poner los ojos en blanco. De acuerdo, no había sido muy sutil sobre lo mucho que odiaba que nos dejaran calentando el banquillo mientras los adultos arriesgaban sus vidas para limpiar la ciudad de Zs. Pero eso no le daba derecho a ser tan borde.

—Estamos un poco aburridos —añadió Alex.

Intenté disimular el gesto ufano que adopté, aunque, a juzgar por la mirada que me lanzó Marybeth, creo que no lo hice muy bien. Con ella nunca podía ganar.

—Lo sé, por eso estoy aquí —le respondió a su novio con una sonrisa de entusiasmo, como si un segundo atrás no se hubiera comportado como una auténtica niñata—. Tenemos en mente algo un poco más emocionante que mover cajas de un lado a otro —dijo, deteniéndose para ver mi reacción—. Si todos estáis dispuestos, claro.

A pesar de querer aparentar que aquello no podía importarme menos,

arqueé las cejas.

—¿Qué teníais pensado? —preguntó Pierce y su acento hizo que sonara mucho más formal de lo que, probablemente, había pretendido. Podía hacer que sacar la basura pareciera una misión digna de OO7.

—Esperábamos que los cuatro pudierais ir a la farmacia de McIllwraith Court. El alcalde Paulson ha estado retrasándolo porque está en la otra punta de la ciudad, pero nos vendría muy bien un nuevo suministro de antibióticos.

Sin duda esa idea me llamó la atención, aunque no quería mostrarme demasiado ilusionada.

—¿Paulson ha dado el visto bueno? —inquirió Zack con escepticismo.

Marybeth tuvo la decencia de mostrarse avergonzada.

—Bueno, no; pero seguro que no le importará. Ya han limpiado esa zona de la ciudad y necesitamos provisiones. El resto del equipo está limpiando la autopista. —Parecía que alguien intentaba darnos una excusa para salir, y no iba a ser yo la que lo discutiera.

—Sin problema —dije, intentando dejar de sonreír como una idiota. Me disponía a irme cuando me di cuenta de que debería esperar a que los chicos estuvieran de acuerdo. Por muchas ganas que tuviera, no pensaba salir ahí fuera sin apoyo. La ciudad llevaba una temporada tranquila, pero la quietud ya no era una garantía de seguridad.

Me di la vuelta para mirar a mis amigos y puse ojitos de cordero degollado, aunque estaba claro que sabían que me moría por ir. Era exactamente para lo que nos habíamos estado entrenando.

Zack no parecía muy contento con la idea de cabrear a Paulson, pero ni Alex ni él le negarían algo a la señora Park. En cuanto vi que Pierce miraba a los mayores para valorar sus reacciones, supe que estaba hecho. Sólo hicieron falta unos treinta segundos de conversación visual y cejas enarcadas para que todo el mundo aceptara mi decisión: libertad.

—Vale, pero primero necesito comer —declaró Zack mirándome como si por un segundo se me hubiera ocurrido la estúpida idea de salir sin haber almorzado antes.

Todos íbamos a necesitar comida, pero sobre todo armas. Nuestro arsenal estaba guardado en el laboratorio de biología de los alumnos de primero, que estaba haciendo las funciones de armería improvisada. Teníamos un surtido bastante decente, pero yo tenía clara mi elección y cuando me hice con una ballesta, la emoción que sentía ante el día que teníamos por delante no hizo más que aumentar.

Rebusqué en una de las taquillas maldiciendo en voz baja por la escasez de cuchillos donde elegir. Fui cogiéndolos uno a uno para probarlos. Al final opté por un cuchillo de caza con hoja de sierra y una navaja automática más pequeña que podía guardar fácilmente dentro de la bota.

Me eché atrás para que Alex pudiera escoger de entre lo que quedaba. Sonriendo, jugué con las distintas formas de colgarme la ballesta a la espalda.

Era la única que teníamos y, por fin, iba a poder hacer algo más que disparar a dianas, algo con lo que había estado soñando más veces de las que podía contar. Canturreé distraídamente mientras esperaba a los chicos.

Diez minutos después, ya estábamos equipados con las armas que habíamos elegido además de tres pistolas que utilizaríamos únicamente en caso de emergencia.

En cuanto cerré la taquilla me di cuenta de a quién había pertenecido el armario. James, un alumno de último curso por el que había estado coladísima justo antes de que todo se viniera abajo. Por entonces las taquillas servían para guardar deberes y pintalabios, no cuchillos y munición.

Hubo una época en la que yo iba al instituto Ravencrest, cuando el instituto era un lugar muy distinto, cuando el mundo era un lugar muy distinto.

Fue durante la primera semana de mi primer año cuando la infección se extendió más allá de Cleveland, y estaba jugando a baloncesto en el gimnasio A cuando empezaron a surgir los rumores sobre los muertos rabiosos. Me encontraba en ese mismo gimnasio cuando se anunció la vacuna. Recuerdo incluso estar sentada en las gradas con James Nickeby, intentando hacerme la interesante, cuando la señora O´Donnell se convirtió semanas después. A pesar de que el Gobierno hubiera asegurado que su vacuna lo solucionaría todo. Mi profesora de matemáticas se cargó, al menos, a tres alumnos aquella tarde de octubre. No llegué a ver nada, pero había oído lo suficiente como para echar a correr.

Jamás volví a ver a James, pero quería pensar que se había marchado de la ciudad con sus padres en busca de un lugar seguro.

En los meses siguientes a aquella noche, el instituto se había adaptado para albergar a los, aproximadamente, doscientos ciudadanos que quedaban en Ravencrest, además de a unas cuantas personas desamparadas que habíamos encontrado por el camino. Familias como la de Alex, que habían hecho lo posible por alejarse de la infección antes de darse cuenta de que no estaban a salvo en ningún sitio.

Nos llevó mucho tiempo, pero por fin estábamos adaptándonos. Teníamos suministros y estábamos sobreviviendo. Lo que no teníamos era la capacidad de dispersarnos para proteger el resto de la ciudad. Estaba segura de que me pasaría lo que me quedaba de vida metida en aquel instituto. El alcalde Paulson insistía en que teníamos que movernos despacio y no correr riesgos.

Zack siempre me decía que tenía que dar gracias por estar vivos y tener una vida más o menos cómoda, pero a mí no me habían educado así. En la casa de los Cooper nunca nos conformábamos con lo justo. Tenías que trabajar y esforzarte por lo que querías en la vida. Y la situación en la que nos encontrábamos hacía que eso fuera más cierto, no menos. Sin embargo, nadie más lo veía así.

Marybeth y Alex seguían de la mano y se iban poniendo ojitos

mientras recorríamos el pasillo en dirección a la cafetería. Ella no dejaba de acariciar su brillante pelo negro, y yo no quería otra cosa que echársela de comer a los zombis. O al menos, enviarla, en alguna especie de misión de abastecimiento, a la Costa Oeste. La expresión «y no se volvió a saber de ella» no tenía por qué ser algo negativo.

La comida aún no escaseaba del todo, pero Paulson no dejaba de recordarle a la gente que el próximo invierno no tendríamos la misma cantidad de sopa enlatada y pasta. Teníamos que racionar lo que comíamos cada día.

Desde mi punto de vista, era mejor disfrutar de la comida mientras todavía la tuviéramos, porque incluso los alimentos no perecederos caducarían en un par de años. Ésa era, probablemente, una de las muchas razones por las que nunca me habían asignado tareas de cocina, ya que malgastaría la mitad de los ingredientes intentando probar cosas nuevas para variar los menús que llevaban repitiéndose durante meses.

Mi intención era meterme un par de barritas de cereales en el bolsillo y salir corriendo, pero la madre de Zack estaba supervisando el almuerzo en ese momento e insistió en que tomara un plato de espaguetis antes de dejarme ir a ninguna parte.

Incluso sin el caos de quinientos adolescentes hambrientos, el almuerzo seguía siendo mi parte favorita del día. Durante un rato podía olvidarme de nuestro enemigo y de las personas que habíamos perdido. Podía coger un poco de comida grasienta y sentarme con mis amigos. Resultaba casi normal.

No sé cómo, pero aquel día acabé en la mesa junto a Marybeth, que estaba repitiendo ración sirviéndose del plato de Alex. «¡Qué graciosa!». Se reía y asentía a todo lo que Alex decía, y nunca se molestaba en intentar incluirnos al resto en su pequeño mundo feliz. Pero Alex se había vuelto todo un experto en relacionarse con su *extremadamente-bien-alimentada-novia* y sus amigos al mismo tiempo, así que intenté no dejar entrever que me molestaba.

Mientras comíamos, nuestro entusiasmo por la misión iba rápidamente en aumento. Empezamos gastándonos bromas y terminamos trazando un plan de ataque. Habíamos estado entrenando durante mucho tiempo, pero era la primera vez que los cuatro saldríamos de allí como un equipo.

Llevaba mucho tiempo sin dejar atrás los confines del instituto, y el mundo exterior era cada vez menos hospitalario.

Capítulo Dos

Savannah

Al salir del instituto, Zack, Alex, Pierce y yo echamos a correr hacia Main Street. Tuve que taparme la boca un par de veces para no gritar ni reírme a carcajadas al oír el sonido de mi propia voz fuera de esos muros de cemento.

Vestía ropa informal, pero con una ballesta colgada a la espalda, mi camiseta y mis pantalones favoritos me hacían parecer mucho más peligrosa. El frío aire de abril solía requerir unas cuantas capas de ropa más, pero el paso que llevábamos hacía que la brisa resultara más refrescante que incómoda.

Cuando llegamos a la arteria principal de la ciudad decidimos andar más despacio para asegurarnos de que no había zombis a la vista. Además, no teníamos prisa en volver. Era una oportunidad única y seguramente pasaría mucho tiempo hasta que se volviera a repetir. Sólo teníamos que llegar a la farmacia, coger suministros y volver con unas cuantas historias sobre nuestras hazañas.

Estuvimos un rato haciendo el tonto contando chistes a costa de todo el mundo, intentando relajarnos y disfrutar del momento. Mejor dicho, Zack, Alex y yo hicimos las gracias mientras Pierce fingía que entendía algo. Quizá lo hacía porque era demasiado pequeño, o británico o un poco pardillo, cosa que digo desde el más absoluto cariño. Nos conocíamos demasiado bien como para tragarnos que estábamos tranquilos, pero había estado bien actuar como si no nos encontráramos a unas pocas manzanas de una situación muy fea.

Ravencrest había sido una ciudad de casi veinte mil habitantes, aunque en ese momento no me hubiera extrañado ver las típicas plantas de los *western* rodando por las calles. Cada ventana rota o mancha de sangre era un recordatorio de lo que habíamos perdido.

Durante el invierno Zack y yo ayudamos a limpiar la ciudad de los muertos que se habían congelado y a traer provisiones, pero por aquel entonces los infectados estaban por todas partes y nadie sabía realmente lo que estaba haciendo. Al cabo de un tiempo aparecieron los nuevos Zs que eran más peligrosos y letales, y perdimos a mucha gente, incluida la novia de Paulson, Grace. Ésa fue la razón por la que se decidió que los adultos nos relevaran, aunque no tuvieran experiencia alguna.

En sólo dos semanas habían perdido a dos de ellos a manos de los nuevos Zs, que además eran más fuertes y listos que los primeros. Pero no fue

lo suficientemente importante como para arriesgar la vida de los más jóvenes en las calles.

—Ahí está la «tienda de entretenimiento para adultos» —dije haciendo el signo de las comillas con los dedos—, y una tienda *gourmet* que siempre olía a gato. En serio. —Les señalé a Pierce y a Alex varios puntos destacados de la ciudad. No la conocían porque habían llegado después de que se estableciera la norma que prohibía a los menores de dieciocho años salir a la calle, cosa que nos obligaba a estar encerrados entrenando.

Íbamos a tardar al menos una hora en llegar hasta la farmacia más cercana porque estaba justo en el límite de Ravencrest. Tuvimos suerte de que ningún otro grupo de supervivientes se hubiera topado con ella ya. Cada día que perdimos en hacer cosas como planificar y fortificar, fue un día más que arriesgamos recursos valiosos que podrían no ser sustituidos jamás.

No teníamos ni idea de cuántos supervivientes había en la zona, pero las medicinas eran algo muy solicitado entre los que vivían en el instituto. Siempre había gente intentando evitar la infección o un embarazo no deseado.

Después de su llegada, la señora Park se aseguró de que reunir suministros médicos fuera una prioridad, y muchos de nosotros nos sentimos bastante idiotas por no haberlo pensado antes. También estábamos registrando pueblos cercanos, porque si en algún momento surgía la necesidad de huir, tener un lugar seguro con todo lo necesario al que escapar sería de gran ayuda. El único problema… era que aún estaba todo plagado de infectados.

El centro médico Mercy Hall lo había dirigido una universidad cercana y solía estar plenamente abastecido para tratar casi cualquier enfermedad o lesión cotidiana. Era el primer lugar al que muchos de nuestros vecinos habían pensado ir cuando la infección resurgió en la zona.

—Pero eso pasó hace seis meses —pensé en voz alta haciendo que Alex me lanzara una mirada de perplejidad que ignoré. Aminoró el paso y me dejó con mis pensamientos mientras los demás hablaban detrás de mí. Un plan se estaba formando en mi cabeza. «Después de todo este tiempo, ¿cuántos Zs pueden quedar? A lo mejor la putrefacción ha empezado a pararlos. Aunque comerse a los vivos parece ralentizar el proceso. Aun así, los suministros que puede haber allí nos ayudarían mucho».

Cuando giramos en Charleston Street, mi mente seguía dándole vueltas. La nueva generación de infectados podía complicar más las cosas. Aún no me los había encontrado, pero sabía que seguían siendo tan fuertes como el día en que se habían convertido porque no les afectaba la putrefacción como a los otros. Algunas de las historias que traían los que huían de la Costa Oeste eran de lo más aterradoras.

Durante semanas le había contado a todo el que me escuchara que estábamos listos para llevar a nuestra naciente sociedad al siguiente nivel. Para ampliar horizontes y recuperar más de lo que habíamos perdido. Que si no nos lanzábamos pronto, alguien más lo haría. Y el plan que tenía en mente podía ser exactamente lo que todo el mundo necesitaba para darse cuenta de

que podíamos estar haciendo mucho más.

—Eh, chicos —les llamé dándome la vuelta para mirarlos. Estaban parados frente a una tienda de cómics verde brillante—. ¿Y si le echamos un poco más de ganas a esto?

—¿Qué quieres decir? ¿Que matemos zombis o algo así? —preguntó Alex sólo ligeramente atraído por la idea.

Zack enarcó las cejas bruscamente; convierte algo en un juego y él siempre se apuntará, aunque eso no era lo que tenía en mente.

—No. Quiero hacer algo más grande. Algo que de verdad marque una diferencia. —Intenté adoptar un porte calmado y estoico; mostrarme seria y profesional era el único modo de poder hacer que aceptaran—. ¿Y si en lugar de la farmacia asaltamos el centro médico? —Esperé a que la expresión de incredulidad desapareciera de sus caras. Sólo Alex pareció interesado, pero lo había pillado por sorpresa y él nunca actuaba impulsivamente. No me iba a resultar fácil.

—Savvy, eso es una locura —dijo Zack pasándose la mano por la cabeza; le había rapado el pelo casi al cero el día anterior—. Aún hay que despejar toda la zona este de la ciudad y sabemos que el centro médico está lleno de Zs. Es un mal plan, Savannah.

Tenía la sensación de que Zack sería el más reticente, pero no se lo podía tener en cuenta. Estaba encantado de que fueran otros los que se encargaran de luchar y mi plan no era precisamente sentarse y esperar.

No teníamos ni idea de cuántos de los infectados fueron al Mercy Hall con la esperanza de ser inoculados para después acabar convirtiéndose. Los que habían ido en busca de supervivientes por la zona este del pueblo habían pasado cerca del centro médico, pero nunca lo suficiente como para echar un buen vistazo. Siempre insistían en que ya habría tiempo para eso más adelante.

Hasta el momento nos habían obligado a ser cautos y entendía por qué, pero sabía que éramos capaces de más.

—Somos cuatro y vamos armados. No sé dónde está el problema. —Los miré a todos de uno en uno mientras apoyaba las manos en las caderas.

Antes de que alguno le echara agallas y me llevara la contraria, oímos algo cerca, un ruido por el suelo. Giré la cabeza hacia el sonido y todos dejamos de respirar al instante; estaba casi convencida de que íbamos a tener que enfrentarnos a un enjambre entero de zombis.

—¿Deberíamos ir a ver qué es? —susurré.

Nadie se movió. Sin más, una figura salió corriendo hacia nosotros desde el callejón que había detrás de la tienda. Un momento después, otras dos la siguieron. Como pude, agarré la ballesta de mi espalda. Cuando el primer mega Z que había visto en mi vida se acercó, fue como si, de repente, todo se moviera a cámara lenta.

El hombre llevaba un traje color azul eléctrico y parecía estar muy vivo. Aún tenía las mejillas sonrojadas bajo la palidez ligeramente lívida que

todos los infectados acababan adquiriendo. La sangre pegajosa que manchaba su traje sugería que había comido hacía poco.

Estábamos preparados para eso, y aun así se me aceleró el corazón. Era todo lo que había estado esperando, pero me entró el pánico. Me temblaba la mano y me costó cargar mi arma.

Pierce levantó su machete y se movió para clavarlo en la sien del zombi, pero en ese momento el cabrón soltó un gemido gutural y sacudió todo su cuerpo hacia mí con los brazos estirados. No pude evitarlo y vacilé. Nunca había luchado con esa nueva cepa de zombis y sus ojos eran tan desconcertantes como habían insinuado los rumores. La boca de ese hombre, de mediana edad, estaba abierta y colgando cuando se abalanzó hacia mí, pero sus ojos mostraban que estaba tan vivo como mis amigos o yo.

Reaccioné casi de inmediato, pero ya estaba demasiado cerca. No podía arriesgarme a disparar y fallar. Maldije y concentré todo mi peso en una patada con la que logré echarlo hacia atrás antes de apartarme.

Pierce estaba preparado de nuevo con su machete, pero antes de que cualquiera de nosotros pudiera hacer otro movimiento, Zack atacó. Su martillo silbó en el aire y se hundió en el cráneo del pobre hombre. Éste se fue al suelo directamente y el arma de punta roma se soltó y cayó contra el asfalto con un sonido metálico.

Los cuatro nos quedamos quietos un instante. Después me di la vuelta y me situé junto a Zack mientras los otros dos infectados caminaban hacia nosotros arrastrando los pies, mucho más despacio que el primero. Eran mujeres y estaba claro que llevaban un tiempo muertas. «Esto me gusta más», pensé.

Decidida a compensar mi desliz previo, me fijé en el lugar en el que se habían situado mis amigos, cargué una flecha en mi ballesta y disparé, aprovechando que aún estaban a una distancia prudencial. Di en la diana; atravesé el ojo de la zombi de mi derecha y cayó al suelo.

Al mismo tiempo, Alex fue a por la última Z. Alzó el cuchillo mientras corría y evitaba los brazos de su objetivo, que intentaba atraparlo. Con un empujón logró clavarle el arma en el cerebro. La zombi cayó y ahí acabó todo.

Nos quedamos en silencio mientras Alex arrancaba su cuchillo de la carne podrida de la Z. ¿Qué clase de atención indeseada habíamos atraído hacia nosotros? Era difícil saberlo.

Al cabo de un minuto nos relajamos y soltamos unas suaves carcajadas a medida que nuestra respiración se normalizaba. Fui dando saltitos al ir a recuperar mi flecha de donde había aterrizado, en el ojo de la zombi. «Ésta la he clavado, literalmente».

—Aaaah, es genial estar de vuelta —celebró Alex mientras le chocaba los cinco a Pierce, que no se mostró muy cómodo con el gesto. No era de extrañar teniendo en cuenta que había crecido extremadamente protegido y apartado de todo. Aunque se las había arreglado medianamente bien con los

Zs.

—Tienes razón —añadió Zack volviéndose hacia mí—. Podemos hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —pregunté intentando contener una sonrisa.

—No deberíamos esperar a que alguien más entre en nuestra ciudad y se lleve nuestros suministros. Deberíamos ir al Mercy Hall, coger lo que es nuestro y llevarnos lo suficiente para mantenernos vivos hasta que el mundo logre recomponerse.

—Entonces —dije alargando la palabra—, ¿la operación suministros médicos está en marcha?

—Yo me apunto —contestó Zack encogiéndose de hombros. Ese gesto permitió apreciar que sus músculos seguían tensos por la breve lucha.

—Yo también —añadió Pierce.

—¿Alex? —Al cabo de un momento, cuando el mayor de nosotros aún no parecía muy convencido, añadí—: Piensa en lo mucho que esto ayudaría a tu madre, a todos nosotros.

—Lo sé, lo sé —respondió limpiándose las manos en los vaqueros—. Pero es mi madre la que me preocupa. ¿Y si nos pasa algo? No sólo Paulson se volvería loco, sino que ella se sentiría responsable. Jamás se lo perdonaría.

—No nos pasará nada. No es que vayamos a entrar ahí de forma imprudente. —Seguía sin parecer convencido—. ¿Y si empezamos a caminar hacia el centro de la ciudad y vemos cómo está ahora? Hace tiempo que nadie va por allí y, por lo que sabemos, quedó despejado cuando los muertos decidieron perseguir a un perro perdido. Sólo entraremos si estamos seguros de que podremos con ello —prometí.

Alex se rascó la nuca, claramente sopesando las opciones. Vi el momento en que mi lógica aplastante ganó y se decantó por mi propuesta. Me demostró que la idea era buena sonriéndome. Mi corazón se paró durante un instante.

—Vamos a hacerlo.

***

Cinco minutos después de haber cruzado el puente de Haymen, empecé a pensar que tal vez mi plan no fuera tan genial. Tuvimos que cargarnos a otros siete infectados. Había ido muy bien, pero cada manzana parecía tener, al menos, una sorpresa desagradable; normalmente en forma de un antiguo vecino sediento de sangre. Fue una batalla constante, pero lo hicimos lo mejor que pudimos en las calles, luchando mientras avanzábamos en dirección a nuestra meta.

Me preocupaba que encontrar demasiada resistencia hiciera que mis amigos se echaran atrás, pero no hizo más que animarlos.

Después de cargarnos a dos más en Cuthburt Street, nos detuvimos para reagruparnos en una cafetería. El ventanal frontal estaba hecho añicos. Nos agachamos detrás del mostrador para que no nos vieran los Zs que pasaban por allí. Mi cerebro no dejaba de repasar todas las estrategias que había aprendido para luchar contra los infectados en grupos grandes, pero cuando me dejé caer para apoyarme contra la pared, fue difícil no pensar en todas las formas en que mi ingenioso plan podría salir mal. Había subestimado la cantidad de zombis que podía haber en esa zona. «Tengo que aprender a no soltar todo lo que se me pasa por la cabeza».

¿Cómo podía saber que las cosas estaban tan mal fuera del instituto cuando todo el mundo se había encargado de mantenernos desinformados? Sabía que, probablemente, tendríamos que darnos la vuelta y llevarnos una bronca por haber cambiado de plan. Sí, era cierto que técnicamente nos lo habían pedido, pero mucha gente pensaría que la señora Park se había equivocado, sobre todo si volvíamos con las manos vacías. Aun así, no valía la pena poner a mis amigos en peligro para demostrar algo. Cuando estaba a punto de abrir la boca y proponer que volviéramos, Pierce interrumpió mis cavilaciones:

—A ver, lo que necesitamos es un plan —dijo obligándome a cerrar la boca, poner gesto de sorpresa y mirar a los chicos. Los tres parecían estar disfrutando con la lucha y eran más optimistas que yo. Incluso Zack lucía una sonrisa bobalicona mientras daba vueltas a su martillo entre los dedos. Dejé que mis dudas se disiparan.

—Lo que tenemos que hacer es apartar a todos los infectados del camino que tenemos que seguir. Podemos entrar, encargarnos de todos los que sigan atrapados dentro y volver a la ciudad sin tener que matar a todos estos mamones —propuso Alex. Solía llevar el pelo negro echado hacia atrás con ayuda del sudor y la pura voluntad. Aunque en esos momentos se veía bastante desmelenado, seguramente por la reciente acción. Todos nos giramos hacia Pierce con expectación.

—Creo que tengo una idea —afirmó con una sonrisa de orgullo.

«¡Cómo los quiero!».

Poco después, nos agachamos en un contenedor cercano al Mercy Hall. Sentía la adrenalina recorriendo mi cuerpo, pero teníamos que esperar hasta que Alex estuviera en su posición o estaríamos jodidos. Era el más rápido del grupo y no dudé ni por un segundo que pudiera sacar adelante el plan de Pierce.

Sólo había tres infectados vagando por el césped del centro médico. Al menos diez más caminaban cerca y eran los únicos que podíamos ver desde nuestro puesto de vigilancia. Lo mejor: ni un solo mega Z a la vista.

Ninguno de los infectados que observaba estaba moviéndose con un objetivo concreto, y me pregunté cuánto tiempo habrían estado allí de pie

esperando a que pasara algo. ¿Meses? Había manchas de sangre en la carretera, así que probablemente no. Pero ahora parecían completamente ajenos al mundo que los rodeaba.

«¿Por qué está tardando tanto Alex?».

Entonces lo oí: la alarma de un coche ululando en la distancia. Después otra. Estaba, al menos, a diez manzanas de allí y no estaba segura de que fuera suficiente. Un tercer sonido atronador se sumó a la sinfonía, ése mucho más cerca. Alex volvía.

De inmediato, varios infectados giraron la cabeza hacia el ruido y comenzaron a gruñir por el hambre. Los que teníamos a la vista no tardaron en imitarlos. Incluso uno, que prácticamente no tenía piernas, se fue reptando hacia allí. Sonreí a Pierce. «El hombre con un plan, ése era Pierce».

Desde la esquina oí el asqueroso sonido de carne aplastada y, agachada, me moví para coger mi ballesta como pude. Controlé la respiración y me preparé para disparar.

Alex volvió. Exhalé. Estaba sonriendo de oreja a oreja mientras arrastraba el pie contra un muro de ladrillo para limpiarse a quien fuera o lo que fuera que había pisado. Todo marchaba bien. Nos libramos con éxito de un grupo bastante pequeño, procurando no hacer ruido que pudiera oírse por encima del desagradable alarido de las alarmas. Además, no teníamos forma de saber cuánto duraría nuestra distracción.

Un minuto después ya nos habíamos alejado del contenedor de basura. Zack se ocupó de la señora zombi que reptaba a medida que nos acercábamos al centro médico mientras Alex, una vez más, se situaba en la retaguardia para asegurarse de que no nos atacasen por la espalda.

En ningún momento tuvimos que enfrentarnos a más de seis a la vez, fuimos limpiando sistemáticamente cada sala. Siempre que nos era posible nos cargábamos a nuestros objetivos de lejos, pero el cuerpo a cuerpo se nos daba igual de bien. En mi mente ya no había duda de que estábamos haciendo exactamente lo que había que hacer. Las horas de entrenamiento habían dado sus frutos y casi cada golpe que dábamos era letal. «No dejes que te agarren y apunta al cerebro», me repetía una y otra vez en mi cabeza mientras trabajábamos.

En el edifico había más de cien «personas», pero la mayoría estaban demasiado mal como para ser una verdadera amenaza. Otros, claramente, llevaban muertos mucho tiempo, tenían la piel podrida y estaban irreconocibles.

No estábamos cerca de la zona de la ciudad en la que yo había vivido, pero eso era lo más parecido que teníamos a un hospital y gente de todas partes había terminado allí. Era normal que reconociera a algunas personas, aunque intentaba no pensar mucho en ello.

Se me dio muy bien matar con el cuchillo grande que había cogido en el instituto, pero tuve que utilizar la pistola una vez en que no tuve tiempo de cargar la ballesta. Un Z con gesto decidido apareció detrás de Zack mientras

él estaba ocupado luchando contra otros dos y tuve que actuar. El fuerte sonido del disparo resonando en el edificio abandonado me asustó más que el zombi al que había derribado. Aunque el ruido no fue un problema en aquella ocasión, los infectados ya sabían dónde encontrarnos.

Nos cargamos cuarenta en menos de una hora. Tuve el honor de matar al último zombi del edificio. Después de todo, era mi plan y no podría haber ido mejor.

Sólo tardamos un segundo en recuperarnos de la presión de la lucha antes de lanzarnos a hacer un baile para celebrarlo. Estaba segura de que pareceríamos ridículos bailando alrededor de cuerpos mutilados, pero era difícil ignorar que los buenos ganamos aquel día.

—¿Por qué has tardado tanto, tío? —le preguntó Zack a Alex mientras se guardaba en la mochila varios botes de píldoras. Estábamos en el almacén intentando utilizar nuestro limitado conocimiento médico para saber qué sería más útil.

—No es una ciencia exacta —contestó Alex—. He tenido que buscar coches que tuvieran alarma y a los que les quedara batería. He encontrado tres. Diría que está bastante bien.

Zack resopló.

—Sí, lo que tú digas.

—Tenemos que contarle a todo el mundo lo que hemos hecho. Tienen que saber dónde están ahora las zonas conflictivas —apuntó Pierce, siempre la voz de la razón.

—Claro que se lo diremos. Tienen que saber que viven con estrellas del rock. —Solté un grito. Estaba bien poder alzar la voz.

—Y tendremos que explicar cómo hemos encontrado tantos suministros —añadió Pierce.

—Sí, eso también. Pero sobre todo lo de las estrellas del rock.

Estaba metiendo tres botes de píldoras en el bolsillo frontal de mi mochila cuando empezaron a oírse unas interferencias desde alguna parte de la habitación.

—Eh, ¿quién tiene el walkie-talkie? —pregunté. Zack lo sacó de su mochila y me lo dio. Sin duda había una voz al otro lado, aunque no podía distinguir de quién.

—¿Qué está pasando? —preguntó Alex.

—Shh. No puedo oír nada.

—… ruta 72… zombis… —Intenté acercar el walkie-talkie a la ventana, pero no sirvió de nada.

—Savvy, seguro que no es nada. Incluso puede que no sean de los nuestros. Tenemos que terminar este asunto aquí. —Alex intentó quitarme el aparato de la mano, pero fui más rápida.

—Quiero enterarme, ¿vale? Métete en tus asuntos —le respondí bruscamente.

A las patrullas oficiales se les daba intercomunicadores de alta

potencia y walkie-talkies profesionales para comunicarse. Nosotros sólo teníamos acceso a la clase de aparatos que utiliza la gente cuando va de acampada y, normalmente, no podíamos captar nada que no estuviera sucediendo a dos manzanas del instituto. Ésta podía ser una gran oportunidad para enterarnos de algo útil.

—Tendrás mejor señal fuera —apuntó Pierce.

Fui hacia la puerta sin alzar la mirada siquiera, intentando encontrar un canal mejor.

—Vuelvo en un minuto.

Una vez fuera tardé un segundo en recuperar el canal y acabé oyendo dos voces. El sonido era aún un poco granuloso, pero podía distinguir lo que estaban diciendo.

—Estamos a unos cinco minutos. ¿Podéis contenerlos? —gritó una voz al otro lado. Estaba segura de que era Erik, un residente de toda la vida de Ravencrest que ahora dirigía uno de los equipos de abastecimiento.

—No, ya han atravesado la puerta. Nos tenemos que ir ya —fue la respuesta. Era la señora Park, pero parecía tan aterrorizada que apenas la reconocí. Se me hizo un nudo en la garganta. «No».

—A ver, ¿dónde está Paulson?

No esperé a oír más.

—¡Chicos! —grité—. ¡Venid aquí! ¡Ahora mismo!

Capítulo Tres

Zarah

Ocho meses antes

«Clase de lengua, clase de lengua. Estoy aquí para la clase de lengua. Vamos, Zarah. Céntrate. No estás aquí para comerte con los ojos al chico nuevo». Me mira y agacho la cabeza para ocultar lo roja que me he puesto. Empiezo a garabatear algo desesperadamente en mi ficha de vocabulario y a fingir que tengo muchas cosas más importantes en las que pensar.

Es sólo el segundo día del nuevo curso y ya estoy obsesionándome un poco. Vamos juntos sólo a tres clases, pero he preguntado por ahí y me he enterado de que se llama Liam. Lo que no me queda claro es si él también me está mirando o si está flipando porque la única chica india de clase no le quita el ojo de encima. Pero es que… ¡Como para no mirarlo embobada!

El señor Simmons está sentado en su mesa leyendo algo de Charles Dickens y no presta atención a lo que estamos haciendo. Hace un año habría estado adelantando deberes, pero probablemente eso formaba parte de ser un novato. Ahora tengo cosas mucho más importantes de las que preocuparme. «Liam».

—Eh, señor Simmons, ¿puede encender la tele? —Mi estudio de la incipiente barba rubia de Liam termina cuando Ellie se levanta de su silla. Tiene el teléfono en la mano y no parece importarle mucho la norma de no utilizar el móvil en el instituto. Entonces echa a caminar hacia la pantalla del televisor antes de que nuestro profesor siquiera ponga a un lado su libro.

El señor Simmons enarca las cejas a la vez que carraspea.

—¡Señorita Cornack! ¿Puedo ayudarla?

—Oh, lo siento. *Em*, está pasando algo muy fuerte. Creo que deberíamos ver las noticias.

No parece lamentar haber interrumpido la clase. La impasible Ellie Cornack parece preocupada de verdad.

—De acuerdo, estoy intrigado. Tome asiento otra vez y haré como si no estuviera con el móvil en mi clase. ¿Trato hecho?

—Eh, de acuerdo. —Ellie se detiene un segundo, pero vuelve a sentarse.

Cuando el señor Simmons enciende la tele y pone nuestra cadena de noticias local todos dejamos de fingir que estamos trabajando. La mayoría se echa hacia delante para ver mejor. Los demás se ponen a mirar sus teléfonos.

Sintonizamos en mitad de una conexión en directo desde un parque situado a unas manzanas del Ayuntamiento.

—Cada vez recibimos más informes sobre una enfermedad desconocida que se está extendiendo por Cleveland y sus alrededores —dice tranquilamente y con tono monótono una famosa reportera. Me relajo un poco después de haberme imaginado cosas mucho peores que un brote—. Nos encontramos a la espera de declaraciones por parte del gobierno local sobre cómo se está extendiendo la enfermedad y si existen precauciones que los ciudadanos deban tomar.

Tal vez debería empezar por explicar de qué demonios está hablando. ¿Tengo que asustarme? Todos parecen estar algo intranquilos.

Hay dos grupos de personas sentados en el parque detrás de ella. Mientras habla, dos chicos que parecen de mi edad están haciendo el tonto delante de la cámara y una señora lee un libro en un banco, totalmente ajena a las cámaras.

No le estoy prestando mucha atención a las noticias hasta que un hombre extraño entra en el plano de la cámara captando todo mi interés. Se acerca a los adolescentes arrastrando un pie. Se mueve despacio y me resulta gracioso verlo. Parece concentrado en llegar a los dos chicos que, probablemente, están haciendo campana.

Uno de los chicos mira al extraño que se acerca hacia ellos, pero no parece demasiado preocupado. Y es justo cuando la reportera empieza a asegurar a los ciudadanos que no tienen por qué tener miedo cuando el hombre agarra a uno de los jóvenes y le clava los dientes en el cuello.

Me llevo la mano a la boca mientras el chico suelta un grito en un gorgoteo que acaba captando la atención del equipo de noticias. Alguien está vomitando al fondo de la clase, pero no puedo apartar la mirada de la pantalla. La cámara cae cuando la reportera y su equipo corren hacia los chicos. De repente la clase se convierte en un auténtico caos. Unos están soltando tacos, alguien está gritando como un histérico y soy casi la única en permanecer sentada. Sigo con la mirada clavada en la televisión.

La pantalla se queda en negro un instante antes de recuperar la conexión con la redacción de noticias.

El presentador es Bill Horras, una especie de joya local, todavía le queda un año para jubilarse, pero cuando lo enfocan parece como si estuviera a punto de morirse ahí mismo o, al menos, vomitar el almuerzo.

No dan ninguna explicación sobre lo que ha pasado en el parque y rápidamente pasan a los anuncios, pero todos lo hemos visto y la clase entera está hablando, unos por encima de los otros. El señor Simmons ni se molesta en hacernos callar mientras habla por su móvil.

El móvil de Ellie resuena al caer al suelo cuando sale corriendo de la

clase, algunos de mis compañeros deciden seguir sus pasos. Los que quedan siguen hablando, subiendo cada más el tono de voz.

Alguien sugiere que ha sido sólo una broma y algunas cabezas suben y bajan asintiendo. Sólo una broma. A lo mejor esos chicos lo han preparado todo para llamar la atención. Me lo puedo creer.

Puedo, pero no lo hago.

Gary Waters abre la puerta trasera de la clase y se queda ahí con la cara pálida.

—La señora Peters no sabe nada. Ni tampoco el señor Granger. —Aprieta los dientes.

El resto del instituto no está mejor que nosotros.

Intento tragarme el pánico que siento y que va en aumento. Si es verdad lo que acabamos de ver, podríamos estar en serios problemas. Lo más probable es que no haya ningún sitio seguro ahora mismo.

Llamo al teléfono de mi madre y no responde. Mi padre tampoco, aunque seguramente su teléfono sigue en la encimera de la cocina. Vuelvo a fijarme en las noticias, pero siguen sin decirnos nada útil.

—Señoras y señores —dice una voz por megafonía—, gracias por su paciencia. Dada la naturaleza de la situación actual, se permitirá a los alumnos salir antes, pero sólo bajo la vigilancia de un padre o tutor.

Eso es nuevo, pero me vale.

En cuanto se desconecta el sistema de megafonía, todo el mundo se pone a hablar por teléfono. Yo vuelvo a probar con mi madre, pero sigue sin haber respuesta. Tal vez ya esté viniendo…

La tensión aumenta por minutos. Josh y Greg están gritándose junto a la mesa del señor Simmons y me están poniendo de los nervios. Quiero irme a casa.

Durante la siguiente hora todos, excepto cuatro de nosotros, logran irse. Mientras tanto, nos llega información sobre un brote masivo en el Hospital Mercy North. Me giro a tiempo de ver al señor Simmons salir del aula. No vuelve.

Al menos hoy se me ha ocurrido traer el cargador del móvil. He probado con todos los números de mis padres, sus móviles, sus despachos, incluso he llamado a la infeliz vecina de al lado. Nadie contesta al teléfono.

Entonces nos desplazamos al gimnasio junto con los que aún no han ido a recoger. Quedan unos treinta o cuarenta chavales en el instituto.

Me tumbo en el suelo del gimnasio encima de una de esas cutres colchonetas azules que se utilizan para todo, y cierro los ojos intentando aislarme del mundo poniendo a tope el volumen de mi iPod. Todos los demás están o gritando como histéricos, o dándose el lote con desesperación en una esquina, o caminando de un lado a otro esperando a que el mundo termine. Sólo mirarlos me entran náuseas.

Durante unos cuarenta y cinco minutos me quedo ahí tumbada hasta que siento el suelo vibrar. Todos empiezan a levantarse.

Me incorporo y me quito los auriculares. A lo lejos alguien está gritando. Ojalá me hubiera dejado la música puesta porque no son los chillidos los que hacen que un escalofrío me recorra la espalda, sino los graves gruñidos que los acompañan.

Corro hacia la ventana del gimnasio seguida de unas chicas para asomarme a la pista de atletismo. Veo a unas diez personas cruzando el césped, todas ellas con el mismo lento pero constante modo de caminar que el hombre del parque. Aún no sé de dónde vienen los gritos.

Sé que debería moverme o correr. Sé que tengo que salir del instituto, pero lo único que puedo hacer es quedarme ahí de pie, paralizada, y verlos acercarse lentamente mientras pasan los segundos.

—Zarah, tenemos que irnos. —Una mano fuerte me aprieta el hombro y me vuelvo para ver quién es. Arrugo la frente con gesto de confusión cuando me encuentro al chico nuevo mirándome. Se había marchado hacía unas horas, sobre la una y cuarto. ¿Qué está haciendo aquí otra vez? Si yo pudiera, estaría a miles de kilómetros ahora mismo.

Abro la boca para preguntarle, pero me agarra la mano y tira de mí. Antes de que me saque al pasillo veo, a duras penas, que coge un bate de béisbol del contenedor de atletismo que hay junto a la puerta del gimnasio. Mientras dejo que me guíe, mi mente se esfuerza por entender lo que está pasando. Su expresión es una mueca de determinación y yo respiro algo más aliviada porque parece que tiene un plan.

En cuanto salimos al pasillo, un tipo de mediana edad, con un chaleco de paleta, se acerca a nosotros rápidamente y casi nos tira al suelo. El bate de Liam rueda por el suelo.

Unos dedos intentan agarrarme el pelo y Liam empuja hacia atrás al hombre.

Sin pensarlo, me lanzo a por el bate de béisbol. Lo cojo y tardo un segundo en recordar lo que tengo que hacer con él. Y mientras, estoy pensando «Es imposible que le dé», golpeo.

Le doy justo en el hombro con más fuerza de la que me creía capaz, pero no reacciona. Después veo la herida sangrante en su muslo, que tampoco parece molestarle. Está totalmente centrado en Liam.

Con un violento empujón, Liam logra apartarlo unos metros. Sus dedos vuelven a encontrar los míos y echamos a correr hacia la puerta principal del instituto.

Mientras el hombre va soltando gruñidos, no necesito que nadie me meta prisas para correr, porque lo hago tanto como me permiten las piernas. Nos sigue por el pasillo hasta que llegamos a las puertas, que se cierran detrás de nosotros con un reconfortante clic.

No hay rastro de nadie más en la entrada principal, así que la parte trasera debe de estar plagada. Sólo hay una moto negra justo delante de una señal de «Prohibido aparcar». Oigo el sonido de cristales rompiéndose en alguna parte a mis espaldas, pero no me paro a pensar en ello. ¿Qué tengo que

hacer ahora? ¿Echo a correr esperando no encontrarme con ninguno de esos monstruos de camino a casa?

Mierda. Me he dejado la bolsa en el gimnasio.

Rebusco en el bolsillo de mi chaqueta hasta que siento un metal frío bajo mis dedos. Al menos tengo mi teléfono.

Miro la pantalla, pero nadie me ha devuelto las llamadas. Sólo quiero oír la voz de mi madre. Me tiemblan las piernas. No creo que pueda dar más de dos pasos ahora mismo.

Liam saca unas llaves del bolsillo y sube a la moto. Hace un gesto con la cabeza y me insta a que me suba detrás por lo que dejo escapar un suspiro de alivio. No va a dejarme aquí.

No me pasará nada.

Logro no quedarme ahí de pie mirándolo con la boca abierta demasiado rato y me siento tras él, rodeando su cintura con los brazos, igual que en las películas.

—Lo siento, no tengo casco para ti —dice metiendo las llaves en el contacto—. Esto no es exactamente lo que tenía planeado para hoy.

Nos marchamos a toda velocidad y no puedo evitar pellizcarme la mano. «Es imposible que esto sea real».

La gente se está peleando en la mayoría de las calles por las que pasamos, así que apoyo cabeza en la chaqueta de Liam para evadirme mientras atravesamos la ciudad.

Sólo cuando encontramos un tranquilo vecindario me permito alzar la mirada; en ese momento Liam mete la moto en el aparcamiento de un supermercado.

Tiro de la puerta, pero no se abre. Supongo que todo el mundo se ha ido del trabajo hoy. nadie se ha molestado en ir a trabajar hoy.

Liam golpea el cristal con el puño unas cuantas veces y, derrotado, se deja caer contra la pared de ladrillo de la tienda.

—¿Y ahora qué? —pregunta en voz alta, aunque en realidad no parece esperar una respuesta.

El silencio se prolonga y me veo obligada a decir algo.

—Gracias por sacarme de ahí. Soy Zarah. —Quiero estrecharle la mano, pero probablemente no sea esa clase de situación.

—Lo sé. —No dice nada más y sigue mirando al cielo.

—¿Por qué has vuelto al instituto?

Durante un segundo, me permito pensar que tal vez haya vuelto a buscarme, pero al momento me siento como una idiota. Algo va muy, muy mal y no puedo encontrar a mis padres.

—Como nadie podía venir a recogerme me he ido a casa. Mi madre ha dicho que me esperaría allí, pero cuando he llegado me he dado cuenta de que teníamos que cambiar el plan. Una de las casas de mi calle estaba en llamas. Y no era un fuego pequeño. Nuestros vecinos estaban bien, pero no tenía pinta de que alguien fuera a venir a apagarlo. —Liam se mira las manos mientras

habla con una voz apagada y vacía, como si estuviera repitiéndolo todo con el piloto automático puesto—. He vuelto a llamar a mi madre, pero estaba en un atasco a las afueras de la ciudad. No creía que pudiera llegar a casa pronto y me ha dicho que fuera a algún lugar seguro. He cogido una muda de ropa y algunas cosas de mi casa, pero ya había mucho humo, así que he pensado que lo mejor era volver al instituto por si tenían más información. No quería arriesgarme a quedarme allí por si el fuego se extendía. Seguro que la casa sigue ardiendo.

—¡Joder, qué mierda! Lo siento. ¿No debías esperar a que uno de tus padres viniera a por ti antes de marcharte?

—Me he ido y ya está —contestó encogiéndose de hombros—. Los profes ya tenían suficiente por lo que preocuparse como para estar pendientes del nuevo. De todos modos mi padre no usa «teléfonos móviles» —añade haciendo el signo de las comillas con los dedos.

No lo conozco de nada, pero me da la impresión de que está triste.

Se ha quitado su habitual camisa de cuadros, que llevaba abotonada hasta arriba, y la ha cambiado por una camiseta que deja a la vista unos tatuajes que le recorren el brazo izquierdo. Al parecer también tiene algo escrito en el otro antebrazo, pero no puedo verlo bien.

—¿Y a dónde vas a ir ahora si no te quedas esperando a tus padres? —me pregunta Liam.

Se me cae el alma a los pies; ni siquiera había pensado que tendré que atravesar el caos en el que se ha convertido Cleveland para llegar a casa. Se me traba la lengua mientras intento dar con un plan.

—Supongo que debería ir a buscar a mis padres. Creo que iré primero al trabajo de mi madre. —Trabaja a varias manzanas de donde estamos, pero puede que sea mi mejor opción.

—¿Has hablado con ellos desde que empezó todo esto?

—No, no he podido ponerme en contacto con ninguno de los dos. Me pasaré por el trabajo de mi madre y veré si sigue allí. Puede que haya intentado venir a buscarme al instituto, aunque no pienso volver allí. —Por un momento Liam parece estar perdido en sus pensamientos—. ¿Y a dónde vas a ir tú?

—Iba a hacer lo mismo, ir al trabajo de mi padre, pero ni siquiera estoy seguro de saber dónde está. —De pronto se le ve muy cansado y, por primera vez, me doy cuenta del bonito tono verde de sus ojos. Casi el opuesto perfecto al turbio tono marrón que me ha tocado a mí—. Aún no conozco tan bien la ciudad.

Sin pensarlo, me ofrezco voluntaria.

—Puedo acompañarte.

«Por favor, no me dejes sola».

Antes de que tenga oportunidad de responder, oímos unos cristales rompiéndose y los dos nos volvemos hacia la calle. Tres chicos con palanquetas están rompiendo el escaparate de una pequeña tienda de

electrodomésticos. No se dan cuenta de que estamos mirando, pero por si acaso, me pego contra la pared del supermercado. Los músculos de los brazos de Liam se tensan.

—Tenemos que salir de la ciudad.

—¿Y mis padres? —pregunto mirando hacia atrás. Mis padres son de lo más pacífico que hay, así que no me los imagino defendiéndose contra vándalos ni compañeros de trabajo rabiosos.

—Con un poco de suerte se habrán escondido en algún sitio seguro, pero mis viejos querrían que me fuera a un lugar seguro. Podría encontrarte un coche si quieres ir a buscar a tu familia, pero ahora mismo no hay nada que podamos hacer por ellos. Tenemos que salir de la ciudad y creo que tendríamos que haberlo hecho hace horas.

—Tengo un hermano pequeño —susurro más para mí que para Liam.

—Su colegio tendrá un plan en marcha para mantener a los niños a salvo —dice resultando sorprendentemente tranquilizador. Ninguno de los dos menciona lo poco que había hecho nuestro instituto por nuestra seguridad.

Cuando el escaparate de la tienda se rompe del todo, desvío la mirada al final de la calle. Ojalá fuera más valiente, pero sé que, no voy a adentrarme en la ciudad yo sola.

Ladea la cabeza hacia mí como pidiéndome permiso. No quiero ir, aunque no sé qué otra cosa hacer. Ahora mismo estoy haciendo lo posible por no llorar delante de este motorista tatuado que me está mirando como si estuviera a punto de derrumbarme. Finalmente asiento con la cabeza.

—Vamos.

Capítulo Cuatro

Savannah

«¿Qué mierda está pasando? No deberíamos habernos marchado nunca. Jamás me perdonarán por esto. Ojalá supiera cómo hacer un puente a un coche».

Un millón de pensamientos inundaban mi cabeza mientras los cuatro corríamos a tope hacia Nuevo Ravencrest. Ya llevábamos diez minutos y ni siquiera estábamos a medio camino de casa. Varias situaciones aparecían en mi cabeza, y todas ellas terminaban con alguien que conocía muerto. Había insistido tanto en que me dejaran colaborar, y ahora no estaba donde tenía que estar para proteger a mis amigos.

Como era la que tenía las piernas más cortas, cerraba la marcha en el *sprint* hacia casa. Aunque por sus irregulares zancadas, era evidente que Alex, Zack y Pierce también estaban agotados. Sin embargo, mantenían un ritmo constante que yo no creía poder seguir mucho más tiempo. Pensaba que estaba en muy buena forma, teniendo en cuenta todo el tiempo que había estado encerrada, pero resultó que aún tenía mucho que mejorar.

Cuando pasamos corriendo por un pasadizo cubierto de árboles entre unas casas de lujo, empecé a respirar entrecortadamente. Enseguida perdí de vista a los chicos por el serpenteante camino, aunque aún podía oír sus pisadas constantes. En esos momentos, intentar no hacer ningún ruido era la menor de nuestras preocupaciones, aunque tampoco es que tuviéramos tiempo de parar a cargarnos algún Z si se daba el caso. Teníamos que seguir.

Me preparé mentalmente para acelerar mi marcha en un último esfuerzo, pero me tropecé con algo y eso me detuvo. Estaba a punto de seguir cuando alguien me agarró de la cintura y tiró de mí hacia un patio cercano.

Mi primera reacción fue pensar que se trataba de un zombi y me puse a gritar como una loca esperando que alguien de mi equipo me oyera. Empecé a sacudirme violentamente para intentar liberarme de mi asaltante, pero seguía sujetándome con fuerza, así que di una patada hacia atrás y noté que mi bota golpeaba un hueso. Quienquiera que fuera emitió un quejido, pero no me soltó.

Me quedé paralizada al notar el frío de un cuchillo en el cuello y me di cuenta de lo equivocada que había estado. Sin embargo, quedarme quieta, de manera tan brusca, no hizo que mi captor parara. Me agarró por la cintura con más fuerza mientras tiraba de mí hacia atrás. No tuve otra opción que

moverme. Luché contra mis ganas de resistirme, tenía que estar calmada y averiguar qué estaba pasando. La cosa podía terminar mal de cualquier manera, pero tener la mente fría me llevaría mucho más lejos.

Me tropecé con mis propios pies al alejarnos más y más del camino. Mi mente se vio invadida por las historias sobre lo que les sucedía a las mujeres desde que la civilización se había desmoronado. No podía arriesgarme a cabrear a nadie que me hubiera puesto un cuchillo en el cuello.

—Ten cuidado —me susurró al oído una áspera voz masculina, mientras, sujetándome contra su cuerpo, me subía por los escalones de madera de un porche y me metía en una de las casas.

No tenía forma de saber si los chicos me habían oído gritar, si vendrían a buscarme. La puerta de cristal se cerró a nuestras espaldas más pronto de lo que hubiera querido. Estábamos en una de las casas abandonadas de Ravencrest, solos.

La puerta trasera por la que entramos conducía a un pequeño cuarto de la colada del que me sacó rápida y eficazmente. Nos detuvimos un instante para que el asaltante tirara al suelo mi ballesta. Me estremecí con el ruido que hizo al caer sobre las baldosas azul claro.

Me había olvidado la pistola debido a las prisas por salir del centro médico, pero aún llevaba un cuchillo guardado en mi bota. Lo único que tenía que hacer era pensar en cómo cogerlo. «Sólo tengo que encontrar el momento».

Cuando llegamos al elegante salón, nos detuvimos; al parecer mi raptor estaba buscando algo. Me apartó el cuchillo del cuello, pero sólo el tiempo justo para atarme las manos por detrás de la espalda. Parecía cordel, aunque no podía estar segura. Removí las muñecas hasta que logré colocarme en una posición más cómoda.

—Siéntate —ordenó. Sonaba casi tan nervioso como me sentía yo.

Vi un sofá muy acolchado con motivos florales al otro lado de la habitación y me dirigí hacia allí. Estaba encantada de poder alejarme de él, pero me sorprendió un poco que me soltara. No es que hubiera capturado nunca a alguien como rehén, pero tenía claro que no lo habría hecho así.

Al sentarme, por fin, vi al hombre que me retenía. Bueno, me había parecido un hombre, pero una vez lo tuve frente a mí, me di cuenta de que tendría dos años más que yo. Dieciocho como mucho, o menos probablemente.

Le observé con detenimiento. Era alto, tal vez tanto como Alex con su metro ochenta y ocho, y llevaba el corte de pelo más ridículo que había visto en mi vida. Lo tenía negro, revuelto y desigualado. Parecía que se lo hubiera cortado hacía meses. Le llegaba hasta las orejas y tenía que apartárselo de los ojos cada pocos segundos mientras caminaba de lado a lado, aparentemente conforme con que me hubiera sentado en el sofá.

Parecía que llevaba semanas sin cambiarse de ropa. «¿Así es la vida ahora? ¿Así vive la mayoría de la gente?». No me permití pensar en lo que

podían llegar a hacer los seres humanos movidos por la desesperación.

Mientras seguía caminando por la espaciosa habitación —ni se molestó en mirarme— me planteé tomar el control de la situación abalanzándome sobre él, pero se aferraba con tanta fuerza a la empuñadura de su cuchillo que los nudillos se le habían puesto blancos. Y, además, yo seguía con las manos atadas. No podía arriesgarme.

—¿Vives en el instituto? ¿En el de la ciudad? —preguntó. No dejó de caminar y seguía con la mirada clavada en el suelo.

—Sí. —No tenía ninguna intención de darle información de manera gratuita, pero respiré con alivio al comprobar que no parecía estar interesado en mí.

—¿Cuánta gente vive allí?

—¿Por qué?

El chico dejó de moverse por fin y me miró, aunque sólo brevemente. Su cara llena de suciedad tenía una dura expresión que reflejaba pánico. Me quedé sorprendida cuando respondió a mi pregunta.

—Estoy buscando a alguien. Miles Donovan. ¿Lo conoces? —Sabía perfectamente de quién estaba hablando.

—No, lo siento. No lo conozco. —Bajé la mirada hacia la espantosa alfombra rosa que tenía bajo mis pies.

—¿Cuántas personas vivís en el instituto?

—No lo sé. Casi doscientos. A lo mejor más.

—Entonces es posible que esté allí y que no lo conozcas. —No sonó muy esperanzado.

—Puede, supongo, aunque somos un grupo muy unido. Nos solemos ver todos a la hora de las comidas.

Pensé en preguntarle cómo era su amigo para alargar la conversación y ganar tiempo con la esperanza de que mi equipo me encontrara. Pero fui incapaz de formar las palabras.

No había llegado a conocerlo personalmente, pero sabía que Miles Donovan había muerto hacía meses. Igual que Zack, formó parte del equipo que entró en el instituto y lo limpió de infectados para que los demás pudiéramos vivir ahí a salvo. Miles y su familia sólo llevaban unos días en la ciudad, pero quiso ayudar a mejorar las cosas. Eso le costó la vida. Zack aún hablaba de lo mucho que necesitaba a más tipos como Miles e intentaba hacer todo lo que podía por la señora Donovan y sus dos hijos pequeños.

Pero no iba a decirle a ese tío que su amigo llevaba tiempo muerto, al menos no mientras tuviera la sartén por el mango y un arma.

—Se suponía que estaba ahí. En el Instituto Ravencrest —murmuró el chico para sí después de emprender la marcha alrededor de la estancia. Parecía como si no se diera cuenta de que yo estaba ahí, así que intenté desatarme las muñecas.

—¿Cómo te llamas? —pregunté para hacer que hablara y distraerlo un poco más, aunque obtuve el efecto contrario. Dejó de moverse, se dio la

vuelta y me miró.

—Soy Cole. Cole Donovan. —De pronto sentí ganas de vomitar.

—¿Es… Es tu padre ese tal Miles?

Sólo lo había visto una vez, pero Cole no se parecía a él más que por el pelo casi negro. Miles tenía la piel bronceada y los ojos de un marrón muy parecido al mío. Los ojos de Cole eran azul oscuro y destacaban sobre su piel clara.

—No, mi tío. —Volvió a apartarse el pelo de la cara—. Tengo que encontrarlo. —Su voz sonó a súplica.

—Pues bueno, Cole, yo soy Savannah. ¿Qué necesitas exactamente? A lo mejor puedo guiarte en la dirección correcta. —Sentí el cordel caer sobre el cojín del sillón y me preparé para abordar a ese chico que estaba jugando a hacerse el duro.

Cole.

—Necesito tu ayuda. —Vale. No era lo que me esperaba. Tal vez, después de todo, no iba a ser tan difícil salir de ésa.

—Pues yo necesito que tú bajes ese cuchillo. Hazlo y hablaremos. —Planté bien los pies contra el suelo y me preparé para impulsarme, pero me detuve cuando alargó la mano hacia una mesa cercana con la intención de soltar el arma. Sus dedos habían empezado a relajarse cuando un ruido llegó desde el otro lado de la casa y volvió a agarrar la empuñadura del arma con fuerza, al tiempo que volteaba la cabeza en esa dirección.

—¡Savannah! —gritó alguien—. Savannah, ¿estás ahí dentro? —Parecía Zack.

Cole se tensó y miró hacia las ventanas delanteras. Supe que aquella era mi única oportunidad. Tenía que arriesgarme.

Corrí hacia Cole y lo intenté derribar con todas mis fuerzas. Era más fuerte de lo que parecía y sólo pude empujarlo hacia atrás unos metros.

Con un brazo intenté sujetarlo mientras llevaba el otro hacia el cuchillo. Cole reaccionó demasiado tarde y, aunque no logré hacerme con el cuchillo, sí que se lo tiré al suelo.

Cole soltó una palabrota e intentó cogerlo, pero logré darle una patada en mitad del estómago y cayó al suelo.

Me puse en posición de defensa preparándome para atacar otra vez, pero se quedó ahí sentado, como perplejo. Aproveché la oportunidad para coger la navaja que tenía escondida en mi bota y lo apunté con ella.

—No te muevas.

Ni siquiera se molestó en ponerse de pie y se limitó a alzar las manos sobre la cabeza como resignado.

—No quiero luchar contigo.

—Pues a lo mejor deberías habértelo pensado antes de intentar secuestrarme.

—No quería… Sólo… Necesito tu ayuda.

—¡Estoy aquí dentro, chicos! —grité esperando que mis amigos

pudieran oírme.

No aparté los ojos de Cole cuando le di una patada al cuchillo, que fue a parar al cuarto de la colada, fuera de su alcance.

Parecía que los chicos no estaban teniendo mucha suerte en su intento de echar la puerta abajo.

—¡Savannah, ya vamos! —gritó Alex.

Quería ir a abrirles, pero no podía darle la espalda a Cole ni por un segundo. Seguro que tenía más armas, además de un cuchillo de cocina.

Una parte de mí deseaba que intentara escapar. Tampoco es que yo hubiera podido clavarle el cuchillo en las entrañas en plan ninja ni nada por el estilo. Pero si hubiera echado a correr probablemente ya habría podido salir por la puerta lateral. «¿A qué está esperando?».

—Bueno, parece que estás bien. —Pierce entró por el cuarto de la colada con expresión divertida—. ¿Va todo bien? —Casi me reí a carcajadas. Muy típico de Pierce encontrar la forma fácil de entrar mientras los tarugos de ahí fuera seguían abalanzándose contra una puerta de madera maciza.

—Sí, estoy bien. Ha sido un pequeño malentendido. —Bajé el cuchillo. Cole se levantó del suelo, parecía tan confuso como yo.

Si les contara a los chicos que me había agarrado amenazándome con un cuchillo, lo matarían. Y ya había habido demasiadas muertes.

—Es Cole.

«Da pena verlo así, tan perdido». Yo conocía bien esa sensación. Lo había vivido antes.

Pierce no parecía convencido.

—Estoy bien, de verdad. Ve a abrir la puerta y deja que pasen los chicos.

Pierce se encogió de hombros. Su piel oscura aún estaba cubierta de sudor y recordé la razón por la que habíamos estado atravesando una pesadilla en un área residencial. En medio de todo el caos, me había olvidado por completo. «¡Tenemos que volver al instituto!».

—Mira, deberías irte, ¿vale? —Observé a Cole y señalé hacia la puerta trasera—. No podemos ayudarte.

—Ni siquiera sabes lo que necesito.

—Sé que no tengo tiempo.

—Por favor. Sólo pido entrar en ese instituto para preguntar si alguien sabe a dónde podría haber ido mi tío. Por favor.

—Eh, ¿qué está pasando aquí? —Zack estaba apuntando con su pistola al recién llegado—. ¿Quién eres tú?

Cole no se molestó en levantar las manos, y yo no me molesté en decirle a Zack que bajara la pistola. Sólo quería encontrar un modo de acabar con todo aquello lo antes posible y salir de allí para ir donde realmente nos necesitaban.

—Este chico es nuevo en la ciudad y solamente estaba buscando algo de información —dije intentando lanzarle a Cole una mirada que le aclarara

que no debía abrir la puñetera boca—. Tenemos que irnos.

—No. No hasta que nos cuentes, exactamente, qué ha pasado —protestó Zack.

Suspiré por dentro, aliviada de ver a mi mejor amigo más decidido que furioso. Zack sabía cómo controlarse, así que me alegré de que fuera él el único que empuñaba un arma. Quedaba muy poca gente en aquel mundo como para ir por ahí matándonos los unos a los otros sólo porque estábamos teniendo un día extremadamente malo—. Te hemos oído gritar y, cuando nos hemos dado la vuelta, habías desaparecido.

—Diez segundos después se nos ha echado encima un mega Z que se había estado ocultando en unos arbustos. Ha salido como de la nada. Savvy, nos hemos pensado lo peor —añadió Alex innegablemente cabreado. Después sus hombros se relajaron y su expresión se suavizó—. ¿Seguro que estás bien? —La voz de Alex era profunda y fuerte. Oírlo hablar siempre había tenido un efecto calmante en mí. Saber que había estado preocupado por mí hizo que mi corazón latiera con fuerza otra vez.

—Muy bien.

—Entonces, ¿qué estamos haciendo aquí? No tenemos ni idea de qué mierda estará pasando en el instituto. ¿Podría irnos peor hoy?

—¡Ay, alma cándida! No tienes más que pedirlo —dijo Zack volteando los ojos exageradamente.

—Mira, yo tampoco he planeado nada de esto —comenté encogiéndome de hombros en señal de disculpa—. Ya podemos irnos.

—Vale, vamos. —Alex se giró hacia la puerta en un abrir y cerrar de ojos, y no pude culparlo. Seguro que estaba preocupadísimo por su madre. Y por Marybeth.

—Espera —dije. Todos se dieron la vuelta y me miraron—. Pierce, dale tu pistola. —Señalé a Cole con el pulgar.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tú hazlo. Venga, tenemos que irnos. —Por suerte, Pierce no discutió y se sacó el arma de la cinturilla de los vaqueros. Antes de que pudiera dársela a Cole, Alex alargó la mano para detenerlo.

—En serio, Savannah. ¿Por qué estamos ayudando a este tío? Ahora tenemos que proteger a los nuestros, no a un extraño que ha entrado en la ciudad buscando a saber qué. Debemos marcharnos, y probablemente necesitemos todas las armas con las que podamos contar.

—Estamos bien. Tenemos refuerzos, y refuerzos de refuerzos, y habrá más aún en la base. La necesita más que nosotros y cuanto más discutamos sobre esto, más tiempo nos quedaremos en esta jodida casa cuando tenemos otros sitios a los que ir.

Alex no tenía pinta de estar satisfecho con la idea, pero cedió y bajó el brazo.

Cole parecía dudoso, pero finalmente la cogió de la mano extendida de Pierce.

—Ni siquiera sé cómo usarla.

«¿Cómo leches ha sobrevivido este chico todo este tiempo?».

—Bueno, pues tendrás que averiguarlo. Nosotros nos vamos y tú deberías marcharte de la ciudad.

Los chicos avanzaron hacia la puerta, pero Cole no se movió.

—Mira —le dije susurrando—, no sé cómo funcionan las cosas dondequiera que vivieras antes, pero por aquí ir raptando a chicas por las calles no ayuda a que después te echen un cable ¿sabes? Pero tienes suerte, me has pillado en un momento de debilidad, así que deberías irte. Tenemos problemas de los que ocuparnos.

Mientras hablaba, Cole asentía lentamente sin apartar los ojos de mí, como si estuviera asumiendo la situación en la que se acababa de meter.

Ya no me quedaba más compasión que ofrecer, así que no me quedé a esperar una respuesta, ni le deseé buena suerte. Me di la vuelta y me marché con mis amigos, segura de que jamás volvería a ver a ese chico de ojos azules. Aparte de Cole, a quien había dejado atónito en el salón, fui la última en salir y no me molesté en cerrar la puerta. Tenía cosas más importantes en las que pensar.

—¿Listos? —pregunté al llegar a la acera.

—Listos.

Partimos hacia el Instituto Ravencrest y no miramos atrás.

Capítulo Cinco

Savannah

Cuando ya estábamos a unas cuantas manzanas del instituto, aminoramos y continuamos caminando. Me esperaba oír sonidos de disparos o, al menos, gritos de algún tipo. Nada. Alex y yo nos miramos, pero seguimos avanzando sin decir nada. Tuve que controlarme para no mirar atrás cada pocos pasos.

Y a tan sólo una manzana del instituto, oímos los ruidos que me atormentaban en las pesadillas: carne rasgándose y gritos enloquecidos. En un acto reflejo, me hice con la ballesta y los chicos hicieron lo propio con sus armas. En ese momento deseé no haberme dejado la pistola. Siempre era un alivio poder utilizar algo tan letal en lugar de la ballesta, con la que era más fácil fallar.

Llegamos a una hilera de casas que habíamos despejado hacía tiempo, las ventanas estaban orientadas al aparcamiento del instituto. Le di un golpecito a Zack en el hombro y logré captar la atención de Alex y Pierce tosiendo suavemente antes de dirigirme hacia la primera casa de la manzana.

—No —susurró Pierce.

—Lo sé. —«Esto no pinta nada bien».

Entramos en la casa que se había dejado abierta. Estaba vacía porque los muebles y provisiones se habían trasladado al instituto. Avanzamos en silencio hacia una gran ventana salediza.

Lo primero que vi al correr la cortina fue un enjambre de unos ocho zombis alimentándose de un cuerpo justo frente al instituto. *El instituto*, el lugar donde había estado viviendo todo el mundo que conocíamos. Por lo que parecía, ese grupo de muertos era sólo una pequeña parte de los invasores. Oí una arcada detrás de mí.

—¿Qué mierda ha pasado? —susurró Zack.

Había, al menos, otros treinta infectados en el césped distraídos con comida, y ésos eran sólo los que podíamos ver desde ese ángulo. Las puertas dobles que conducían al vestíbulo del instituto estaban abiertas de par en par.

—Tenemos que comprobar si podemos ayudar —dije sin poder apartar la vista de la ventana.

—Hay demasiados —respondió Zack y supe que tenía razón.

—No, parece que todos son de la primera generación. Son tan estúpidos como para seguir comiendo y dejarnos pasar andando por delante

—opinó Alex.

—Ya, claro, hasta que terminen de comer —respondió Zack sacudiendo la cabeza horrorizado.

—Mirad, chicos —dijo Pierce señalando hacia el aparcamiento en el lado oeste del instituto—. Falta la mayoría de los coches. Se han ido. —Al menos la mitad de los coches que solían quedarse inutilizados en el aparcamiento habían desaparecido.

—No todo el mundo —apostilló Alex mirando fijamente al cuerpo medio devorado en el suelo—. Y aún podría haber más gente atrapada dentro. Tenemos que ir. —Tiró su mochila al suelo y empezó a recargar su pistola.

—Alex, no podemos. —Zack posó la mano en el hombro de su amigo —. Seguro que se han marchado. Paulson jamás dejaría a tu madre y ella no abandonaría a Marybeth. Están bien.

—Espero no tener razón, pero ni siquiera sabemos que Paulson se haya ido —apuntó Alex alzando la voz—. Tenemos que entrar ahí.

—Jamás saldremos de allí —dije—. No podemos.

—No me estáis escuchando. ¡Voy a entrar con o sin vosotros!

—¡Alex, por favor! No podemos. Nuestras familias necesitan que nos reunamos con ellos, que los ayudemos a reconstruirlo todo. No que muramos luchando por una causa perdida. —Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras le suplicaba. Deseé poder abrazarlo, poder apoyarle de algún modo.

Alex miró por la ventana y un segundo después soltó un grito estrangulado y dio un puñetazo a la pared.

—¡Entonces qué! ¿Se supone que tenemos que renunciar a nuestro refugio? ¿Dejárselo a los zombis?

—Siempre hemos sido conscientes de que esto podía pasar en cualquier momento. Nos hemos preparado para ello —dijo Zack—. Lo más probable es que casi todos hayan salido, sólo tenemos que llegar hasta ellos.

—El plan era llegar a la casa franca en Meadowvale y movernos desde ahí. Si van en coche, probablemente ya estén a mitad de camino —añadí, apoyando el argumento de Zack con la intención de aplacar la sensación de pavor que pendía sobre todos.

—Pero nosotros no tenemos coches. ¿Cuál es tu plan, Savvy? ¿Cruzar dos ciudades a pie? Tardaremos días en alcanzarlos. Para cuando lleguemos allí, ya se habrán trasladado —contestó Alex mofándose del plan.

—Encontraremos un coche. Las calles están plagadas de coches sin usar. Hay miles.

—No que tengan llaves. ¿Es que ahora sabes hacer puentes?

—Ya veremos cómo lo hacemos. Tienes que respirar hondo. —Fui hacia Alex e intenté ponerle la mano en el hombro, pero se apartó.

—No tendríamos que haber salido del instituto y lo sabes. Podríamos habernos quedado con ellos en lugar de estar aquí rompiéndonos la cabeza para averiguar qué ha pasado.

Tuve la tentación de recordarle que había sido Marybeth, y no yo, la

que nos había pedido que fuéramos, pero conociendo a Alex, eso sólo serviría para enfadarlo más.

Cuanto más esperáramos, más nervioso se pondría Alex, pero teníamos que volver a la ciudad lo antes posible y alejarnos de aquella zona infestada para buscar comida y mantas. Zack estaba soportándolo mucho mejor teniendo en cuenta que su madre también estaba en el instituto. Pero ninguno de nosotros tuvo el valor de decírselo a Alex. Cuando se ponía así, hasta yo me mantenía a distancia.

Me alegré de que se nos hubiera ocurrido llevarnos las mochilas al salir del instituto aquella mañana. Si nos hubiéramos marchado sin nada más que ropa y armas, pasaríamos más tiempo intentando encontrar comida que alcanzando al grupo.

Aun así, odié tener que renunciar a tantos de los suministros médicos por los que nos habíamos arriesgado tanto, para hacerle sitio a la pasta seca y a la ropa interior. Metí botes de pastillas y vendas en todos los recovecos que quedaron en mi mochila.

Ahora, la ciudad parecía casi vacía por completo de Zs, pero sabíamos exactamente dónde estaban, y no era nada reconfortante. Tardamos casi una hora en reunir lo necesario, pero al final disponíamos de todo lo importante, incluyendo una nueva pistola para mí.

Cuando salimos de la ciudad, caí en la cuenta de que era posible que no volviera jamás. Había vivido en Ravencrest toda mi vida y la había visto pasar por algunos cambios bastante importantes. Me dolía pensar que, lo que antes había sido una ciudad próspera, se había convertido en una tumba.

A medida que avanzábamos, nos íbamos parando a comprobar si podíamos abrir los coches y si funcionaban; incluso nos metíamos en las casas para buscar las llaves de los vehículos que estaban aparcados en la entrada. Los pocos que encontramos estaban averiados o tenían los depósitos secos. Seguimos caminando.

En más de una ocasión Alex propuso que echáramos a correr, pero, por muy rápido que fuéramos a pie, jamás podríamos alcanzar a los coches. Tenía más sentido conservar nuestra energía.

***

El mundo fuera de Ravencrest estaba mucho más carente de vida de lo que había imaginado. Poco después de que la segunda oleada azotara la ciudad, aniquilando a casi todo el mundo, mis padres murieron y me uní al resto de supervivientes. Siempre tuve la esperanza de que hubiera otras personas con las que pudiéramos contactar, pero, mientras seguíamos nuestro

camino, esa posibilidad se alejaba más y más, no había rastro de vida humana por ninguna parte.

Incluso los infectados escaseaban, sólo nos topamos con algunos el primer día, pero como tendían a seguir su fuente de alimento, lo más probable era que se hubieran marchado hacía tiempo. Ni siquiera los muertos querían tener algo que ver con ese lugar.

Matar a los pocos que nos encontramos no me resultó tan emocionante como había pensado aquella mañana. Lo único que ansiábamos era continuar nuestro avance.

—Eh, parad —dijo Alex haciendo aspavientos. Nos indicó que nos agacháramos detrás de una mediana de cemento.

Subimos por el desnivel hasta la autopista que conducía a Meadowvale. El tramo que teníamos justo enfrente estaba vacío a excepción de dos zombis que había a unos doce metros. No se dieron cuenta de que nos acercábamos porque estaban demasiado ocupados luchando entre sí.

—¿Es eso… ? —Zack no pudo acabar la frase. Estaba tan pasmado como yo. Nos acuclillamos para mirar y ninguno de los cuatro se atrevió a respirar.

Uno de los zombis, que claramente llevaba muerto mucho tiempo, arañaba vorazmente al otro: una mujer de mediana edad con un camisón manchado de sangre. Se movía mucho más deprisa que el hombre muerto. ¿O era una mujer? El cuerpo estaba demasiado desfigurado como para adivinarlo. No había duda de que la mujer del camisón ensangrentado estaba entre los que habían sobrevivido a la infección. Segunda generación: aún vivos, pero igual de hambrientos de carne.

La velocidad no era su única ventaja, y en unos segundos había logrado tumbar a su oponente boca arriba. Sin dudarlo, le aplastó el descompuesto cráneo con el pie y la víctima dejó de moverse. Sin inmutarse por lo que acababa de hacer, echó a caminar por la autopista. En nuestra dirección.

—¿Pero qué? ¿Qué ha sido eso? —murmuré.

—¡Que viene! —exclamó Pierce aterrorizado.

—Somos cuatro. No nos pasará nada. —Antes de que pudiéramos comentar un plan de ataque, Alex se levantó y disparó. La alcanzó en el hombro la primera vez, pero rápidamente lanzó otro disparo y éste le atravesó la frente. Lo miré.

—¿Qué? No quería luchar contra eso. —Se encogió de hombros—. Mirad, hay un coche aparcado al lado de la carretera, un poco más arriba. Puede que las cosas vayan mejor a partir de ahora.

Empezaba a oscurecer y la carretera estaba despejada, de manera que permitía ver lo que pudiera aproximarse en ambas direcciones; era un buen lugar para pasar la noche. Sólo tendríamos que preocuparnos de lo que pudiera salir del bosque que lindaba con la carretera, pero no quería volver a discutir con Alex.

Cogimos nuestras mochilas y seguimos a Alex. Todos miramos detenidamente a la mujer muerta, que ahora yacía desplomada en mitad de la carretera. Probablemente me había encontrado con cuatro o cinco de la segunda generación, los mega Zs. Sabía que eran más rápidos y fuertes, pero no que fueran más inteligentes. Las implicaciones de eso resultaban horripilantes.

El coche al que nos dirigíamos, y los tres siguientes, resultaron estar más allá de nuestro nivel de pericia. «A ver, ¿quién saca las llaves del contacto antes de salir del coche para huir corriendo de unos zombis? Señores, hay prioridades».

Un Volvo rojo que había chocado contra la valla parecía llevar allí sólo unos días y aún tenía las llaves, aunque no arrancaba.

—Bueno, creo que es hora de dejarlo por hoy. —Me alegré de que Zack lo dijera cuando yo no me había visto con fuerzas de hacerlo.

—Pero el siguiente podría funcionar —refunfuñó Alex con los puños en los costados.

—Pues entonces seguirá funcionando por la mañana. Está demasiado oscuro para seguir. Tenemos que encender una hoguera.

Parecía que en cualquier momento Alex fuera a patalear el suelo de la rabia, pero en lugar de eso, echó a andar hacia el bosque.

—¿A dónde vas? —gritó Zack.

—A por leña. Ahora vuelvo.

—¿Debería ir con él? —preguntó Pierce.

—¡Qué va! Dale tiempo para calmarse —respondí.

—A ver, ¿por qué nadie comenta lo de antes? —preguntó Zack con la boca llena de cereales secos. Tragó—. Esos dos estaban peleándose. Eso es nuevo, ¿no?

—Puede que no —repuso Pierce—. Si lo piensas, tiene sentido. —A pesar de que llevaba dos horas reviviendo esa imagen, era evidente que no lo había pensado con detenimiento. Para mí no tenía sentido—. Los zombis de segunda generación no son técnicamente zombis.

—¿Es que existen los zombis técnicos? —preguntó Alex.

—No es eso. Sea como sea, no son zombis normales. Se infectaron después de haberse vacunado; no murieron nunca, pero el virus tomó el control de todos modos.

—Y entonces los muertos de verdad los siguen viendo como carne fresca —terminó Alex por él, asintiendo como si todo tuviera una clara explicación.

—Exacto.

—¿Pero entonces por qué aún hay Zs de primera generación por todas partes? —Quería dejar de hablar de eso, pero mi curiosidad pudo conmigo.

—Puede que en el oeste no sea así. La vacuna fue más accesible allí, así que, ¿quién sabe?

De los cuatro, sólo Pierce se había vacunado antes de que estallara la

segunda oleada. Al parecer, su familia estaba forrada y había soltado una buena cantidad de dinero para que Pierce pudiera venir a Estados Unidos. Había estado mirando facultades de la Liga Ivy y ahora estaba aquí, acampado en mitad de una carretera con tres norteamericanos a los que conocía desde hacía sólo un par de meses.

Pierce estaba preocupado por lo que pudiera pasarle si lo mordían. A pesar de los días extra que la inoculación daba antes de que alguien se convirtiera por completo, todos estábamos de acuerdo en que preferiríamos morir a seguir viviendo y matando a los no infectados. Pero al final supongo que no importaba mucho. Ya no quedaba nada de uno mismo viviendo ahí dentro. Los infectados estaban infectados.

Intentamos cambiar de tema a algo más animado, pero los pensamientos morbosos nos siguieron toda esa noche.

El fuego había empezado a apagarse cuando apoyé la cabeza contra el hombro de Zack y cerré los ojos. No recordaba la última vez que había estado tan cansada, pero aún no quería dormirme. Temía lo que pudiera ver cuando dejara actuar a mi subconsciente.

—Hora de dormir un poco, ¿no? —Alex se rió por lo bajo—. ¿Quién quiere hacer el primer turno de vigilancia?

Los cuatro nos miramos. Pierce sacudió la cabeza rápidamente.

—¡Ah no! Yo no. Me siento como si pudiera pasarme el apocalipsis durmiendo.

Volteé la mirada, aunque sonreí a Pierce para que viera que sabía exactamente cómo se sentía.

—Vale, nenazas —dijo Zack antes de soltar un largo gruñido—. Yo lo haré. Dos horas y después se ocupa otro, ¿hecho?

Todos asentimos con ganas.

Cuando Zack se levantó para apagar el fuego, me obligué a alzar la cabeza. Saqué una manta fina de mi mochila y me hice una ovillo sobre el pavimento. Si no encontrábamos pronto a nuestro grupo, los sacos de dormir iban a tener que subir de puesto en la lista de prioridades. Y unas bicis. Unas bicis estarían bien.

Sentí cómo mi mente flotaba a la deriva mientras intentaba luchar contra el sueño un rato más.

Alex y Pierce estaban a unos metros de mí, estirados y con la cabeza apoyada en el brazo. Me acurruqué más deseando tener mi almohada cuando Zack se acercó buscando algo en su mochila. Extendió su manta encima de la mía y le sonreí para darle las gracias antes de que se sentara cerca de mis pies.

—Buenas noches, chicos —dije.

—Buenas noches.

—*Ta* mañana. —Zack me apretó los pies como para reconfortarme.

—Buenas… no…. —profirió Alex. Pocos minutos después estaba roncando y yo me quedé dormida escuchando la respiración de mis amigos.

Capítulo Seis

Savannah

—Despierta. —Sentí que alguien me zarandeaba y abrí los ojos lentamente. Parpadeé un par de veces antes de recordar dónde estaba y cómo había llegado a dormir en la carretera. Los sucesos del día anterior amenazaban con abrumarme y dejé escapar un gruñido cuando la tensión se precipitó en mi cuerpo—. Savannah, despierta. Ya. —Pierce estaba de pie a mi lado, pero apenas podía verlo. Seguía oscuro y yo estaba muy cansada.

—¿Qué pasa? —Alex se incorporó y encendió una linterna que me apuntó directamente a los ojos. Los cerré y le hice un corte de mangas.

—Apaga eso —chistó Pierce—. Viene gente. Vienen directos hacia nosotros. —La luz se apagó y durante unos segundos no pude distinguir nada más que unas manchitas blancas flotando frente a mí.

—¿Qué? ¿Dónde? —Me froté los ojos.

—Por donde hemos venido. Creo que veo faros.

Me di la vuelta y conseguí distinguir exactamente lo que decía. Alrededor de veinte molestos puntos de luz avanzaban hacia nosotros. No se movían deprisa, pero aun así era lo último que me esperaba ver a esas horas de la noche. Mi cerebro despertó de pronto al darme cuenta de que, fácilmente, podría ser un grupo de supervivientes cruzando la autopista de noche.

—Puede que sean los nuestros —sugirió Alex como si me hubiera leído el pensamiento.

—¿Y por qué iban a viajar de noche? Podría ser cualquiera. —Pierce, siempre la voz de la razón, pero también el rompedor de esperanzas.

—Vale, pues vamos a esperar aquí hasta que lleguen y ya veremos —dije.

No creía que el alcalde Paulson hubiera propuesto vagar por la carretera de noche en una zona que no se sabía si era segura, pero deseaba equivocarme. Tal vez se habían visto obligados a salir de la ciudad y no habían encontrado ningún sitio donde pasar la noche. Tal vez nos estaban buscando.

Nos movimos en silencio y atinamos a recoger nuestras cosas en la oscuridad mientras los extraños se acercaban cada vez más.

Había algunas estrellas, pero los nubarrones de abril evitaban que iluminaran lo suficiente para ver lo que se avecinaba.

—¿Y si no son ellos? —preguntó Zack, dándole voz al pensamiento que estaba intentando ignorar.

Como de costumbre, fue el último en despertarse del todo. El Zack recién levantado era otra clase de zombi y, como había hecho el turno de vigilancia, no había podido dormir mucho.

—¿Pero y si lo son? —respondí. Necesitaba que fueran ellos.

Poco después, el grupo estaba tan cerca que podíamos distinguir las siluetas de decenas de personas que caminaban junto a los coches, gritando, riendo y disparando. Estaban armando tal barullo que parecía que quisieran atraer la atención de los infectados. Incluso estaban disparando al aire. Se me cayó el alma a los pies al comprobar que no eran ellos.

—Si nosotros podemos verlos, ¿cuánto más tienen que acercarse hasta que nos vean? —preguntó Alex. La tensión que denotaba su tono de voz aumentaba a medida que la situación se volvía más peligrosa—. Deberíamos apartarnos de su camino.

—¿Y a dónde vamos? No podemos quedarnos en la carretera —dijo Zack guardando en su mochila la manta que le había pasado—. Acabarán viéndonos.

—Entraremos al bosque y esperaremos. Nos quedaremos cerca hasta que pasen de largo y después nos reagruparemos —dijo Alex sin vacilar.

—¿Por qué nos tenemos que separar? —pregunté. Miré hacia el bosque. Los árboles proyectaban una siniestra sombra que devoraba toda luz. Definitivamente no era un lugar al que entraría sola.

—Así será mucho más difícil que nos vean. Si tienen tantos coches y armas, probablemente también tengan suficiente luz como para ver a cuatro adolescentes agazapados en los arbustos. ¿Por qué arriesgarnos? Nos saldrá bien.

Me tembló la respiración al exhalar y me mordí el labio para no llorar de frustración. Sabía que estaba exagerando, pero una vez las lágrimas se deciden a salir, cuesta mucho contenerse. Podía confiar en Alex. Había viajado hasta allí desde Florida, así que tenía que saber lo que hacía.

—Vale —acepté, a pesar de que la idea no me gustara.

Alex se echó la mochila al hombro y nos hizo señas para indicar por qué lado debíamos ir. Pierce y yo teníamos que meternos por un lateral de la carretera mientras que Zack y Alex irían por el otro.

Zack me dio un apretón en el hombro para animarme y yo le di un abrazo rápido porque era lo que necesitaba para darme fuerzas.

El ruido de los recién llegados era cada vez más fuerte. Quizás aún tardaran diez minutos en llegar a nosotros, pero podían vernos mucho antes si nos quedábamos allí como tontos. Era momento de moverse. Ahora o nunca.

Me giré y corrí hacia el bosque, la ballesta y la mochila entrechocaban porque las había colocado de pena. No se me pasó por la cabeza detenerme para ver por dónde se habían ido mis amigos. En ese momento lo único en lo que podía pensar era en huir de la carretera. Me dije que volvería a verlos a

todos muy pronto, y que seguiríamos adelante como si nada de eso hubiera pasado.

Sólo un minuto después de llegar al bosque, al oeste de la autopista, la luz del sol comenzó a abrirse paso a través de la negrura de la noche. Era más tarde de lo que había imaginado y el primer signo de la mañana fue una sorpresa bien recibida.

Cuando ya empezaba a distinguir los árboles que me rodeaban oí uno pasos que se acercaban fatigosamente. Me tiré al suelo y me arrastré con los codos, intentando hacer el menor ruido posible, hasta que me oculté detrás de un arbusto.

La luz de una linterna pasó por encima, justo en el punto donde había estado de pie. La sujetaba una mujer esbelta y de pelo negro que llevaba ropa de camuflaje y una pistola extremadamente grande. También tenía un cuchillo pequeño atado a la cintura. Disparó unas cuantas veces al bosque, y recé por que Pierce no estuviera cerca.

Me arriesgué y ladeé la cabeza cuando pasó por delante de mí. Su expresión era mezquina y tenía el brazo lleno de arañazos. Si era por las ramas o por una pelea, no lo sabía. Se la veía decidida y segura, como si llevara toda la vida luchando contra los zombis.

Me llamó la atención ver un trozo de tela roja gruesa atado alrededor de uno de sus brazos. Me pregunté si era cuestión de moda porque si lo era, me parecía bastante raro.

Al cabo de un rato dejé de oírla y me sentí lo suficientemente segura como para arrastrarme hasta el límite del bosque y echar un vistazo al resto del grupo.

Vi pasar una camioneta verde cargada de cajas, y junto a ella, tres hombres conversaban con la tranquilidad de quien sabe que no hay ningún riesgo de ataque.

Cuando el grupo llegó adonde habíamos acampado, hice un cálculo aproximado de la cantidad de personas que pasaron delante mío. Tenía que haber, al menos, trescientos; todos con armas, hablando y riéndose como si una caminata por la carretera fuera una fiesta.

Lo que más abundaba eran hombres, y todos tenían la misma tela roja que llevaba la mujer atada al brazo derecho. La mayoría llevaba ropa de camuflaje, pero había algunos que vestían con vaqueros y camisetas.

Lo más seguro era que la mujer fuera una especie de exploradora. ¿Formaban parte del ejército?

Tal vez habíamos sido extremadamente cautos al salirnos del camino para evitarlos. «A lo mejor pueden ayudarnos».

Una bala perdida dio a un árbol a unos tres metros de mí y agaché la cabeza instintivamente. Si era cierto que formaban parte del ejército, eran un poco inestables, o quizás disparar a los árboles era lo que ellos consideraban pasar un buen rato. El sigilo y el silencio era algo que tenía marcado a fuego, era resultado del instinto de supervivencia. Motivo por el cual, aquel alboroto

se me antojaba extraño. Antinatural.

Cuando me volví en dirección a la carretera, mi ballesta golpeó el tronco de un árbol cercano. Un soldado giró la cabeza bruscamente hacia mí y me pegué a ese mismo árbol, insultándome mentalmente por estúpida. Alex dejó muy claro que debíamos mantenernos ocultos y, en lugar de eso, yo me había dedicado a satisfacer mi curiosidad. Conté hasta treinta y después me adentré un poco más en el bosque.

Correr riesgos no es que me hubiera generado ninguna recompensa. Aunque esa gente pudiera ayudarnos, no intentaría establecer contacto con ellos directamente. No sin saber más. Como no se movían muy deprisa, podríamos alcanzarlos más tarde si lo necesitábamos.

Decidí esconderme hasta que pudiera reunirme de nuevo con los chicos y pensar juntos en una estrategia. Eso es lo que haría Alex. Retrocedí unos cuantos metros hasta que perdí de vista a los militares y estuve segura de que no me verían.

Poco después, vi desfilar a los últimos miembros del grupo y me permití respirar con alivio. El causante del desagradable y brusco despertar estaba a punto de desaparecer.

Cuando empecé a recolocarme el equipo en la espalda para acceder a él con mayor facilidad, oí unos gritos frenéticos que venían de la cabecera del grupo. No se parecían en nada al follón que habían estado formando un rato antes, y se me aceleró el corazón.

«¿Al final han acabado por atraer a un enjambre de Zs?». Miré a mi alrededor con desesperación. Gracias a la luz de la mañana podía ver con claridad que no había nadie cerca. No pensé. Corrí y atravesé el bosque en dirección al tumulto. «¿Y si están en problemas? Probablemente oiría más ruido, no menos. ¿Les habrá pasado algo a los chicos?».

Maldiciendo en voz baja, llegué hasta el límite forestal y estuve a tiempo de ver que dos hombres habían capturado a Zack y se lo llevaban a punta de pistola. Mi amigo avanzaba con las manos en alto. ¿Qué podían sacar de un chico escondido en el bosque? Me acerqué más para ver mejor.

Agudicé el oído para entender lo que estaba ocurriendo, pero no podía distinguir mucho por la cantidad de voces que hablaban a la vez. Mordiéndome el labio, me recordé que tenía que respirar.

Zack bajó los brazos y tiró al suelo su pistola y su martillo como muestra de cooperación, pero, igualmente, uno de los soldados le colocó los brazos por detrás de la espalda con violencia y le dio la vuelta para situarlo frente a otro soldado. Zack se estremeció y sacudió la cabeza desesperadamente; su habitual sonrisa relajada y su calmada actitud se habían esfumado.

Habló con el soldado durante casi un minuto, pero no capté ni una sola palabra. El militar parecía estar impacientándose. Sacudió la mano hacia Zack con desdén y se dio la vuelta.

De pronto, un tercer soldado se apartó de una camioneta y le dio un

puñetazo a Zack en la mandíbula haciendo que se tambaleara hacia atrás.

Apreté los puños indignada. Cogí la ballesta y me preparé para defender a mi amigo, pero entonces alguien me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia atrás.

—Yo no lo haría si fuera tú —me advirtió una voz masculina por detrás. «¡Mierda!».

No tenía intención de que volvieran a retenerme en contra de mi voluntad, así que me giré al tiempo que soltaba una patada a mi atacante. La presión de mi muñeca disminuyó cuando mi pie dio en el objetivo. Una mandíbula. Concretamente, la de Cole.

Capítulo Siete

Zarah

Me agacho detrás del alféizar de la ventana y, lentamente, aparto la cortina. Liam sigue sentado en una silla en el otro extremo del salón, no quiere acercarse a lo que sea que está pasando fuera. Dice que ya ha visto demasiadas «cosas» de esas para toda su vida y no puedo culparlo, pero tengo que verlo por mí misma. Tenía la esperanza de que no hubiera tantos más lejos, pero los vemos pasar constantemente, saliendo de la ciudad.

Ni siquiera aquí estamos a salvo.

Observo a un grupo de al menos una docena de infectados que avanzan arrastrando los pies. No quiero saber qué ha llamado su atención; espero no ser yo.

Salimos de Cleveland hace tres días y hemos estado escondidos en los barrios de las afueras desde entonces.

Liam no deja de decirme que debería aceptar las cosas tal y como son. Que esas personas tendrían que estar muertas, pero que en realidad no lo están. Pronuncia la palabra «zombi» al menos tres veces en una hora, pero yo no quiero ni pensarlo. Es ridículo. Yo creo que es alguna especie de locura causada por la rabia. Podría ser, ¿no?

El grupo desaparece al final de la calle y suelto la gruesa cortina de color morado. Liam sigue sentado en la silla mirándome.

—¿Todo despejado?

—Por ahora. —Me levanto y voy a la cocina. La luz se fue anoche y aún no ha vuelto. Al menos pudimos ver las noticias un rato, aunque tampoco es que nos dijeran mucho. La gente está aterrorizada, y no me sorprende. Me quedé ahí sentada esperando a que alguien culpara de toda esta situación a los terroristas y a que Liam me mirara con cara de disgusto, pero ese momento nunca llegó. Esta enfermedad, sea lo que sea, es de cosecha propia.

Ahora mismo, nuestra misión en la vida, además de evitar que nos coman, es comer todo lo que podría empezar a descomponerse. Tengo que mantenerme entretenida con algo, así que me centro en la comida.

—¿Quieres algo?

—Me beberé el último vaso de leche —responde antes de apresurarse a añadir—: Si no te importa.

Las cosas han sido un poco raras desde que Liam forzó la puerta trasera y entramos en el *bungalow*. Es como si, ahora que ya no había peligro

inminente, no tuviéramos ni idea de qué hacer. Aunque lleve viviendo con él tres días, apenas conozco a este chico.

Por lo que sabemos, en el 3632 de Birch Avenue vivía una pareja de ancianitas orgullosas de sus trabajos de costura y sus juegos de té. Y aunque, sin duda, se agradece lo del té, un ordenador nos habría resultado tremendamente útil… siempre que hubiera luz, claro. No tengo ni idea de dónde están ahora las habitantes de esta casa, pero espero que se encuentren en mitad de unas vacaciones totalmente oportunas.

Esta comida no nos durará para siempre y, más que nada, quiero saber qué está pasando fuera de estas paredes, fuera de Cleveland. «¿Hasta dónde se ha extendido esta cosa?».

Mientras sirvo un vaso de leche para Liam y uno de zumo de naranja para mí, me pregunto cuánto me durará la batería del móvil. Estoy intentando quitarme el vicio de mirarlo constantemente para ver si tengo alguna llamada perdida o mensajes y, así, conservar la batería. Todavía no sé nada de mis padres. Y soy consciente de lo que puede significar eso, aunque no estoy lista para afrontarlo. Aún no.

El padre de Liam lo llamó mientras estábamos saliendo de Cleveland y ha llamado dos veces al día desde entonces prometiendo que nos sacará de aquí en cuanto pueda.

Su madre lleva muerta tres días. No habla de ello, y yo no hablo de todas las dudas que me dan vueltas en la cabeza.

No saber nada es una auténtica tortura, sobre todo cuando el peor resultado posible es el más probable. Si estuviera en manos de mi padre ponerse en contacto conmigo, ya lo habría hecho. Mi madre no se habría conformado con oír mi voz. De algún modo habría logrado presentarse en el porche delantero de esta casa y aporrear la puerta hasta que la dejara entrar.

***

Es la cuarta noche que pasamos aquí y me despiertan unas luces extremadamente horteras. Ha vuelto la luz en mitad de la noche. Me he quedado dormida en el sofá y Liam está tirado en un sillón. No queremos dormir en las habitaciones por si necesitáramos salir corriendo en mitad de la noche.

Caigo en algo: si la luz ha vuelto, eso significa que por fin podemos encender la tele y enterarnos de algo.

Parpadeo unas cuantas veces hasta que mi vista se vuelve nítida, y después me siento en el sofá. Liam sigue roncando suavemente, ajeno por completo al hecho de que ya tenemos luz. Y tener luz significa tener televisión

y, lo más importante, tener televisión quiere decir que tendremos noticias.

—Liam, despierta. —No responde—. Liam, la luz ha vuelto. —Me inclino sobre un lado del sofá y le empujo el pie con la mano—. Des-pier-ta.

—¡Qué! —me grita. Durante los últimos días he aprendido que es de esos chicos a los que les gusta… no, mejor dicho, que necesitan dormir mucho.

—Mira. Ha vuelto la luz. —Agito el mando de la televisión y al darse cuenta de lo que eso significa se le ilumina la cara. Me sonrojo cuando se incorpora. Duerme en calzoncillos y aún no me he acostumbrado.

—¿A qué esperas? Enciéndela.

Al apretar el botón del mando me encuentro que en el canal de noticias hay interferencias. El siguiente canal está emitiendo publicidad y ahora mismo no puedo sentarme a ver un anuncio de suavizante para la ropa. Vuelvo a cambiar de canal.

Encontramos un canal nacional de noticias. No es el primero que elegiría, pero ahora no es momento de ponerme quisquillosa sobre las noticias que manipulan por los políticos. Creo que todos los partidos coincidirán en que esta enfermedad es una mala noticia para todos.

La cadena está emitiendo una serie de imágenes de gente que es evacuada de sus casas y transportada en furgonetas blancas mientras los últimos titulares aparecen en negrita en la parte baja de la pantalla. Clavo la mirada en la puerta delantera a la vez que recojo mi larga melena negra en una coleta baja.

Aún no saben mucho sobre el origen de la enfermedad, pero, por lo que parece, la prioridad es evitar que se extienda, lo cual a mí me parece muy bien.

Al rato, pasan la conexión a la redacción y aparecen tres personas con aspecto engreído y pretencioso. Habla una presentadora asiática entrada en años.

«Para los que acaban de sintonizar, en la zona de Cleveland se han iniciado las operaciones de rescate. La luz se ha restablecido en el setenta por ciento de las casas al norte del centro de la ciudad, y funcionarios del gobierno están empezando a evacuar a los supervivientes. Todos los infectados están siendo trasladados a una zona en cuarentena para averiguar cómo vencer esta terrible enfermedad. Si están sintonizando desde la zona de Cleveland, por favor permanezcan donde se encuentran y coloquen un trozo de tela roja fuera de su casa o ubicación actual para hacer notar su presencia y así acelerar el proceso de rescate».

Pierdo el hilo de las instrucciones cuando empiezo a imaginar nuestro rescate y cómo sería poder dejar atrás esta pesadilla.

Por lo que parece, la infección ya se ha extendido por la mayor parte del país, aunque ningún sitio se ha visto tan afectado como el nuestro. Se han encontrado casos de la enfermedad en Europa y, aunque todo el mundo coincide en que habría graves repercusiones si llegara a zonas muy pobladas o

subdesarrolladas, tienen la esperanza de que los gobiernos de los respectivos países consigan tenerlo bajo control.

Lo que más me tranquiliza es que no han mencionado ni una sola vez la palabra «zombi».

Hay mucha información que digerir y pasa un rato hasta que los titulares empiezan a repetirse. Nos hemos perdido mucho desde que nos escondimos en esta casa, pero parece que las cosas están mejorando.

El canal pasa a un corte publicitario y los dos pegamos un bote de nuestros asientos. Me veo aplaudiendo como una niña pequeña en un espectáculo de magia, Liam me observa con una sonrisa, pero no puedo evitar transmitir mi alegría.

La parte inferior de la pantalla empieza a mostrar una serie de instrucciones para los que están esperando a que los rescaten.

Tenemos que quedarnos en casa hasta que cada una de las áreas queden limpias. El ejército estará trabajando en dirección a la ciudad, no alejándose de ella, así que no deberían tardar nada.

No puedo dejar de sonreír. Sin previo aviso, siento que Liam me coge la mano y le da un apretón. Se me para el corazón. No soy capaz de mirarlo, pero le devuelvo el apretón. Ha pasado menos de una semana desde que todo se fue a la mierda, pero éste es el mejor día de mi vida.

—No nos pasará nada —dice Liam como si no se lo creyera del todo. Yo sólo puedo asentir mientras la televisión muestra imágenes de supervivientes a los que están trasladando a distintos refugios fuera del estado. Aún no han emitido ni una sola imagen de los infectados y decido interpretarlo como una muy buena señal.

Finalmente me vuelvo hacia Liam.

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperamos. Después espero recibir algunas respuestas y poder recomponer nuestras vidas.

No quiero pensar qué puede estar esperándonos ahí fuera. Sólo quiero disfrutar del momento.

Una mirada de tristeza cruza el rostro de Liam y sé que está pensando lo mismo que yo: una vida sin algunas de las personas que queremos. Mi mente lucha por apartar esos terribles pensamientos. Ya vendrán más tarde. Me acerco y pongo las manos a ambos lados de su cuello. Apenas se aprecia en su cara un gesto de sorpresa antes de acercarme del todo y besarlo, acordándome de cerrar los ojos en el último segundo.

No es como me había imaginado mi primer beso, pero si este momento no es digno de celebrar, ¿entonces cuál lo es?

Liam no tarda en relajarse y me rodea la cintura con el brazo. Esto de besarse es más fácil de lo que me había imaginado. Resulta natural. Y fantástico.

Un corte de publicidad nos sobresalta y nos trae de vuelta a la realidad. Nos separamos y nos quedamos ahí en el salón mirándonos durante un

segundo. No sé qué decir, así que esbozo una sonrisa. Liam me sonríe y siento que las mariposas que hace un momento se habían instalado en la barriga, están golpeteando contra mi corazón.

Estoy pensando que esto apunta a ser un día genial de verdad cuando la melodía de Juego de tronos llena la habitación. Me esfuerzo por encajar las piezas.

Mi móvil está sonando.

Suelto a Liam y corro hacia la cocina donde había enterrado el teléfono bajo una pila de revistas. Hasta ahora no me había planteado que mis padres hubieran podido estar en algún sitio sin luz. A lo mejor están bien.

Pulso el botón verde sin mirar la pantalla y me pego el teléfono a la oreja.

—¿Diga?

—Zarah, cariño. ¿Eres tú?

Las palabras son las correctas, pero la voz no lo es.

—Tía Noor. Hola. Sí, estoy bien. —Seguro que mi voz no suena nada bien, pero mi tía sigue hablando de todos modos.

Llevaba días intentando contactar conmigo, pero no tenía mi número. Había probado con mis padres tantas veces como yo. Y nada.

No deja de decir lo aliviada que está de oír mi voz, y yo soy incapaz de decirle lo decepcionada que estoy de oír la suya.

Capítulo Ocho

Savannah

Un grito ahogado escapó de mi garganta antes de que Cole me apretara contra su cuerpo y, a continuación, me tapara la boca.

Me resistí, pero era demasiado fuerte.

—Suéltame —le chisté a través de sus dedos.

—Relájate.

Mi respuesta fue un bufido; no hay nada peor que te puedan decir cuando estás con los nervios de punta, *relájate*.

—Voy a soltarte. Sólo tienes que estar callada. No querrás que estos tíos vengan a buscarte.

Tuve que darle la razón y dejé de resistirme. Respiré hondo, asentí y me soltó. Al empujarlo para apartarlo de mí, no pude evitar mirar a Zack, y vi que habían parado de golpearlo, aunque seguían sin soltarlo. «No sé qué hacer», pensé. Miré a Cole y después a mi amigo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le pregunté finalmente—. ¿Nos estabas siguiendo?

Cole se frotó la mandíbula, donde le había dado la patada. Me mandó callar sin responder a mi pregunta.

Estaba a punto de repetírsela cuando el ruido proveniente del ejército de la carretera enmudeció casi por completo.

Me giré y vi a Zack negando con la cabeza desesperadamente. Había tanto silencio que distinguí el sonido de un gimoteo cuando le golpearon en la sien con la culata de un arma.

Su cabeza se fue hacia un lado y sus atacantes lo soltaron. Cayó al suelo a plomo. No había duda de que estaba inconsciente. Busqué mi pistola. «Tengo que parar esto». Antes de poder hacer nada, uno de los soldados le dio una patada en la tripa. Un instante después, un segundo le dio otra en la espalda. «¿Por qué está pasando esto?». Entonces lo vi. Un tipo, que parecía un auténtico toro y que tenía una especie de tatuaje en la parte trasera de la cabeza echó la pierna atrás y fue fácil ver a dónde estaba apuntando: la cabeza de Zack. «Van a matarlo. ¿Qué mierda está pasando aquí?».

Había estado planeando un rescate de última hora, pero no salió exactamente como imaginaba. El pánico me invadió y anuló todos mis pensamientos. Me quedé petrificada, y el tiempo seguía prolongándose ante mí. Lo único que se me ocurrió fue gritar, gritar como una loca; y, por suerte,

con eso bastó. El alarido llenó el aire y todas las cabezas se volvieron hacia el bosque.

Cole puso cara de horror, parecía estar muy cabreado. Dos hombres armados venían directos hacia nosotros. Genial.

—Savannah, corre —me gritó Cole al oído.

Tenía los músculos agarrotados, incapaz de apartar los ojos del cuerpo inconsciente de Zack y de los dos hombres que venían hacia mí. Cole me agarró la mano y tiró de mí. Al principio me costó controlar las piernas, pero fue lo suficiente para traerme de golpe a la realidad. Solté la mano de Cole para centrar todos mis esfuerzos en moverme más y más deprisa, lejos de quienes me perseguían y lejos de mis amigos.

Corriendo, fuimos apartando ramas a medida que nos adentrábamos a ciegas en las zonas más espesas del bosque. Oí fuertes pisadas y supe que no tenían la intención de dejarme escapar.

No podía dejar de pensar en el ataque a mi mejor amigo. Me sentía como una cobarde por haberlo dejado allí, y no me quedaba otra que esperar que a Alex y a Pierce se les ocurriera un plan mejor que gritar y huir. «Brillante como siempre, Savannah». Podía oír la voz de Pierce en mi cabeza reprendiéndome por haberme puesto en peligro.

Nos habíamos adentrado tanto en el bosque que perdí completamente el sentido de la orientación, no sabía ni siquiera por qué dirección habíamos venido. Cole empezó a tirar de mí hacia una pronunciada pendiente. Intenté echarme hacia atrás, pero no me pude parar a tiempo y mi resistencia hizo que los dos perdiéramos el equilibrio.

Cole logró mantenerse en pie y deslizarse hasta la parte baja de la colina, pero yo caí sobre mi cadera y bajé rodando casi todo el camino. La caída sólo duró unos diez segundos, pero estoy segura de que resultó tan poco elegante como me lo pareció a mí.

Me agarró cuando llegué a los pies de la pequeña colina y me pidió que me agachara y me callara. Esperamos en silencio durante casi un minuto antes de oír a dos o tres personas corriendo por el bosque justo por encima de donde estábamos, aunque no llegaron a acercarse lo suficiente como para que los viéramos, ni que ellos nos vieran a nosotros.

—Vamos, hay que salir de aquí. —Cole se levantó y se sacudió unas hojas de los vaqueros.

—No. Tenemos que volver. —No estaba segura de saber el camino de vuelta, pero ya estábamos casi a plena luz del día y estaba convencida de que acabaríamos encontrando la carretera.

—¿Estás loca? No vamos a volver allí. —Cole me tendió la mano y me levantó.

—No pienso abandonar a mis amigos.

—Si son listos, se habrán marchado ya hace rato.

Apreté los dientes por la frustración esperando que tuviera razón.

—¿Pero y Zack?

—¿El chico grande?

Asentí.

—Esperemos que uno de tus otros amigos haya vuelto a ayudarlo.

—¡Bah! ¿Pero qué es lo que estás diciendo? —Alcé las manos al aire—. ¿Que han sido listos y se han ido o que se han quedado para ayudar a Zack?

—Estoy diciendo que no importa. No vamos a acercarnos a la Milicia Unida.

Me detuve al oír cómo se hacían llamar los atacantes de Zack, aunque no tenía tiempo para darle vueltas al tema. «Se llamen como se llamen, son lo que son».

—Pues vale, no vengas, pero yo voy a volver. —Miré el barranco por el que había caído hacía sólo unos minutos y me di cuenta de que tendría que rodearlo y encontrar el camino para salir del bosque.

Cole esbozó una sonrisa de satisfacción y resistí las ganas de pegarle un puñetazo en el brazo.

—A ver, propongo un nuevo plan. Encontramos juntos el camino de salida del bosque y averiguamos dónde estamos. Desde ahí, tú eres libre para correr muy, muy lejos, pero yo vuelvo. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

Cole me dijo que fuera delante, pero yo no tenía ni idea de qué dirección seguir.

—Tú primero —le dije mirando hacia un lado avergonzada. Cole se rió y empezó a caminar en la dirección opuesta a la que yo habría elegido.

Ahora que ya no estábamos corriendo, su expresión se suavizó considerablemente. Parecía mucho más cómodo en el bosque que en Ravencrest. Casi parecía alguien con quien no me importaría salir. Casi.

Mientras caminábamos, Cole insistía en que fuera más despacio y que hiciera menos ruido, pero yo sólo quería salir cagando leches de allí. Con frecuencia se detenía para ver si oía algo sospechoso, y aquello estaba volviéndome absolutamente loca. Por lo menos, su cautela dio sus frutos.

Vimos a dos zombis mucho antes de que ellos nos vieran a nosotros. Parecían ser de los que llevaban mucho tiempo muertos e iban por ahí arrastrando los pies, tropezándose los unos con los otros y con los detritos del bosque. Aun así, siempre resultaba útil matarlos antes de que te vieran. Me desenganché la ballesta de la espalda y apunté.

—¿Qué haces? —chistó bajando mi arma.

—Matar zombis. ¿Qué haces tú?

—Son dos y no nos ven. Deberíamos irnos y ya está.

Los dos muertos seguían completamente ajenos a nuestra ubicación, pero Cole parecía tan nervioso de pronto que miré dos veces para asegurarme de que no había nada que se me estuviera pasando.

—Acabarán viendo a alguien. Nos los deberíamos cargar.

Cole sacudió la cabeza.

—¿Pero qué pasa contigo? —le pregunté.

—Un enfrentamiento causará demasiado ruido. Deberíamos seguir.

Aparté la mano de Cole de mi brazo y apunté de nuevo. Cada vez estaba más convencida de que ese tío estaba retrasándome. Un segundo después disparé y atravesé la sien del zombi que estaba más cerca. Recargué y dupliqué mi logro.

—¿Quién ha dicho nada sobre un enfrentamiento?

Cole me miró y supe que estaba impresionado. Una sonrisa se dibujó en su rostro y tuve que contenerme para no devolvérsela. Me encantaba haber tenido la oportunidad de lucirme, pero sonreír habría estropeado el efecto de tía dura.

Al pasar por delante de los zombis, ya permanentemente muertos, arranqué mis dos flechas y eché a correr para alcanzar a Cole. «Bueno, al menos parece que sabe a dónde va».

Salimos del bosque para ir a dar a un pueblo que reconocía, aunque no conseguía recordar cómo se llamaba. Probablemente había pasado por delante con mis padres cientos de veces, pero ahora carecía de importancia.

—Bueno, aquí es donde nos separamos. —Me volví hacia Cole intentando no dejar que mi expresión mostrara lo nerviosa que estaba por tener que seguir sola. No parecía que fuera a tener otra elección—. Y no me vuelvas a seguir. Tú a lo tuyo y yo a lo mío. —Los ojos azules de Cole me observaban como si no entendieran nada.

—¿De verdad vas a volver caminando hasta allí? Es el peor plan que he oído en mi vida.

—Pues encontraré un coche. —«¿Por qué le importa a este tío lo que haga? Que me deje marchar y ya está».

—A ver, ¿a dónde se dirigían tus amigos? ¿No teníais algún tipo de punto de encuentro por si pasaba algo así?

—¿Por si qué? ¿Por si a mi amigo lo atacaba algún ejército espontáneo y yo me perdía con un tío cualquiera en un bosque? Pues no. No teníamos nada planeado para eso.

—Vale, pues entonces ven conmigo. —Eso me sorprendió y me gustó la idea de no tener que ir por ahí sola. Respondí rápidamente.

—No, tú vienes conmigo. Eras tú el que me seguía en un primer momento, ¿recuerdas? ¿Acaso sabes a dónde vas?

—Voy a buscar a mi tío. Después, ya veré qué hago.

Sentí calor en la cara al recordar todas las cosas que no le había contado todavía, pero debía tener en cuenta que si le decía lo que le había pasado a su tío, se marcharía sin más y yo me quedaría ahí tirada intentando encontrar el camino de vuelta.

—Vale, te propongo un trato. Ven conmigo…

—¿Y en qué se parece eso a un trato? —protestó Cole.

—Calla y escucha. En lugar de volver, veremos si podemos encontrar a mis amigos en la casa a la que nos dirigíamos. Con un poco de suerte, el

resto de mi grupo también estará en la zona. —«Y si no están mis amigos, al menos alguien de Ravencrest estará dispuesto a ayudarme a encontrarlos», pensé—. Puede que alguien sepa qué le ha pasado a tu tío.

Cole asintió complacido. En ese momento su rostro cambió por completo y, cuando el sol por fin se alzó en el cielo, una luz pareció encenderse en su mirada.

—Sólo estás buscando una excusa para tenerme cerca más tiempo —dijo bajando la mirada.

Me crucé de brazos en respuesta y le lancé una mirada de reproche, aunque no pude ignorar la agitación que se produjo en la boca del estómago. Hacía mucho tiempo que nadie me miraba así.

—Aaah, ya entiendo. Ese tal Zack es tu novio.

—¿Y a ti qué te importa?

—Por si no te has fijado, el mundo prácticamente se ha acabado. No es que haya chicas atractivas por todas partes, y menos chicas que sepan apañárselas solas en una pelea.

No pude evitar reírme ante ese comentario, aunque no estaba segura de qué responder. Si negaba que Zack era mi novio, pensaría que estaba interesada en él, que para nada era el caso. Sí, era muy mono, pero no se iba a quedar cerca por mucho tiempo.

—¿Entonces es el chico grandote o el chico negro raquítico? Es un poco pequeño para ti, ¿no crees?

—Puf. No, ninguno. Aunque tampoco es que sea asunto tuyo —contesté. Sabía que sólo estaba picándome, pero no pensaba callarme.

—¿Entonces es el asiático con cara de mala leche? Nunca hubiera pensado que fuera tu tipo.

—¿Y qué sabrás tú sobre mis tipos? —repliqué obligándome a no alzar la voz.

Un rubor comenzó a extenderse por mi piel ante la mención de Alex y no tuve forma de ocultárselo a Cole.

—Aaah, así que es el chico asiático. ¡Pues vaya! Bueno, estoy seguro de que los dos seréis muy felices juntos y que tendréis muchos bebés machacazombis.

No le respondí. Podía vivir con el hecho de que este tío pensara que Alex y yo estábamos juntos. Eso no le hacía ningún daño a nadie.

—Cierra la boca. —Sonreí y le eché arena con el pie—. ¿Entonces vienes conmigo o no?

—Vale, pero aunque consigamos un coche que funcione no encontraremos gasolina. Aquí no.

Ladeé la cabeza con gesto inquisitivo, pero no me dio ningún detalle más.

—De acuerdo, ¿qué sugieres entonces?

—¿Conoces algún lugar por aquí donde pudiéramos encontrar unas bicis?

***

Tras caminar durante media hora llegamos hasta O'Mally's, que era, probablemente, el único centro comercial independiente que quedaba en todo el estado. De camino hacia allí, Cole me había explicado que su padre lo mandó a buscar a su tío hacía como un mes y que había intentado seguirle la pista desde entonces, pero se negó a explicarme por qué era tan importante. Lo que había sido su casa estaba sólo a una hora de la mía, pero por lo que podía intuir, no había estado viviendo allí desde el segundo brote. Cuanto más hablaba, menos decía y más quería saber yo.

Nos tomamos nuestro tiempo yendo pasillo por pasillo para recoger todo lo que pudiéramos necesitar, incluyendo un mapa. Se habían llevado la mayoría de las cosas del centro, pero aún había mucho más de lo que me hubiera imaginado y eso era un claro indicador de cuánta gente quedaba en aquella parte del país.

Había multitud de cuerpos descomponiéndose por todo el centro, al menos uno cada pocos pasillos. Daba la impresión de que alguien que también buscaba suministros se hubiera encargado de ellos al mismo tiempo.

Me pregunté por la gente que había estado allí antes y por qué habían acabado con tantos infectados sin llevarse más suministros. Agradecí no tener que cargarme a ninguno sin el respaldo de mi equipo porque Cole había dejado claro que a él no le gustaba mucho pelear.

Cuando llegamos al departamento de moda me di cuenta de que llevaba la misma ropa con la que había dormido, luchado y salido de Ravencrest. Lógicamente la ropa nueva ya no estaba en mi lista de prioridades, pero una oportunidad así no se presentaba todos los días, así que me excusé para echar un vistazo a lo que había. Encontré algunas cosas de mi talla, y me tomé mi tiempo para probarme otras con la intención de encontrar algo con lo que me sintiera cómoda en un enfrentamiento. Tenía que apostar por lo práctico antes que por lo bonito, pero mis nuevos pantalones anchos de bolsillos me quedaban bastante bien.

Volví a la sección de caballeros justo cuando Cole estaba poniéndose un jersey. Me quedé boquiabierta cuando vi sus perfectos abdominales. Tuve dos segundos enteritos para admirarlos, hasta que su cabeza asomó por el otro lado de la prenda y tuve que fingir que la colección de calcetines que tenía delante era lo más interesante que había visto en mi vida. Sentí cómo me ardían las mejillas.

—¡Uf! He tenido que cargarme a una anciana medio podrida ahí atrás —dije haciendo como si estuviera recuperando el aliento tras luchar—. Era

muy dura. —Con suerte eso explicaría las manchitas rojas que probablemente estarían decorando mi cara.

Cole parecía confuso, pero no dijo nada y se limitó a meter otra camisa en su mochila antes de echar a andar hacia la sección de deportes.

Quedaba una gran cantidad de bicis, teniendo en cuenta que era el medio de transporte más silencioso y sencillo, y me pareció sorprendente que hubiera tantas. Supuse que no habrían sido de mucha utilidad durante el invierno helado.

Elegí una verde lima y ajusté el sillín hasta que me resultó cómodo. Los chicos y yo deberíamos haber pensado en esto y nos habría ahorrado muchos quebraderos de cabeza de camino a Meadowvale.

Me deshice de cualquier pensamiento que tuviera que ver con mis amigos mientras rebuscábamos en busca de una bomba de neumáticos y poníamos nuestras bicis a punto, lo cual no fue muy complicado, por suerte. Aquel desvío ahorraría mucho tiempo a nuestro viaje.

Por desgracia, el centro comercial no tenía supermercado, aunque esperaba que no tardáramos mucho en llegar a la casa de Meadowvale. Nos las podríamos apañar con los pocos suministros que teníamos en nuestras mochilas. Se llamara como se llamara ese pueblo, estaba empezando a ponerme los pelos de punta y quería alejarme de ahí lo antes posible. Estaba todo demasiado vacío y nuestra misión de abastecimiento resultaba exageradamente sencilla. Quizá esperaba encontrarme con muchos más peligros después de todos los discursos paranoicos que había tenido que oír sobre por qué no podíamos salir de Ravencrest.

Cuando salimos de O'Mally's fuimos a parar a la peluquería del centro. Al pasar por delante me permití soñar despierta sobre lavapelos y tenacillas, pero Cole frenó de pronto y miró a la sala cubierta de polvo.

—Oye, ¿se te da bien cortar el pelo? —Se pasó la mano por su revuelta cabellera.

—Pues resulta que sí. —Enarqué las cejas y dejé mi nueva bici contra la pared preguntándome si me dejaría arreglarle la fregona que le estaba creciendo en la cabeza.

A pesar de que había sido él quien había hecho la pregunta, me miró con escepticismo.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy segura. De todos modos, tienes mucho pelo así que sería difícil cagarla. —Eso no sonó tan reconfortante como había pretendido.

Entré en la peluquería y le señalé uno de los asientos.

—Siéntate.

Me alegré de tener la oportunidad de devolverle el favor. A pesar del retraso que había causado, me había hecho un gran favor ayudándome a escapar del mismo destino que se había encontrado Zack. Un corte de pelo era lo mínimo que podía hacer. Se encogió de hombros y tiró al suelo la bici y la mochila.

Limpió el espejo con las manos y se quedó mirándose un momento antes de sentarse.

—Bueno, ¿qué tienes en mente?

—Es tu pelo, tú dirás. ¿Cómo lo llevabas antes?

—No lo sé. Es pelo. Corto, supongo.

—Genial.

Pensé en los tres cortes de pelo que podía hacer con los ojos cerrados. Los gruesos rizos castaños de Pierce eran bastante sencillos de mantener, pero no se parecían a nada al pelo negro de Cole. Me dolió el corazón al pensar en el pelo casi rapado que Zack solía llevar y, rápidamente, deseché ese pensamiento.

El estilo semicorto de Alex era el típico corte de chico, seguramente funcionaría mejor, aunque no sería perfecto. El rostro de Cole era más cuadrado y tenía los pómulos más altos.

Consideré mis opciones y me di cuenta de que me gustaba que llevara el pelo largo. Y así, tan tranquila, como si estuviera determinando qué estilo le quedaba mejor, le pasé los dedos por el pelo. Vale, sí, tal vez fue demasiado rato.

Al final le fui cortando un centímetro y medio cada vez hasta que le quedó por encima de las orejas. Aún se podía considerar largo, pero al menos no se le metía en los ojos.

—Bueno, ¿qué te parece? —Le di la vuelta a la silla hacia el espejo para que pudiera verse.

—¡Hala, no mentías! —Se sacudió el pelo suelto de la nuca—. Sí que sabes lo que haces.

Acepté el cumplido y le sonreí a través del espejo. Me sorprendió ver que hacía lo mismo. Era la primera vez que no lo veía ni serio ni preocupado. Y le sentaba bien.

—Tengo que contarte algo —dije cuando sacábamos las bicis por las puertas del centro comercial.

—¿Mmm? —Levantó la mirada de sus pies y sus ojos azules se clavaron en los míos.

—Es sobre tu tío. —Inmediatamente Cole dejó de ajustar las marchas de la bici. No dijo nada, así que seguí hablando, esperando no meter la pata—. Estuvo en Ravencrest, aunque no por mucho tiempo. No lo conocí ni nada, pero ya no está. —No fui capaz de continuar y esperé que él completara el resto.

Cole se mostró sorprendido, pero no enfadado.

—¿Y sabes a dónde fue después?

Se me cayó el alma a los pies. No había completado el resto de la historia como había imaginado y ahora tenía que decírselo. No era capaz de mirarlo, así que me entretuve con unos mechones que se me habían soltado de la trenza mientras intentaba dar con las palabras adecuadas.

—Murió, Cole. Unos días después de llegar a Ravencrest.

—Oh. —La expresión de Cole pasó de la emoción a la decepción en un santiamén.

—¿No estás enfadado por que no te lo dijera?

—En aquel momento intentaba cogerte como rehén, y ya no pareces nada enfadada conmigo por eso. Diría que estamos más que en paz. —Apretó los labios e intentó sonreír, pero sólo consiguió parecer más triste—. ¿Hay algo más?

—La verdad… —sonreí al recordar que no todo eran malas noticias— es que sí. Tu tía y tus primos aún siguen con nosotros. Están bien. Al menos lo estaban hace unos días. —Preferí no mencionar todas las cosas que les podían haber pasado cuando se vieron forzados a evacuar el instituto o desde entonces. Cole sabía perfectamente cuál era la realidad de nuestro mundo: no hay garantías.

Sonrió brevemente después de oír la noticia, pero no se mostró tan eufórico como me habría puesto yo en su lugar.

—Bueno, ahora tiene más sentido que busquemos juntos a tu grupo. No hay tiempo que perder.

Me quedé un poco desconcertada por su actitud tan despreocupada. Nada es más importante que la familia.

Mis padres habían muerto hacía unos meses, después del segundo brote. Habíamos logrado sobrevivir bastante bien en la ciudad, pero se habían ilusionado mucho cuando Paulson había reagrupado a todo el mundo para empezar a colaborar conjuntamente.

Los zombis que los mataron eran los primeros de segunda generación que habíamos visto en Ravencrest, y sus muertes fueron la causa de que todos los supervivientes se trasladaran al instituto.

Acababan de salir de casa para hacerle una visita a un vecino y comprobar cómo se encontraba. Ni siquiera habían llegado al final de la calle cuando tres de los infectados los atacaron.

Los oí gritar y corrí hacia la puerta, pero cuando vi lo que estaba pasando fui incapaz de moverme. Me senté en el suelo y lloré, incluso después de que los gritos cesaran. No tuve fuerzas para levantarme, ni siquiera para correr a pedir ayuda. Me quedé ahí sentada. Fue una auténtica suerte que poco después alguien pasara por allí y consiguiera matarlos, incluidos mis padres. Estar demasiado horrorizada como para matar a tus padres podría ser perdonable a ojos del pueblo, pero no hacer nada y dejar que alguien más resultara herido, no lo habría sido.

Para mí, ninguna de las dos situaciones era perdonable. Por lo que sabía, sólo habían mordido primero a uno de mis padres y podría haber hecho algo. Tardé un rato, excesivo, en despertar y darme cuenta de que ya no podía seguir siendo la chica indefensa. Ahora podía luchar y hacer algo positivo, aunque el precio que tuve que pagar para comprender aquello fue demasiado alto.

No tengo ni idea de qué le había pasado al resto de mi familia y

ninguno vivía lo suficientemente cerca como para arriesgarme a averiguarlo. De todas maneras, lo más probable era que se hubieran vuelto cadáveres andantes. Pero si alguien me hubiera dicho que alguno de mis primos pequeños seguía vivo y a salvo, otro gallo cantaría.

En lugar de demostrar algo así, Cole se limitó a colgarse la mochila al hombro y saltar sobre la bici azul de diez velocidades que había elegido rumbo a Meadowvale.

Capítulo Nueve

Savannah

Después de parar para satisfacer necesidades fisiológicas básicas, pedaleé con fuerza para alcanzar a Cole. Parecía ajeno al hecho de que no viajaba solo, y a mis piernas no les hacía ninguna gracia.

Entendía la necesidad de Cole por ir rápido, pero mi cuerpo ya pedía a gritos un respiro. Meadowvale era grande, aunque como estábamos en la recta final, intenté no pensar en ello. Sabía que sólo quedaba un último esfuerzo.

Se había quedado mudo desde que, hacía ya dos horas, salimos de otro pueblo tan desolado como el anterior. Le había señalado la calle en el mapa y, ahora que por fin habíamos llegado a Meadowvale, tuve que suponer que sabía a dónde iba porque, claramente, yo no.

La mochila parecía pesar cada vez más y pensar en Zack me dolía en el corazón. Necesitaba volver a ver a mis amigos. No quería pensar en lo que pasaría si nadie más había logrado llegar a la casa de suministros.

Las carreteras estaban en buen estado; hacía meses que nadie conducía por ellas, pero aun así tuvimos que esquivar constantes desechos, coches parados y algún que otro cuerpo.

—Bueno, ¿qué plan tienes? —le pregunté acercando mi bici a la suya.

—¿Qué quieres decir? —Su voz dejó claro que no quería hablar, pero yo había caído en la cuenta de que debería saber algo más de él. Después de todo, estaba llevándolo, posiblemente, al único alijo de suministros que había dejado mi comunidad. Ya me había ayudado a evitar algunos problemas serios y sentía que podía confiar en él, aunque después de los últimos días estaba empezando a tener verdaderas dudas sobre mi criterio.

—Has dicho que tu padre sigue vivo, ¿verdad? ¿Por qué era tan importante encontrar a tu tío? ¿Qué esperas de tu tía? —Me detuve para respirar—. No te conozco nada. Al menos dame algo para poder hacerme una idea.

Normalmente la gente me dice lo que quiero saber sólo para que me calle.

—¿Por qué no iba a querer encontrar a mi tía y a mis primos? —preguntó Cole acelerando al ver a un par de zombis que se acercaban a nosotros desde el otro extremo de la calle.

Al llegar a Meadowvale, habíamos decidido que lo mejor era coger carreteras secundarias y callejones en la medida de lo posible. El pueblo aún

estaba plagado de infectados, pero la mayoría se habían concentrado en zonas públicas. Zonas en las que habían tenido más cuerpos de los que alimentarse los primeros días.

—La gente no sale sin más con la esperanza de encontrar a su familia. Al menos, ya no. —Mi bici se tambaleó cuando pasé sobre una piedra—. Sólo dime qué está pasando. Tal vez pueda ayudar —terminé mirándolo.

—Ya estás ayudando —respondió encogiéndose de hombros—. Ahora los dos necesitamos lo mismo, encontrar a tu gente. Después, no tendrás que preocuparte por mí. Ya tienes tus propios problemas.

No estaba segura de si debería sentirme ofendida, pero de cualquier modo tenía razón. Incluso aunque lograra reunirme con todos los de New Ravencrest, las cosas no serían exactamente sencillas a partir de ese momento. Lo habíamos perdido todo. No sabía por qué me importaba tanto lo que tramara, pero me molestaba que fuera tan reservado.

—A ver, vamos a probar desde otro enfoque. ¿Cuándo fue la última vez que viste a tu tío y a su familia?

—Hace unos cuatro meses.

—Vale, así que eso fue después de que la segunda oleada de la infección azotara los Estados Unidos —dije cada vez con menos intensidad mientras encajaba las piezas.

—Ajá —contestó Cole con sonrisa de satisfacción. Los dos sabíamos que no tenía suficiente información como para aclarar nada, pero no iba a rendirme.

—¿Dónde los viste por última vez?

—En casa. O, bueno, lo que era nuestra casa antes de que empezara la infección.

No me pude contener. Tenía que preguntarlo.

—¿Y eso dónde es?

Seguíamos pedaleando cuando Cole paró y un gesto de nostalgia le cruzó el rostro.

—Un centro de investigación en Indiana.

No era la respuesta que me había estado esperando.

Quería preguntarle más, pero sabía que era mejor no presionarlo para que siguiera hablando. Tenía los ojos fijos en la carretera, aunque por el rabillo del ojo veía que Cole me estaba mirando, así que fruncí el ceño para que diera la impresión de que estaba reflexionando.

—Y entonces tu tío se marchó. ¿Sabemos por qué?

—¿Sabemos? ¿Es que ahora eres parte del equipo, eh?

Me vi tentada a guiñarle un ojo, pero contuve las ganas porque sabía que me haría parecer una idiota.

—Supongo que sí, así que podrías responder a la pregunta. —Aceleré al ver a uno de los infectados tambalearse hacia nosotros desde una casa cercana, y Cole igualó mi velocidad. Esa parte del país aún estaba ocupada básicamente por Zs de primera generación, así que si podíamos esquivarlos,

perderían interés en nosotros al momento en lugar de seguirnos hasta nuestro destino final.

En ese momento me alegré especialmente de tener bicis. Algunos Zs son capaces de correr tanto como nosotros, eso contando con que sigan de una pieza y que estén más que dispuestos a hacerlo. Cuesta mucho que pierdan interés y cualquier cosa que ayude a poner distancia entre nosotros y un Z hambriento bien merece la pena.

—Le dijimos que se fuera. O tal vez se ofreció a hacerlo. No estoy seguro —respondió Cole.

—Fuisteis un poco duros con él. Pero, si le dijisteis que se fuera, ¿cómo sabes a dónde fue?

Cole se detuvo otra vez y durante un segundo supuse que no iba a responder.

—Es una larga historia. —Una que, claramente, no quería contarme—. Pero todo era parte del plan.

—Eso sí que suena inquietante. ¿Puedo preguntarte qué quieres decir con todo eso?

—Probablemente no deberías. —Reemprendió el pedaleo.

—¿Probablemente? —Lo miré y esbocé una tímida sonrisa.

—Todo se reduce a «La cepa del autoestopista».

Eso despertó mi curiosidad y mi siguiente pregunta prácticamente zumbaba en mis labios, aunque antes de que pudiera hacerla, él frenó la bici en seco delante de un letrero de calle.

—Hollisfield Court. Aquí es.

Estábamos frente a un chalé en cuya puerta colgaba un número dos hecho de bronce. Ahora no había vuelta atrás, así que sólo podía esperar no equivocarme con ese chico y fastidiarla con todo el mundo.

Cole y yo continuamos el resto del camino empujando las bicis para no pasarnos la casa. Teníamos que llegar al número diecisiete. La mayoría de las viviendas conservaban su aspecto felizmente residencial. Había coches en los caminos de entrada y cortinas en las ventanas.

Claramente algunas habían sido allanadas, de hecho una de ellas tenía la prueba en forma de cadáver en el jardín.

Al rato lo vi. Número diecisiete de Hollisfield Court, un regalo para la vista, y un descanso para mis piernas doloridas.

En caso de emergencia, a todo el mundo en New Ravencrest se le había dicho cómo era la casa y que uno de los rasgos distintivos era el buzón azul que había en la entrada. Y allí estaba: delante del número diecisiete, un buzón azul cielo pintando con nubes. Se veía intacta, como si una familia feliz y numerosa pudiera estar dentro en ese momento, preparando el almuerzo y jugando a juegos de mesa.

Recorrimos el camino que llevaba a la entrada mientras buscaba señales de vida, pero era difícil saber si alguien más había llegado. Antes de empujar la bici hacia un lateral de la casa pareada, miré atrás para asegurarme

de que no nos había seguido nadie, ni vivo ni muerto.

Casi se me pasó por alto el macetero con forma de pato que seguramente escondería una llave, aunque tampoco habría importado porque por mucho que rebusqué en la tierra, no encontré ninguna llave. No había nada más que tierra. Cole estaba delante mío, así que no percibió el pánico que se apoderó de todo mi cuerpo. Sabía que estaba en el sitio correcto, pero por algún motivo que no alcanzaba a comprender, cada segundo que pasaba me ponía más nerviosa.

Dejamos las bicis contra la valla metálica y me dirigí a la puerta lateral como si supiera lo que estaba haciendo.

Con la mano en el pomo, me detuve y respiré. Si estaba cerrada, no tenía claro qué hacer después.

El pomo giró con facilidad y la puerta se abrió. De pronto, no estuve segura de si eso era algo bueno o malo. Nadie me garantizaba que en esa casa hubiera alguien que yo conociera.

Mientras le indicaba a Cole que sacara la pistola y no hiciera ruido, entré. No parecía muy convencido, pero hizo lo que le dije.

Igual que en la casa en la que Cole y yo nos habíamos conocido, la puerta lateral conducía a un cuarto de la colada. Cole cerró cuando pasamos. Había dos pares de zapatos en el suelo, delante de la lavadora. Las deportivas negras podrían haber sido de cualquiera, pero las de color morado brillante las hubiera reconocido de ser de alguno de mis amigos. Me sentí un poco menos inquieta cuando, sin hacer ruido, aparté el calzado de mi camino.

Los cuatro escalones situados al otro lado del cuarto de la colada conducían hacia el interior de la casa. Cuando apoyé el pie en el segundo peldaño, crujió con fuerza. Me quedé paralizada, pero nadie salió disparado hacia nosotros. Dejé caer el resto de mi peso y me estremecí por el ruido que el escalón de madera hizo en respuesta. Le indiqué a Cole que se quedara detrás de mí y, titubeando, entré en la cocina.

Sentada a la mesa de espaldas a mí había una chica, probablemente una adolescente, con el pelo largo y rubio. Levanté mi ballesta.

—No te muevas.

En lugar de seguir mi advertencia, la chica se volvió hacia mi voz con los ojos espantados de miedo. Exhalé y bajé el arma.

—Belle, ¿qué estás haciendo aquí?

—¡Savannah! ¡Madre mía! Qué alegría verte. —La chica de catorce años saltó de su silla y se abalanzó hacia mí, abrazándome.

—¡Yo también me alegro de verte! Ni te imaginas cuánto. ¿Dónde están todos los demás? —Me di la vuelta y le indiqué a Cole que se quedara atrás.

El padre de Belle era el alcalde Paulson y, si también estaba ahí, tendría que pensar en algo que explicara por qué había llevado a un extraño conmigo. No es que fuera a matarlo ni nada, pero habían sido unos días muy duros y no quería arriesgarme a generar más tensión.

Belle me soltó.
—Aquí sólo estamos Pierce y yo —respondió encogiéndose de hombros—. Eh, Pierce, ven aquí. Tenemos compañía.
Cuando se volvió hacia la otra habitación, bajé la cabeza y cerré los ojos intentando contener mi decepción. Me sentía aliviada de que Pierce estuviera bien, pero me había quedado sin mi gran reencuentro feliz.
—Savvy, estás aquí. —Pierce salió de la habitación contigua con una sonrisa tonta—. ¿Están contigo Zack y Alex? —Se le veía tan esperanzado que me costó mucho decírselo.
—No. Esperaba que ya estuvieran aquí. No los he visto.
—Oh. Bueno, si tú has pensado que éste era el lugar más adecuado donde reunirnos, seguro que ellos también lo harán. —Su voz denotaba un optimismo poco habitual en él, pero su gélida expresión indicaba que había estado esperando algo más que sólo a Savannah Cooper.
—Ey —dije, dándole un golpecito en el hombro—. ¿A qué viene esa cara?
Se oyó un gruñido procedente de las escaleras del cuarto de la colada.
—Ah, sí. He venido con alguien. Pasa —dije, intentando animar el ambiente adoptando una voz propia de presentadora de concursos. Pierce y Belle me miraban confundidos.
A pesar de mi grandiosa presentación, Cole entró con los hombros agachados y los miró a los ojos sólo un instante. Después me miró a mí como si quisiera esperar a que yo le dijera qué tenía que hacer o decir.
—Un momento, éste es el chico de Ravencrest. ¿Qué está haciendo aquí?
—Es una larga historia.
Pierce ladeó la cabeza de un modo que expresaba claramente desaprobación.
—No te preocupes. Es guay —dije para reconfortarlo. Me giré hacia Belle y añadí—: Lo que quiero saber es cómo has llegado aquí. ¿Dónde están los demás?
Inmediatamente Belle perdió la sonrisa y me temí lo peor.
—Uno de los equipos de suministros, mi padre y yo vinimos hacia aquí para reabastecernos mientras el resto se dirigía al oeste por la autopista hacia Clarkson. Ruth se ocupó de que papá pudiera centrarse en reunir lo que necesitábamos. Le supliqué que me llevara con él y al final cedió. —Se detuvo para soltar un largo suspiro—. Unas dos horas después de separarnos de los demás, un grupo enorme de Zs nos encontró. Había, al menos, diez y la mayoría de armas se habían quedado con el grupo grande. Nos separamos y perdí a mi padre en el bosque.
—Espera… tu padre… ¿está muerto? —sentí náuseas, pero Belle se rió nerviosamente.
—No. Bueno, no lo sé. He dicho que lo he perdido porque no he podido encontrarlo. Aunque teníamos que encontrarnos aquí y no estábamos

tan lejos. Llevábamos una camioneta y todo. No sé qué les ha pasado ni a él ni a los demás… —No terminó, pero supe lo que estaba pensando. Su padre nunca la dejaría sola. Si estuviera vivo, habría venido a buscarla. Me reprendí mentalmente. «¡Tranquilos, ya me encargo yo de meterle la idea de que su padre está muerto en un bosque!».

—Seguro que tuvieron que coger un desvío o algo —dije sin embargo. Belle asintió débilmente.

—¿Cuánto llevas aquí? —preguntó Cole recordándome que él también estaba ahí.

Me parecía un momento demasiado privado como para compartirlo con un extraño, pero ahí estaba.

—Más de un día. Pierce llegó unas doce horas después que yo y estoy segurísima de que me habría vuelto completamente loca si no hubiera aparecido. —Le lanzó a Pierce su sonrisa más brillante, pero él hizo como si no se hubiera dado cuenta y bajó la mirada.

—Bueno, ¿y cuál es tu historia? —le pregunté a Pierce—. ¿Viste lo que le pasó a Zack? —Su nombre se me atascó en la garganta. Pierce sacudió la cabeza, pero seguía negándose a levantar la vista.

—Después de que gritaras, pensé que rastrearían el bosque, así que volví corriendo por donde habíamos llegado. Tuve suerte y no tardé mucho en encontrar una bicicleta a un lado de la carretera, así que retrocedí. Para cuando llegué adonde nos quedamos anoche, no había rastro ni de Zack ni de nadie. Pensé que se había marchado o contigo o con Alex. Entonces, decidí venir hasta aquí. No sabía qué otra cosa hacer. —Parecía exhausto. El estrés se notaba en su acento, puesto que era más difícil de entender de lo habitual, sobre todo para aquellos que no estaban versados en «piercesismos».

Antes de que pudiera añadir nada más, di un paso adelante y lo abracé. Como de costumbre, se mostró supertenso, pero al cabo de un momento se relajó y me lo devolvió con un reconfortante apretón. Había muchas cosas que podían haber salido mal en nuestra huida y me sentí algo mejor sabiendo que, al menos, él estaba a salvo. Pero no era suficiente.

Al soltarlo, me dejé caer en una de las sillas de la cocina.

—¿Y dónde has estado tú todo este tiempo? —preguntó Pierce.

—Me muero de hambre —dije frotándome la barriga exageradamente al recordar dónde estábamos: en una casa llena de comida y suministros—. Vamos a buscar algo de comer y te lo cuento todo.

Después de traer un generador y algunos útiles de cocina del sótano, pasé una hora revoloteando por la cocina y haciendo pasta para todos. Me ayudó mucho a calmar los nervios.

Hacía meses que no había tenido acceso a una cocina totalmente equipada y estar en mi salsa ayudó a compartir batallitas, aunque mi corazón se aceleró de nuevo al revivir nuestra carrera frenética por el bosque.

La noche estaba empezando a caer cuando oímos el sonido de metal contra metal. No fue muy fuerte, pero con lo tranquilo que está el mundo

ahora, aprendes muy rápido a reaccionar ante la más mínima perturbación.

Corrí hacia la ventana en la parte delantera de la casa y aparté la cortina. Los demás, que hasta entonces habían estado sentados en el suelo digiriendo la cena, se levantaron de un salto.

—No pasa nada, chicos. Es Alex.

Fuera, Alex había tirado su bici contra la valla y estaba pateándola furiosamente. Di un golpecito a la ventana.

Él dejó de volcar su cólera en la bici, me miró y le indiqué que no hiciera ruido porque, si no tenía cuidado, iba a atraer a algunos vecinos muy enfadados hasta nuestro escondite.

Me miró de nuevo y le indiqué que entrara. Después de darle una última patada a la bici, desapareció por el lateral de la casa.

Se oyó un portazo cuando entró y yo eché otro vistazo fuera, esperando que Zack estuviera con él. Pero no había nadie. Ni Zack ni ninguno de los infectados. Sabía cómo podía ser Alex cuando estaba de ese humor, y la cautela no iba a ser la primera de sus reacciones.

Subió los escalones y entró por la cocina antes de apoyarse contra el marco de la puerta y dejar que su cabeza golpeara la madera con un ruido sordo.

Tenía el pelo negro aplastado contra la cabeza por el sudor y unas ojeras penetrantes que le oscurecían la expresión, bastante adusta ya de por sí. Tenía la boca apretada y no dejaba de crujirse los dedos como si cada nudillo fuera alguien a quien quisiera hacer daño físicamente.

No quería ser la primera en hablar, no quería presionarlo, pero a medida que el silencio pesaba más en el aire, no pude evitar hacer la pregunta en la que todos estábamos pensando.

—¿Has…? ¿Dónde está Zack? —Contuve el aliento, no muy segura de si quería oír la respuesta. De pronto, la expresión de Alex cambió y pasó de furiosa a perdida. «¡Ay, no, está muerto!».

—No lo sé. —La voz de Alex fue poco más que un suspiro.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes? —preguntó Pierce.

—Esperé por allí después de que esos tíos volvieran de buscarte por el bosque —dijo mirándome— porque pensé que le robarían y lo dejarían ahí. Ni siquiera sabía si seguía vivo. Estaba tirado ahí en mitad de la carretera. Nadie lo tocó. Fue como si se hubieran olvidado de él. —Su voz se apagó un segundo. Estaba claro que estaba perdido en algún pensamiento y no quería meterle prisa. Me había pasado el día temiendo esa noticia, pero aún no me veía dispuesta a oír lo que Alex tenía que decir. Sentí náuseas al tratar de aceptar que me dijeran que mi mejor amigo estaba muerto.

—Se lo llevaron —dijo con voz carente de emoción.

Enarqué las cejas sin entender del todo lo que estaba diciéndome.

—Seguía inconsciente, lo metieron en la parte trasera de una de sus camionetas y se largaron. Esos cabrones se lo llevaron.

Gran parte de mí sintió alivio. No estaba muerto, y eso era muy, muy

bueno. Pero entonces me di cuenta de que aquella situación estaba lejos de ser buena. Solté un grito estrangulado y me llevé las manos a la boca. Probablemente seguía vivo, aunque tal vez no volvería a verlo nunca.

Capítulo Diez

Zarah

El reloj de cuco da las tres en punto cuando entro por la puerta del piso. Lo que ansío por encima de todo es tirarme en el sofá y echarme una siesta.

Pero en lugar de eso, me siento a la mesa de la cocina y me pongo con los deberes. Aún no me he acostumbrado a mi nuevo instituto, y el piso de la tía Noor puede resultar un poco caótico cuando está ella, así que debería aprovechar todo el rato que pueda mientras estoy sola.

Llevo aquí unas semanas y aún no me siento como en casa. Ni siquiera estoy segura de qué me parece Morgantown, en Virginia Occidental. No he salido mucho. Todo me parece demasiado distinto e inseguro.

Noor se mudó aquí desde Cleveland hace unos años, cuando le ofrecieron un puesto como una especie de gurú del *marketing*. Dice que le encanta. Yo aún no le veo la gracia, pero tampoco es que tenga muchas opciones ahora mismo.

Al cabo de diez minutos me suena el móvil; es un mensaje de Liam. «Estoy deseando que llegue el fin de semana». Sonrío al imaginármelo y le respondo con un emoticono de un guiño. Él está a unas tres horas y media de camino, pero nos hemos apañado para vernos todos los fines de semana, alternando quién viaja para ver al otro. Este fin de semana es mi turno. Sólo tengo que esperar unos días más.

Hace un mes no nos conocíamos, pero ahora se me hace muy cuesta arriba estar apartada de él. No tengo ni idea de si esto es normal o un efecto secundario del apocalipsis. Nos mandamos mensajes constantemente, pero aún sigo sin dejar de pensar en los «¿y si…?». Te pueden arrebatar a la gente que más te importa sin previo aviso. Siempre tengo el teléfono cerca y me pongo nerviosa si pasan algunas horas sin saber de él, y la mayoría de las noches me quedo dormida pensando en lo que haría si le pasara algo.

Después de que terminara la cuarentena, Liam y su padre se trasladaron a Columbus, lo más cerca que pudieron quedarse de Cleveland. La mitad de Ohio está bloqueada debido al alto grado de infección, así que el padre de Liam cree que debe quedarse cerca por si puede ayudar de algún modo. Antes de que todo esto empezara, el señor Holt era un político del montón, pero el brote les supuso un buen ascenso a él y a cualquiera que quedara vivo en el estado.

Liam y yo tuvimos suerte en el sentido de que logramos alejarnos lo suficiente de las zonas más infectadas antes de escondernos y esperar a que nos rescataran. Los vehículos del gobierno lograron llegar hasta allí y, si las cosas hubieran ido de otra manera, aún podríamos seguir encerrados. Liam ya está empezando a hartarse de que no deje de darle las gracias por haberme salvado aquel día.

Incluso las instalaciones de cuarentena del gobierno están dentro de los límites de la zona roja para mayor seguridad. Hemos aprendido por las malas que sólo hace falta una persona infectada para que todo empiece de nuevo.

La semana que Liam y yo pasamos juntos en cuarentena fue bastante agradable por lo intenso y escalofriante del momento. Y no porque Liam fuera ninguna de esas dos cosas, sino porque la cantidad de revisiones médicas de cuerpo entero que uno puede soportar tienen un límite.

Obviamente, todo se preparó apresuradamente y los suministros eran limitados, pero la gente que organizaba las cosas, hizo todo lo que pudo por hacernos sentir cómodos. No dejaban de asegurarnos que no éramos prisioneros… siempre que no estuviéramos infectados, claro, porque cualquiera que lo estuviera se lo llevaban al instante. Si después los utilizaban para experimentos del gobierno o los mataban directamente era algo que no sabía y que sigo sin querer saber.

Lo que sí sé es que la población mundial ha bajado a la cifra de unos seis mil millones. Casi uno de cada siete habitantes murió en menos de un mes. Algunos países africanos se han visto diezmados casi por completo y China era, literalmente, zona de guerra. Por primera vez en unos mil años, la población del planeta estaba disminuyendo. Es una locura pensarlo y da miedo, pero a veces no puedo evitarlo.

Éramos uno de los tres centros de asistencia del Estado y, fácilmente, habría miles de personas esperando pacientemente y sometiéndose a innumerables pruebas junto con Liam y conmigo. En aquel momento parecía mucho, pero cuando lo comparas con la cantidad de gente que vivía dentro y en los alrededores de la ciudad, las cifras eran desoladoramente bajas.

Cuando por fin pudimos irnos, nos dijeron muy claramente que no se nos permitía regresar a la ciudad bajo ningún concepto. Todo el mundo que saliera de Cleveland debía empezar de cero, sin ninguna de sus pertenencias y, en demasiados casos, sin ningún miembro de su familia. Yo jamás tendría la oportunidad de enterrar a mis padres ni a mi hermano. Ni siquiera sabré nunca si quedaba algo de ellos que se pudiera enterrar, pero estoy intentando no pensar en ello.

El tiempo pasa muy lentamente y estoy a punto de empezar a aporrearme la cabeza contra la mesa cuando oigo las llaves de la tía Noor tintineando en la puerta.

Me levanto, preparada para ayudarla con la ingente cantidad de compra que seguro que ha traído a casa. Desde el brote, Noor ha estado

esforzándose mucho por hacerme la vida normal. Las magdalenas y los cereales no van a compensar el hecho de que mi familia haya muerto, pero le agradezco el esfuerzo de todos modos.

—¡Hola! —grita desde el pasillo cuando la puerta de su piso se abre.

—Hola —le respondo quitándole de las manos dos bolsas para llevarlas a la encimera de la cocina.

—¿Qué tal el día, cielo? —Lleva la melena negra recogida en un moño perfecto y tirante, y su traje de chaqueta parece más caro que todo mi armario junto.

—Bien. No me puedo quejar. —Empiezo a revisar las distintas opciones de cena que ha traído a casa—. ¿Qué tal el tuyo?

—La verdad es que genial. ¿Has oído las noticias? —Prácticamente está saltando de alegría.

—No. —Levanto la mirada de la bolsa de la compra y enarco las cejas.

Parece contentísima teniendo en cuenta la clase de noticias con las que suele llegar a casa. No actúa como si estuviera a punto de decirme que se ha producido la devastadora caída de otra ciudad europea, pero por si acaso, me muestro cautelosa.

Las noticias llevan un mes sin hablar de otra cosa que la infección, lo cual está bien porque todo lo demás parece trivial si lo comparas. Aquí las cosas parecen estar, en su mayoría, bajo control, pero aún nos enteramos de tragedias que suceden por todo el país cada semana. La infección se originó en el Centro para el Control y Prevención de Enfermedades de Ohio, pero por sí sola una infección tarda días en matar a alguien. Y hubo gente que viajó sin saber que estaba infectada. Sólo algunos pequeños países isleños han logrado mantenerse completamente libres de la infección, y los viajes internacionales ya no son una posibilidad para el ciudadano medio. Aun así, como no dejan de decir, poco a poco estamos ganando a esta cosa. Ahora la gente sabe qué buscar y cómo protegerse. Algunos colegios han incorporado incluso prácticas de tiro obligatorias.

—¿Zarah? —La tía Noor agita la mano delante de mi cara.

—Perdona. —Parpadeo unas cuantas veces y vuelvo a la realidad—. ¿Cuál es la gran noticia? —Cojo un cartón de leche de la encimera para meterlo en la nevera.

—Creen que pueden haber encontrado una cura —dice sonriéndome expectante. Casi se me cae el cartón de leche.

—Repítelo.

—Bueno, más concretamente… piensan que están cerca de tener una vacuna. Algo que pueda protegernos si nos muerden.

—¡Vaya! —No sé qué decir, pero por suerte mi tía sigue hablando.

—Está claro que no pueden salvar a los que ya están infectados, pero aun así es algo tremendo.

—¿Y cómo es posible? —Cierro la nevera y me apoyo en el gran

electrodoméstico. Me está costando procesar esta información—. Aún no hemos encontrado una cura para el cáncer, y esto ha pasado en menos de dos meses.

—Lo sé, lo sé. Y aún no está lista para usar, pero ahora mismo es la prioridad todos los gobiernos del mundo.

—Aun así…

—No soy científica, ni mucho menos, pero por lo que entiendo, como el virus fue creado por el hombre, ya estábamos a medio camino. —Se encoge de hombros. No le interesan mucho los detalles.

—¿Estábamos? ¿Entonces esto es cosa de los Estados Unidos?

—Sí. Ésa es la segunda parte de la buena noticia. Seremos los primeros en recibir la vacuna una vez esté disponible, y eso podría ser cualquier día desde ya. —Me sonríe—. Ya han empezado a distribuir las fórmulas a los gobiernos de todo el mundo. Llevará tiempo fabricar suficientes para todos, pero en cuestión de semanas todo esto podría no ser más que una pesadilla.

Capítulo Once

Savannah

Tragué saliva, no estaba muy segura de qué decir. Me había imaginado muchas veces a Zack muerto en la calle, justo donde lo había dejado, pero no sabía cómo procesar ese nuevo giro.

«¿Qué querrían de él? ¿Utilizarlo como cebo para zombis? ¿Como nuevo recluta?». Las posibilidades eran infinitas y ninguna de las que se me pasaron por la cabeza era fácil de soportar.

—Quise ir a buscarlo, lo juro, pero habría sido imposible enfrentarme a todos. Los seguí por la carretera un rato, pero me di cuenta de que lo mejor era ir a buscar ayuda.

—Buena decisión —dijo Cole, y Alex, por fin, lo miró; primero confuso y luego pareció reconocerlo —. No son gente con la que quieras enfrentarte. No les costaría mucho trabajo meterte una bala entre los ojos. ¡Seguro que hasta lo disfrutarían!

—¿Lo viste después de que se lo llevaran? ¿Se despertó? —le pregunté para evitar cualquier pregunta que Alex pudiera hacer sobre cómo Cole había aparecido en nuestra casa supersecreta. Teníamos que centrarnos en Zack.

—No lo sé, Savannah. —Comenzó a caminar de un lado a otro del salón—. Lo metieron en la parte trasera de una camioneta. No vi nada, pero lo intenté.

—¿Entonces podría estar muerto? —preguntó Pierce sin una pizca de tacto.

—No, no lo creo. Estaba semiconsciente cuando lo levantaron de la carretera. Seguro que tiene una conmoción, pero creo que está vivo.

—Vivo, pero no a salvo —terminé por él. Alex se encogió de hombros y tiró la mochila al suelo.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Pierce—. ¿Ir a buscar a Zack o a todos los de New Ravencrest?

Me di la vuelta hacia Belle, que estaba hecha un ovillo sobre una silla de la cocina.

—¿Sabemos a dónde se dirigían o dónde podríamos encontrarlos?

Tuve la sensación de que Cole sabía más acerca de esta gente de lo que decía, pero no facilitó ninguna información y no estaba segura de si sería conveniente intentar sonsacárselo delante de todos. Alex estaba muy nervioso

y no dudaría en echarle la culpa por lo que le había pasado a Zack. Normalmente él era el que se las ingeniaba para calmarnos, pero ahora parecía que fuera a saltar en cualquier momento. Había perdido el control con más frecuencia de lo habitual y me preocupaba que perdiera los papeles por completo. Para ser justos, estoy segura de que ninguno de nosotros salió ileso aquel día.

Nadie ofreció sugerencias, pero Alex dejó de andar como si se tratara de un animal enjaulado y sacó una foto de su bolsillo. No tuve que verla para saber lo que era. Estaba tomada en una playa de Florida y en ella salía Nina, la hermana de Alex, rodeando a Marybeth con su brazo. Las dos habían sido amigas íntimas antes de que todo pasara. Por aquel entonces, para Alex, Marybeth no era más que la amiga pesada de su hermana.

Observó la foto con anhelo durante más de un minuto mientras el resto nos mirábamos sin saber qué hacer. No estábamos acostumbrados a verlo así.

—¿Tienes hambre? —le pregunté—. Ya hemos cenado, pero hay mucho. Deberías comer. —Por fin alzó la cabeza de la fotografía y centró la mirada en alguna parte de la estancia.

—No tengo hambre —respondió ignorándome—. Belle, ¿cómo has llegado aquí? ¿Dónde están los demás? —Alex se acercó a Belle, su alto y esbelto cuerpo se alzó sobre ella. Creía que iba a descargar todo su mal genio, así que me acerqué dispuesta a apartarlo. En lugar de eso, se sentó a su lado y puso la mano sobre la suya—. ¿Por qué estás aquí? Dime qué ha pasado.

Había olvidado que Alex conocía a Belle mejor que yo. Habíamos sido vecinas, pero nunca amigas.

La hermana de Alex murió en el segundo brote y éste se había desvivido por cuidar de Belle desde que había llegado con su madre y Marybeth a New Ravencrest. Belle y Nina no se parecían nada físicamente, pero no había llegado a conocer a la hermana de Alex, así que tal vez había alguna otra cosa que le recordara a ella.

En lugar de responder, Belle se echó adelante y le dio a Alex un largo abrazo. Después se levantó y se quedó en mitad de la habitación esperando a que todas las miradas se posaran en ella. Ésa era la Belle que yo conocía, siempre dispuesta a aprovechar cualquier oportunidad para ser el centro de atención. Incluso en los momentos más inoportunos, ahí estaba con su gran sonrisa y su melena rubia saltando por la habitación. Le venía al pelo ser la hija de un alcalde, incluso sin las ventajas que el puesto hubiera podido tener antes. Belle era prácticamente nuestra mascota en New Ravencrest. No hablaba mucho con ella, pero era como si estuviera en todas partes al mismo tiempo. Resultaba imposible pasar un solo día sin oírla quejándose por alguna parte del instituto.

—Ha sido un caos —respondió Belle; su habitual tono enérgico adoptó un cariz más prudente—. Estaba echándome la siesta en mi habitación cuando las alarmas empezaron a sonar. Al principio pensé que era un simulacro, pero la gente corría por todas partes como loca, aunque nadie

gritaba. Supongo que no creían que estuviéramos realmente en peligro. Estábamos muy bien protegidos. Pero la alarma no dejó de sonar y decenas de personas corrían por el pasillo. Fui a buscar a mi padre porque sabía que él me explicaría lo que estaba pasando. Siempre dice que es mejor pasarse de prudente a que te pillen con los pantalones bajados. Sabía que no habría activado la alarma por nada, pero tampoco había ido a buscarme así que imaginé que no sería tan grave. Cuando al final lo encontré, estaba en el tejado con otros, todos miraban a la carretera y hablaban entre sí en voz baja. Capté palabras como «evacuar» y «pánico», pero aún no me habían visto así que me acerqué. Literalmente vomité al ver lo que venía. Un hervidero de al menos doscientos Zs avanzaba directamente hacia nosotros desde el centro de la ciudad. Nunca había visto tantos juntos, ni siquiera durante los primeros días de noviembre. Miré a mi padre y supe en qué estaba pensando. Jamás se nos pasó por la cabeza que tendríamos que enfrentarnos a tantos a la vez. Nuestras defensas no podrían contenerlos.

Mientras Belle seguía describiendo la evacuación que siguió y lo histéricos que se habían puesto algunos de nuestros vecinos, miré a mis amigos. Alex parecía preocupado, pero Pierce estaba blanco. Cuando me dirigió una mirada cargada de pánico, entendí lo que estaba pensando.

«Lo habíamos provocado nosotros».

—¡Ay, Dios! —susurré tan bajo que no supuso ninguna interrupción para Belle. Cole enarcó las cejas, pero no dijo nada. Miré a Alex esperando a que llegara a la misma conclusión. Nos habíamos pasado de la raya al alejar a los infectados del centro médico y llevarlos hacia el centro de la ciudad. No nos habíamos parado a pensar a dónde podrían ir desde ahí. Todos los Zs que habíamos logrado apartar de nuestro objetivo habían encontrado algo que los llevó directos a nuestra ubicación y a nuestros amigos. Lo habíamos estropeado todo, y había sido idea mía.

—Aproximadamente la mitad de nosotros logramos llegar a los coches antes de que los infectados alcanzaron el instituto y se saltaran las barricadas. Nadie quería dejar allí sus cosas y creo que la mayoría de la gente pensó que podríamos contenerlos, que la evacuación era sólo una precaución. Fue como si estuviéramos en el Titanic —añadió Belle haciendo referencia a su película favorita— con la diferencia de que nosotros teníamos suficientes botes salvavidas y no pudimos convencer a la gente de que el barco se estaba hundiendo de verdad. Todos estaban tan empeñados en sacar nuestros suministros que apenas había gente intentando contener a los Zs. Oí unos cuantos disparos, pero papá y yo sabíamos que ya era una causa perdida y nos centramos en sacar a todos los demás. Fueron los que intentaron luchar o esperaron demasiado los que… —se detuvo— se quedaron atrás.

—¿Cuántas personas se quedaron en el instituto? —preguntó Pierce.

—Diecisiete, estoy segurísima. Hicimos un recuento en cuanto estuvimos lo suficientemente lejos, pero no sé quiénes eran.

—¿Sabes algo de mi madre o de Marybeth? —preguntó Alex con un

hilo de voz y blanco como la cera.

—Estoy segura de que vi a la señora Park —respondió Belle mirando hacia arriba como si estuviera rebuscando en su memoria—. Y de que Marybeth iba con ella. La señora Dorren se rompió el tobillo al caerse por las escaleras del instituto mientras corría hacia la salida y se estaban ocupando de ella cuando nos encontramos todos antes de separarnos.

—¿Entonces nadie más resultó herido?

—Oí que habían mordido a Greg Maltin. —Frunció el ceño—. Se quedó atrás para darnos más tiempo. Sabía que iba a morir de todos modos, supongo. Su mujer se quedó destrozada cuando se enteró.

—Y entonces tu padre decidió venir aquí —terminé por ella y me gané una mirada inquisitiva de Alex.

Entré en la cocina mientras Belle repetía todo lo que ya nos había contado. Alex tenía que comer algo y no me iba a quedar esperando a que entrara en razón. Debía estar en plena forma. Todos teníamos que estarlo.

Encontré una barrita de cereales y se la lancé. Alex la cogió al vuelo y me dedicó una mirada irónica, pero le quitó el envoltorio y le dio un mordisco.

—A lo mejor deberíamos pasar aquí la noche —sugirió Alex para mi sorpresa. Pensé que tendría que convencerlo para descansar—. Tendremos que levantarnos muy temprano. —Supongo que saber que seguramente su familia estaba a salvo hizo mucho por calmarlo.

—¿Y después qué? —pregunté—. ¿Vamos a buscar a Zack o intentamos seguir a los demás?

Alex respondió que teníamos que encontrar a Zack al mismo tiempo que Belle decía que quería saber qué les había pasado a su padre y a los demás. Al menos tenían ideas. Yo ni siquiera podía tomar una decisión.

Las largas miradas que Cole me lanzaba indicaban que él también tenía algo que aportar, pero no dijo nada y, de todos modos, tampoco es que se hubiera ganado el derecho a opinar todavía.

Pierce levantó las manos como rindiéndose y dijo:

—Vamos a hablarlo por la mañana, ¿vale? Todos estamos agotados y, de todas formas, no hay nada que podamos hacer esta noche. Estoy seguro de que veremos las cosas con más claridad por la mañana. Deberíamos coger un par de colchones de arriba y bajarlos aquí para estar juntos por si pasa algo.

Alex asintió y dijo:

—Eso ayudará a que todos descansemos bien.

Belle se dispuso a apartar los muebles del centro del salón mientras los demás íbamos arriba. Pierce y Cole cogieron el colchón de matrimonio del dormitorio, que se encontraba al final del pasillo, y lo arrastraron hasta abajo mientras Alex y yo íbamos al dormitorio principal y nos hacíamos con un colchón de uno cincuenta cubierto por una colcha verde intenso.

Intenté no mirar las fotografías de las paredes y de la mesita de noche, no quería pensar en lo que le había podido pasar a esa familia feliz.

Cuando llegamos al pasillo, Alex y yo esperamos mientras ellos terminaban de bajar el otro colchón.

—¿Sabes lo que significa todo eso, verdad? —preguntó él.

—¿Todo qué? —creía que sabía a lo que se refería, pero no estaba dispuesta a decir nada por si me equivocaba. Tal vez se había calmado, pero no pensaba que pudiera soportar nada más esa noche. No quería ser yo la que explicara exactamente lo que había pasado en el instituto. Por una vez, podría tocarle a otro enfrentarse al Huracán Alex para variar.

—Los zombis que asaltaron el colegio. De dónde salieron. —No tuvo que terminar. Asentí—. Hay gente muerta por nuestra culpa. Nada de esto habría pasado si hubiéramos hecho lo que nos dijeron.

—Sólo intentábamos ayudar.

—No. Sólo intentabas lucirte —contestó con brusquedad. Lo dijo en voz baja, pero furiosa. Desvié la mirada hacia las escaleras, pero Cole y Pierce estaban distraídos con el colchón, empujando y tirando de él y no estaban prestando atención—. Conseguiste exactamente lo que querías, pero no te pareció suficiente. Tuviste que ir más allá, demostrar que eres mejor que los demás. Que eres el héroe.

—Eso no es justo —repliqué, pero no se me ocurrió qué argumentar en mi defensa. Tenía razón. Greg Maltin y otras dieciséis personas estaban muertas gracias a mi brillante idea. No había nada que pudiera decir para cambiar eso. Me mordí el labio y miré a Alex. Su rostro no mostraba ni rastro de la rabia que expresaba su voz. No mostraba rastro de nada—. Lo siento. La he cagado.

—Eso es decir poco, ¿no crees?

No tuve que responder porque Alex empezó a bajar por las escaleras con su lado del colchón.

—Alex —le supliqué, no segura de qué decir.

—No, Savannah. No digas nada. Ya hablaremos de esto más tarde.

Pero no hablamos más tarde. Alex no me dirigió la palabra en toda la noche. Pierce y él hablaron en voz baja en una esquina durante casi una hora mientras Belle, Cole y yo preparábamos la habitación para pasar la noche.

—¿Va todo bien? —preguntó Cole mientras encendíamos los faroles de gas.

—No mucho.

—Ese Alex es un poco gilipollas —espetó Cole, claramente agarrándose a un clavo ardiendo.

—No lo culpes a él, sino a mí.

—¿Y cómo podría ser culpa tuya lo que le ha pasado a Zack?

—No me refiero a eso, pero ahora que lo dices, probablemente debería haberlo añadido a la lista también. Si no hubiera sido por mí, jamás habríamos estado en esa carretera. No habríamos tenido que salir corriendo hacia el bosque en mitad de la noche y Zack estaría en New Ravencrest bromeando con su madre.

—No lo entiendo.

—Olvídalo. Olvida lo que he dicho. —Esperaba que contestara de todas formas, pero terminó de preparar el farol y fue hacia el sótano donde estaban todos los suministros. Miró atrás una vez, pero yo rehuí su mirada.

Volvió unos minutos después cargado de mantas y le ayudé a extenderlas sobre nuestro improvisado dormitorio.

Ni él ni Alex volvieron a dirigirme la palabra aquella noche, aunque Cole no dejaba de lanzarme miradas perplejas como si no pudiera explicarse cómo yo había podido fastidiarlo todo tanto.

No podía culparlos. Yo tampoco quería estar conmigo misma.

Terminé durmiendo acurrucada a Belle en el colchón más pequeño para tener menos frío. Pierce y Alex compartieron el más grande, mientras que Cole se tumbó en el sofá. Me alegré del calor corporal que despedía Belle, pero anhelaba un poco de intimidad. Necesitaba un minuto a solas para recomponer mis pensamientos, aunque si me levantaba, todo el mundo haría preguntas.

Uno a uno se fueron quedando dormidos y sus ronquidos llenaron la habitación. Pero yo no podía cerrar los ojos, así que me quedé despierta.

Sólo unos días antes estaba sentada en mi viejo instituto rezando por tener algo que hacer. Después me dieron la oportunidad, y no dudé en tentar a la suerte.

Ahora tenía que encontrar a todos los de New Ravencrest, convencerlos de que no me echaran por mi estúpido error, rescatar a Zack de un ejército loco y averiguar qué estaba ocultando Cole. No sabía por dónde empezar. Cualquier pensamiento sobre el futuro resultaba pesado y desalentador.

Pasó al menos una hora antes de que lograra quedarme dormida y descansar, pero mis sueños los ocuparon Zack y cuerpos mutilados del aparcamiento del instituto.

Capítulo Doce

Savannah

El aire de la casa parecía hielo cuando despertamos, así que no perdimos tiempo en recoger los suministros y prepararnos para salir. Alex reconoció que no había mucho que pudiéramos hacer solos para ayudar a Zack, así que acordamos ir al oeste y buscar a los demás primero.

Durante toda la discusión, que duró media hora, Cole permaneció en silencio, no tenía ni idea de lo que le pasaba por la cabeza. Sin embargo no parecía tener problemas en ayudar a reunir provisiones de comida. Esperaba que nada más darme la vuelta se hubiera ido a ocuparse de sus asuntos, pero se quedó con nosotros.

Dejamos la casa después de asegurarnos de que la habíamos cerrado y no dejábamos rastro de los objetos de valor que se tuvieron que quedar allí. Diez minutos después, mientras pasábamos por otra hilera de casas idénticas, Cole y yo nos quedamos atrás y bajamos la calle tirando de las provisiones que llevábamos en carros que encontramos en la casa.

Por delante, Alex y Pierce registraban todas las casas que tuvieran un coche en la puerta para ver si encontraban las llaves. Belle se quedaba fuera, aunque su mirada seguía a Pierce cada vez que se marchaba de su lado. Llevaban meses tonteando y no había duda de que ambos se habían dado cuenta de que no había muchas más opciones. Un chico y una chica: las matemáticas eran sencillas.

—Quiero que vengas conmigo —me dijo Cole interrumpiendo mis pensamientos—. Después de que encontremos a tus amigos, deberías venir conmigo. Se te da bien todo esto. —Señaló a Alex cuando éste salía de otra casa sacudiendo la cabeza. Pierce lo siguió un momento después limpiándose la sangre del machete en sus vaqueros. Estaba claro que había habido un enfrentamiento, pero ambos se encontraban bien y subieron la calle sin decirme nada.

—¿Qué? ¿Por qué? —Me sorprendió un poco que quisiera que lo acompañara, como si yo tuviera tiempo para eso—. Por si no te has dado cuenta, ya tengo suficientes problemas.

—Ya, ya —contestó. Sonaba cansado más que burlón—. Es sólo que… Esto es muy importante. Si me pasa algo, estaría bien que alguien más supiera de esto para poder seguir adelante.

—¿El qué exactamente? —Alcé tanto la voz que Belle se dio la vuelta

hacia nosotros ladeando la cabeza, inquisitiva. Un instante después, volvió a centrar su atención en la casa en la que ahora estaban Pierce y Alex—. ¿Apenas me has contado nada y ahora esperas que me olvide de mis amigos para largarme y ayudarte? —Bajé la voz—. No puedes hablar en serio.

Cole dejó de caminar y me miró a los ojos, así que yo también me detuve y el carro chocó contra mi pantorrilla.

—Si te cuento lo que está pasando, tendrás que jurar que no se lo dirás a nadie —respondió. Su rostro reflejaba mi propia incertidumbre, aunque su voz sonaba decidida.

—Bien, pero eso no significa que pueda ayudarte. Ya me he arriesgado suficiente.

—Comprendo que todo esto sea importante para ti, pero puedo asegurarte que tendrás que arriesgarte mucho más. ¿Me das tu palabra?

En ese momento no pude contenerme.

—Lo juro. No se lo diré a nadie. Pero deberíamos seguir caminando si no quieres que todos empiecen a hacer preguntas.

Reemprendimos la marcha y al instante habló de nuevo:

—Mi padre formaba parte del equipo que desarrolló la vacuna —empezó a decir, pero se detuvo. Tampoco me hubiera sentido cómoda reconociendo algo así, porque a pesar de que en un primer momento pareciera un medicamento milagroso, ahora sabemos que fue un auténtico desastre y que convirtió la Tierra en un verdadero infierno.

—Vale.

—Estaban convencidísimos de que habían logrado frenar el virus. Alrededor de mil personas se ofrecieron como voluntarios para participar en los ensayos siendo conscientes del riesgo. Al cabo de unos días, ninguno de ellos mostraba signos de la infección. Fue un éxito enorme.

No quería contradecirle, pero no entendía cómo el hecho de que su padre fuera el responsable de tanto sufrimiento podía convencerme de que lo ayudara. Como no estaba segura de qué decir, le dejé continuar.

—Mi padre discutió con sus jefes y les dijo que deberían esperar más y llevar a cabo más pruebas, pero cada día morían miles de personas sólo en Estados Unidos. Nadie más quería esperar. Para entonces ya habían filtrado la noticia de la vacuna y empezaron los disturbios porque la gente exigía tener acceso a ella. Enseguida se refirieron a la R11 como el medicamento milagroso. Sólo unos días antes de que la segunda oleada sacudiera con fuerza, comprendieron lo que habían hecho.

—Sí. Sé todo esto. ¿A dónde quieres llegar? —Incluso yo misma capté hostilidad en mi voz y supe que estaba siendo demasiado dura teniendo en cuenta que, por lo que sabía, Cole no había hecho nada malo, pero tampoco quería revivir aquel desastre. Cole suspiró.

—Cuando estuvo claro lo mal que habían salido las cosas, mi padre y sus amigos reunieron a sus familias y nos metieron a todos en un búnker subterráneo. El lugar era enorme y seguro. Era un sitio donde podían seguir

trabajando mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor.

—¿Seguir trabajando? ¿Es que no habían hecho ya suficiente? —pregunté con rudeza.

—Saben que la cagaron, Savannah. Saben lo que le supuso a todo el mundo. Lo único que pueden hacer es intentar repararlo. —Apretó los dientes, aunque se mantuvo tranquilo. Estaba segura de que intentaba tener paciencia conmigo, pero no me importaba.

Entonces fui yo la que suspiró.

—¿Y se supone que te has escapado para hablarle al mundo sobre sus crímenes?

—No. Me he marchado para encontrar ayuda. Mi padre está seguro de que cada vez se acercan más a una cura, pero…

—¿Has dicho «cura»? —pregunté y él asintió—. ¿Una cura para qué? ¿La vacuna?

—No, una cura para el virus original.

Abrí la boca de par en par.

—¿Quieres decir que creen que pueden recuperar a la gente? —Mi mente se bloqueó ante la cantidad de posibilidades.

—No a todo el mundo, obviamente, pero cualquier infectado con la segunda generación del virus… bueno, hay esperanza. Y eso es algo, ¿no? Creen que pueden lograr que la vacuna haga lo que tenía que haber hecho en un principio.

Sentí emoción y angustia a partes iguales. Había quedado como una tonta por pensar que podrían revivir a los muertos, pero aquello seguía siendo algo con lo que nunca me habría atrevido a soñar.

—¿Entonces vendrás conmigo? Mi tío tenía información que mi padre necesita una vez hayan encontrado la cura. Sobre todo mapas para distribuir la cura una vez la tengamos.

Me sorprendí a mí misma al ver que estaba verdaderamente tentada a decir que sí y, probablemente, lo habría hecho de no ser por mi nuevo e impetuoso deseo de corregir los errores que había cometido aquella semana.

—Esto es increíble. Increíble de verdad. Pero no puedo. He provocado una atrocidad, muchos han muerto por mi culpa. —Desplacé el peso de mi mochila de un lado a otro mientras intentaba procesarlo todo—. Por lo menos debería ayudar a solucionar las cosas. Lo entiendes, ¿verdad? —La expresión esperanzada de Cole se desvaneció—. Llevo meses viviendo con ellos y ahora no tienen casa. No puedo abandonarlos.

—¿Pero cuánto crees que puedes aportar aquí comparado con lo que podrás aportar si proporcionas una cura?

Ahí me había pillado, pero aun así, ¿no deberían ir primero las personas que me habían protegido durante tanto tiempo? Me acogieron y me mantuvieron a salvo cuando estaba en mi momento más bajo y eso no podía olvidarlo.

—Me lo pensaré, ¿vale?

—Es todo lo que puedo pedir —respondió—, pero, por favor, piénsalo bien. Serías de gran ayuda. Llevo todo este tiempo intentando que no me descubran, sin enfrentarme a nada, y eso me está retrasando.

—¿Ahí es donde entro yo? —Sólo unos días antes ese cumplido me habría convencido. Lo único que había querido era que alguien reconociera que podía cuidar de mí misma y solucionar las cosas. Ahora eso era exactamente lo que estaba pidiéndome y lo único en lo que podía pensar era en la mirada de la señora Park cuando todo el mundo descubriera lo que había pasado.

Dos agudos silbidos salieron de una de las casas y lo único que lo único que me vino a la cabeza fue ayudar a mis amigos. Solté el carro y corrí hacia la vivienda de ladrillo seguida de Cole. El doble silbido era nuestra señal de problemas. Me necesitaban, y cualquier otro plan tendría que esperar.

Pasé corriendo delante de Belle, que se quedó ahí pasmada, mirándonos fijamente. No creo que supiera lo que estaba pasando.

Cole y yo entramos en la casa por la puerta principal, pero ni Pierce ni Alex estaban allí. Oí sonidos de pelea y la inconfundible risa de Pierce. De acuerdo, tal vez no se encontraban en peligro mortal.

Cole empezó a abrir puertas sistemáticamente y buscando a mis amigos cuando un Z salió del comedor que daba al pasillo. Debía de tener al menos ochenta años cuando murió y ni siquiera pareció verme. No me moví, no respiré y pasó por delante de mí arrastrando el muñón donde debería haber estado su pie izquierdo.

Pensé en dejarlo pasar y concentrarme en ayudar a Pierce, pero recordé que Belle estaba fuera, completamente sola e indefensa. Me di la vuelta y cargué contra la zombi anciana tirándonos a las dos al suelo.

Sentí el repugnante movimiento de la carne descomponiéndose cuando aterricé sobre ella. La mujer gruñó e intentó engancharme, pero logré sujetarla con una mano mientras con la otra sacaba mi cuchillo que segundos después sobresalía del cráneo de la infectada. Entonces dejó de resistirse.

—A esto es a lo que me refiero exactamente —apuntó Cole tendiéndome la mano para levantarme—. Eres lista y sabes apañártelas sola.

Arrugué la nariz ante el olor a descomposición que me acompañó al levantarme, y Cole fue lo suficientemente educado como para fingir que no se había percatado.

—¿Algún rastro de ellos? —pregunté.

—No. Ahora iba a comprobar el jardín trasero.

—Tú primero —dije señalando el pasillo con un ademán.

Encontramos a los chicos en el jardín decapitando a tres pequeños zombis y tuve que mirar a otro lado.

—Falsa alarma —dijo Pierce alzando la mirada justo cuando la puerta trasera se cerró tras nosotros.

—Sí, pues os habéis dejado uno —respondí mirando la capa de mugre que me cubría ahora.

—¿Estás bien? —preguntó Alex sin ni siquiera mirarme.

—Estoy bien. Estamos bien. Aunque alguien debería asegurarse de si Belle lo está.

—Ya voy yo —dijo Cole, y sin esperar una respuesta, entró al interior de la casa.

—Pues yo voy a ver si puedo encontrar las llaves —sugerí.

—Deja, ya lo hago yo. —Pierce, que estaba agachado, se levantó de un salto y vino hacia mí para dirigirse a la puerta—. Ahora tengo un sistema.

—¿Y qué tal te está funcionando hasta ahora? —le pregunté hundiéndole un dedo en el costado.

—Anda, calla —contestó riéndose antes de que la puerta se cerrara tras él.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —le pregunté a Alex, que por fin dejó de apuñalar a los cadáveres y me miró.

—Zombis. —Se encogió de hombros—. Nos hemos ocupado de ellos.

—Ya lo veo. —Le sonreí, pero dejó de mirarme cuando sus ojos se encendieron de ira—. Alex, yo…

—¿Qué, Savannah? ¿Tú qué? A ver si adivino, tienes un plan descabellado para arreglarlo todo. ¿De eso va? —Di un paso atrás ante el tono hiriente de su voz. Jamás le había oído hablar así a nadie. Era amable, nunca cruel—. Pues perdóname si decido pasar esta vez —terminó y sus palabras me sacudieron como una bofetada en la cara.

—Eh, chicos, ¡he encontrado las llaves del coche! —gritó Pierce asomando la cabeza por una ventana que daba al jardín.

—Genial —respondí intentando sin éxito forzar el tono para igualar la emoción de su voz. Era incapaz de levantar la mirada de mis zapatos manchados de sangre.

Medio minuto después Pierce se reunió con nosotros en el jardín con las llaves colgando de su dedo índice.

—Ya va siendo hora de que salgamos de aquí —dijo sonriendo.

—Muy bien. —Alex se acercó, le chocó los cinco y le quitó las llaves al mismo tiempo—. Yo conduzco.

—¡Qué raro! —respondió Pierce mirándome con gesto de exasperación—. Como si no hubiera encontrado las llaves yo.

—¿Acaso sabes conducir? —se mofó Alex y la expresión de Pierce dejó claro que no sabía.

—¿Y qué? Estoy seguro de que puedo hacerlo.

—Buen intento, pero conduzco yo. —Se volvió y recorrió el pasillo en dirección a la puerta principal, que habíamos dejado abierta. Ni siquiera me miró al pasar por delante de mí.

Capítulo Trece

Savannah

Después de meternos atropelladamente en el monovolumen verde, volvimos a la casa donde habíamos pasado la noche para coger más suministros. Entre los cinco y varias cajas de comida, armas y munición, íbamos un poco apretados. Belle se las apañó para ir de copiloto. Como de costumbre, la chica no tuvo ningún problema en ponerse cómoda. Llevaba el pelo recogido en un moño deshecho y su pequeño cuerpo se perdía en una sudadera de capucha gigante.

Pierce y Cole se sentaron en el asiento central donde tenían un poco más de espacio para estirar las piernas y yo me quedé sola atrás, acurrucada en la esquina junto a una caja de pasta enlatada.

Cuando arrancamos deseé haberme sentado en el otro extremo del asiento porque desde donde estaba no había nada que me impidiera ver a Alex. Quería desesperadamente estar un tiempo alejada de él, pero tampoco podía evitar mirarlo. Maniobró con habilidad y condujo hacia la salida de la ciudad por una carretera secundaria. Su semblante seguía fruncido mientras comprobaba los puntos ciegos. Se había asegurado de que todos lleváramos el cinturón de seguridad puesto.

Hacía mucho tiempo que ninguno de nosotros se había puesto detrás de un volante y, como era de esperar, estaba nervioso. Al menos no podíamos quejarnos de que hubiera tráfico.

Belle y su padre habían planeado reunirse con los demás cerca de Meadowvale, pero no estábamos seguros de qué ruta habían decidido tomar. Llevábamos un mapa de la zona y aunque era probable que no fuera la más rápida, era mucho mejor evitar la arteria principal de esa ciudad altamente infestada.

Intenté apoyar la cabeza contra la ventanilla para descansar, pero los meneos causados por las irregularidades de la carretera me hicieron imposible ponerme cómoda. Terminé echando la cabeza atrás y cerrando los ojos. Si lograba fingir que estaba dormida, nadie me molestaría.

El coche estaba plagado de toda clase de trastos, incluyendo unos cuantos CDs sin etiquetar, pero hasta que no pasó media hora nadie propuso poner algo de música. Muy a mi pesar, abrí los ojos. Es un regalo poco habitual poder escuchar cualquier clase de música últimamente.

La compilación de canciones pop que Cole recogió del suelo nos

animó muchísimo. Todos excepto Alex cantamos a grito pelado, pero incluso nuestro malhumorado conductor canturreó la letra de todas las canciones de los Backstreet Boys y de las Spice Girls que iban saliendo.

Me encontraba en mitad de una interpretación muy sentida de *A Thousand Miles* de Vanessa Carlton cuando Belle se echó hacia delante de repente y apagó la radio.

—¡Mirad! —dijo señalando por la ventanilla hacia un lado de la carretera—. En ese campo de ahí, cerca del granero. ¿Es Nico?

Alex aminoró la marcha, pero quienquiera que fuese ya nos había visto y no había donde esconderse en ese tramo abierto de la carretera.

Efectivamente, Nico Moscowitz nos saludaba con la mano a la vez que corría hacia la carretera. Nico tenía unos diez años más que yo y dirigía uno de los otros equipos cuya labor había sido mantener la seguridad en Ravencrest y liderar varios viajes de abastecimiento.

En cuanto estuvo lo suficientemente cerca como para oírlo, Belle bajó la ventanilla y sacó la cabeza.

—Ey, forastero —dijo saludándolo con la mano.

—Vaya, pero mira quiénes son. —Nico sonrió bajo su espesa barba—. ¿Estás bien, cielo? Tu padre ha estado preocupadísimo. —Belle asintió y soltó un gritito de alegría mientras Nico iba hacia la puerta del conductor para estrecharle la mano a Alex—. Me alegro de veros a todos. Paulson ha enviado a gente a todas partes para buscar a ésta —señaló a Belle—. Es genial teneros a todos de vuelta. —Fue entonces cuando se fijó en Cole. Estrechó los ojos con gesto de confusión ante el rostro desconocido y ladeó la cabeza hacia Alex, que se encogió de hombros como indicando que se lo explicaría más tarde; pero yo contuve el aliento a la espera de la siguiente pregunta—: ¿Dónde está Zack? —El rostro de Nico, normalmente de un tono tostado, palideció, y supe que se temía lo peor.

—Hubo problemas de camino a Meadowvale. Yo… —Alex se quedó en silencio y Nico le dio una palmadita en el brazo.

—Lamento oírlo. De verdad.

—No está muerto —dije sorprendiéndome a mí misma. Odiaba la idea de que alguien pensara que habíamos perdido a Zack para siempre. Tenía que creer en la posibilidad de recuperarlo.

—Es una larga historia —añadió Alex antes de que Nico pudiera preguntar más—. Encontramos a Belle en la casa de suministros y nos dijo dónde buscaros y nos pusimos en marcha.

—¿Y tú qué haces por aquí? ¿Dónde están los demás? —pregunté echándome hacia delante para asomar la cabeza entre los asientos de Cole y de Pierce.

—Hemos instalado un campamento temporal un poco más arriba de la carretera, sólo hasta que llegue todo el mundo. Después buscaremos un lugar más seguro. Paulson nos ha mandado a comprobar la zona. Nunca se puede estar demasiado seguro.

Alex asintió.

—De acuerdo, iremos hacia allí y nos reuniremos con los demás. ¿Necesitas que te llevemos?

—No, no. No pasa nada. Aún me queda un poco de terreno por cubrir antes de la cena. No queremos visitantes inesperados. —Retrocedió un paso de la furgoneta y sacudió la cabeza. Todos nosotros luchábamos por recuperarnos de la última tanda de visitantes inesperados—. Seguid por esta carretera y cuando lleguéis a la bifurcación, girad a la derecha y en cinco minutos habréis llegado. Es imposible no verlos.

Alex pisó el acelerador y nos pusimos en marcha; Belle y yo nos despedimos de Nico con la mano hasta que se dio la vuelta y volvió a sus tareas. Intenté, sin éxito, apartar de mi cabeza las imágenes de los infectados yendo en masa a lo que había sido nuestro hogar, el horror que debió instalarse en el rostro de mis amigos.

Mi mente no dejaba de pensar en lo que me encontraría cuando alcanzáramos a los otros. ¿Dónde estaban viviendo las personas que tanto apreciaba, ahora que habían perdido la casa por la que todos habíamos trabajado? No había muchas opciones posibles, sólo sería cuestión de minutos antes de que tuviera que enfrentarme a las consecuencias.

Gracias a la extremada prudencia de Alex, pasaron más de diez minutos antes de que viéramos un pequeño grupo de tiendas de campaña y camionetas cerca de un lateral de la carretera. Sabía que no sería una solución permanente, pero el estómago me dio un vuelco al ver que toda esa gente estaba viviendo en la calle. Ya era primavera, pero las noches de abril seguían siendo frías, y una tienda de campaña no podía ser tan segura como el lugar donde habíamos estado antes.

A excepción de unas endebles carpas, no había nada que pudiera frenar un posible ataque de infectados. Pero al menos estaban vivos y eso ya era algo. Así que mientras la defensa siguiera siendo una prioridad y, conociendo a Paulson, lo sería, aquello tendría que servir de momento.

Cuando nos detuvimos sobre la hierba, dos hombres armados se acercaron a la furgoneta. Al ver quién estaba tras el volante, nos saludaron con efusividad y uno de ellos gritó que alguien fuera a busca al alcalde Paulson.

—Greg, querrás venir aquí fuera. Tengo una sorpresita para ti.

Los cinco bajamos de la furgoneta y deslicé la puerta trasera, cerrándola tan fuerte que todas las miradas del campamento se volvieron hacia nosotros. No había mucha gente fuera, pero mientras estábamos ahí esperando un recibimiento oficial, me fijé en cada persona, en cada tienda, buscando algún rastro de las familias de Alex y Zack. A una estaba deseando verla de nuevo y a la otra simplemente temía verla.

No reparé en el alcalde Paulson, pero Belle soltó un grito, salió disparada y se tiró a los brazos de su padre.

No me llegó lo que decían, pero los dos sonreían de oreja a oreja.

—¿Y ahora qué? —preguntó Cole en voz baja a sólo unos centímetros de mí. Me encogí de hombros. Ese lugar era totalmente nuevo para mí también. Cole estaba aguantando mejor de lo que lo habría hecho yo. En realidad no conocía a nadie, aparte de mí, y parecía más preparado que yo a enfrentarse a esa multitud.

—Voy a ir a buscar a mi madre y a Marybeth —dijo Alex, y sin esperar una respuesta le entregó las llaves a uno de los guardias armados y echó a andar hacia el campamento.

Me volví hacia Pierce y repetí la pregunta de Cole con la esperanza de que él tuviera una respuesta mejor.

—¿Y ahora qué?

—Supongo que tendremos que informar a todo el mundo de lo que ha pasado. Querrán una explicación sobre dónde estábamos y qué le pasó a Zack. —Cambió el peso de un pie a otro mientras me miraba expectante—. ¿Qué queremos contarles?

Le apreté la mano, pero mis ojos se clavaron en los de Cole mientras intentaba dar con algo que distrajera a Pierce.

—No lo sé. Ahora mismo no tenemos que preocuparnos por eso. ¿Por qué no vas a preguntar si les queda una tienda donde podamos pasar la noche los tres? —Siempre que Pierce se ponía nervioso, mi mejor opción era darle algo que hacer.

Él asintió.

—Vendré a buscaros después, ¿vale?

Sonreí alentadoramente antes de que también se perdiera en la improvisada aldea.

—¿Y tú? ¿Quieres ir a buscar a tu tía y a tus primos? —le pregunté. La expresión de Cole mostraba despreocupación—. ¿Qué pasa?

—Nada. Es sólo que… —Carraspeó y miró atrás, hacia la furgoneta —. El tío Miles y mi padre se pelearon. No sé si mi tía querrá verme.

—Bueno, ya es un poco tarde para echarse atrás. —Forcé una sonrisa intentando romper la tensión que le endurecía la expresión. Se mordió el labio y opté por otra táctica—. Todo esto pasó hace meses, ¿no? Seguro que tu tía se alegrará de verte sano y salvo.

—Supongo que sí. No lo sé.

—Bueno pues vamos a buscarla y después ya veremos —dije convencida de que estaba dándole demasiadas vueltas a la situación. Ahora más que nunca los reencuentros eran motivo de celebración.

Me alejé unos pasos de la furgoneta y miré atrás. No se había movido. Con delicadeza, le cogí la mano y tiré de él mientras cruzaba el embarrado campo.

—Vaya, pero mirad quién es. —Alguien me dio una palmadita en el hombro y solté la mano de Cole.

—¡Mike! —Le choqué los cinco al hombre que había sido el conserje de mi instituto—. ¡Nuestra salvación!

—Yo también me alegro de verte, Savannah. —Sonreí y dejé que Mike me rodeara en un cálido abrazo. Olía a tabaco mentolado.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó cuando se apartó—. Creo que no te he visto antes —comentó dirigiéndose a Cole.

Mike conocía a todos y todo sobre New Ravencrest, por eso estaba tan seguro de que nunca antes había visto a Cole. Agradecí que no lo pusiera en una situación más incómoda de lo que ya estaba. La mujer de Mike, Ruth, era básicamente la segunda al mando. Los dos ejercían de padres de toda la comunidad.

—No, señor —respondió Cole alargando la mano para estrechársela a Mike—. He conocido a Savannah y a los chicos en la carretera.

—Entonces llevas mucho tiempo solo, ¿eh?

Cole asintió.

—La verdad es que he estado buscando a su grupo. Me dijeron que aquí podría encontrar a alguien de mi familia. Miles y Carol Donovan.

La expresión de Mike se convirtió en una mueca y sacudió tristemente la cabeza.

—Savannah ya te habrá contado lo de tu tío entonces. Es una pena lo que pasó. Era un buen hombre.

—Sí, me lo ha contado. Y gracias. ¿Carol y los chicos lograron salir bien del instituto?

—Sí, sí. Me aseguré de sacar a los pequeños al primer signo de problemas y me alegro de haberlo hecho. No hay nada más importante…

—Vaya, cuánto me alegro —dije cortando a Mike. Había estado a punto de soltar uno de sus famosos rollos sobre la familia y la moralidad. Lo había oído cientos de veces en los últimos meses y no quería someter a Cole a lo mismo. Ya estaba demasiado nervioso.

—Muchas gracias por asegurarse de que estaban a salvo. ¿Sabe dónde podría encontrarlos?

—Mmm, no estoy seguro, pero creo que podemos localizarlos fácilmente —respondió con un sagaz brillo en la mirada—. ¡Carol! —gritó y su áspera voz resonó por todo el campo—. Carol, ven aquí.

—Mike —le chisté—. Aquí fuera tenemos que hacer poco ruido, ¿recuerdas? Intentamos pasar desapercibidos.

Mike dejó de gritar de pronto y su redondo rostro se sonrojó.

—No me he dado cuenta. Gracias, preciosa. Carol. —Siguió llamando en voz baja mientras nos movíamos por las tiendas. Le dirigí a Cole una irónica sonrisa.

Después de haber recorrido unos diez metros, una mujer de mediana edad con el pelo negro recogido en una coleta asomó la cabeza por la obertura de la tienda.

—Mike, ¿qué pasa? ¿Qué puedo…? —enmudeció al ver a Cole detrás del fornido conserje—. ¿Cole? —Se levantó y se acercó a nosotros con pequeños y vacilantes pasos—. ¿Eres tú de verdad?

Mientras la tía de Cole se acercaba y le acariciaba el pelo, dos pequeñas caras se asomaron por la tienda. Había visto a Katie y a Nathan antes, aunque no los conocía bien.

—¿Mamá? —dijo Nathan con sus rizos negros tapándole los ojos.

Cuando vio a Cole le dio un empujón a su hermana pequeña y los dos salieron de la tienda en tropel. Nathan corrió hacia su primo y lo abordó con un abrazo mientras Katie se quedaba atrás como si no se fiara del recién llegado.

—Pues aquí os dejo —dijo Mike dándome un apretón en el hombro antes de volver a la barbacoa.

—Niños, coged vuestros abrigos, por favor —les pidió Carol antes de volverse hacia Cole—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Ha pasado algo en la base?

—No. No es eso. Todos están bien. Me manda mi padre. —Al instante, la mirada maravillada de Carol se desvaneció y quedó reemplazada por una mueca de disgusto—. Casi estamos listos. Esperan que os lleve de vuelta.

Carol dio un paso atrás como si la hubieran abofeteado.

—Ni pensarlo. Estamos felices aquí. A salvo.

Sabía que debía mirar a otro lado, o incluso mejor, marcharme, pero al mismo tiempo quería saber lo que estaba pasando.

—¿A salvo? Miles está muerto y tú y los niños estáis viviendo aquí en el campo con un grupo de supervivientes desaliñados que siguen vivos por pura suerte.

En ese momento Cole se volvió hacia mí, pero yo miré hacia la tienda y los niños como si no estuviera escuchando.

—Ey, chicos, ¿os acordáis de mí? —pregunté acuclillándome para ponerme a la altura de los niños que estaban sentados en la tienda poniéndose las cazadoras y los zapatos.

—No —respondió bruscamente Nathan. Katie sólo sacudió la cabeza sin mirarme a los ojos.

—Soy Savannah. Vivía en el instituto. Soy amiga de Pierce, Alex y Zack. —Me preparé para mencionar a todos los que conocía, pero al mencionar a Zack sus caras se iluminaron e hicieron que mi corazón se resquebrajara un poco.

—Lo conocemos —exclamó Nathan—. ¡Es guay!

—Y tanto —respondí sin reservas—. ¿Veis a ese chico de ahí? —le dije a Katie—. Es vuestro primo. Él también es guay. Vivíais con él antes de que vuestra familia viniera aquí, ¿a que sí?

La niña asintió con inseguridad mientras su hermano se subía la cremallera de la cazadora.

—¿Por qué no vais a darle un abrazo? —Le tendí mi mano y sonreí cuando la aceptó.

Después de que los dos niños salieran de la tienda, le di un cariñoso

codazo a Katie, que se acercó a Cole y le rodeó la pierna con sus diminutos brazos dándome así la oportunidad de volver al lugar donde Carol y Cole hablaban entre susurros.

No llegué a oír nada porque mientras Katie se soltaba de la pierna de Cole, vi a Belle caminando hacia nosotros. Se había puesto unos vaqueros limpios y una camiseta de cuadros.

—Eh, Savvy. Mi padre quiere verte. —Miré a Cole, que seguía inmerso en la conversación con su tía—. Ahora mismo. —La voz de Belle era animada y no parecía sospechar la gravedad de que me hubieran hecho llamar, aunque yo sentí cómo me ardía la cara mientras me mordía el labio.

Capítulo Catorce

Zarah

Liam me acaricia la parte baja de la espalda y a pesar de que llevo una gruesa cazadora, me estremezco. Estamos sentados en los escalones delanteros del bloque de pisos de mi tía. Ha sido un día largo y lo único que quiero es darme un baño caliente, pero él tiene que marcharse en dos horas y pasarán semanas hasta que lo vuelva a ver.

Al padre de Liam lo han invitado a asistir a una conferencia en Texas sobre cómo mejorar nuestras defensas contra los infectados o algo así. Liam me lo ha explicado todo antes, pero estoy demasiado cansada para recordarlo. No tiene a nadie más, así que Liam va a acompañarlo.

No me permito ver los avances informativos que hablan sobre cómo han empeorado las cosas en el sur. Ya han invadido la frontera dos veces, y el padre de Liam dice que precisamente por eso tiene que ir.

Ni siquiera puede confirmarme cuándo volverán.

—Te escribiré todos los días —promete. Sus oscuros ojos azules brillan de preocupación por mí y me siento culpable por no poder adoptar una expresión valiente y decirle que todo irá bien. Nunca me hubiera imaginado que sería una de esas chicas que necesita contacto constante y consuelo de su novio, y me siento ridícula por ello, pero no puedo evitarlo. Ahora entiendo lo que es estar presa de la preocupación más extrema.

—Vamos dentro, ¿vale? —Me levanto y le cojo la mano para conducirlo al interior. La gente ya no sale a la calle si puede evitarlo, y me está dando mal rollo verla tan vacía.

Cuando volvemos al piso de Noor en la sexta planta, me paro antes de abrir la puerta. Tiro de Liam hacia mí, pero mi cazadora acolchada nos mantiene unos centímetros separados. Aún tengo frío por el aire de octubre, pero siento la calidez que despide Liam cuando apoya la frente contra la mía. Su calor corporal se extiende a través de mí hasta hacerme sonrojar.

Me besa la nariz y después agacha un poco más la cabeza. Nuestros labios se juntan durante un momento y me aparto.

—Podrías quedarte aquí. A Noor no le importaría. —Sé que seguramente no es verdad, pero tengo que intentarlo.

—No puedo. Mi padre ha tenido que hacer filigranas para asegurarse de que podía acompañarlo. —Echo la cabeza hacia atrás y lo miro extrañada. «¿Por qué iba a importar que un chico de diecisiete años esté presente en un

encuentro político?» Liam da un paso atrás y, al instante, vuelvo a tener frío y me encojo rodeándome con los brazos.

—El gobierno dispone de un segundo fabricante de R11 en Austin y quieren mantenerlo en secreto mientras no haya suficiente suministro como para que suponga una verdadera ayuda. Por eso la conferencia se celebrará allí. Mi padre cree que es posible que nos vacunen en cuanto lleguemos. —Baja la mirada y no sé si está avergonzado. Durante la última semana no ha hecho más que prevenirme contra la vacuna—. No puedes contárselo a nadie. No lo han anunciado para evitar disturbios como los de California. Ni siquiera te lo debería haberte contado.

—No se lo diré a nadie, pero no entiendo por qué de pronto es tan importante para ti. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—No he cambiado de opinión. Mi padre lo ha hecho por mí. —Voltea los ojos, pero tengo la sensación de que sólo lo está diciendo por mi bien. Dudo que Liam haya dejado nunca que sus padres le dijeran lo que tenía que hacer. En todo caso, desde que el señor Holt ejerce de padre soltero, se ha mostrado más indulgente, y el lince que Liam lleva tatuado entre sus omóplatos es prueba de ello.

Aunque tampoco me sorprende que en esta cuestión sea el señor Holt quien tenga la última palabra. Me alegra que Liam vaya a tener una oportunidad, pero ojalá no tuviera que marcharse.

Sólo pasaron unos días desde que la noticia sobre la vacuna salió a la luz hasta que estuvo disponible en la Costa Oeste. Los disturbios comenzaron por todo el país, la gente reclamaba su dosis.

La R11 iba a salvarnos a todos, pero cuanto más esperaban, más gente moría horrible y violentamente. El gobierno cedió. Incluso aunque no hubiera suficientes para todos, esperar no serviría de nada.

Yo estaba de acuerdo en que tenían que proporcionársela a tanta gente como pudieran y lo antes posible. Protegerse de cualquier manera tenía que ser mejor que nada. Liam no estaba de acuerdo. Al menos, antes.

Al principio parecía tan emocionado como todo el mundo, pero a medida que más y más periodistas informaban sobre los riesgos potenciales de un medicamento milagroso preparado apresuradamente, su opinión empezó a cambiar. Aún no sabíamos cuáles eran los efectos a largo plazo. Lo único que sabíamos era que los que eran mordidos después de la inoculación nunca presentaban síntomas del virus. Y eso, para mí, era más que suficiente.

Me aprieta la mano y entramos al piso para cenar. Intento no contar los minutos que nos quedan y centrarme en disfrutar de nuestro tiempo juntos.

***

Tres noches después me despierto con el sonido de unos golpes en la puerta de mi habitación.

—Zarah, cariño —dice Noor y su voz, normalmente animada, se oye algo forzada—. ¿Puedo pasar?

—Mmmmmm —murmullo contra mi almohada mientras me subo la colcha hasta los hombros y me acurruco más en la cama. Me siento como si me acabara de quedar dormida y mi mente no lograra orientarse.

El pomo de la puerta se menea, pero permanece cerrada. Recuerdo que la he cerrado con llave antes de meterme en la cama y me levanto. Las noticias están siendo cada vez más extrañas y espantosas, y echar la llave es lo único que me deja conciliar el sueño si mi tía no está en casa. Lleva toda la semana trabajando hasta tarde porque cada vez menos gente va a la oficina. Aún no hemos visto demasiados brotes en nuestra zona, pero nadie quiere correr riesgos.

Deslizo el pestillo y abro la puerta. Noor sigue con su traje azul perfectamente planchado, pero está despeinada y con el maquillaje emborronado. Su piel oscura está extrañamente pálida, no como si hubiera visto un fantasma, sino como si también hubiera luchado contra él.

—¿Qué pasa? —pregunto al mismo tiempo que bajo la mirada. Se está sujetando una venda ensangrentada contra el antebrazo y, de pronto, todo mi mundo se derrumba—. ¡Madre mía! ¿Qué ha pasado? ¿Te han…? —No soy capaz de terminar la pregunta, pero su expresión lo dice todo. La han mordido.

—He parado en la tienda de comida preparada a la vuelta del trabajo. No había nadie detrás del mostrador, pero había una pobre alma muerta cerca de la trastienda, junto a los congeladores. Estaba ahí tirado. He intentado salir sin hacer ruido, pero tampoco quería arriesgarme a darle la espalda por si acaso. —Ante esto asiento como apoyando su decisión—. He debido de chocarme contra un mostrador al salir. Se me ha echado encima muy deprisa, cielo. No he podido pararlo. —La tía Noor llevaba semanas con un cuchillo en el bolso esperando que fuera suficiente si la atacaban. Odiaba la idea de tener que hacerle daño a alguien, así que no le pedí que me explicara cómo había logrado huir.

—Lo siento mucho. —Las lágrimas ya caen por mis mejillas cuando me acerco para abrazarla. Inmediatamente, ella da un paso atrás.

—No te acerques demasiado.

—Aún tienes tiempo. Al menos un día. —Nunca será suficiente. Mi mente no puede hacerse a la idea de perder a mi familia otra vez.

—Eso no lo sabemos. No sabemos nada. Sólo he venido para que no estuvieras preguntándote qué me ha pasado. He dejado todo lo que puedes necesitar en la caja fuerte. Dinero y tarjetas de crédito. Y mi pistola.

—Por favor, necesitamos más tiempo. ¿A dónde vas a ir?

—Al hospital, supongo. O a una comisaría. —No hace falta que me

cuente lo que pasará una vez llegue allí—. Sabíamos que esto podía pasar. ¿Tienes todo lo que necesitas?

Asiento en silencio, mi cerebro busca desesperadamente algo que decir para convencerla de que se quede. Me tiembla el labio y veo mi expresión reflejada en sus ojos.

Menos de diez minutos después, cierro la puerta del piso tras ella. Espero hasta que desaparece por la escalera. Tengo que cerrar la puerta con llave para no salir corriendo detrás de ella. No se ha llevado nada más que lo puesto. Las dos sabemos que no volverá. Contengo el aliento para intentar controlar esta sensación de pánico que se intensifica cada vez más.

Vuelvo a mi habitación y encuentro mi móvil metido bajo la almohada. No hay mensajes, pero tengo varias alertas nuevas. Parece ser que Noor no es, ni por asomo, la única persona infectada de esta noche. Se están registrando brotes por todo el país.

Le envío un mensaje a Liam contándole lo que ha pasado y preguntándole qué cree que debería hacer. «No puedo quedarme aquí sola, ¿verdad? ¿Y si las cosas empeoran y tengo que marcharme? Ni siquiera sé conducir».

Me siento en la cama y miro el teléfono deseando que Liam conteste. Los dos hemos estado durmiendo con el volumen al máximo por si acaso, pero sé que cuando está dormido cuesta mucho despertarlo. Seguro que pasarán horas hasta que sepa algo de él. De todos modos, tampoco es que pueda hacer nada para ayudarme.

Me siento en el suelo del salón con las rodillas contra mi pecho, estoy sollozando tan fuerte que me cuesta respirar. Ya hace dos horas que se ha ido. Es más que suficiente para encontrar un policía que te meta una bala entre los ojos. Cada pocos minutos oigo gritos desde fuera que enmudecen rápidamente y me abrazo con más fuerza.

Ya le he dejado varios mensajes a Liam. Aún no sé nada de él y estoy casi convencida de que también está muerto. Llegan malas noticias de todas partes del mundo, y sé que ahora sí que no voy a poder volver a dormir.

Las informaciones sobre California y Texas son las más horripilantes. Espero que los rumores de que los infectados están atacando a la gente sean sólo… rumores. Esto es como Cleveland una vez más, aunque a una escala mucho mayor.

Ahora tengo la televisión apagada, pero no puedo borrar las imágenes de mi mente. Es demasiado.

Me pongo derecha cuando oigo el sonido de una alarma de coche unirse al coro de gritos intermitentes del exterior. Me levanto lentamente y voy hacia la ventana esperando ver una inimaginable horda de infectados viniendo directos hacia mí. No se sobrevive a algo así dos veces.

«Voy a morir aquí, esta noche». Sé que tal vez podría estar haciendo algo, pero no quiero moverme. No quiero volver a hacer esto. Hasta aquí he llegado.

Y entonces, por segunda vez esa noche, oigo a alguien llamar. *Toc, toc, toc*. En esta ocasión viene de la puerta de entrada. «Los zombis no piden permiso para entrar, ¿verdad?». Sé que estoy siendo idiota. Tal vez Noor haya decidido volver después de todo. Tal vez haya visto lo mal que están las cosas ahí fuera y ha sabido lo mucho que la necesitaría.

Se me entrecorta la respiración cuando llaman una segunda vez, ahora con más desesperación.

—Zarah, por favor, sé que estás bien. ¡Déjame pasar! —suplica una voz masculina desde el otro lado de la puerta. Está claro que no es Noor. Aun así, reconocería esa voz en cualquier parte.

Liam.

Abro la puerta.

Capítulo Quince

Savannah

Avisé a Cole de que me habían llamado y que me ausentaría un momento, pero tenía los ojos vidriosos y me escuchaba a medias. Despidiéndome de los niños, me dispuse a seguir a Belle y fue entonces cuando Cole me llamó.

—Savannah, ¿te marchas? Espera un segundo.

—Mi padre tiene que hablar con ella —explicó Belle cruzándose de brazos mientras seguíamos caminando.

—Ahora mismo va —contestó él agarrándome suavemente por la muñeca para que no la siguiera. Me paré.

Belle apretó los labios, pero no protestó.

—Alex y Pierce ya están de camino, así que no tardes mucho —añadió.

—¿De camino a dónde, exactamente? —pregunté.

—¿Ves esa tienda amarilla? —Belle señaló hacia el centro del campamento. Claro, era imposible no ver la tienda del alcalde. Era de las más grandes que teníamos y tenía un odioso tono a subrayador amarillo.

—De acuerdo, estaré ahí en un minuto, ¿vale?

—Claro, lo que tú digas.

Cole esperó hasta que estuviera a una distancia suficiente para no oírnos y me llevó detrás de una tienda.

—Necesito que hagas algo por mí.

—Te gusta pedir favores, ¿eh? —No estaba dispuesta a acceder a ciegas a nada.

—Es el mismo de antes. Por favor, no le cuentes a nadie nada de lo que hemos hablado. —Se acercó y susurró—: Sobre la cura. —Al apartarse, vi la preocupación en sus ojos.

—¿Es que te parece una tontería? ¿Cómo no va a ser importante algo que implique la posibilidad de una cura? Es algo tremendamente significativo, de hecho. La gente tiene que saberlo. —A medida que hablaba, su rostro se contraía más y más en una mueca de pánico. Seguro que se arrepentía de habérmelo contado.

—No, Savannah. No tienen que saberlo. No está lista aún, y ya sabes lo que pasó la primera vez que se anunció un medicamento milagroso. No nos podemos permitir perder a nadie más por el pánico y las decisiones

precipitadas. Esto tiene que quedar entre nosotros por ahora o todo se irá al traste. —Me pareció demasiado dramático, pero era difícil discutírselo.

No me costó imaginarme a Paulson, o incluso a la señora Park, exigiendo sus derechos después de enterarse de una cosa así. Habría sido comprensible, pero todos habíamos experimentado de primera mano los efectos que producía en la gente y no era nada bueno.

—¿Y qué pasa con todos ellos? ¿No quieres ayudarlos? —Me crucé de brazos imitando la postura que antes había adoptado Belle.

—Por supuesto que sí, pero tenemos que pensar en todo.

—Vale, ¿y una vez que esté todo listo? ¿Los ayudarás entonces?

—Si me acompañas tendré que hacerlo, ¿no?

—¿Ahora me estás chantajeando? ¿En serio? —Sonreí para mostrarle que sólo estaba de broma.

—Ya sabes lo que quiero, y tengo que irme pronto. No creo que Carol venga conmigo, pero puede que sea mejor así. Cuanto más rápido pueda ir, mejor. No necesito que me des una respuesta ahora mismo, pero sí pronto. Te lo suplico, no digas nada. A nadie.

—Te prometo que, por ahora, no diré nada, porque puede que no sea el mejor momento para echarle más leña al fuego. Pero, si las cosas cambian, te daré una última oportunidad de convencerme para que no lo cuente. Es mi última oferta.

Cole asintió sin vacilar, aunque no parecía muy contento con mi respuesta. Por desgracia para él, yo no tenía tiempo para preocuparme por sus sentimientos. Estaba a unos cinco minutos de convertirme en el miembro con peor reputación de New Ravencrest. Si ofrecer la esperanza de una cura era mi única opción de compensarles por lo que había hecho, entonces al menos tendría que considerarlo. En el fondo, sabía que después de todo lo que había sucedido ya, nunca habría una buena razón que les diera esperanzas, pero reconocí que eran lo más importante para mí y haría todo lo que estuviera en mi mano para protegerles.

—Tengo que irme. Luego hablamos. —Me volví y lo dejé con el reencuentro a sabiendas de que después tendría que darle una respuesta sobre si me iría o no con él.

***

—Savannah, me alegro mucho de ver que estás bien —dijo Paulson a modo de saludo cuando entré en la tienda. Cerré la cremallera detrás de mí. El alcalde tenía la cabeza vendada y bajo las gasas y los vendajes asomaban mechones grises formando extraños ángulos. Vino hacia mí y me echó un

brazo sobre los hombros—. Creíamos que os habíamos perdido. —Me dio un delicado apretón antes de colocarse detrás del improvisado escritorio construido con cajas y contrachapado. No podían llevar mucho tiempo en el nuevo campamento, pero la superficie de su mesa ya estaba cubierta de papeles y mapas. Planes de contingencia, supuse.

Pierce y Alex ya se encontraban allí y habían estado esperando en una esquina, ambos se movieron para ponerse a mi lado mientras Paulson iba directo al grano.

—Hay cosas que tenemos que hablar. —Hizo una pausa—. Me gustaría poder ofreceros a todos una silla, pero tendrá que bastar con esto.

Alex y Pierce parecían increíblemente incómodos; permanecieron en silencio detrás de mí. Como no estaba segura de cómo responder al alcalde, me limité a sonreír educadamente. Intenté mirar a Pierce, pero éste tenía los ojos clavados en Paulson. Ojalá hubiéramos hablado de antemano sobre lo que íbamos a contarles.

—Ante todo, quiero daros las gracias por haber traído a Belle de vuelta sana y salva. Cuando me enteré de que había desaparecido, casi me da un infarto. No sé qué habría hecho si la hubiera perdido. Estoy impresionado y asombrado de que fuera sola hasta Meadowvale.

—Por supuesto, señor —asintió Alex dejando que su expresión se relajara un poco—. Nos alegramos de verla y de haberos encontrado.

—De cualquier modo, os estoy agradecido —dijo sentándose en unas cajas—. Ahora vayamos con el tema más difícil. Por favor, contadme exactamente qué pasó… —Mientras hablaba, sentí que el estómago se hacía un gran nudo y las imágenes de la invasión al instituto se sucedían en mi mente, atormentándome— …con Zack —terminó Paulson.

Parpadeé atónita. Zack. Sólo quería hablar de Zack. Miré a Alex, pero al igual que Pierce, parecía decidido a hacer como si yo no estuviera allí.

—No estamos del todo seguros de qué pasó, señor —respondió Pierce cuando ni Alex ni yo fuimos capaces de hablar—. Habíamos salido de Ravencrest hacía unas horas y yo estaba haciendo guardia mientras los demás dormían. Vi un grupo de luces viniendo hacia nosotros por la carretera y desperté a los demás.

—Se movían despacio y al principio pensamos que podrían ser ustedes —añadí—, pero en cuanto los oímos, supimos que no.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Paulson.

—Hacían mucho ruido y eran bastante temerarios. Iban disparando al aire, gritando y riéndose —intervino Alex. Su expresión era muy seria y lo conocía lo suficiente como para saber que estaba reviviendo mentalmente aquella noche con todo lujo de detalles y yo estaba haciendo lo mismo—. Todo pasó en mitad de la noche y ni siquiera con los faros hubieran podido ver si iba a atacarlos un infectado o si iban atrayendo a todo un enjambre.

—Supusimos que era mejor ponernos a salvo —continuó Pierce— y nos separamos con la idea de ocultarnos en el bosque hasta que pasaran y

pudiéramos decidir qué paso dar a continuación.

—Vi a uno de ellos mientras me escondía en el bosque —dije cayendo en la cuenta de que no les había contado a los chicos que yo me había librado por los pelos—. Llevaba una linterna, probablemente estuviera buscando Zs. Supuse que sería una exploradora o algo así, porque iba unos minutos por delante del grupo. Llevaba una cinta roja en el brazo. Todos la llevaban. —Dejé de hablar porque no quería ser la que contara la siguiente parte de la historia.

—También debía de haber exploradores en nuestro lado de la carretera —apuntó Alex— porque encontraron a Zack. Lo oí gritar y corrí a buscarlo, pero llegué demasiado tarde. Ya se lo estaban llevando hacia su grupo a punta de pistola. Me acerqué todo lo que pude. —Se detuvo y tragó saliva—. Un tío intentó, de muy malas maneras, que le dijera dónde estaban sus amigos, pero él no dejaba de repetir que iba solo. —Mientras hablaba, sentí unas lágrimas formándose en mis ojos. No me había dado cuenta de que Alex había estado lo suficientemente cerca como para oír exactamente lo que pasaba mientras que yo me había quedado sin hacer nada al otro lado de la carretera—. Estaba asustadísimo —continuó en voz baja, como si estuviera hablando para sí—. Ese tipo le dijo que era su día de suerte y que podía unirse a ellos. Claramente, Zack se negó y fue entonces cuando la cosa se puso fea y empezaron a golpearlo.

—Ahí fue cuando yo grité —añadí, y sentí náuseas al recordarlo—. No quería hacerlo, pero es que estaba cabreada. No quería que le hicieran daño.

—Por supuesto que no, cielo —dijo Paulson—. Hay cosas que escapan a nuestro control. —Normalmente ese apelativo me habría molestado, pero resultó reconfortante saber que me entendía.

—Fue bien que lo hicieras —continuó Alex, hablándome por primera vez por lo menos en medio día—. Parecieron olvidarse de Zack por un minuto cuando su líder envió a algunos hombres a buscarte al bosque. Cuando volvieron con las manos vacías, metieron a Zack en una de sus camionetas y se largaron.

—Es todo lo que sabemos —terminó Pierce.

Yo no podía apartar los ojos de Alex. Estaba mirando a Paulson, pero desvió la mirada en mi dirección. Me permití esperanzarme por que hubiera empezado a perdonarme.

—Son una especie de milicia. Cole me dijo el nombre, pero no lo recuerdo —dije con tono de disculpa.

—¿Cole? —preguntó Paulson frunciendo el ceño.

—Savannah recogió a un descarriado por la carretera —señaló Alex con dureza.

—Para nada. Es sobrino de Carol Donovan.

—¿Y está aquí ahora? —preguntó Paulson, y yo asentí—. Tendré que hablar con él después para ver si sabe algo más que pudiera sernos útil.

Aunque la realidad es que no parece que podamos hacer mucho por Zack. No es que estemos exactamente preparados para una operación de rescate.

—¿Quiere abandonarlo? —La voz de Alex se alzó en cólera. No era propio de él enfrentarse a un adulto, y mucho menos al alcalde, pero a medida que los días pasaban, parecía tener menos control sobre su carácter.

La expresión de Paulson se mantuvo benévola y respondió con calma:

—No quiero, pero ¿qué opción tenemos? No sabemos quiénes son esas personas ni dónde podríamos encontrarlos. Y aunque lo supiéramos, no podemos exigirles que nos devuelvan a Zack. No tenemos ni armas ni recursos humanos, y no es momento de empezar una batalla.

Alex no respondió. Se dio la vuelta, abrió la cremallera de la tienda y salió hecho una furia.

—Lo siento —se disculpó Paulson—. De verdad que sí. No hay nada que podamos hacer. —Creo que vio las lágrimas que se acumulaban en mis ojos y supo que no podía soportar hablar más del tema—. ¿Por qué no intentáis calmar a Alex? Entiendo que esté disgustado y me gustaría poder hacer algo más por él. Por Zack.

—¿Podría hablar con la madre de Zack? —preguntó Pierce—. Todos hemos estado temiendo ese momento. No hay nada que podamos decirle para hacérselo más fácil y creo que si Alex hablara con ella ahora, haría las cosas más difíciles. O eso, o provocaría algún tipo de disturbio.

—De acuerdo, no os preocupéis por la señora Goss. Yo me encargo.

Agradecí que estuviera dispuesto a realizar esa tarea. Yo no conseguiría encontrar las palabras adecuadas para explicar cuánto lo sentía por ella, ni cuánto lamentaba no haber podido hacer nada por ayudar a su hijo.

Paulson se quedó dentro, probablemente preparándose para hablar con la madre de Zack, mientras Pierce y yo salíamos de su tienda. Crucé el embarrado campo enfurecida y sin saber qué hacer a continuación.

—¿Estás bien? —me preguntó Pierce poniéndome una mano en el hombro. Me detuve y me volví hacia él.

—No lo sé. Me siento muy perdida. —Pierce bajó la mirada al suelo. Nunca se le había dado bien hablar de sentimientos, y a mí me costaba controlarme una vez que empezaba—. No, no perdida… Impotente. Se supone que tengo que dejar que mi amigo se pudra y, al mismo tiempo, el mundo se está viniendo abajo, trocito a trocito. Tengo que hacer algo.

No podía evitar pensar en lo que había sucedido la última vez que me decidí a actuar. Pero en esa ocasión no estaba del todo segura, en cambio ahora era Cole quien me había pedido ayuda. Era una causa con la que poder colaborar de verdad, y una que podría marcar una gran diferencia para todo el mundo.

—Creo que quizá deba hacer algo muy drástico.

—Savannah —dijo Pierce a modo de advertencia, se le veía aterrorizado—, no puedes ir detrás de Zack. Conseguirás que te maten.

—Lo sé. Tengo otra cosa en mente. —Pierce se quedó en silencio,

probablemente dando por hecho que iba a decirle en qué estaba pensando, pero no estaba preparada para soltarlo a los cuatro vientos, al menos no todavía, así que opté por cambiar de tema—. ¿Por qué Paulson no nos ha preguntado dónde estábamos cuando todo se vino abajo en New Ravencrest?

—Porque ya lo sabía. —Me quedé boquiabierta—. No, no me refiero a eso. Antes de que entraras a la tienda, Paulson nos ha contado que la señora Park le habló sobre la misión de abastecimiento que nos había asignado. Fue justo antes de que sucediera y estaba muy disgustada porque no sabía qué nos había pasado. Al parecer, estaba convencida o de que estábamos muertos o de que, de seguir vivos, no lograríamos encontrarlos.

Me sentí embargada por la culpa.

—Seguro que Alex ha ido a reunirse con ella. Estaba en el pueblo de al lado buscando medicamentos cuando Belle nos ha traído a ver a su padre. Alex ha estado a punto de negarse y de coger la furgoneta para ir por ella y su madre, pero le he convencido de que no lo hiciera. Puede que ya hayan vuelto, así que con un poco de suerte se relajará cuando las vea.

No pude evitar imaginarme cómo sería el reencuentro lacrimógeno de Alex con su novia y, por un momento, pensé en ir tras él. Pero cambié de opinión al instante, sin duda, se cargaría parte del romanticismo del momento, así que decidí dejarlo solo. Él tenía que verla. Y yo tenía que empezar a olvidarme de él.

Me pasé el resto del día ayudando donde viera que podían necesitarme. Todo el mundo me daba las gracias efusivamente, aunque sólo hubiera colaborado en el montaje de una tienda, pero lo hacía para mantenerme entretenida. Tenía mucho que pensar y no quería que nadie me influenciara en una dirección o en otra.

Corría el rumor de que Paulson ya tenía un lugar en mente para nuestro próximo asentamiento y el grupo se marcharía pronto. Seguramente habría mucho que hacer puesto que estábamos empezando de cero, así que podría serles de ayuda si me quedaba.

¿Pero marcaría eso alguna diferencia? Supongo que dependía mucho de cómo se mirara.

Por un momento pensé en ir a buscar a Zack yo sola. Incluso podría hablar con Alex para que me acompañara, pero Pierce y Paulson tenían razón. No habría terminado bien. No teníamos nada más que un nombre y una dirección poco concreta.

Si al final el universo resolvía que nos debía una victoria, entonces, tal vez, volvería a ver a mi amigo. Por el momento tendría que mantenerse a salvo hasta que pudiéramos encontrarlo.

Mi última opción era acompañar a Cole, pero me daba mucho miedo porque eso significaba dejar a todo el mundo que conocía, y a lo mejor no volvía a verlos más, ni sabría si se encontraban bien.

Sin embargo, lo que ganaría si accedía y salía todo bien, era innegable. Me sentía como si eso fuera lo que llevaba esperando desde hacía tiempo, un

modo de cambiar las cosas, y no era algo que pudiera ignorar.

Me dirigí a la zona donde Pierce nos había conseguido una tienda, estaba exhausta y mi mente no dejaba de darle vueltas a esas dos posibilidades. Estaba segura de que a poco que tomara una decisión, seguiría dándole vueltas. Estaba corriendo en círculos y me estaba mareando.

—¡Eh, Savannah, espera! —me gritó alguien. Volteé la cabeza y vi a Cole corriendo entre las tiendas hacia mí—. Eres una chica escurridiza.

—Ahora no, ¿no? Aún no estoy segura de qué hacer. —Seguí avanzando hacia la tienda con la esperanza de dormir bien y así poder aclararme un poco las ideas.

—Pues no te queda mucho tiempo. Me marcho mañana.

«Mierda».

—¿Por qué?

—Tengo lo que necesito y no puedo esperar más. Ya voy con retraso. Esto no es algo que podamos posponer y, de hecho, no deberíamos hacerlo porque no hay nada más importante que esto.

—No puedo largarme con un extraño así, sin avisar.

A Cole le cambió la cara.

—¿Entonces no vienes?

—No estoy diciendo eso. —Eché la cabeza hacia atrás con impotencia y solté un gruñido—. Es que no sé qué hacer.

—¿Y si te dijera que venir conmigo te acercaría más a tu amigo? ¿A Zack?

Me paré en seco y lo miré.

—¿Qué quieres decir? ¿Sabes dónde está? —Le pregunté sin esconder mi enfado por que se le ocurriera mencionarlo ahora. Las dudas empezaron a pellizcarme por todos lados. ¿Por qué iba Cole a saber algo sobre Zack?

—Más o menos. Lo sé todo sobre la gente que se lo llevó, pero no su ubicación exacta, sólo que están cerca de nuestra base.

—¡Maldita sea! Deja de ser tan puñeteramente ambiguo —protesté—. Dímelo —le exigí.

—La Milicia Unida es, básicamente, lo que queda de nuestro gobierno. —Eso no era lo que esperaba oír—. Llevan unos meses reconstruyendo un ejército, aunque no está limitado sólo a personal militar. Han metido a todos los que han podido.

—¿Entonces estás diciendo que a Zack lo han reclutado en una unidad militar?

—No lo sé. Probablemente. —Estaba mirándome, pero no fijamente.

—¿Qué es lo que no me estás diciendo? ¿Por qué «probablemente»?

—Seguro que sí. Es joven y fuerte. Para ellos sería muy útil. Lo que pasa es que han desaparecido más y mi padre cree que la Milicia tiene algo que ver. Se han avistado en sus vehículos personas que objetivamente no tienen potencial de soldados. Puede que los estén usando para experimentos, para intentar encontrar su propia versión de la cura.

No pude decir nada mientras procesaba toda la información que me había dado. Estaba desesperada por recabar información, pero por primera vez, sentí que Cole me había contado todo lo que sabía.

—Iré contigo —confirmé. Cole parecía no creerse lo que estaba oyendo—. Tengo que saber qué está pasando.

—No me malinterpretes. Me alegra que vengas, pero no iré a buscar a Zack. Lo sabes, ¿verdad? Ése no es mi objetivo principal.

—Sí, pero acompañarte hará mucho más por ayudarlo que quedarme aquí. Si surge la oportunidad de encontrarlo, la aprovecharé. No espero que vengas; sé que estaré sola. Estoy acostumbrada. Pero si me quedo encerrada en un sitio el resto de mi vida, nunca tendré esa oportunidad.

Cole asintió, probablemente al darse cuenta de que una vez tienes lo que quieres, lo mejor es dejar de discutir.

Ya no había vuelta atrás, estaba decidido: iría con Cole. Era la única manera de marcar la diferencia, aunque en ese momento, sentía que ésa iba a ser la parte fácil. Lo complicado iba a ser contarle a la gente que ahora me había protegido durante tanto tiempo que me disponía a dejarlos.

—Sabía que no podrías resistirte durante mucho tiempo. Ahora que llevo este nuevo corte de pelo estás perdida sin mí —me dijo riéndose mientras me alejaba; en su voz se notaba alivio.

Alcé la mano con gesto desdeñoso para evitar darme la vuelta y que viera la sonrisa que se me había dibujado en la cara.

Capítulo Dieciséis

Savannah

A la mañana siguiente me desperté temprano porque Pierce, que seguía durmiendo, empezó a darme patadas sin darse cuenta. Ya no me merecía la pena seguir en el saco de dormir, y además nunca me había gustado demasiado ir de acampada.

Me incorporé y salí del hueco que tenía entre Pierce y Cole para ponerme las botas. Un segundo después ya echaba de menos la calidez de los dos cuerpos. Parecía que el verano no iba a llegar nunca. Miré a Cole, que seguía profundamente dormido. Su pelo apuntaba a todas las direcciones, probablemente por haber dormido con un brazo sobre la cara.

Con su esbelto cuerpo y su cabello oscuro, me recordaba un poco a Alex. Y no sólo físicamente, los dos parecían encontrarse en un estado de ánimo perpetuamente calmado; excepto cuando algo cabreaba a Alex. Me pregunté si Cole tendría el mismo carácter.

Cole quería estar conmigo. Me estaba pidiendo todo lo que Alex utilizaba en mi contra. Trataba de ayudar.

«Alex tiene a Marybeth», pensé amargamente. «Seguro que ni siquiera se da cuenta de que me he ido».

Cole me necesita.

Salí de la tienda hacia el frío aire de primavera. Me froté los hombros y, cuando mi aliento se convirtió en vaho, deseé hacerme con mi abrigo. A mi alrededor muchos de los adultos ya estaban en pie y desmontaban sus tiendas mientras otros llevaban bolsas y cajas al aparcamiento improvisado. No tardarían en marcharse.

Sería esperar demasiado que se quedaran ahí hasta que yo volviera, con suerte, acompañada por Zack, pero creía que al menos se quedarían unos días más.

Vi a Paulson caminar con Belle. Se dirigían hacia los coches y corrí para alcanzarlos y frené en seco en el barro, junto a ellos. Los dos se volvieron y me miraron.

—Buenos días, Savannah —saludó Paulson amablemente—. No esperaba verte levantada tan temprano.

—No es que Pierce sea muy buen compañero de catre —respondí riéndome.

—Bueno, por suerte para ti, en poco tiempo volveremos a tener camas.

—¿Ha encontrado un sitio nuevo donde ir? ¿Ya?

—Sí. Por fin la balanza parece decantarse a nuestro favor. Nos marcharemos justo después del almuerzo. Ya habíamos pensado en la posibilidad de abandonar Ravencrest y por eso teníamos varios planes de apoyo cuidadosamente pensados. E incluso había planes de apoyo para los planes de apoyo. —El rostro de Paulson parecía cansado y consumido, como si los últimos días le hubieran pasado factura—. La clave estaba en encontrar algún sitio que siguiera siendo tan seguro como cuando nos marchamos. Hemos pasado los dos últimos días organizándonos y enviando a nuestros equipos a distintas ubicaciones para ver cuál podría encajarnos mejor.

—¿Entonces a dónde van? —pregunté, y Belle comprendió enseguida que no me estaba incluyendo en sus planes.

—¿Van? Sabes que puedes venir con nosotros, ¿verdad? —dijo riéndose.

—La verdad es que… sobre eso… —Me detuve y miré al hombre que llevaba encargándose de todo los últimos ocho meses de mi vida—. Me marcho. Tengo algo que hacer. —Me mordí el labio mientras observaba a Paulson procesando la información.

—¿Y a dónde exactamente? —preguntó el alcalde enarcando las cejas. Una sutil sonrisa jugueteó sobre sus labios y sospeché que estaba siguiéndome la corriente.

—No estoy segura del todo. Cole está trabajando en algo y necesita mi ayuda. Le he dicho que lo acompañaría. —Mientras hablaba, la expresión risueña del hombre cambió paulatinamente, hasta volverse seria—. Y cree que podría saber dónde está Zack. Después volveré a buscaros y tal vez podamos ir a por Zack. No estaré fuera mucho tiempo, lo prometo.

—Lo siento, Savannah, pero no me parece muy buena idea. —Distraídamente, Paulson acercó a Belle hacia sí. Normalmente ella intentaba zafarse de esos abrazos, pero esa vez le dejó abrazarla sin quejarse—. Estoy seguro de que ese Cole tuyo es muy majo y puedo entender por qué querrías cambiar de aires, pero ahí fuera todo es demasiado peligroso como para que vayas sola.

—No se trata de eso, para nada. —Me sorprendió mi propio tono frustrado—. Esto es importante y, para que quede claro, no estaba pidiéndole permiso. Tengo que hacerlo. Voy a hacerlo. —Pronuncié la última parte más para mí que para cualquiera de los Paulson.

—Tienes que pensar en ello —dijo Paulson poniéndome la mano en el hombro. Su voz calmada y displicente no hizo más que aumentar mi impotencia—. ¿Por qué no vas a buscar a ese tal Cole y hablamos de esto? Estoy seguro de que se nos ocurrirá algo.

—No. Lo siento, pero no. Cole y yo vendremos a verle antes de irnos, pero es todo lo que puedo hacer. —No esperé respuesta, porque sabía que no iba a dejar de intentar hacerme cambiar de opinión. No es que creyera que iba a apoyarme, pero lo cierto es que no había tenido tiempo de pensar en cómo

reaccionaría la gente ante mi repentina marcha.

Sabía cómo se lo iban a tomar Alex y Pierce, pero no me había esperado que Paulson actuara así, como si fuera una broma.

Yo no era responsabilidad suya.

El sol ya estaba en su punto más álgido y dudaba que Pierce o Cole pudieran dormir mucho más. Pronto llegaría la hora de marcharse y no podía retrasar más el momento de hablar con Alex. Aunque las cosas estuvieran tensas entre nosotros, tenía que despedirme.

Encontré la tienda de los Park muy fácilmente. La señora Park estaba fuera tomándose un cuenco de cereales sin leche cuando llegué.

—Savannah, me alegro mucho de verte. —Se levantó y me dio un cálido abrazo. Kim Park era delgada pero alta. Alex me dijo una vez que su padre sólo había medido un metro sesenta y siete y que, por un extraño giro de la genética, él había heredado la altura de su madre. Era raro que hubiera heredado algo de altura teniendo en cuenta su herencia coreana y japonesa—. Alex me ha contado lo que pasó. Me alegro mucho de que pudierais encontrarnos. Estaba decidida a volver a la ciudad y buscaros yo misma, pero Greg me dijo que os diera la oportunidad de encontrarnos por vuestra cuenta. Y, por supuesto, eso es lo que habéis hecho. —Me sonrió, pero en mi cerebro se había quedado clavado eso de que Alex se lo había contado todo. No sabía qué decir porque no tenía claro cuánto sabía ella.

Se me quedó mirando expectante, esperando a que dijera algo.

—Han sido unos días de emociones fuertes, ¿eh? —Lo que dije fue una tontería, incluso tratándose de mí, pero como de costumbre Kim Park fue demasiado amable como para decir nada.

—¿Has desayunado? Tengo un poco de sobra.

—¿Siguen durmiendo Alex y Marybeth? —Miré la tienda y no parecía que hubieran empezado a desmontarla todavía.

—No. Llevan despiertos casi una hora. Creo que han ido a cargar los coches de provisiones. Nos hemos apropiado del monovolumen que encontrasteis para transportar los suministros médicos.

—Ah, por cierto, tuve que dejar muchas medicinas cuando nos vimos obligados a llevar encima toda la comida y cosas para el viaje, pero aún tengo un par de botes de pastillas que quería darle. Todo cuenta por poco que sea, ¿verdad?

—Gracias, cielo. No tenías por qué hacerlo.

Quería responder que sí que tenía que hacerlo, que esas pastillas eran lo que habían causado todo este lío, pero no quería ser yo la que sacara el tema a relucir.

—No pasa nada. Búscame luego cuando lleguemos a nuestra nueva base.

No sabía por qué, pero no fui capaz de contarle que no la vería allí y, en lugar de eso, le di un rápido abrazo antes de volver corriendo a mi tienda. Ya le daría las pastillas a Alex cuando lograra encontrarlo.

Fue justo al empezar a bajar la cremallera de la tienda cuando me di cuenta de que Cole y yo no teníamos medio de transporte. Había dado por hecho que nos llevaríamos el coche, pero mis amigos y vecinos lo necesitaban mucho más. Nosotros no teníamos que llevarnos todos los suministros. «Pero entonces, ¿qué vamos a comer?».

No sabía exactamente dónde estaba el padre de Cole, pero no creía que fuera un lugar al que pudiéramos llegar a pie.

Los chicos seguían durmiendo cuando entré en la tienda.

—¡Venga, arriba, que ya es de día! —dije dando palmadas de un modo odioso—. Hora de levantarse y enfrentarse al gran mundo malvado.

Pierce se frotó los ojos, pero Cole siguió completamente inmóvil y roncando plácidamente. Me arrodillé y comencé a hundirle un dedo en la cara. Era algo que mi madre me hacía cuando era pequeña. Yo me hacía la dormida para no tener que ir al colegio, pero ella siempre se las ingeniaba para hacerme reír.

Cole intentó apartarme la mano, pero insistí hasta que abrió los ojos. Parpadeó unas cuantas veces y me miró como si no tuviera ni idea de quién era. Le devolví la mirada y ladeé la cabeza.

—Buenos días, cielito.

—Savannah —dijo gruñendo.

Vale, al menos sabía quién era.

—Os tenéis que levantar. —Miré a Pierce, que estaba poniéndose los vaqueros sobre sus calzoncillos de Halloween—. Ya lo están recogiendo todo. Paulson quiere marcharse sobre la hora del almuerzo.

—¡Hala, qué rápido! —exclamó Pierce—. ¿A dónde vamos?

—No estoy segura, pero quería pedirte que vinieras conmigo un minuto. Tengo que ir a buscar a Alex y hablar con vosotros.

—Vale. ¿Crees que podremos comer algo? —preguntó Pierce. Empecé a reírme, pero de pronto tuve que contener las lágrimas. Eso era exactamente lo que habría dicho Zack si hubiera estado allí con nosotros, donde tenía que estar.

—Sí, seguro que Alex tiene algo de comer.

Suspiré y le hundí a Cole otro dedo en la cara. Aún tenía los ojos abiertos, pero no parecía que tuviera pensado levantarse todavía. ¡Y eso que tenía prisa!

—Ey, bello durmiente —me burlé—. ¿Crees que serás capaz de desmontar la tienda mientas estamos fuera? Te traeremos una barrita de cereales o algo. —Él no respondió al momento así que seguí mirándolo fijamente. Gruñó y giró la cabeza.

—Sí, vale.

—Sabes que tendrás que levantarte para hacer eso, ¿verdad?

—Mmmmm. No te preocupes por eso. Vosotros a lo vuestro. Lo tengo todo controlado.

No me lo creí, pero me sentía incómoda insistiendo más. ¿Por qué iba

a decirle yo lo que tenía que hacer? Probablemente cuando volviera me lo encontraría durmiendo otra vez.

Pierce y yo salimos de la tienda y buscamos a Alex. Tal como había dicho su madre, estaba ocupado revisando algunas cajas colocadas en el suelo frente a nuestro monovolumen. Su monovolumen.

No me sorprendió ver a Marybeth con él sacudiendo las manos mientras hablaba y se reía. No sabía qué estaba diciendo, pero Alex se estaba riendo con ella. Me di la vuelta miré hacia la tienda donde Cole seguiría acurrucado. Inmediatamente después me pregunté por qué lo había hecho.

—¡Ey! —Saludé a Alex y a su novia—. Alex, ¿puedo hablar contigo un segundo?

En cuanto me vieron, sus gestos pasaron de una sonrisa feliz a un ceño fruncido.

—Vaya, ¿has visto quién es? —dijo Marybeth—. Savannah Cooper, destructora de New Ravencrest. —Se me cayó el alma a los pies. Alex se lo había contado.

Miré a mi alrededor con desesperación, intentando ver si alguien más lo había oído.

—Sí. Me ha contado lo que hiciste.

—Lo que hicimos todos —señaló Pierce colocándose delante de mí con actitud protectora—. Corta el rollo, Mary.

Siempre me había resultado raro que Pierce se negara a llamar a Marybeth por su nombre completo, pero en ese momento no iba a preguntarle por ello. Simplemente me sentía agradecida y un poco sorprendida.

—No te engañes, chaval —le respondió—. Si no fuera por ella, ahora mismo todos estaríamos en casa.

En todo momento, Alex y yo permanecimos en silencio. Él bajó la cabeza como a modo de disculpa y yo exhalé. Estábamos progresando.

Pero Marybeth siguió mirándome con odio echándose sobre el hombro su larga melena rubia.

No iba a echarla nada de menos.

—Pues entonces os alegrará mucho saber que me marcho —solté. Y cuando vi la expresión de Pierce y Alex me arrepentí. Pierce parecía aterrorizado. No había sido mi intención decírselo así, pero la maldita Marybeth me había provocado. Nadie dijo nada, todos clavaron su mirada en mí—. Me voy con Cole. Me necesita para que le ayude con algo y tal vez pueda encontrar a Zack.

—¿En serio? —preguntó Pierce.

—Sí. Ya nada es una apuesta segura, pero puedo hacer más bien ahí fuera de lo que nunca podré hacer aquí. —Le lancé una mirada intencionada a Alex.

—No tienes que hacerlo, Savvy. —Dio un paso hacia mí y su voz volvió a ser la voz de la que me había enamorado, suave y profunda. Calmada —. Sé que te sientes culpable, pero no tienes que marcharte. Por favor,

quédate. No voy a contarle a nadie lo que pasó.

—A ella se lo has contado. —Apreté los labios intentando no dejar que mi cara mostrara lo agradecida que estaba por la amabilidad de Alex—. ¿Y sabes qué? Que no me siento culpable. —Eso no era del todo verdad, pero el sentimiento era el mismo—. Ojalá las cosas hubieran salido de otro modo, pero todos estábamos allí. Todos lo decidimos. Esto es sólo algo que tengo que hacer.

Alex asintió y, por fin, sentí que entendía lo que llevaba meses intentando decirle.

—¿Vais a contárselo a Paulson? —le dije a Alex preguntándome si sería bien recibida si algún día lograba volver a ver a esta gente.

Alex me agarró la mano y la apretó con fuerza.

—No. Ya está hecho. Estaba… enfadado. Tenía que hablar con alguien. No dejo de pensar que tendría que haber tomado otra decisión. Pero en cuanto vi a mi madre supe que no podía culparte a ti. Todos estábamos allí. Fue una buena idea lo de ir al centro médico. Y lo hicimos bien aunque luego las cosas se descontrolaran. Juro que no lo contaré —terminó. Y en ese momento el rostro de Marybeth se retorció con un gesto de pura rabia—. Nada bueno puede salir de seguir arrastrando este tema. Tenemos que empezar de cero.

—No sé, Alex. Creo que la gente tiene derecho a saberlo. —Estaba claro que Marybeth intentaba mantenerse calmada pero su voz reflejaba malicia—. Creo que tendría que contárselo a Paulson.

Alex se volvió bruscamente hacia su novia, pero su rostro permaneció imperturbable.

—No. Ni se te ocurra.

Marybeth hizo una mueca de disgusto y supe que estaba intentando no llorar. Odiaba que Alex se pusiera de mi parte. Aunque no volviera a verla nunca, fue agradable saber que así era como me recordaría.

Y tan elegante como siempre, me hizo un corte de mangas antes de marcharse.

—No te preocupes, Savvy —dijo Alex—. Me ocuparé de ello. Tú haz lo que tengas que hacer.

Capítulo Diecisiete

Zarah

Me aferro a la mano de Liam mientras corremos descalzos por las calles de Elizabethtown, Kentucky. Cada aliento me supone un gran esfuerzo y me cuesta ver bien en la oscuridad de la noche, pero me obligo a seguir adelante. Hoy no escaparemos de la realidad. Si nos detenemos, morimos.

Nos habíamos alojado en una casa aparentemente abandonada de camino a Georgia. Sabíamos que no podíamos quedarnos mucho tiempo, así que nos dimos una sola noche para descansar antes de volver a la carretera. Los infectados están por todas partes y cada día que pasa están más cerca de dominar el mundo. Una noche era todo lo que podíamos permitirnos.

Los pulmones me arden.

No creo que pueda correr mucho más.

A medida que avanzamos en la noche, las últimas horas vuelven a mi mente e intento ignorar el agudo dolor de mis pies y los problemas que tengo para visualizar lo que tengo delante.

Poco después de medianoche, encontramos una casa que tenía muy buena pinta. Bueno, tenía pinta de ser segura, porque ahora eso es lo único que importa. Aún conservaba las ventanas intactas y una puerta tras la que podíamos escondernos, así que eso ya era mucho. Entramos y enseguida nos quedamos dormidos.

Me levanté para buscar agua y choqué contra una mesa. Estaba oscuro y la casa era totalmente desconocida para mí. La lámpara beis que estaba en la mesita auxiliar se tambaleó y cayó rompiéndose en mil pedazos. Liam se despertó con un grito ahogado y se incorporó en el sofá.

Y entonces lo oí.

En la planta de arriba una puerta se abrió con un chirrido y Liam encendió una de nuestras linternas y la apuntó hacia las escaleras. Oímos varios golpes, el escalón superior crujió y un segundo después, estábamos corriendo para salvar la vida.

No tuvimos tiempo de coger nuestras cosas, ni armas, ni siquiera los zapatos. Una sola mirada a la persona que estaba en lo alto de las escaleras y supimos a qué nos enfrentábamos. No había tiempo que perder.

Estábamos tan agotados que ni siquiera nos habíamos parado a registrar la casa antes de acurrucarnos en el salón.

Cuando sucedió mi mente estaba borrosa, duró menos de un minuto.

No tengo mucho más en lo que centrarme para dejar de pensar en cada piedra y fragmento de cristal que se me va clavando durante el camino.

Intentamos correr sin hacer ruido, pero mi respiración sale en una mezcla de resoplidos y gritos ahogados. Intento reconducir cada movimiento en un impulso para seguir adelante. Hemos atraído a otros dos, pero son zombis, llevan muertos mucho tiempo y sólo caminan arrastrando los pies detrás de nosotros. Si seguimos a este ritmo, no nos cogerán.

Pero sus gruñidos podrían alertar a otros. Aun así, no son ellos los causantes de mi ataque de pánico.

A pesar de que dimos un portazo al salir, el habitante de la casa logró seguirnos hasta la carretera. Era difícil saber cuánto tiempo llevaba ahí arriba esperando y, sin embargo, sólo con un sonido supo cómo abrir una puerta.

Puede que eso sea lo que más odio de estos nuevos Zs, que son demasiado listos. Ya son más rápidos y fuertes que los infectados contra los que aprendimos a luchar en la primera oleada; no deberían ser capaces de resolver problemas también. Es como si nos estuvieran tomando el pelo.

Doblamos una esquina y, al cabo de un momento, veo una figura en la oscuridad sacudiendo los brazos desesperadamente. Tiro de la mano de Liam en otra dirección convencida de que nos hemos topado con otra amenaza, pero él me detiene.

—Creo que nos están indicando que vayamos.

—¿Tú crees? —pregunto carraspeando.

—¿Qué otra opción tenemos? No puedo seguir corriendo mucho más. —Su voz suena tan serena y fuerte como siempre, y estoy segura de que sólo lo dice porque sabe que yo no puedo continuar, pero tiene razón. Tengo que parar.

Cambio de dirección corriendo hacia el extraño y tirando de Liam.

Al acercarnos, está claro que el extraño es una mujer y que está muy viva. Va vestida de negro y nos indica que la sigamos.

Oigo el sonido de pasos apresurados a mis espaldas. Me doy la vuelta y veo que alguien se ha puesto frente a los Zs que nos estaban siguiendo, pero no me da tiempo de ver si nuestro equipo de rescate consigue cargarse a nuestro principal perseguidor.

—Aquí dentro —dice la mujer en voz muy baja conduciéndonos al interior de un refugio subterráneo. El plan me parece estúpido. Hasta el momento hemos conocido a mucha gente por el camino, y muy pocos han resultado ser de confianza. Ahora todo el mundo tiene que cuidar de sí mismo, ¿pero qué otra elección tenemos?

Entramos en una habitación poco iluminada y nos vemos frente a un hombre negro corpulento. La mujer cierra la puerta con llave.

—Quitaos la ropa ahora —dice bruscamente mirando hacia las escaleras cada pocos segundos.

Me quito la camiseta de dormir sin protestar. El hecho de pedirte que te quitaras la ropa para ver si te habían mordido me había parecido lo más

aterrador que había experimentado en mi vida, pero eso fue en septiembre. Ahora lo interpreto como una buena señal. Si quisieran matarnos por lo que llevamos encima, habría sido una pérdida de tiempo comprobar si estamos infectados.

Me siguen ardiendo los pulmones.

Permiten que nos quedemos en ropa interior, pero me sigo sonrojando al imaginarme a Liam en calzoncillos justo a mi lado. Lo he visto sin camiseta algunas veces, cuando se estaba cambiando o las pocas ocasiones en que hemos tenido un rato tranquilo juntos. No hemos estado solos el tiempo suficiente para ir mucho más lejos que eso y la idea aún hace que sienta un cosquilleo en el estómago.

Miro a un lado disimuladamente, y me encuentro a Liam mirándome fijamente. Los dos nos reímos y desvío la mirada haciendo que la señora que me examina sonría irónicamente. Probablemente se está preguntando cómo un par de tortolitos idiotas como nosotros hemos logrado sobrevivir todo este tiempo.

No ha sido fácil, pero sé que no estaría viva de no ser por él.

Media hora después estamos vestidos y sentados alrededor de una mesa con otros ocho supervivientes mientras Liam me venda el pie. Todos los demás nos están mirando como si estuviéramos pirados.

—Ya os digo que es mejor que no vayáis al sur —dice Marjorie, la mujer que nos ha rescatado—. Cuanto más lejos vayáis, más clases de caníbales encontraréis. —Está convencida de que los infectados vivos se han convertido voluntariamente esperando que los muertos los confundan con los de su especie. Sus mentes simplemente han sucumbido ante la visión de tanta violencia.

—Y yo os digo —contesta Liam con un acento cada vez más sureño— que el mes pasado conocimos a un hombre que nos dijo que fuéramos al Centro para el Control y Prevención de Enfermedades. Nos aseguró que estaban trabajando para solucionar todo esto. Tenemos que intentarlo.

—Odio tener que decírtelo, hijo, pero Atlanta fue invadida no hace mucho tiempo —dice un hombre al que los demás llaman el Gigante Jack—. Tal vez dos semanas como mucho. Durante días tuvimos a un grupo de gente que se dirigía al norte, estaban convencidos de que el frío de Canadá congelaría a los muertos y les daría protección. —Jack debe de tener unos cuarenta y, aunque los demás son mayores que él, parecen tenerlo como una figura de autoridad.

—Arrastraron con ellos a un montón de esos caníbales —gruñe Marjorie en voz baja—. Mataron a Danny. —Junta las manos al mirarme a los ojos.

No sé quién era Danny, pero detesto oírla hablar como si esas personas hubieran tenido alguna elección.

—No son caníbales. Están infectados —respondo bruscamente. No soporto que me mire como si fuera a atacarla en cualquier momento.

—Eh, eh, así no se habla a la gente que te ha acogido —me reprende otra señora cuyo nombre no sé. A medida que el pánico desaparece, la culpabilidad toma el relevo.

—Lo siento. No dormí mucho anoche. —Me sonrojo, no soporto que esos extraños me miren como si fuese una mala hierba. Ya han hecho algún comentario sobre cómo por allí no hay muchas de las de «mi clase» y no quiero llamar más la atención a mi piel morena y mi nombre árabe.

El Gigante Jack asiente como si me comprendiera y me da una palmadita en la rodilla. Mi instinto me dice que me aparte, aunque me siento agradecida por el gesto.

—Pero tiene razón —añade Liam acudiendo a mi rescate—. Hemos oído cosas sobre estos nuevos infectados. Hay demasiados como para creer que tienen el Síndrome de Estocolmo. La gente dice que es por la vacuna. —En ese momento los ocho se vuelven hacia Liam mientras yo me toqueteo las uñas distraídamente. Liam y yo ya le hemos dado vueltas a este tema un montón de veces, pero siento curiosidad por oír nuevos puntos de vista.

—¿Tenéis información real que respalde eso? —pregunta Jack pacientemente.

—Hemos oído que cuando alguien que ha sido inoculado es mordido, sobrevive, pero la infección se apodera de él de todos modos. La vacuna sólo evita que el virus sea letal y ralentiza la enfermedad, pero no evita que se apodere de tu mente. Los infectados cambian, sienten hambre, pero están vivos. Vivitos y coleando mientras nos persiguen. —Alzo la mirada y veo que el grupo parece confuso. ¿Cómo ha podido sobrevivir esta gente todo este tiempo sólo con enterrar la cabeza bajo tierra y fingir que saben lo que está pasando?

»Cuando empezamos a encontrarnos con la segunda cepa de la infección, supimos que algo había cambiado. Sí, son mucho más peligrosos, pero también son más fáciles de parar. Se les puede matar prácticamente como a nosotros. Puede que no sientan dolor, pero si logras cortarle algo importante, se desangrará igualmente.

»Pero el hecho de que estén vivos no es lo que dará que pensar a esta gente, sino el hecho de que sean mucho más listos. Estas criaturas, estas personas, no se mueven sólo por el instinto. Piensan, razonan. Es como si en algún nivel, sus mentes estuvieran intactas.

A juzgar por sus expresiones, sólo Jack parece estar comprendiendo algo.

—Eso explicaría muchas cosas —dice en voz baja—. Son más fuertes y más rápidos porque no se están descomponiendo.

Liam y yo asentimos, pero no interrumpimos al hombre mientras reflexiona sobre ello. No hace demasiado tiempo yo le di vueltas a las mismas ideas. ¿Estaría mi tía aún por alguna parte, viva pero devorando a otros supervivientes? Es terrible pensarlo.

—También explicaría que sus capacidades mentales hayan mejorado

—continúa diciendo el Gigante Jack provocando que varios de sus compañeros voltearan las cabezas hacia él con brusquedad.

—¿Qué quieres decir? —pregunta el hombre que tengo a mi derecha.

—Pensad en ello. Por la primera oleada sabemos que cuando los muertos vuelven a la vida, su mente queda reducida a la de un animal. Se mueven por instintos básicos. Pero si no mueren antes de convertirse, tal vez retienen más de lo que eran. No lo suficiente como para hablar o tener moral, obviamente, pero sí suficiente.

—A esta versión del virus la llaman «La cepa del autoestopista» —explico—. El virus se mete en tu cuerpo, pero no te mata. Durante un tiempo los dos comparten el mismo cuerpo. Al principio, incluso tienes el control.

—Pero al final el virus acaba ganando —termina Liam.

Yo asiento y sigo dándoles toda la información que tenemos. Esto por sí solo no explica por qué estos nuevos Zs son mucho más peligrosos que la primera oleada.

—¿Y si…? —susurro intentando encontrar el modo de darle voz a un miedo que llevo cargando yo sola. No he querido molestar a Liam con ello porque ya hace suficiente luchando cada día en el horrible escenario que es ahora nuestro mundo—. ¿Y si nada de ellos estuviera muerto en realidad? ¿Y si la infección sólo se apodera de ellos, pero sus mentes siguen completamente intactas?

—Eso es una chorrada —dice Marie—. Están locos, y ya está.

A pesar de que Marie padece su propio tipo de locura, quiero creerla. Pero no puedo. Hemos visto demasiado.

Lo único en lo que puedo pensar es que mi jovial tía se está viendo forzada a pasar el resto de sus días observando en un silencioso espanto cómo su cuerpo comete actos terribles de violencia.

Capítulo Dieciocho

Savannah

Me decepcionó volver a la tienda y ver que Cole lo había desmontado todo en tiempo récord. Esperaba haber podido prolongar un poco más nuestra marcha. Se me había pasado por la mente olvidarme de todo y quedarme, pero que Alex me hubiera perdonado no cambiaba nada. No necesitaba que me perdonaran.

—Ya está —dijo Cole metiendo el último palo de la tienda en el saco —. ¿Estás lista para irnos?

—¿Ya? —Miré a mi alrededor. Convencerme a mí misma de que ya estaba lista para marcharme no evitó que buscara cualquier razón para retrasarlo—. Aún quedan varias tiendas. Tardarán un rato en marcharse.

—Es verdad, pero no tenemos que irnos cuando se vayan ellos —dijo en tono comprensivo—. Cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor. Podríamos salir ya.

—¿A dónde vamos a ir?

—No demasiado lejos de Indianápolis.

—¿En serio? ¿Por qué allí? —Nunca antes había salido de Illinois y aunque Indiana era, literalmente, el siguiente estado, parecía como si estuviera a un mundo de distancia.

—Porque ahí es adonde vamos. —Se encogió de hombros y se negó a decir más.

—Bueno, lo que tú digas. Paulson quería que nos pasáramos a verlo antes de irnos. —Una parte de mí quería echarse atrás, quedarse con la gente que conocía en la zona en la que había crecido, pero otra parte aún mayor sabía que ésa sería la decisión equivocada.

***

—Entonces, ¿estás decidida a hacer esto? —preguntó Paulson. Yo asentí—. ¿Y no vas a decirme a dónde vais a ir?

—Por lo visto a Indiana —respondí intentando darle toda la

información que podía. Cole me lanzó una mirada que sugería que cerrara la boca, pero quería que Paulson supiera que tenía un plan. No estaba haciendo esto por capricho. Supuse que el nombre de un estado por sí solo no podía considerarse una estrategia bien pensada, pero era todo lo que podía ofrecer.

—De acuerdo, no puedo detenerte, pero Savannah, sigo pensando que estás siendo imprudente. —Paulson parecía resignado y eso era raro puesto que su actitud solía ser condescendiente. Aunque no lo había visto mucho desde que New Ravencrest se había formado, me había cuidado bien después de que mis padres murieran, y odiaba decepcionarlo—. Tienes casi diecisiete años y supongo que en momentos como éste eso es ser, prácticamente, un adulto. Has demostrado que sabes cuidar de ti misma, pero detesto verte marchar. Es peligroso.

«Ahora lo sé más que nunca», pensé.

—Le prometo que, si puedo, volveré a encontrarlos a todos.

Se dirigían al pueblo contiguo a Meadowvale, y tenían pensando ocupar una manzana de casas a la vez que limpiaban la zona. Yo me marchaba y ellos, por fin, habían decidido ampliar horizontes y hacer algo más trascendental que quedarse todos ahí hacinados en un edificio.

—De verdad que espero que lo hagas. Bueno, ¿algo más?

Negué con la cabeza y me mordí el labio en un intento de evitar que me temblara.

—La verdad es que… —dijo Cole—, esperábamos que pudiera darnos algún suministro que les sobre.

—Así que eso queréis… —contestó Paulson algo enfadado. Yo no se lo había pedido porque no quería tentar a la suerte, pero al parecer Cole no tenía ningún reparo—. Nuestros recursos son limitados y tenemos muchas bocas que alimentar. Si estáis tan decididos a marcharos solos, deberíais haber pensado en esto.

—Lo sé y lo siento —me apresuré a decir—. Ya pensaremos en algo.

—No estoy diciendo que no, sólo que es mucho pedir teniendo en cuenta que acabamos de quedarnos sin suministros. Os daré suficiente comida para dos días. Después, os las apañáis solos.

—Genial, gracias —dijo Cole con sinceridad. Pero no pensaba conformarse sólo con eso—. ¿Y podría darnos un coche? Nos ahorraría mucho tiempo. —Ojalá hubiera habido sitio en el monovolumen para las dos bicis que habíamos cogido. Después de nuestro encuentro con la Milicia, encantada me habría conformado con ceñirme a un modo de transporte silencioso, pero tenía que pensar que Indianápolis no era, exactamente, el siguiente pueblo.

—No. —El rostro de Paulson estaba empezando a encenderse por el enfado.

—De acuerdo, lo entiendo —respondió Cole sonriendo, claramente se pensaba que estaba siendo mucho más encantador que Paulson o yo—. ¿Y si nos acercan a alguna parte? Devuélvanos a la civilización y seguiremos solos

desde ahí.

Paulson alzó los brazos exasperado.

—Si podéis encontrar a alguien que os lleve, no lo detendré. Pero probablemente tendréis que esperar a que todos estemos listos para marcharnos.

—No hay problema. Savannah, ahora vuelvo. —Se dio la vuelta y echó a andar por el campo buscando a alguien nuevo a quien encandilar. Cuando llegamos el día anterior había estado muy callado, pero no había necesitado mucho tiempo para sentirse como en casa.

—¿Estás segura de que éste es el chico con el que quieres estar con lo que hay allí fuera? —preguntó Paulson con una sonrisa de satisfacción.

Yo, a cambio, le devolví una sonrisa maliciosa.

—No es que vayamos a casarnos ni nada por el estilo. Es mejor en esto de lo que se imagina. No es un gran luchador, pero se las ha apañado hasta ahora —dije sin saber cómo acabar la conversación.

Siempre había odiado las despedidas, pero eran mucho peores ahora que uno nunca sabía a quién volvería a ver vivo.

—Cuídate, señorita Cooper —dijo Paulson ofreciéndome un abrazo que me reconfortó. Esas personas se habían convertido en mi hogar y Paulson los representaba a todos ellos. Cuando me soltó, recé por volver a verlo.

—Usted también, señor —dije sintiendo cómo aumentaba la tensión en mi pecho. «No voy a llorar».

Paulson se rió suavemente.

—No olvides despedirte de Belle. No se creía que fueras a irte. Será duro para ella.

Cada vez me sentía más incómoda en esa conversación. Cambié el peso a la otra pierna y murmuré:

—De acuerdo.

Paulson ladeó la cabeza como preguntándose por qué seguía allí de pie.

—Entonces, adiós.

Cuando me di la vuelta para marcharme, me llevé la mano a la cara para secar la lágrima que se me había escapado. ¿Y si nunca volvía a verlos? ¿Y si volvía y me encontraba que todos habían muerto? ¿Y si me mataban a mí? Era demasiado como para soportarlo.

Busqué a Belle en el campo abierto. Casi todo el mundo había vuelto de las distintas rondas de abastecimiento y exploración, y costaba distinguir a una persona de otra en mitad de una multitud de semejante tamaño.

Sí que vi a Cole hablando animadamente con Mike y supe que había elegido bien. Mike nos llevaría encantados a cualquier parte, aunque sólo fuera por sentirse parte de la aventura. A mí me habría dicho que sí automáticamente si se lo hubiera preguntado, pero seguro que a Cole le pondría más pegas antes de aceptar.

Cuando localicé a Belle, me sorprendió verla susurrándole algo a

Pierce con complicidad. Estaban de pie muy cerca y con las cabezas agachadas y juntas. Pierce lucía una tonta sonrisita y no dejaba de mirar al suelo. Cuando agarró la mano de Belle, solté una carcajada. «¡Hombre, ya era hora!».

Belle esbozó una enorme sonrisa y no me vi capaz de romper su feliz momento. Ya me había despedido de Pierce y con eso tendría que bastar. Belle me odiaría durante un tiempo, pero seguro que encontraría algo con lo que ocupar su mente antes de que yo volviera. Ahora que tenía a Pierce, tal vez ni siquiera notaría que me había ido.

—Me he enterado de que nos dejas, señorita —dijo Mike cuando Cole y él llegaron a la caja donde me había subido para contemplarlos a todos.

—Lo sé, lo sé, vas a echarme tanto de menos que no sabes cómo lo podrás soportar. —Utilicé el brazo de Cole como apoyo para bajar de un salto.

—La verdad es que iba a decir que será genial no tener a alguien molestándome todo el rato.

Le saqué la lengua.

—Pues tú sigue diciendo eso, viejo. Mañana te despertarás deseando haber sido más simpático conmigo. —En ese momento, la sonrisa perpetua de Mike perdió un ápice de intensidad, aunque era imposible no verlo.

—¿Sabes qué? Puede que tengas razón.

Apoyé la cabeza en su hombro un momento mientras buscaba palabras que no sonaran a «Que te vaya bien en la vida».

Quería decirle lo mucho que había apreciado su amistad, lo mucho que lo echaría de menos. Pero no era capaz de pronunciar nada de eso. Se parecían demasiado a una despedida.

—Bueno, ¿cuándo nos marchamos?

—En cuanto podamos —respondió Cole en tono de disculpa. Tenía ganas de irse, pero me alegré de que no intentara meterme prisa. Notaba que estaba impaciente por irse ya, pero tal vez se había dado cuenta de que me ahuyentaría fácilmente si me presionaba tanto.

—Deja que recoja nuestras cosas. Cinco minutos, ¿vale? —pedí.

Cuando fui a por la comida que Paulson nos había prometido, hice lo que pude por evitar encontrarme con alguien a quien pudiera importarle que me fuera. Sabía que, probablemente, era una forma de marcharme muy cobarde, pero no me veía capaz de soportar sus miradas. New Ravencrest, conocido ahora como el Campamento Ravencrest, necesitaba a cada uno de sus miembros más que nunca, y odiaba la idea de que pensaran que estaba abandonándolos porque habíamos perdido el instituto.

No quería encontrar un nuevo hogar sin ellos. Quería hacer lo posible por asegurar su protección allá donde terminaran, pero eso no podía explicárselo. Y aunque hubiera podido, no estoy segura de que me hubieran creído. Probablemente aún me veían como la chica que no había hecho nada cuando habían atacado a sus padres, la chica que les había dejado morir. Nadie confiaría nunca en mí.

Así que, nada de despedidas. Con suerte podría explicarlo todo cuando los volviera a ver.

Contuve una lágrima al darle a Cole la última de las bolsas que había que meter en la camioneta. Cada uno teníamos una mochila con nuestras cosas y haríamos turnos para llevar la bolsa de comida y la tienda que Cole había logrado colar en el coche. No me gustaba llevarme algo sin permiso, pero nos vendría muy bien. Ellos se dirigían a la seguridad y el lujo de unas casas y, seguramente, no echarían de menos una asquerosa tienda de campaña.

—Ya está. Todo el mundo adentro —dijo Mike metiendo en el coche su mole de cuerpo. Había accedido a llevarnos a un pueblo cercano y luego volver al campamento a recoger sus provisiones. Lo más probable era que estuviera de vuelta antes de que los demás se marcharan y, si no, su esposa lo esperaría para asegurarse de que luego alcanzaba al grupo.

Estaba a punto de abrir la puerta trasera cuando Cole tiró de mí hacia él. La chaqueta que llevaba se cayó al suelo, pero la dejé ahí al darme la vuelta para mirarlo.

—Última oportunidad —dijo—. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? No podré traerte de vuelta si luego cambias de idea.

—Estoy segura —respondí, aunque no era del todo cierto.

—Bueno, pues quiero que sepas cuánto te agradezco todo esto. —Sus ojos azules se fijaron en los míos —. Lo digo en serio. Sé que no ha sido fácil para ti. Decir adiós a esta gente, perder a Zack. Ha sido mucho. Estoy alucinado con lo fuerte que eres, y por eso estoy seguro de que eres la persona con la que debo formar equipo. Gracias.

Ladeé la cabeza, sorprendida por su gratitud y agradecida de que no hubiera dado por hecho que todo eso me estaba resultando fácil. Estaba arriesgando mucho por ir con él, y yo pensando que lo único que le importaba era largarse de allí lo antes posible para cumplir con su objetivo. Tal vez había reparado sólo en lo que me convenía al buscar motivos para echarme atrás.

—Venga, vamos allá. —Intenté ofrecer mi mejor sonrisa y mostrarme impasible. Estaba segura de que sólo eran las despedidas lo que me había hundido y que, una vez estuviera en la carretera y haciendo algo que mereciera la pena, ya nada de eso me importaría.

—Sé que te he metido prisa y lo siento. Así que, de nuevo, gracias. —Me soltó la muñeca, aunque ni siquiera me había dado cuenta de que la tuviera cogida. Estaba demasiado concentrada en descifrar motivos ocultos detrás de sus palabras. Pero parecía sincero y eso significaba mucho.

—Lo entiendo. No soy de las que se quedan sentadas mientras hay cosas que hacer. Es muy complicado, ¿sabes? —Cole asintió y creí que de verdad entendía cómo me sentía. Él también había tenido que dejar a su familia y lo había superado.

Quería preguntarle si echaba de menos a su padre por llevar tanto tiempo lejos de él, pero vacilé lo suficiente como para no decirlo. Ya bastaba de buscar excusas para quedarme. Era hora de hacerle una visita al mundo

cruel. Además, había perdido a mi familia hacía tiempo. La gente que me preocupaba ahora eran amigos y, si de verdad yo les preocupaba a ellos, entenderían por qué tenía que marcharme. O, como mínimo, confiarían en mis buenas intenciones.

Aun así, al subirme al asiento trasero del coche, me aseguré de fijar la mirada en mis rodillas y evité mirar atrás para no encontrarme con la mirada de nadie, hasta que mis compañeros de viaje pusieron un CD y empezaron a hablar sobre opciones de comida post-apocalípticas.

A medida que nos alejábamos, Mike y Cole tuvieron la decencia de fingir que no me veían mirando por la luna trasera cómo el campamento empequeñecía.

Capítulo Diecinueve

Savannah

En una parada de camiones derruida, Cole y yo estábamos de cuclillas mirando un mapa del país para describir la ruta. Cole dibujó un grueso círculo rojo alrededor de una pequeña sección.

—Éste es el principal territorio de la Confederación Unida —explicó señalando una zona que se extendía hacia el este desde Illinois a Ohio y que, incluso, se ramificaba por algunas zonas de Michigan.

—Un momento, ¿te refieres a la Milicia Unida? ¿A los tíos que se llevaron a Zack? —Me rasqué la cabeza intentando comprender el imperio en miniatura en cuya frontera prácticamente habíamos estado viviendo.

—Más o menos. La Milicia es sólo una parte de la Confederación. Una parte muy grande, en realidad. Y son los que lo controlan casi todo, aunque no es muy oficial. Tienen un consejo que, supuestamente, toma las decisiones importantes, pero cualquiera que piense que esto no es más que una operación militar está engañándose a sí mismo. —Su boca formó una mueca mientras hablaba. Sin duda, no guardaba recuerdos muy felices de esa gente.

—Me da la sensación de que son mucho peores de lo que me imaginaba.

—¿Y cómo te los imaginabas? Dudo que tu amigo Zack esté en un hotel disfrutando de un masaje en los pies.

—Ya lo sé. Sólo digo que… —Solté un gemido de frustración—. Yo qué sé. Es que parece que este tema te afecta y sólo intento averiguar por qué.

—Y te lo estoy diciendo. Si me escucharas… —Se pasó la mano por el pelo, que empezaba a estar un poco mugriento. Levanté las manos como rindiéndome—. Durante los primeros días del segundo brote, el gobierno luchó por llevar las riendas, a pesar de las muertes masivas y de la pérdida prácticamente total de comunicación. Al final el gobierno se vino abajo por completo mientras morían más y más funcionarios.

Se detuvo un minuto y miró el mapa. Estuve a punto de apremiarlo a continuar, pero supuse que eso sólo lo cabrearía. Había llegado hasta allí con respuestas a medias y con referencias imprecisas, así que no pensaba detenerlo ahora.

—No es de extrañar que fueran los militares los que lograran aguantar aquel primer mes, y muy pronto empezaron con la reconstrucción. Llegaron desde la Costa Este y limpiaron ciudades en tiempo récord. Tenían todas las

armas que podían necesitar, pero empezaron a perder efectivos rápidamente, así que tuvieron que reclutar.

—Querrás decir reclutar a la fuerza —contesté en un gruñido al recordar el destino que, según Cole, posiblemente le aguardara a mi amigo. O lo habían forzado a luchar, o lo habían metido en algún grupo de macabros experimentos médicos. Y no le deseaba ninguno de esos males a nadie.

—La verdad es que no. La mayoría de la gente se apuntó encantada, porque daban seguridad y algo productivo que hacer. Seguro que sabes lo valioso que puede llegar a ser hacer algo que merezca la pena.

Me miró por el rabillo del ojo y, por primera vez, tuve la sensación de que me conocía mejor de lo que yo creía. Tímidamente, asentí. «Sí, sé muy bien lo valioso que puede ser».

—Aunque no duró mucho. Cuanto más tiempo pasaba, más se relajaba la gente y se conformaba sólo con esconderse. Para entonces la Confederación Unida estaba avanzando mucho y no pensaban detenerse, así que las cosas cambiaron.

—¿Cómo sabes todo esto? —Me mordí el interior del carrillo maldiciéndome por interrumpir.

—Uno de sus primeros objetivos como gobierno «recién formado» —dijo haciendo con los dedos el signo de las comillas— fue perseguir y matar a los responsables del brote. Resumiendo, tal vez ellos fueran el músculo, pero nosotros éramos el cerebro. Desde entonces hemos estado luchando. Tenemos espías en sus campamentos y seguro que ellos tienen en los nuestros.

Por mucho que quisiera volver a la lección de historia, esto era demasiado interesante como para pasarlo por alto. No tenía ni idea de que en mi zona se estuviera disputando una especie de pelea épica.

—Si tienen todas las armas y saben dónde estáis, ¿por qué no han acabado con vosotros ya?

—No tienen todas las armas. Y nosotros no somos los primeros en su lista de prioridades. Creo que prefieren esperar a tener la total atención del país antes de cargarse a todos los científicos malvados. —Alzó el volumen de su voz y el veneno que había en sus palabras fue imposible de ignorar—. Aunque eso no quiere decir que, mientras tanto, no nos hayan atacado.

No estaba segura de qué responder, pero parecía que quería seguir despotricando.

—Lo que no saben bien es que para entonces puede que seamos los héroes. Están esclavizando a la gente para matar a millones de infectados. Nosotros estamos trabajando para salvar a algunos de esos millones sin hacerle daño a nadie.

Quería decir que a veces hace falta hacer daño a alguien para sobrevivir, pero como sabía que no le gustaría oírlo, mantuve la boca cerrada. Lo último que quería era que pareciera estar de acuerdo con los cabrones que se habían llevado a Zack. Porque no era así. Pero no estaba segura de que Cole tuviera toda la razón. Ni siquiera acababa de creerme que se pudiera

salvar a los Zs de segunda generación, y no estaba dispuesta a arriesgar a uno de los vivos por la remota posibilidad de que pudiera haber un final feliz en alguna parte.

—Ahora todo está listo, cuando le entreguemos estos papeles a mi padre puede que volvamos a tener la sartén por el mango. Mi tío y su familia habían estado viajando, documentando grupos de supervivientes, para que cuando llegara el momento tuviéramos un lugar donde empezar a distribuir la vacuna. No era como mi padre. No podía quedarse sentado sin más. Por lo que sé, fue de gran ayuda para toda la gente que conoció. Le perdí la pista algunas veces, pero siempre me fue fácil encontrar a alguien que hubiera conocido a Miles Donovan y que hablara maravillas de él.

—Igual que nos ayudó a nosotros.

—Exacto. Después de morir, supongo que Carol pensó que era más fácil no moverse de donde estaba. Probablemente habría elegido quedarse en nuestras instalaciones si hubiera estado sola con los niños, pero amaba a Miles, así que convencieron a los niños de que iban a ser como nómadas y se marcharon.

—Parece que era un buen hombre.

—El mejor. —Cole intentó doblar el mapa, pero se puso nervioso enseguida con el complicado patrón y lo enrolló—. Y ahora vámonos a Indiana.

—Vuestro cuartel general está en mitad del territorio de la Milicia. No me resulta un plan muy hábil.

—Hasta el momento nos ha funcionado.

No me gustaba nada la pinta que tenía todo aquello, pero había llegado demasiado lejos como para echarme atrás.

—Bueno, ¿qué clase de coches te gustan? —preguntó mientras caminábamos hacia un gran aparcamiento.

—La verdad es que no me gustan los coches —respondí casi disculpándome.

—Entonces no te molestará que elija el todoterreno rojo.

—¿Elegir? ¡Cómo si estuvieran todos esperándote con las llaves en el contacto!

—Savannah, Savannah, Savannah. No he sobrevivido solo todo este tiempo haciendo autostop. Tú tienes tus habilidades y yo tengo las mías. —Salió corriendo hacia el aparcamiento.

***

—¿Sabes? No es nada raro para mí aspirar a encontrar a Zack —le dije

a Cole recordando cómo me había mirado antes. Acabábamos de cruzar el límite del estado de Indiana y nos habíamos metido por unas calles residenciales para evitar llamar la atención—. Incluso antes de la primera oleada, mis padres siempre me decían que apuntara alto. Por aquel entonces se referían a trabajar para conseguir buenas notas, destacar en el chelo y cosas así. Cosas que ahora parecen naderías. Pero ahora sí que aspiro a cosas que de verdad importan, y eso ponía de los nervios a todos los que me rodeaban. Creen que tenemos que contentarnos con lo que tenemos, que todo lo demás es tentar a la suerte. Incluso después de todo este tiempo, estoy segura de que la mitad de ellos está esperando a que el gobierno aparezca y los rescate. Qué ignorantes hemos sido. Ojalá te hubiera conocido antes —terminé, refiriéndome principalmente a toda la inestimable información que había recibido desde que nuestros caminos se cruzaron.

—Ojalá yo también te hubiera conocido antes —respondió mirando a la carretera. Y el modo en que sus mejillas se tiñeron sugirió que no se refería, del todo, a lo mismo que yo. Inesperadamente, me vi sonrojándome también. Además de todo lo que había aprendido de él, me alegraba de haberlo conocido. Creíamos en lo mismo y comprendía mejor que Alex lo que de verdad era importante para mí.

Mientras conducíamos, bajé la ventanilla y sacudí la mano en la brisa. Costaba no pensar en Alex y en todos los de New Ravencrest, o como fuera que llamaran ahora a su nuevo hogar. «¿New, New Ravencrest?». Me reí al pensarlo.

Lo más seguro era que Alex estuviera acurrucado en alguna parte con Marybeth. ¡Madre mía! ¡Pero si hasta Pierce y Belle estarían poniéndose ojitos ahora mismo! Si me hubiera quedado habría terminado como una perpetua aguantavelas. Las cosas volverían a lo que habían sido antes de aquel día en que nos pidieron que saliéramos a por suministros médicos, con la diferencia de que yo no tendría a Zack para hacerme compañía.

Lo único que habría cambiado de verdad era lo que sentía por Alex. Aún lo adoro, pero durante aquel día que acampamos fue imposible no darme cuenta de que mi corazón había dejado de palpitar cada vez que pasaba por delante. Ver lo mucho que se había enfadado conmigo por algo en lo que habíamos participado todos me hizo daño y cambió las cosas. Siempre había tenido carácter y la capacidad de hacerme sentir frustrada, pero siempre me había resultado más bien emocionante. Ahora simplemente me parecía una actitud infantil.

Me alegré de que nos hubiéramos separado de buenas, pero también de que nos hubiéramos separado. Daba igual cómo terminaran las cosas, estaba convencida de que marcharme con Cole era lo que tenía que hacer.

—¿Qué les pasó a tus padres? —preguntó Cole poniéndole fin a mi diatriba mental.

—Murieron unas semanas después del segundo brote. Antes de New Ravencrest. —Apreté los labios con fuerza al recordar aquel día.

—¿Qué es eso?

—Ah, sí. Después de que mis padres murieran, Paulson trasladó a todos los que quedaban al instituto. Como una gran familia, pero sin la familia.

—Lo siento. ¿Qué pasó?

—Zombis. —Me encogí de hombros. No había más que decir—. ¿Tu madre sigue con tu padre?

—No, murió mucho antes de la infección.

—Lo siento —dije utilizando el mismo tono que había empleado él antes. La muerte ya era un tema bastante común, así que lo más normal era oír algo un poco más profundo.

—Es curioso. Le habría encantado ver todo esto.

—¿Estás de coña, verdad? —señalé un centro comercial carbonizado por el que pasamos—. Debía de ser muy retorcida. —Esperaba que supiera que estaba bromeando.

Por suerte, se rió.

—Bueno, vale, a lo mejor no, pero le encantaba leer libros de zombis. Siempre había bromeado sobre cuál sería su plan de supervivencia al apocalipsis zombi. Pistolas, comida enlatada y una gran isla vacía. —Sonrió para sí mientras lo miraba—. Eso era lo que siempre decía, pero estoy seguro de que habría odiado dónde hemos terminado mi padre y yo. No habría querido verse encerrada, escondiéndose mientras morían millones de personas. Habría estado fuera intentando hacer algo para cambiar las cosas.

—Parece que era de las mías —dije asintiendo—. Es una filosofía que respeto mucho. ¿Qué le pasó?

—Cáncer.

—Qué mierda.

—¿Más que el hecho de que a tus padres se los comieran los zombis?

—No, probablemente no. Pero aun así, es una mierda. ¿Cuántos años tenías?

Cole habló sobre su madre al menos durante veinte minutos mientras conducíamos y al final pasó a explicar cómo había sido su vida antes de todo aquello y lo que había querido hacer después del instituto. Cole tenía dieciocho años y acababa de empezar la facultad cuando surgió el primer brote. Nunca tuvo oportunidad de volver, porque su padre le escondió a la primera señal de problemas.

Me dijo que había estado estudiando Económicas, lo cual me costaba imaginar. Poco después confesó que lo que de verdad había querido estudiar era Gastronomía y eso me animó a darle una lista de algunas de mis recetas favoritas. Compartíamos pasión por el ajo además de la siempre mal vista aversión por los champiñones. Fue agradable hablar como si nuestras vidas aún estuvieran llenas de infinitas posibilidades y no de infinitas decapitaciones.

Saqué la mano por la ventanilla y fue como si mis dedos flotaran en el

aire. A pesar de dirigirnos hacia lo que, literalmente, podía describirse como territorio enemigo, me sentí más relajada de lo que nunca me había sentido en New Ravencrest.

Capítulo Veinte

Zarah

Llevo horas intentando dormir y no lo logro. Esta vez no es porque tema por mi vida, porque esas noches al final me quedo dormida por puro cansancio; mi cerebro simplemente deja de funcionar. No había vuelto a tener una noche así desde que Liam me dijo que me quería, pero al menos aquella vez se quedó despierto conmigo. A pesar de la buena noticia, esta noche estaba agotado. Agradezco lo mucho que ha estado trabajando. Si no fuera por él, no estaríamos aquí, a punto de empezar una nueva vida juntos.

Me incorporo y echo mis fatigados pies a un lado de la cama. Encojo los dedos sobre la alfombra y suelto un suspiro de felicidad. Solía hacer eso todos los días en la lanuda alfombra de mi casa. Era mi manera de aliviar el estrés. Y se me había olvidado, aunque supongo que no es de extrañar.

Miro a Liam, que sigue roncando en su lado del colchón. Dejamos encendida una pequeña lámpara de pilas en la mesita que le aporta un tenue brillo a una habitación que, de lo contrario, resultaría tétrica. Hay tres pequeños retratos con pinta gótica que cuelgan sobre la cama y parece como si cada uno de ellos me estuviera mirando.

No te haces una idea de la gran variedad de personas diferentes que hay en el mundo hasta que empiezas a hurgar en sus casas. Bueno, supongo que ya no hay tantas. Están los supervivientes y luego el resto. O sólo el resto, dependiendo de a quién preguntes. Yo aún los veo como personas.

Me levanto de la cama y cojo el farol. Tal vez si estiro las piernas un poco logre tranquilizarme.

Mientras recorro el pasillo, sonrío educadamente al hombre de pelo oscuro que está apoyado contra la pared leyendo la Biblia a la luz de una vela. Tenemos suerte de tener nuestra propia habitación por muy espeluznante que sea. Hay casi dos mil personas en este recinto y dicen que hay casi diez mil en el Complejo Indiana. Es más que suficiente para considerarlo una ciudad de verdad y mañana nos iremos hacia allí.

Liam y yo llevamos casi dos meses trabajando aquí para ahorrar créditos suficientes y empezar una nueva vida. Yo me encargo de cocinar o de las cosechas de los distintos invernaderos, pero es Liam el que está haciendo el trabajo de verdad. Logró entrar en el equipo que está expandiendo la planta de producción donde fabrican las vacunas, pero apenas lo veo. Trabaja casi catorce horas al día cargando material de construcción y demoliendo las

partes derruidas del edificio.

Hace una semana consiguió créditos suficientes para una vacuna y la documentación de admisión para una persona porque gana mucho más que yo. Me enfadé mucho cuando insistió en que me vacunara yo, pero no aceptó un «no» por respuesta. Dijo que no importaba porque nos marcharíamos juntos y que se sentiría mejor sabiendo que yo estaba a salvo.

No es que la vacuna proporcione más protección que la primera vez. Si me infecto, me convertiré de todos modos. Pero de momento estoy sana y por eso tengo la documentación que necesito para entrar en el Complejo de Indiana y empezar de nuevo. Me hizo jurar que si le sucedía algo, iría allí de todos modos. Pero la verdad es que si le pasara algo, no sé si podría.

Aunque por suerte todo ha ido bien y mañana, después de cuatro horas de trabajo, tendremos suficiente para sus papeles y su vacuna y podremos marcharnos.

Me despierto grogui a la mañana siguiente. El sol aún no está alto, pero Liam ya se ha ido. Ya le he dado todo lo que he ganado y lo único que me queda es guardar nuestras escasas pertenencias y esperar a que regrese.

Cuando bajo al comedor, veo a Daisy Hendricks esperando en la cola con sus pequeñas manos agarrando el monedero de racionamiento de su familia. Su madre lleva una semana en cama y no mejora. Tiene neumonía y no recibirá antibióticos.

—Hola, Daisy —digo poniéndome detrás de ella. Parece que hoy hay gachas de avena otra vez. ¡Ñam!—. ¿Cómo está tu mamá?

—Está bien. Daryl está arriba con ella. —La niña baja la mirada como si se avergonzara de algo—. Juro que subiré ahora mismo. Sólo necesitaba comer un poco.

—Oh, ya lo sé —contesto asintiendo firmemente. Cuando tenía nueve años, habría dado lo que fuera por que la gente me tratara como una adulta, así que yo haría lo mismo con ella—. Claro que sí. Seguro que Daryl está cuidando muy bien de ella. —Acaricio su larga trenza intentando reconfortarla a pesar de que a su madre sólo que quedan unos días.

La familia Hendricks lleva aquí tres meses, pero probablemente no se marchará jamás. Es imposible que el señor Hendricks pueda ganar créditos suficientes para sus cuatro hijos, incluso aunque Tom, de doce años, esté trabajando siete horas al día. Es una de las principales razones por las que me alegro de marcharme de este lugar. Nos han dicho que en Indiana hay muchos suministros médicos, más que suficientes para todo el mundo. En cambio aquí, recibirlos parece ser cuestión de suerte. Cuando Liam se hizo un corte en el brazo, consiguió una dosis de antibióticos y evitó la infección sin tener que hacer mucho. Sin embargo, una madre de cuatro hijos morirá por algo a lo que habría sobrevivido hace unos meses y no hay nada que se pueda hacer. No es justo.

—Toma, Daisy. ¿Por qué no te quedas con mi ración de hoy y les subes algo a tus hermanos? —Le doy la moneda de plástico y me preparo para

insistir, pero no me lo discute. Delicadamente, mete la moneda en su monedero y me ofrece una sonrisa de agradecimiento. Salgo de la cola pensando que puedo comer cuando estemos en carretera. Ya encontraremos algo.

***

—¿Lista para irnos, bombón? —pregunta Liam abriendo la puerta del dormitorio con una amplia sonrisa. He metido nuestras cosas en una mochila y he hecho la cama. La habitación tendrá un nuevo residente en cuanto salgamos por la puerta.

—Más que lista. —Sonrío a mi novio emocionada por esta nueva aventura—. Quítate esa ropa andrajosa que llevas y vámonos de aquí.

Liam se quita el mono de trabajo sacudiendo las caderas. Cuando cae al suelo, no puedo evitar acercarme a él. Incluso con ese horrible vestuario verde claro, sigue siendo el chico más guapo que he visto en mi vida. Deslizo los dedos sobre la tirita que tiene en el pecho donde le han puesto la vacuna y continúo más allá hasta trazar la silueta del tatuaje que tiene de un personaje de videojuego.

—¿No te ha dolido mucho?

—Nada —responde antes de apretarme contra su cuerpo—. Ni siquiera lo he notado. —Sé que probablemente está mintiendo; la aguja de la vacuna es más larga que mi dedo corazón. Pero cuando se inclina para besarme, no me molesto en discutírselo. Sus labios ejercen presión contra los míos y siento un cosquilleo por todo el cuerpo. Nuestras bocas se mueven en perfecta sincronización, Liam deja escapar un pequeño gruñido y se echa atrás —. No podemos hacer esto ahora. Tenemos que llegar todo lo lejos que podamos antes de que anochezca.

—Sólo son las once de la mañana —respondo como pretexto mientras me acurruco contra su cuello.

—Y aún tenemos que hacernos los últimos reconocimientos médicos y rellenar mi documentación. Será una suerte si cruzamos el límite del estado antes de que anochezca. Y tenemos que ir a buscar a Lucy —bromea haciendo referencia al coche en el que habíamos llegado hasta aquí.

El cacharro destartalado con matrícula de Kentucky nos sigue perteneciendo. Sólo se lo prestamos a la comunidad para que hiciera uso de él durante estos últimos meses. No sé dónde ha estado desde que llegamos, pero estoy extrañamente emocionada por volver a verlo.

***

—Zarah, despierta. Mira. —Liam me da un golpecito desde el asiento del conductor. Abro los ojos y veo un cartel a South Bend, Indiana, iluminado por los faros del coche.

—¿Ya hemos llegado? —le pregunto mientras me seco la babilla esperando que Liam no se haya dado cuenta.

—No del todo. Aún nos quedan un par de horas, pero creo que hemos avanzado más que suficiente. Podemos parar y pasar la noche. ¿Qué me dices?

—¡Cómo no! Me vendría muy bien dormir un poco. —Bostezo para crear un efecto más dramático antes de sacarle la lengua. No tengo ni idea de conducir, así que él lleva todo el rato al volante—. ¿Dónde quieres parar?

—Acabo de ver una indicación hacia un motel. Seguro que da repelús, pero lo tendremos todo para nosotros solos.

—Por mí bien. A lo mejor nadie ha asaltado sus máquinas expendedoras y podemos tomarnos unas patatas revenidas para cenar.

—¿Eso se vuelve rancio?

—Preferiría no pensarlo.

Poco después aparcamos junto a un ruinoso Sleep Shack. Nunca había visto esa cadena de moteles y empiezo a dudar que sea una buena idea. Al salir del coche, arrugo la nariz.

—Podemos ir a otra parte si quieres —dice Liam.

—No, tienes que dormir. Esto está bien. De verdad. —Sé que debería estar agradecida. No hay ni un solo rastro de infectados. El Gobierno Unido no exageraba al explicar todo lo que podían limpiar. No hace mucho tiempo el sonido de nuestro coche habría atraído fácilmente a dos docenas de muertos e infectados.

—Espera a que las cucarachas empiecen a trepar por la cama. —Tamborilea con sus dedos sobre mi brazo y me recorre un escalofrío.

—¡Qué asco! ¿En serio?

—Es broma, es broma. Seguro que es un establecimiento perfectamente respetable.

Pongo los ojos en blanco cuando me coge la mano y me lleva hacia la puerta que parece la recepción.

—¿Qué? ¿Es que estás esperando a hacer el papeleo primero?

—Estos sitios cutres suelen tener todas las llaves colgando detrás del mostrador. ¿Es que nunca has visto una peli de miedo?

—Eso, tú sigue tranquilizándome. Esta noche te estás luciendo.

Liam se ríe y siento que floto de felicidad. Pero también me siento algo asqueada, pero bueno, ya está. Ésta es la primera noche del resto de nuestras vidas. Y, por primera vez en meses, disfrutaremos de una vida de

verdad. Trabajaremos en lo que tengamos que trabajar ocho horas al día, tendremos comida suficiente para no tener que volver a irnos a la cama hambrientos. Y estaremos seguros. Esta noche me quedaré dormida en brazos de Liam con la tranquilidad de que a partir de ahora, todas las noches que sigan a ésta podré dormir sin pensar en luchar por salvar la vida al día siguiente.

Cómo no, aún hay varias llaves colgando de una rejilla detrás del mostrador. Antes solíamos cuestionar que hubiera demasiadas puertas abiertas, pero ahora sabemos distinguir la suerte cuando la encontramos. Hay probabilidades de que otros pasaran por aquí antes que nosotros, utilizando este lugar como un refugio temporal entre ubicación y ubicación.

Liam me pasa unas cuantas llaves antes de darme la mochila.

—Voy a echar un vistazo para ver si puedo encontrar algo de comer. Busca una habitación que no esté demasiado cubierta de polvo y te veo en unos minutos con un festín que ni te imaginas.

—Lo creeré cuando lo vea, pero si juegas bien tus cartas es posible que te encuentres una sorpresita.

Liam se sonroja antes de meterse en el despachito situado detrás del mostrador. Enciendo mi linterna y salgo hacia la hilera de pequeños dormitorios. Tengo llaves con el número seis, nueve y diez, y supongo que lo más fácil será empezar con el que está más cerca.

La habitación seis está a unos metros de donde hemos aparcado el coche. «Perfecto».

Llamo a la puerta dos veces para asegurarme de que no está ocupada por alguna pobre alma que se ha quedado encerrada ahí. No hay respuesta, así que meto la llave y entro. La cama está deshecha, pero, por lo demás, la habitación está limpia.

A pesar de los motivos florales que lo cubren todo y de la intensa mezcla de olores, empiezo a imaginar que Liam y yo nos hemos fugado de casa y después de un largo viaje por carretera hemos parado para pasar la noche y estar un rato a solas.

Dejo la mochila en la cama y me bajo la cremallera de la gruesa cazadora. Saco un cuchillo mediano del bolsillo delantero de la mochila y lo dejo a los pies de la cama. Es la única arma con la que se nos permitía salir del complejo y quiero tenerla a la vista.

Me quito la ropa y me pongo una de las camisetas de Liam. No tengo otra cosa que se acerque más a la lencería, pero sé lo mucho que le gusta a Liam ver mis piernas desnudas. Así que con esto servirá.

Voy al cuarto de baño con la intención de arreglarme el pelo, pero en cuanto abro la puerta me viene un hedor a putrefacción que me provoca arcadas. Me tapo la boca y toso al intentar agarrar la puerta con la otra mano. Pero soy demasiado lenta.

Dos manos me agarran la pierna y me tiran al suelo. Está claro que el zombi lleva mucho tiempo muerto y la mayor parte de sus piernas están

destrozadas, como si alguien las hubiera estado mordisqueando, aunque sigue siendo muy fuerte. El pelo largo y la camiseta rosa manchada de sangre indican que fue una mujer, pero cuando me lanza bocados e intenta arrastrarme hacia su boca no tengo ningún reparo en soltarle una patada en toda la cara.

Llamo a Liam en un alarido al sentir que sus dientes se hunden en mi cadera. Al fin logro quitármela de encima empujándola con los dos pies y vuelvo a gritar cuando parte de mi carne se va con ella.

Es prácticamente imposible centrarme en algo que no sea el dolor mientras me levanto y voy cojeando hacia donde he dejado el cuchillo en la cama.

Logro agarrarlo, pero se me cae cuando la chica infectada me agarra el tobillo. Se ha arrastrado con los brazos y enseguida se ha puesto detrás de mí. Al caer, siento sus dientes atravesándome de nuevo, esta vez por debajo de mi rodilla.

No hace más que rasgarme la piel mientras yo, con un gruñido, le atravieso la sien con el cuchillo. Caigo al suelo sobre ella y las lágrimas empiezan a caer por mis mejillas. Me aprieto la mano contra la cadera para intentar contener la hemorragia, y me dan arcadas cuando una nueva oleada de dolor me invade. Intento pedir ayuda, pero mi voz es sólo un gimoteo.

Me quedo tirada en el suelo junto a mi atacante durante lo que me parece una eternidad antes de oír el pomo. Liam abre la puerta tan despacio que casi resulta cómico. Entra tapándose los ojos y con una sonrisa boba. Se me había olvidado lo de la sorpresa que le había prometido.

—¿Puedo mirar?

No soy capaz de hablar porque sé que, en cuanto lo haga, no volveré a ver esa sonrisa.

Capítulo Veintiuno

Savannah

Cole venía hacia mí corriendo y zigzagueando. Cuando estuvo a menos de medio metro, agaché la cabeza y oí su brazo silbar sobre mí. Soltó un gruñido cuando se lanzó con todo su peso y lo esquivé. Llevábamos casi una hora luchando y no me había vencido ni una vez.

Me planté firmemente en el suelo, balanceé la pierna y le di en la espalda, derribándolo sin esfuerzo. Cayó al suelo con un fuerte golpe.

—Buen intento. Pronto estarás al nivel de Belle —le dije al levantarme de un brinco y ponerme a su lado con una sonrisa. Le tendí la mano y tiré de él para ponerlo de pie—. La próxima vez hazlo meneándote menos.

—No me estaba meneando.

—Si tú lo dices. —Me reí y me dejé caer sobre Cole jugueteando y haciendo que perdiera un poco el equilibrio—. El zigzagueo tampoco es que haya estado genial.

—Estaba intentando confundirte para que no supieras por dónde iba a atacar.

—Y si yo fuera un zombi de primera generación y completamente tonto podría haber funcionado. Si quieres derribar a una persona, o incluso a un mega Z, tienes que asumir que, por lo menos, son tan listos como tú. Incluso aunque sean infinitamente más listos tú. —Me llevé las manos alrededor de la cara—. Como es el caso…

—Ja, ja. Bueno, a lo mejor es que no me quiero cargar a ningún infectado. ¿Por qué iba a matar a alguien a quien podríamos salvar? —Mientras hablaba me observaba fijamente como sopesando mi reacción.

Puse los ojos en blanco.

—Porque ellos no dudarán en matarte a ti. Les importa una mierda. Esto no es un juego, Cole. Tienes que pensar en ti. —Estaba claro que la idea lo aburría, pero no podía rebatirla. Incluso antes de que todas aquellas personas se convirtieran en poco más que animales con la rabia, cuando eran ellos o tú, uno tenía que luchar por su propia supervivencia por encima de la de otros—. ¿Cuánto tiempo llevas en este infierno? No estoy segura de cómo has podido llegar tan lejos.

—Tú vas arrasando por donde pasas y yo me muevo con sigilo, como las sombras. Además, suelo llevar pistola. ¡Y funciona!

—Las pistolas hacen ruido y no siempre la llevas encima cuando la

necesitas. Sé que aquí todo parece muy seguro —dije mirando el patio vacío del colegio en el que luchábamos—, pero puede haber un ataque en el lugar menos esperado. Durarás mucho más si puedes cargártelos haciendo uso de tu inteligencia y tus manos.

Hice cuanto pude para que sonara como si supiera lo que estaba diciendo, como si hubiera estado luchando a diario desde que mis padres murieron. No me consideraba una experta, pero quería asegurarme de que Cole se lo estaba tomando en serio. Que me estaba tomando en serio. Si dejaba que la compasión se interpusiera, acabaría herido, o mucho peor.

Incluso sin mi ayuda era buen tirador y podía hacer mucho daño con un arma roma, pero luchar cuerpo a cuerpo nos mantenía ocupados mientras atravesábamos Indiana por las noches. No había señales de vida, pero los enemigos más peligrosos no eran los que se dejaban ver.

Lo que sí vimos fueron muchos infectados atrapados dentro de edificios. Parecía como si la Milicia Unida se hubiera tomado su tiempo en limpiar este pequeño pueblo, pero no se hubiera molestado en acabar con los que estaban encerrados. Rápido y efectivo, tal vez, pero no parecía muy práctico puesto que los suministros se encontraban justamente en los edificios. Cole seguía insistiendo en que estaban haciendo experimentos y manteniendo a Zs para usarlos como conejillos de indias. Yo insistía en que ése, más bien, era el *modus operandi* de su grupo. A pesar de lo que Alex decía que le habían hecho a Zack, esos tíos estaban haciendo algo bien.

Gracias a otra larga mañana de planificaciones y entrenamiento ya era casi mediodía para cuando nos fuimos a la cama. Habíamos liberado a dos Zs encerrados para que Cole pudiera practicar sobre el terreno y, aunque lo había hecho bien, la maniobra nos había dejado exhaustos. Incluso después de estar días en la carretera, se me hacía raro dormir cuando el sol todavía estaba en pleno apogeo, aunque al final me acostumbré.

Cole insistía en que dormir durante el día y viajar por la noche era el plan de acción más seguro. Yo no siempre estaba de acuerdo con su forma de hacer las cosas, me parecía muy pausada y calmada, pero había aprendido a ceder ante él en cuestiones de sigilo o supervivencia. Él confiaba en que lo respaldara en una pelea, y yo podía confiar en que nos mantendría alejados de problemas con la Milicia.

Sólo recorríamos entre quince y treinta kilómetros al día, pero Cole insistía en que estábamos a pocos días de nuestro destino, así que yo intentaba no quejarme demasiado.

El plan era volver con la gente de Cole, que se hacían llamar «La iniciativa del autoestopista». Supuestamente, tenían toda la información necesaria para infiltrarnos en la Milicia. Una vez ahí, tendríamos que robar los suministros indispensables para empezar a distribuir la cura a gran escala. Y si además encontrábamos científicos bien situados que apoyaran nuestra causa, tampoco nos vendría nada mal.

Me quedé dormida preguntándome cómo sería mi vida cuando

llegáramos hasta «el reino de los frikis de la ciencia», que era como los había bautizado. ¿Intentarían encerrarme otra vez por motivos de «seguridad», o me permitirían formar parte de la siguiente fase de su plan? Cole me prometió que estaría donde estuviera la acción y si su padre había estado dispuesto a que Cole arriesgara la vida, probablemente no intentaría impedirme nada a mí. Bueno, excepto matar a mega Zs.

No logré dormir mucho y el único sueño que recordé era de un largo pasillo frío y muy limpio por el que corría. No parecía tener fin, pero sabía que al final había alguien importante, alguien que me estaba esperando.

Me despertó un sonido de motores y neumáticos chirriando en la grava. Por suerte habíamos dejado la ventanilla del conductor un poco abierta para que no se nos escapara ninguna señal de peligro. Yo dormía en el asiento del copiloto reclinado mientras Cole se había estirado en el asiento trasero.

Desde la ventanilla vimos que una hilera de vehículos venía hacia nosotros. Junto a cada camioneta iba un pequeño grupo de personas caminando. Era muy parecido a lo que los chicos y yo habíamos visto en la carretera como para no adivinar que se trataba de la Milicia.

¿Nos habían seguido hasta allí?

Tumbándome más en mi asiento miré desesperadamente hacia Cole. Tenía los ojos abiertos en desmesura por el pánico. Me indicó que saltara atrás con él. No fue una postura muy elegante, pero logramos encajarnos y agacharnos a cada lado del coche.

Eso fue sólo un instante antes de que oyéramos la primera camioneta pasar por delante de nosotros. Contuve el aliento segura de que habían visto mis piernas cuando me había lanzado al asiento trasero del todoterreno.

Miré a Cole esperando que tuviera algún plan para esto, pero me hizo señas para que siguiera agachada. Obedecí hasta que puso los hombros rectos y miró hacia la parte baja de la ventanilla, y le imité, pero con delicadeza me empujó hacia abajo. Le hice un corte de mangas aunque sabía que no podía verme porque estaba de espaldas.

Al cabo de cinco minutos me empezaron a dar calambres en las piernas, así que me di la vuelta y me coloqué boca arriba sobre el asiento. Cole me miró pero no dijo nada. Me quedé ahí tumbada contemplando una bolita de chicle que alguien había pegado en la tela del techo del todoterreno mientras agudizaba el oído para ver si así me enteraba de lo que me estaba perdiendo.

Los vehículos debían de estar moviéndose a paso de tortuga porque tardaron una eternidad en pasar. ¿Cuántos hombres podría tener esta gente? ¿Y cómo era posible que hasta hacía una semana jamás hubiera oído hablar de ellos, y ahora no pudiera evitarlos? Supuse que colarme en su territorio era una buena explicación de ello.

Cole contuvo un grito y me preparé para el ataque. Siguieron desfilando, pero él seguía pegado a la ventanilla.

No pude esperar más, me tumbé boca abajo y me asomé por un lado

de la ventanilla.

—¿Qué pasa? —Lo único que vi fue un puñado de soldados caminando detrás de la última camioneta del grupo, cada uno con una cinta roja brillante alrededor del brazo. Si alguno miraba hacia el colegio, nos verían seguro.

—¿Ves a ese chico, el del pelo largo?

—¿El de la cola de caballo? ¿Qué pasa con él?

—Es mi hermano. Ése es Ethan.

—¡Joder! —exclamé en voz baja—. ¿Qué está haciendo con ellos?

—No estoy seguro —respondió, y me miró—. Desapareció hace unos meses así que dimos por hecho que estaba muerto.

Estuve a punto de disculparme, pero me di cuenta de que no era necesario. Su hermano estaba ahí mismo, alejándose con el resto de su grupo. Zack, Pierce y Alex eran lo más cercano que había tenido nunca a un hermano. Ni siquiera se me había ocurrido preguntarle a Cole si tenía hermanos. No tenía ni idea.

Esbozó una mueca adusta al volverse de nuevo hacia la ventanilla.

—Han debido de obligarlo a unirse a ellos. Ethan siempre fue un chiflado de la ciencia, igual que mi padre.

Me quedé ahí sentada en silencio mientras el convoy desaparecía al final de la calle.

—Tenemos que traerlo de vuelta —dijo finalmente mientras me incorporaba e intentaba estirar los músculos.

—¿Y cómo quieres que lo hagamos?

—No lo sé, pero ya se me ocurrirá algo. Por ahora, tenemos que seguirlos.

—Em… ¿Y si no lo hacemos?

—Si les perdemos el rastro, jamás volveré a verlo.

—Al menos ahora sabes que está vivo y dónde encontrarlo. Piensa en ello —le supliqué, pero sabía que no habría forma de razonar con él. Su expresión, habitualmente calmada, se había vuelto una máscara indescifrable. Estaba desesperado y se aferraría a un clavo ardiendo—. Creo que podrían darse cuenta de que los seguimos. No es que haya mucho tráfico entre el que podamos mezclarnos.

—No vamos a seguirlos con el coche. Eso sería un suicidio. —Exhalé aliviada—. Iremos a pie.

—Tienes que estar de coña —gruñí mientras Cole abría la puerta trasera del coche y tiraba de mí hacia unas casas cercanas—. ¿Que quieres que haga qué? —chisté, segura de que tenía que haberlo oído mal. Los dos nos movimos sigilosamente junto a la valla que se encontraba a pocos metros por detrás de la Milicia.

—Confía en mí. No pasará nada.

—Cole, es una locura. —Dejé de moverme y le tiré del brazo hasta que se vio obligado a detenerse y mirarme—. ¿Pretendes que me arriesgue a

que estos me cojan? ¿Los mismos que han raptado a tu hermano y que cometen crímenes contra la humanidad?

—Y a Zack —añadió indignado—. Tienen a Ethan y a Zack. Recuerda que eras tú quien quería rescatar a tu mejor amigo.

—De acuerdo, digamos que accedo, algo que ahora mismo me parece una pésima idea. ¿Cuál es tu brillante plan?

—Te doy esto. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño artilugio negro—. Es un dispositivo de rastreo. Mi padre me lo dio para que fuera más fácil localizarme si me pasaba algo.

Cole me puso el dispositivo en la mano y siguió caminando en dirección al grupo. Lo miré exasperada, pero lo seguí.

—¿Y después qué?

—Tienes que ver si puedes encontrar algo que pueda ayudarnos. Información, equipos. Mientras tanto, yo vuelvo a casa, reúno refuerzos y vengo a buscarte. A ti, a Ethan y a cualquiera que esté retenido contra su voluntad.

Una pequeña parte de mí empezó a ver a dónde quería llegar. Era arriesgado, pero la recompensa podía ser enorme. Ésta podría ser mi oportunidad.

—Así que sólo estamos desviándonos del plan original un poco. Yo voy delante, como de avanzadilla, y después tú traes a la caballería y nos largamos de allí.

—Exacto. Ni siquiera lo sugeriría si existiera alguna posibilidad de que resultaras herida. Están buscando gente. Te utilizarán para algo. Además, eres una chica. No te pasará nada.

—¿Tu lógica en esto es que soy una chica? Vamos a necesitar un poco más que eso si queremos que funcione.

—Lo único que tienes que hacer es encontrar a Ethan y decirle cuál es el plan. Él se ocupará de ti. A lo mejor podéis facilitarnos una entrada o algo.

—Cole, no vas a asaltar un castillo.

—Vale, ya lo sé. Pero se os ocurrirá algo. Esto es lo que se te da bien, ¿no? Por eso has venido, para ayudar a la gente. Podrías ayudar a Zack, a Ethan y a toda nuestra operación en sólo unos días.

—No soy una superespía internacional. —Cuando pronuncié esas palabras, supe que lo haría de todos modos. Quería saber más sobre la Confederación Unida porque estaba convencida de que Cole no me lo había contado todo.

Parecía a punto de sacarse un argumento de la manga, pero lo interrumpí.

—De acuerdo, lo haré. Pero lo haré a mi manera. Tú aquí no diriges el cotarro.

—¿De verdad? —Se dio la vuelta tan deprisa que choqué contra él. Me agarró y me abrazó—. No creía que fueras a hacerlo.

—Vaya, muchas gracias. —Me aparté de él.

—No, lo siento. Estoy siendo un idiota, ¿verdad? No te pasará nada. Saldrá bien.

—Vale —respondí sin estar muy convencida—. ¿Cuánto tiempo tardarás?

—Sólo unos días. Puedo viajar mucho más deprisa solo. No dormiré hasta que todo esto termine, lo juro.

Estaba a punto de decirle que no tenía que llegar a ese extremo, pero me contuve. Más le valía no dormir hasta que aquel plan absurdo diera sus resultados.

—Vale, vale, me has convencido.

Una pequeña sonrisa se coló en sus labios y me miró a los ojos fijamente. Se quedó ahí de pie contemplándome durante un momento. Estaba segura de que quería besarme y me incliné un poco hacia él. Pero, en lugar de eso, me dio otro abrazo, esta vez incluso con más ganas que el primero.

—¿Te he dicho ya que eres increíble? —preguntó al soltarme. Me agarró la mano y los dos empezamos a correr para alcanzar a la Milicia haciendo el menor ruido posible mientras me contagiaba de su entusiasmo.

A Cole se le había ocurrido ese plan en menos de diez minutos.

¡Y luego la gente dice que yo soy impulsiva!

Pero no. Simplemente fui la idiota que accedió a su locura.

Capítulo Veintidós

Zarah

Resoplo entre dientes cuando Liam me quita de la cadera la venda ensangrentada y la limpia por tercera vez. No estoy segura de por qué se molesta. Dentro de poco, el riesgo de infección bacteriana será el menor de mis problemas.

—Lo siento —murmura alargando el brazo hacia mí y entrelazando su mano con la mía—. Intentaré terminar lo antes posible. Pronto acabará, lo prometo.

—Lo que tú digas. —Sé que me estoy comportando como una niñata, pero no puedo evitarlo. Pronto *todo* acabará.

Parece un ciclo sin fin; estoy de mal humor, me preocupa que el estado de ánimo sea la primera señal de que me estoy convirtiendo y eso me pone de peor humor todavía. Casi estoy forzando el cambio al mismo tiempo me autocompadezco. Por lo que hemos oído, no debería sentir nada diferente durante días, pero tampoco es que pueda consultar las estadísticas en Internet. Liam y yo no hemos conocido a nadie infectado y todo lo que hemos oído son rumores, historias contadas de amigos a amigos. Por lo que sé, podría estar muerta mañana.

Me da un vuelco el estómago. *Podría estar muerta mañana*. No hay forma de saber cuánto tiempo nos queda juntos. No debería estar pagándola con él. Le aprieto la mano.

Me limpia la mordedura con alcohol y cierro los ojos como si eso fuera a disminuir el escozor. Liam es meticuloso y se asegura de cubrir cada centímetro de la ensangrentada herida. Me parece que han pasado horas cuando, con delicadeza, me coloca un vendaje nuevo sobre la pierna.

—Listo por hoy. ¿Lo ves? No ha ido tan mal.

Le dedico una sonrisa de dolor, pero dejo que me levante de la cama. Hemos cambiado de habitación, aunque no nos hemos movido del motel desde que me mordieron hace dos días.

Me estremezco al cargar el peso sobre la pierna mala mientras Liam me sujeta. Llevamos días sin ducharnos, pero no sé cómo logra seguir oliendo igual. Sigue oliendo a Liam y eso hace que todo sea mejor.

Ni siquiera puedo besarlo. No haré nada que pueda ponerlo en peligro. Me alegra que no intente arriesgarse, porque en un momento de debilidad incluso podría dejarle. Revivo continuamente nuestro último beso. No me

pareció que fuera el último; no fue uno que pudiera darme aliento hasta convertirme en algo horrible.

Cuando me apoyo contra la pared noto que me invade la furia mientras observo a Liam buscar comida en nuestra mochila. Si fuera al revés, si fuera él al que hubieran mordido, yo me arriesgaría. Haría todo lo que fuera para reconfortarlo en sus últimos días de vida. Está claro que no me quiere tanto como dice.

Estoy siendo una idiota.

Pero del mismo modo que ha llegado, la furia se va. No sé de dónde ha salido y eso me asusta. Liam me quiere y lo último que debo hacer es condenarlo a él también. Mi estupidez ya nos ha hecho mucho daño, un revés que podría durar toda una vida. Una vida muy corta.

No puedo poner a Liam en peligro. Se merece algo mejor que esto. Está arriesgando demasiado por quedarse conmigo y soy una egoísta por dejar que lo haga. Sé lo que tiene que pasar.

—Liam, tenemos que hablar. —Me mira y me obligo a continuar—. Deberías ir al Complejo Unido. Sigue siendo la mejor opción para ti.

—Zarah, ya hemos hablado de esto. No te dejarán pasar. Joder, te matarán en cuanto te vean. Y no pienso irme sin ti.

—Ya no estoy hablando de mí. Estoy hablando de la mejor opción para mantenerte a salvo. Cuando estábamos en el campo de trabajo me hiciste prometer que me iría sin ti si algo así sucedía. Dijiste que te gustaría quedarte tranquilo sabiendo que estoy a salvo. ¿Por qué tiene que ser distinto ahora?

Liam sacude la cabeza.

—No puedo. No puedo dejarte sin saber qué pasará contigo.

—Sabemos exactamente lo que va a pasar conmigo. Es una estupidez que te quedes aquí esperando a que me convierta. —Mi voz se suaviza. Quiero hacerle entender que esto es importante para mí—. Podría hacerte daño y eso sí que me mataría.

Ojalá no me hubiera puesto esa puñetera vacuna. Lo único que hace es retrasar lo inevitable y darnos tiempo para replantearnos cada decisión.

—No dejaremos que llegue tan lejos.

—Por favor, Liam. Vete. Puedes empezar de cero. La Confederación Unida está haciendo progresos cada día y deberías formar parte de eso. Aún hay mucho bien que se puede hacer. —Al hablar, la expresión de Liam empieza a cambiar. Se le iluminan los ojos y su boca se relaja perdiendo esa seriedad perpetua que llevaba encima desde que me encontró tirada en el suelo desangrándome.

—Tienes razón —dice al final. Giro la cabeza bruscamente y me siento confusa. «Va a abandonarme»—. Puede que uno de esos progresos sea la cura o, al menos, un modo de ralentizar tu infección. Deberíamos ir los dos. —Se levanta después de haber estado de cuclillas junto a nuestras provisiones y da un paso hacia mí, mirándome directamente a los ojos por primera vez desde que se enteró de lo pronto que me perdería. Sin parpadear, sin vacilar,

me pasa la mano por el pelo.

Ladeo la cabeza y le lanzo mi mejor mirada en plan «estás como una cabra».

—No hay cura, Liam. Nos habríamos enterado.

—¿Cómo? ¿Por televisión? ¿O tal vez por la radio? ¿Estás esperando que te manden un mensaje de texto cuando todos los problemas se hayan resuelto? —Su voz va adquiriendo un tono más enojado a cada palabra. Desde que me mordieron se ha mostrado sereno y delicado, así que, si esto significa que está recuperando la vitalidad, ignoraré ese tono con mucho gusto—. Zarah, tenemos que intentarlo. ¿Y si te equivocas? ¿Y si te dejo marchar y llego allí y me entero de que podrían haberte salvado? Jamás me lo perdonaría.

—Vale, ahora es mi turno. ¿Y si nos presentamos en su puerta, no ha cambiado nada y me matan ahí mismo? Habremos malgastado el poco tiempo que tenemos.

En ese momento la realidad de mi situación vuelve a apoderarse de mí. «No quiero morir».

—No lo has pensado bien. —Le discuto sin muchas ganas.

—Sí que lo he hecho. Y podría funcionar.

—O podríamos terminar los dos muertos.

Se detiene y reflexiona sobre lo que he dicho, pero estoy segura de que sigue dándole vueltas. No piensa rendirse sin luchar y yo no sé si sentirme agradecida o culpable.

—Te esconderemos en algún sitio donde no tengan patrullas. Una casa o algo. Yo mismo iré, preguntaré por ahí y volveré a buscarte.

Temblando ligeramente, me llevo una mano a la frente. No quiero hacerlo. Ya soy una causa perdida; no sirve de nada que se arriesgue. Aunque si yo estuviera en su lugar, jamás me rendiría, no hasta que hubiéramos agotado todas las posibilidades. Y eso es algo que hay que valorar.

—Zarah, por favor. Tenemos que intentarlo.

—¿Estás seguro de que es lo que quieres?

—Sí. Absolutamente. —Asiente con ganas.

—Entonces estarás dispuesto a esperar un día. Si dentro de veinticuatro horas sigues pensando lo mismo, lo haremos.

Aprieta los labios firmemente antes de hablar. Está acostumbrado a ser el que lo controla todo, pero no estoy dispuesta a hacer algo sin antes haberlo pensado bien. Ya no.

—No es que tengamos mucho tiempo —responde.

—Y no sabemos si esto va a llevarnos a alguna parte. Quiero que pasemos un día más juntos, sin hablar de curas, ni de morir, ni siquiera de zombis. Sólo un último día normal. O, al menos, lo más normal que podamos. ¿Puedes darme eso?

Sus ojos empiezan a brillar y me preocupa que vaya a derrumbarse. Baja la mirada y una sonrisa se dibuja en su rostro.

—¿Cómo puedo decir que no a eso?

***

Me despierto de un profundo sueño mientras Liam aparca el coche junto a una hilera de casas que no reconozco.

—Última parada. Todo el mundo fuera —bromea.

En cuanto abro los ojos sé que ha pasado algo. Algo dentro de mí ha cambiado mientras dormía. Sólo levemente, pero está ahí, como una picazón en la boca el estómago.

No puedo seguir fingiendo. Estoy empezando a cambiar.

Intento no pensarlo, pero eso no va a hacer que desaparezca. Liam me mira; en la frente se le marcan arrugas de preocupación.

—¿Estás bien?

—Muy bien. —No parece convencido y me pone el dorso de la mano en la frente. La aparto—. Estoy muy bien. ¿Dónde estamos?

—Aproximadamente a un kilómetro y medio del primer control. Aquí no te encontrarán y debería poder llegar allí y volver antes de que puedas empezar a echarme de menos. —Ninguno de los dos menciona qué pasará si me encuentran. El propósito de la zona de seguridad es que ningún infectado tenga la oportunidad de entrar. Me matarían sólo con verme.

Liam fuerza el cerrojo de la casa que está más cerca de donde hemos aparcado y entra. Me indica que espere en los escalones delanteros mientras se asegura de que no haya ninguna amenaza. Probablemente no encuentre ninguna tan cerca de la zona de seguridad, pero odio que se niegue a dejarme luchar. Aún sigo siendo tan capaz como él de matar a esos capullos y tengo mucho menos que perder. Pero para él soy una inútil.

Respiro hondo y me fuerzo a recordar que siempre que podía, evitaba luchar y matar porque no lograba alejar de mi mente la idea de que los infectados habían sido personas y necesitaban un poco de compasión. Ahora que me estoy convirtiendo en uno de ellos, me parecen monstruos.

—Vale, pasa —grita desde alguna parte del interior de la casa. Miro atrás una vez más y entro. La puerta se cierra suavemente detrás de mí.

El sol se cuela en el salón por una gran ventana saledliza haciendo que la casa resulte cálida y acogedora. Estoy encantada de quedarme aquí unos días. Ya me imaginaba escondida en una sucia cloaca como una bestia esquivando a una horda furiosa, pero Liam mencionó la cantidad de casas que había en Indiana y no había forma de tenerlas todas vigiladas. «Estaré bien».

En el peor de los casos siempre podía correr o, al menos, ir cojeando hasta ponerme a salvo.

Liam ya está preparándose para marcharse, así que le tiro de la manga para sentarlo sobre el sillón conmigo. Aún deseo poder besarlo, pero me conformo con abrazarlo. Sus músculos están más delgados que nunca, pero sigue sin haber nada más agradable que apoyar la cabeza en su fuerte hombro. Me aferro a él como si fuera la última vez.

Me abraza tan fuerte que me cuesta respirar, pero no me quejo. Esto es lo único que importa. Él es lo único que importa.

Respiro hondo y me obligo a recordar cada detalle de su cuerpo hasta que vuelva. En cierto modo espero que pensar en él me ayude a recordar quién soy. Nos quedamos así casi dos minutos, sin decir nada hasta que empieza a soltarme un poco. Le doy un último achuchón y lo suelto.

—Ten cuidado —le susurro al deslizarme hasta el otro cojín.

Liam se levanta sin soltarme la mano. No quiero que se vaya, pero la quemazón de mi estómago me recuerda que no hay tiempo que perder. Ya ha hecho todo lo que ha podido para que no me preocupe por mi seguridad al menos hoy, así que ahora tengo que pagar el precio y dejar que se vaya.

—Te quiero —dice antes de besarme en la frente.

Le aprieto la mano y me obligo a soltarla.

—Yo también te quiero.

—Volveré en un día o dos. Encontraré algo. Todo irá bien. —Está repitiendo la misma charla que lleva soltándome durante dos días, pero no lo interrumpo. Los dos sabemos que lo dice más por él que por mí. También debe estar dándose cuenta. Ya soy distinta a la chica que conoció en clase de lengua. Ya he empezado a convertirme en algo feo. No soy la chica de la que se enamoró.

Aun así quiero que se vaya sabiendo que ha hecho todo lo posible por salvarme. Volverá antes de que sea peligrosa. Podemos despedirnos mientras parte de mí sigue viva y bajo control. Después…

No quiero pensar en ello. Hace mucho tiempo nos hicimos una promesa, cuando aún estaba sana y feliz, y vivía en el piso de la tía Noor. Acababa de empezar a utilizar la palabra que empieza por «Z», pero los dos juramos que ayudaríamos al otro si sucedía algo terrible.

Por aquel entonces todo el mundo creía que la única amenaza a la que nos enfrentábamos era la infección y los muertos que volvían a la vida. Una muerte breve y rápida antes de perder a la gente a la que queríamos.

Ha cambiado tanto en tan poco tiempo…

Cuando sale por la puerta de la casa que hemos requisado, sospecho que intenta no pensar en esa promesa. En lo que puede que tenga que hacer cuando vuelva.

Pero yo no puedo pensar en otra cosa. No quiero que el último recuerdo que tenga de mí sea el de meterme una bala entre los ojos.

La pistola que Liam ha insistido en dejarme está sobre la mesita de café. Por protección, me explicó mientras conducíamos por la noche. Yo ya no necesito protección. Aunque eso no significa que no vaya a necesitar la

pistola.

Capítulo Veintitrés

Savannah

Habíamos alcanzado a la Milicia y estábamos a menos de una manzana de distancia. El momento de que Cole se fuera a buscar nuestros refuerzos. No podíamos retrasarlo más.

Me dio un abrazo de despedida que alargó un poco más de lo necesario.

—Estaré bien —le susurré sospechando que estuviera pensando en echarse atrás.

—Lo sé. Tú sólo agacha la cabeza y haz lo que puedas. —Los dos intentamos reconfortar al otro, pero era momento de ponerse en marcha.

—No me escaparé ni haré ninguna tontería. Lo prometo. Nos vemos pronto.

Los ojos azules de Cole se clavaron en mí una vez más, pero por fin había dejado las palabras de ánimo.

—¿Necesitas alguna otra cosa? ¿Comida?

—Seguro que, al menos, podrán darme de comer —dije apretando los labios. Era sólo cuestión de minutos que llegara al punto en que ya no había vuelta atrás.

—Si algo va mal y tienes que huir, nos reuniremos en el colegio.

—Vale, vale, ya lo sé. Tenemos un montón de planes de contingencia. Pero tienes que marcharte. No podré hacer esto si sé que estás rondando por los arbustos observándome.

—¿Y si te metes en problemas?

—Pues entonces tienes que ir a buscar ayuda mucho más deprisa. ¡Venga ya!

Cole asintió, había tomado una decisión.

—Vale.

—Vale. —No nos movimos—. Pues entonces, adiós.

—Buena suerte, Savannah. Y gracias. De verdad.

—No me des las gracias todavía. —Esbocé una cordial sonrisa que ni siquiera yo me creía.

Después se marchó y miró atrás en dos ocasiones antes de desaparecer entre dos casas. Ni una sola vez pensé en salir corriendo tras él, pero una parte de mí deseaba que se hubiera quedado un poco más.

Me apoyaba en mi teoría de que el trato que recibió Zack se debía a

que había opuesto resistencia. Por lo que me había enterado de la Milicia desde aquella noche, no había motivos para pensar que fueran a ser brutos conmigo si colaboraba de buena gana. No se puede tener un ejército sin soldados.

Cuando se llevaron a Zack, me escondí en el bosque a un lado de un largo tramo de carretera. Pero esta vez quería que me atraparan.

Este grupo, a diferencia del otro, parecía tranquilo y eficiente. No gritaban ni disparaban en el aire. Tenían un propósito y una dirección y yo tenía intención de ir con ellos.

Se me aceleró el corazón al pensar en el mejor modo de acercarme al grupo. Moviéndome lentamente por el bosque, medí cada paso tal y como Cole me había enseñado, intentando no hacer ruido y mantener el ritmo siguiendo a la retaguardia del grupo. Armar un escándalo que les obligara a detenerse no haría más que meterme en problemas. Si probaba a salir del bosque sin más, alguien podría dispararme sin pararse a comprobar si estaba o no infectada. Cole pensaba que probablemente estarían demasiado disciplinados como para hacer eso, pero no iba a arriesgar el pellejo por un «probablemente».

Tendrían que cogerme siguiéndolos.

En cuanto estuve lo suficientemente cerca como para que alguien que mirara al bosque me viera con mi cazadora blanca, me obligué a ir más deprisa.

Pisé una rama y me aseguré de dejar caer suficiente peso para partirla con un fuerte crujido. Uno de los soldados paró al instante y se volvió hacia mí.

—¿Hay alguien ahí? —gritó con la mano apoyada en la culata de su pistola.

—Vengo en son de paz —contesté sin que me viniera a la cabeza nada mejor que decir.

—Sal con las manos sobre la cabeza. —Al parecer, no era la única que estaba reviviendo todas las películas de acción que se habían hecho.

Avancé apoyando los dedos sobre mis orejas, con cuidado de no hacer nada que pudieran calificar como un movimiento brusco.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el hombre en cuanto salí del bosque. Su barbilla sin afeitar y su firme mirada me indicaron que no era alguien que fuera a gustarle mi sentido del humor. Sacudí la cabeza con fuerza.

Era grande, más orondo que musculoso, pero aun así intimidante. La mayor parte del grupo siguió avanzando por la carretera como si hubieran adivinado que no era una amenaza.

Una parte de mí quería jugar a ser la adolescente pequeña e inocente, pero al abrir la boca supe que esa manera de actuar no funcionaría con ese tipo.

—Llevadme con vosotros —dije intentando sonar decidida. Era una luchadora. Y si lo que Cole decía era verdad, siempre estaban buscando

nuevas incorporaciones para sus filas. No había razón por la que no me quisieran. Sólo necesitaba demostrar que podría ser valiosa para ellos, y lo antes posible. De lo contrario, la presentación de Zack a la Milicia Unida podría, fácilmente, convertirse en la mía.

Por suerte, el hombre parecía más intrigado que enfadado.

—¿De dónde eres, chica?

—De aquí, del oeste. A mi grupo lo atacaron un mogollón de Zs. Alguien me dijo que si quería trabajar éste era el lugar adecuado. No tengo adonde ir.

—¿Y quieres trabajar? Me refiero a trabajar de verdad. —Su rostro se relajó y apartó la mano de su pistola. Con cuidado, bajé las manos.

—Si estáis dispuestos a darme de comer, sí.

El hombre asintió antes de volverse hacia un soldado que estaba a su lado y le dijo algo en voz baja. Exhalé sin darme cuenta de que había estado conteniendo el aliento. Ya estaba dentro.

—De acuerdo, tenemos un largo camino por delante. Ve a la camioneta amarilla y mira a ver si te pueden dar algo de comer. No te hablarán, no hasta que te hayan dado el visto bueno, pero si les dices que te envía Anders, te darán lo que no vayan a usar ellos.

Asentí y salí corriendo para que no tuviera tiempo de cambiar de opinión.

La comida estaba caliente y bastante buena, la verdad. Fue una grata sorpresa y no la pensaba rechazar. Sólo estaría con esta gente unos días y no tenía nada de malo aprovechar al máximo mi nuevo entorno.

Mientras caminábamos, me moví entre los coches intentando sutilmente que la gente viera que ahora formaba parte del grupo. Todo el mundo me miraba con recelo, pero nadie me decía nada mientras no me acercara demasiado.

Esperaba tener tiempo suficiente para ganarme su confianza antes de que Cole viniera a buscarme. Mi prioridad era encontrar a Zack. Lo siguiente en la lista eran Ethan e información, pero también quería saber si todo lo que me había contado Cole era cierto.

Yo me inclinaba a creer que, por muy crueles que esas personas hubieran sido con Zack, y aunque todas las historias de Cole resultaran ser verdaderas, había una razón detrás de todo, un propósito.

Esta infección llevaba meses sacando lo peor de la humanidad, pero no se formaban grandes grupos que de repente se despiertan una mañana y deciden ser unos capullos, ¿no? La locura tenía que tener un porqué, y eso era algo que entendía demasiado bien.

Mientras viajábamos no dejaba de pensar en Cole. Jugueteé con el pequeño artilugio que me había dado dándole vueltas entre mis dedos. Esperaba que no fuera especialmente delicado, pero no podía controlarme. Seguía estando un poco desconcertada por el repentino cambio de Cole, de cauteloso a temerario, pero tenía que admitir que, si hubiera sido Zack al que

hubiéramos visto, yo habría sugerido exactamente lo mismo.

Cole era muy listo, pero podía llegar a ser tan testarudo e impulsivo como yo. Y aunque sus habilidades para la lucha eran nefastas, tenía otras virtudes que habían demostrado ser útiles. Como por ejemplo poder cruzar un bosque sin que te vean. Nos habría ayudado mucho a Zack y a mí si hubiéramos dominado esa técnica semanas atrás. Sin duda, resultaba muy útil tenerlo cerca.

Durante el tiempo que había pasado aprendiendo a decapitar a los muertos, él había aprendido a sobrevivir mediante habilidades de lo más versátiles. La combinación era, sin duda, algo a tener en cuenta.

Lo cual me vendría la mar de bien si no estuviera sola en territorio enemigo.

Abrí la boca de par en par cuando frente a los cuatro bloques de apartamentos a los que se referían con el mismo nombre del pueblo: Whitley. Todavía no tenía ni idea de para qué estaban utilizando esa zona ahora que la habían ocupado. Había gente por todas partes, cada uno a su aire como si el hecho de que hubiera masificación fuera lo más normal del mundo. Me imaginé cada uno de los edificios llenos de soldados y familias, suponiendo que hubiera al menos dos mil personas en la zona, pero no pude mirar el tiempo suficiente como para averiguarlo.

—¡Tú! —gritó un hombre señalándome a unos metros de distancia. Cuando lo miré, apuntó al suelo delante de él y me acerqué todo lo deprisa que pude sin llegar a correr. Anders se puso detrás de mí. Los dos tenían la misma expresión fría en la mirada—. Tienes que presentarte a la inspección médica. No puedes ir a ninguna parte hasta que te den el visto bueno. —Hablaba tal y como me habría imaginado que hablaría un militar, sonaba como si fuera un oficial importante. Era difícil no quedarse impresionado, por lo menos hasta que soltó unas cuantas toses de fumador.

—¿A dónde voy? —pregunté.

Señaló el edificio más grande.

—Ven a buscarme cuando termines. Ya veremos cómo te despachamos y te convertimos en algo útil.

Apreté los labios, pero no dije nada. Ya les mostraría lo que era ser útil, aunque probablemente no del modo al que ellos se referían.

—¿A qué estás esperando? ¡Vamos! —soltó el hombre haciendo que se le quebrara la voz. Volvió a toser y se cubrió la boca con una mano mientras agitaba la otra indicándome que me fuera.

Se me pasó por la cabeza hacerle un saludo militar antes de irme, pero logré controlarme.

Dentro de lo que parecía ser el «centro médico», las cosas se veían igual de ajetreadas que fuera. Me abrí paso entre una multitud de hombres que discutían sobre fuentes de combustible y me dirigí al mostrador de recepción. No me había imaginado que aún existieran cosas como un mostrador de recepción. Como el helado o los cines, era el tipo de cosa que pensaba que

perecería una vez se hubiera establecido el nuevo orden mundial. Pero aquí no.

La mujer que se encontraba al otro lado parecía tener unos cincuenta y tantos. Tenía el pelo recogido en un moño, pero vestía los mismos vaqueros, camiseta y cazadora que muchos de los hombres con los que me había cruzado al entrar en el edificio.

—Disculpe —dije. Alzó la cabeza de su libro e, inmediatamente, posó la mirada en mi brazo.

—¿Qué?

Iba a tener que encontrar una de esas bandas rojas lo antes posible si quería que esta gente me tomara en serio.

Carraspeé.

—Tengo que hacerme una inspección médica o algo así. ¿A dónde voy?

La mujer bajó la mirada hacia su escritorio y señaló unas puertas.

—Sube las escaleras hasta la tercera planta. Creo que hoy sólo está Toni.

La mujer parecía más brusca que malintencionada, pero su expresión me dejó claro que no aceptaría ninguna otra pregunta.

Me volví en esa dirección y empecé a subir los escalones lentamente. Odiaba no saber qué me esperaba. Seguro que nada como los pinchazos y las exploraciones que había sufrido a manos de mi médico de cabecera. No podía ser tan malo. Para esta gente sería una práctica estándar. Nada de lo que preocuparme.

Pero la verdad es que las visitas al médico no eran algo que echara de menos del viejo mundo.

Al abrir la puerta del tercer piso, fui a dar a un vestíbulo que a diferencia del que había en la entrada, estaba desierto y no había ninguna indicación sobre a dónde tenía que ir.

Llamé a la primera puerta que me encontré a mi izquierda y esperé, pero no se oía ningún movimiento en el interior. Probé con la siguiente y obtuve la misma respuesta: silencio. Esta planta parecía fantasma en comparación a la anterior.

Miré si veía algo por una de las mirillas, pero sólo encontré la imagen gris borrosa que me había esperado. Una señal habría sido útil.

Al fin, después de llamar a la puerta que había al final del pasillo, se abrió. Bingo.

Era una mujer. Debí de quedarme mirándola unos treinta segundos porque parecía cada vez más cabreada.

—¿Qué quieres? —preguntó con rudeza. Aunque sólo la hubiera visto desde el suelo del bosque la primera vez, no había duda de que era ella.

La mujer que había pasado por delante de mí momentos antes de que sus compañeros se llevaran a Zack.

—Eh, lo siento. Me han dicho que venga para un reconocimiento

médico.

—Nuevo recluta, ¿eh? No tenemos muchos por aquí. —Me dirigió una mirada de sospecha.

—He seguido a algunos de vuestros hombres hasta aquí. Esperaba encontrar trabajo. —Los hombros de la mujer se relajaron y abrió la puerta lo justo para dejarme entrar en la sala.

Lo que antes era un apartamento se había convertido en una especie de híbrido entre laboratorio y consulta. Me sentí tentada a preguntar qué hacían allí, pero seguía pensando que la mejor opción era mantener las preguntas a raya. No había nada como el fisgoneo para levantar sospechas.

—¿Eres Toni? —pregunté.

La mujer asintió al recogerse su larga melena en una cola de caballo.

—No estoy segura de para qué tienen que hacerme un reconocimiento —dije observando los distintos aparatos.

—Mordiscos. Infecciones.

—Ah, bueno, pero no estoy infectada. —Me sentí infantil al señalarlo, como si estuviera diciéndole que intentaba librarme de los pinchazos y las exploraciones que me esperaban. Por el contrario, su expresión de aburrimiento se convirtió en una mueca de disgusto.

—Quítate la ropa. Ahora.

—¿Qué? ¿Por qué? —Me agarré el dobladillo de mi camiseta de talla súper grande con actitud protectora.

—Toda —dijo bruscamente negándose a responder a mi pregunta.

Me quedé blanca. Quería que me quitara toda la ropa, ahí mismo, delante de ella. Yo no había firmado para eso.

—¿Y no me dan ni una bata ni nada?

—No.

Me mordí el labio, pero empecé a bajarme la cremallera de la cazadora. Toni me observó durante el rato que tardé en quitármelo todo, y sentí cómo me iba poniendo cada vez más roja a medida que me quitaba más prendas. Por suerte, sólo estuve desnuda ante ella unos segundos antes de que se pusiera a trabajar.

—Levanta los brazos por encima de la cabeza. —Hice lo que me dijo y miré mientras se movía a mi alrededor, tocando mi piel con sus fríos dedos. Estaba buscando marcas de mordiscos y de arañazos. Tenía sentido, aunque ojalá me hubieran advertido sobre aquello.

En menos de dos minutos terminó y se giró para que pudiera vestirme.

—Lista —dije mientras me ponía la camiseta.

—Lo siento. Ni te imaginas la de gente infectada que acude a nosotros esperando que los ayudemos, que les caigamos bien o algo y preparemos una cura milagrosa que se supone que le ocultamos a las masas. Como no querías quitarte la ropa, me esperaba lo peor.

—Ah, ya, no podéis correr riesgos. Lo entiendo.

Se acercó a una cajonera y sacó un trozo de tela roja como las que

todos llevaban alrededor del brazo.

—Ponte esto —dijo—. Significa que estás limpia. Mantente alejada de todo el que no lleve una, ¿de acuerdo?

Cuando sus facciones se relajaron, Toni resultó inusualmente guapa. Era alta y delgada, con un pelo por el que mataría, y unas mejillas que parecían sacadas de la portada de una revista. Me pregunté cómo había terminado ahí examinando a gente desnuda.

—¿Sabes a dónde tienes que ir ahora? —preguntó mientras me ayudaba a atarme la tela sobre mi grueso abrigo.

—A algo de un entrenamiento.

—Tiene sentido. Parece que estás en muy buena forma. Seguro que te irá bien en la Milicia. Ayuda mucho que te hayas presentado voluntaria.

Pronunció «milicia» con orgullo. Le gustaba lo que hacía y supuse que yo le caía un poco mejor porque me había presentado voluntaria para hacer lo mismo que ella.

—Por curiosidad, si no sirviera como militar, ¿a dónde me mandarían?

—Hay mucho que hacer si alguna vez recuperamos el país. Estamos empezando a poner en funcionamiento algunas granjas, comerciando con otras comunidades al sur e intentando controlar este virus para poder empezar a combatirlo.

Por supuesto, fue esa última frase la que llamó mi atención. No debería haberme sorprendido que la gente de Cole no fueran los únicos que trataran de tener bajo control la tasa de infección. Aun así, no había olvidado sus advertencias e insinuaciones veladas sobre el posible destino de los que no cooperaban.

—¿Y qué pasa con la gente mayor que no puede ayudar en nada de eso? ¿O con los niños?

—Ni lo sé ni me importa —respondió bruscamente y yo no supe cómo interpretarlo. La Milicia Unida controlaba la mayor parte de los tres estados. Tenía que haber visto algún niño. Se acercó a una mesa y comenzó a hojear una pila de notas. Supuse que era una señal para que me marchara, pero opté por ignorarla.

—Pues he oído una historia sobre un tipo que odiaba luchar y se negó a hacer cosas. —Mi explicación sonó patética incluso para mí, pero Toni parecía estar escuchando a medias—. He oído que sois muy duros.

—Todo el mundo contribuye, le guste o no. De algún modo u otro.

—¿Es que ayudan con la cura, o la vacuna o lo que sea?

—Mmmm. —Pasó otra página de sus notas.

—¿Y dónde lo hacen?

—En unas instalaciones al norte de aquí. Probablemente pasarás por delante de camino al cuartel general. Están haciendo un buen trabajo, aunque no siempre es agradable.

—Oh. —Había estado esperando información sobre Zack, pero en lugar de eso Toni me había dicho exactamente dónde tenía que ir si quería

darles algo útil a Cole y a la iniciativa de su padre—. Guay, gracias.

—De nada.

—Bueno, encantada de conocerte. —Levanté la mano para despedirme, pero ni me miró.

Al cerrar la puerta, no pude evitar salir corriendo hacia la escalera.

Después de la destrucción de New Ravencrest, la captura de Zack y tener que decirles adiós a todos mis amigos, me alegraba pensar que, por fin, las cosas me empezaban a ir bien.

Capítulo Veinticuatro

Savannah

Después de terminar mi reconocimiento médico, no pude encontrar a los mismos hombres con los que había hablado antes. Había demasiada gente y todos iban vestidos prácticamente igual. Whitley era un mar de vaqueros y estampados de camuflaje con constantes reflejos de tela roja. Suficiente para que a cualquiera le entrara dolor de cabeza.

Nadie de los que veía parecía tener idea de qué hacer con los nuevos reclutas. Ni siquiera mi búsqueda de Ethan dio resultados, pero en parte me sentí agradecida por ello. No tenía ni idea de qué decirle si lo encontraba. No es que Cole me hubiera dado un guión para la reunión, exactamente.

Tenía programado marcharme a la mañana siguiente con un grupo destinado a los cuarteles generales. Esperaban que allí alguien supiera qué hacer conmigo, aunque yo no tenía intención de llegar tan lejos. Si Toni tenía razón y pasaba delante del laboratorio de la Confederación Unida, tenía que encontrar un modo de que ése fuera mi destino final.

Tal vez podía fingir tener algún tipo de conocimiento médico y ofrecer mis servicios. Sí, vale, nadie se iba a creer que era una especie de genio de la medicina adolescente… Tendría que pensar en otra cosa.

Pasé la noche durmiendo con tres mujeres soldado antisociales, y una noche fue más que suficiente. Compartían un apartamento y, de mala gana, me habían dejado usar el sofá. Sólo una de ellas, Elise, se molestó en presentarse, pero incluso ella me insistió en que no le hiciera perder el tiempo dándole conversación o pidiendo comida. Me dejó perfectamente claro que tenían mucho de lo que preocuparse y no quería que le diera más quebraderos de cabeza.

Retrasé el momento de ir allí hasta que llegó la hora de dormir, y pasé todo ese rato vagando alrededor de los edificios, intentando alejarse que sabía lo que hacía. Una parte de mí quería apartarse y quedarse sola hasta que Cole volviera a buscarme, pero sabía que, al menos, debía intentar sacar algo de provecho de ese tiempo muerto.

Llevar la banda roja alrededor del brazo pareció evitar que la gente me tratara como si fuera una bomba de relojería andante y parlante que podía transformarse en cualquier momento, y pude ir por ahí sin llamar demasiado la atención. En su mayoría, los soldados entraban y salían de los edificios hablando animadamente en voz baja. Casi todo lo que había oído tenía que ver

con Zs o con infección, pero habría jurado que alguien había hablado de explosiones. Pero al girarme para ver quién era, ya había desaparecido entre la multitud.

La Milicia Unida era lo opuesto a lo que yo estaba acostumbrada. New Ravencrest había sido aburrido, pero acogedor. Allí, la gente intentaba hacer que el instituto pareciera un hogar y, aunque siempre me había sentido encerrada, también me sentía parte del grupo. O tal vez me resultaba más fácil recordarlo así.

En la Milicia se hacían cosas continuamente y, si no hubiera intentado pasar desapercibida, podría haberles echado una mano. La Milicia no tenía nada de acogedora. Aunque me gustara la idea de trabajar en objetivos vitalmente importantes, me sorprendió lo mucho que echaba de menos la sensación de comunidad.

Tumbada en un sofá acolchado, e intentando dormir durante mi única noche como soldado de la Milicia, comencé a sentirme un poco mal por todas las veces que había criticado a Paulson por mantenerme alejada de la batalla. Por fin me di cuenta de que sólo intentaba protegerme. Era posible que nos pasáramos el resto de nuestra vida luchando contra Zs y habernos hecho empezar de jóvenes no habría cambiado nada. Incluso aunque hubiera una cura, o una nueva vacuna, no era descabellado pensar que esta infección siempre formaría parte de nuestras vidas. Quién sabe si alguna vez recuperaremos Hollywood, o si volveremos a tener la oportunidad de presentarnos a las pruebas de acceso a la universidad, o si nunca más saldremos de casa desarmados. Sumar a todo eso la rutina diaria de matar Zs podría haber sido demasiado para la mayoría de la gente de mi edad. Sin embargo, en mi caso, ayudó a que lo demás fuera un poco más fácil de soportar.

Incluso sabiendo todo eso, mi elección seguiría siendo la misma. Espero ser siempre la clase de persona que elige hacer algo antes que quedarse sentada perdiendo el tiempo. Paulson no debería haberme quitado esa elección. Si no lo hubiera hecho, tal vez las cosas habrían sido distintas.

Vi al hermano de Cole, Ethan, no mucho después de que me marchara con un gran grupo de soldados que se dirigían hacia algo llamado el Complejo Unido. Supuse que se trataba del ominoso cuartel general del que no dejaban de hablar, el eje central de todo lo que tenía que ver con la Confederación Unida.

La gente continuaba ignorándome y estaba segura de que la mayoría de los que reparaban en mí no tenían ni idea de lo que estaba haciendo allí, pero tampoco parecía importarles.

Ethan estaba hablando con otros dos soldados, riéndose y sacudiendo los brazos. Al igual que él, sus amigos parecían tener veintipocos años.

Caminé unos metros por detrás de los tres soldados fingiendo estar tremendamente interesada en mis uñas hasta que Ethan se quedó solo.

—¿Ethan, verdad? —pregunté al acercarme.

—Sí, ¿te conozco? —Empezó a alargar la mano, pero se detuvo y la retiró antes de que pudiera estrecharla. Llevaba su larga melena recogida en una cola que le nacía a la altura de la nuca. El pelo hacía difícil sacarle cualquier parecido con Cole. Sólo cuando se mostró confuso y lo miré a los ojos, me di cuenta de que podrían haber sido los de Cole. Ethan frunció el ceño y ladeó la cabeza—. ¿Nos conocemos? —repitió.

Me detuve sin saber si podía confiar en él. Parecía bastante contento con la gran Milicia, pero al mismo tiempo, ¿quién era yo para decidir si el hermano de Cole era o no uno de los buenos? Cole confiaba en él y con eso tendría que ser suficiente.

—Soy amiga de Cole.

—¿En serio? ¡Vaya! Eso sí que no me lo esperaba —dijo mostrándose sorprendido—. Pensaba que no sabía que estaba aquí. —Aunque yo ignoraba si le había resultado una sorpresa grata o no.

—No lo sabía. No hasta hace dos días. Es una larga historia.

—Cole no está aquí, ¿verdad? —Miró hacia la multitud de gente que caminaba detrás de nosotros.

—No. Sólo yo. Soy Savannah, por cierto.

Ethan asintió, pero no pudo ocultar su decepción.

—Supongo que a Cole no le iría bien en un lugar así. Pero está bien, ¿verdad?

—Por lo que sé, sí. —Sonreí a Ethan, aunque no pareció fijarse. Los dos caminamos en silencio unas cuantas manzanas antes de que le preguntara —: ¿Cuánto tiempo llevas aquí con la Milicia? Cole parecía muy sorprendido de que estuvieras vivo.

—Es una larga historia —respondió irónicamente, repitiendo mi excusa.

Estaba empezando a arrepentirme de haber iniciado la conversación revelándole que era amiga de Cole. Tal vez primero debería haberme ganado su confianza. O era de fiar o no. Si dejaba que ese incómodo silencio se prolongara mucho más, podría perder la oportunidad de sacar algo valioso de este viaje, tal vez incluso perder la oportunidad de volver a ver a Zack.

—Oye, me estaba preguntando si podrías ayudarme con algo. —Cuando levanté la vista lo sorprendí mirándome fijamente —. Estoy buscando a un amigo mío. Os… eh… lo llevasteis hace como una semana. Cole cree que si no cooperó, probablemente se lo hayan llevado a alguna mazmorra tipo laboratorio para que tu gente lo utilice en sus experimentos. ¿Podrías confirmarme si eso es verdad?

Ethan palideció al apretar los labios.

—Había oído rumores como ése antes, pero son ridículos. Nosotros nos dedicamos a ayudar a la gente, a hacer que las cosas vuelvan a su curso.

—¿Sabes que suenas como un anuncio de radio de la Milicia Unida, verdad? —dije—. Me cuesta creer que todo sea de color de rosa. No respondéis ante nadie, así es imposible pensar que sois de fiar. —A medida

que divagaba, Ethan se mostraba menos agradable, pero continué por si algo provocaba una respuesta que pudiera servirme—. ¿Vais a acabar con todos los Zs así, de uno en uno? ¿Nadie se está molestando siquiera en buscar una cura?

—No —se apresuró a decir mirándome como si intentara determinar cuánto sabía ya—. Al menos aquí nadie lo está haciendo.

—Me cuesta creerlo.

—Bueno, pues no tienes por qué creerlo.

—Mira, yo…

—No me importa. No somos los monstruos que Cole te ha pintado. Si cumples órdenes, te sentirás a gusto aquí y estarás bien alimentada. Puede que encuentres a tu amigo, vivo y bien, y no como prisionero. Tienes que confiar en el sistema. Están velando por vuestros mejores intereses. Están mirando por todos nosotros.

—Cole creyó que sería bueno que preguntara mientras esté aquí y averiguar todo lo que pueda. —En ese momento, Ethan me miró muy serio y permaneció así unos segundos. La tensión se hizo casi imposible de soportar. Probablemente no debería haber dejado tan claro que todo aquello era una situación temporal.

«Mierda».

En lo que concernía a la Milicia, Cole y Ethan no estaban en el mismo bando. Tal vez acababa de descubrirme ante el enemigo.

Sin decir más, echó a correr para reunirse con otros chicos y me dejó atrás preguntándome cuánta de esa propaganda se creía de verdad. Si yo hubiera oído algo sobre la Confederación Unida justo después de marcharme de New Ravencrest, me habría parecido un plan bastante goloso.

Al menos hasta que hubiera visto cómo tratan a los que no querían bailar a su son.

Estaba claro que Ethan no tenía ninguna intención de ayudarme, y tendría suerte si no estaba informando ya de que estaba espiándoles. No sabía cuánto tiempo tenía hasta que pasáramos por el centro de investigación, pero me había quedado sin ideas y también me estaba quedando sin tiempo.

No volví a ver a Ethan hasta que llegamos a nuestra segunda parada de camino al Complejo Unido.

Nos habíamos detenido un momento en una pequeña comunidad de unas trescientas personas. Unos cuantos de los hombres con los que había estado viajando se quedaron allí, pero a los demás nos dieron de almorzar y nos pusieron en marcha otra vez.

Mientras comíamos, oí a algunos de los hombres hablando y diciendo que esa zona estaba a una semana de tener electricidad. Permanentemente. En mi mente ya no había dudas de que la Milicia Unida tenía algún tipo de plan. Estaban haciendo muchos progresos y no podía evitar admirarlos por ello, a pesar de lo inquieta que estaba por la conversación con Ethan. Nuestra segunda parada no se pareció en nada a la primera. Salimos de un largo túnel de autopista y en menos de quince minutos estábamos recorriendo una

carretera casi vacía hacia un edificio blanco de diez plantas. Cuando leí el letrero que rezaba: «Laboratorios Pharmatech» se me aceleró el corazón.

Había llegado mi momento, pero no podía echar a correr hacia allí sin más y esperar que todo fuera bien. Me planteé fingir tener algún tipo de lesión, pero al observar las caras de los hombres y mujeres perfectamente armados dudé poder llevar a cabo una actuación que convenciera, a sólo uno de ellos.

Los soldados que iban a la cabeza del grupo comenzaron a pasar por delante del edificio. Cuando Toni había dicho que lo pasaríamos de largo, no me esperaba que fuera a tener una oportunidad tan fugaz.

«Mierda. Mierda. Mierda».

Alguien me dio una palmadita en el hombro. Me giré y vi a tres soldados armados detrás de mí. La cosa se ponía cada vez mejor.

Di un paso atrás, pero los tres se movieron conmigo. No había escapatoria.

—¿A dónde te crees que vas?

Me giré y vi a Ethan acercándose desde la multitud de hombres que seguían avanzando por la carretera.

En cuanto posé los ojos en él, me agarró a la fuerza del brazo.

—Ven conmigo.

—¿Qué? ¿A dónde?

—Esto es lo que querías, ¿verdad? ¿Echar un vistazo dentro a nuestras instalaciones médicas? Vale, pues estás a punto de conocerlas muy bien.

—Pensándolo mejor, creo que no hace falta. De verdad. Olvídate de lo que he dicho. —Intenté soltarme, pero uno de los amigos de Ethan me agarró por la cintura y tiró de mí hacia la puerta. Ethan se relajó, pero junto a su amigo, me arrastraron hacia el edificio. Mis pies intentaban seguir el paso y logré no caerme.

—¡Eh, me estás haciendo daño! —Intenté liberarme del hombre. Me soltó, pero me empujó hacia delante y me caí al suelo.

Miré a Ethan al levantarme, desesperada por encontrar algo que me demostrara que ésa era su manera de ayudar. Pero tenía la mano firmemente apoyada en la pistola que llevaba a la cintura. No me ayudaría.

—Muévete. —Gruñó.

Cuando llegamos al edificio, llamó al cristal hasta que un hombre vino a recibirnos. No esperó a que Ethan le diera ninguna explicación y pulsó un interruptor que había detrás de la puerta.

Contuve un grito cuando las puertas correderas de cristal se abrieron permitiendo que Ethan me arrastrara hasta el vestíbulo. Tenían luz.

—¿Qué es esto? —preguntó el hombre de la puerta.

—Otra para ti. Parece que es una de los espías de Donovan.

—¿Qué? Yo no soy una espía. Lo juro, no lo soy —le dije al soldado —. Por favor, lo juro.

—Claro que sí, niña. No empeores las cosas. Ven conmigo.

Solté el grito más alto que pude aunque sabía que allí no había nadie para rescatarme. Di patadas y golpes, pero se acercaron otros dos hombres y cada uno me agarró de un brazo, separándome de Ethan. Me revolví intentando escapar, pero no lo conseguí. Sacudí la cabeza a un lado e intenté morder el dedo de uno de los que me sujetaban mientras Ethan se alejaba.

Mis dientes fallaron su objetivo, pero segundos después sentí un fuerte golpe en la nuca. Me temblaban las rodillas.

—Por favor —gimoteé sin saber qué es lo que pedía exactamente antes de caer en la inconsciencia.

***

—Está volviendo en sí —resonó una voz cerca de mi oído. Intenté abrir los ojos y sentí que la sangre se precipitaba por mis oídos y la cabeza palpitaba. Gruñí. Alguien me golpeó en las costillas con una bota.

—¡Levanta! —ordenó una voz masculina. Me obligué a abrir los ojos. Estaba tendida en un banco en lo que podría haber sido la consulta de cualquier médico. Las paredes eran de un color melocotón cálido, pero no había ni rastro de calidez en el hombre y las dos mujeres que me miraban.

Me incorporé y me sentí mareada al instante.

—Quédate en ropa interior —ordenó el hombre. Su voz era áspera y no daba pie a réplica. Me levanté.

—Ya me han explorado. Mirad. —Extendí el brazo antes de darme cuenta de que ya no llevaba mi cazadora. La vi tirada sobre una silla al otro lado de la habitación y señalé—. Mirad. No estoy infectada.

—Bueno, eso es un comienzo, pero vamos a necesitar un chequeo más exhaustivo de tu estado físico. Ahora quítate la ropa o haré que alguien lo haga por ti. —Una de las mujeres que se apoyaba contra la pared dio un paso al frente y posó su mano en mi cadera, a sólo unos centímetros del bolsillo que contenía el dispositivo de rastreo de Cole.

—Ya lo hago yo. Ya lo hago yo. Pero déjame un poco de espacio —dije moviéndome para apartar su brazo de mí. Una vez más, intenté que mi voz sonara decidida, como si así fuera a lograr que me escucharan. Retrocedió.

Me quité la ropa y la doblé ordenadamente a mi lado con cuidado de no poner boca abajo mis vaqueros.

Estuvieron examinándome durante tres horas. Pruebas de resistencia. Pruebas físicas. Analíticas para las que sólo tuve que quedarme sentada mientras me sacaban un vial tras otro de sangre. Cuando dejaron que me vistiera, me sentía como si pudiera dormir durante una semana entera.

Noté que se me cerraban los ojos, pero la mujer que había amenazado con desvestirme antes me puso de pie.

—Vamos, levanta. Pronto podrás dormir.

Me dejó en una habitación en la siguiente planta. Era tan grande que debía de ocupar toda la planta del edificio. Se componía de una única sala gigantesca con paredes blancas y suelo de baldosas blancas, y hacía mucho frío. Ojalá me hubiera llevado la cazadora cuando me volví a vestir.

La puerta se cerró con un clic detrás de mí, pero no estaba sola. En la habitación había, al menos, ochenta hombres y mujeres, la mayoría de los cuales ni siquiera habían alzado la mirada cuando entré. Sonidos de toses y resuellos provenían de todos los rincones.

Ni siquiera me había dado tiempo de volver a pensar en Zack cuando lo vi. Estaba a punto de pasar por delante de él mientras intentaba orientarme cuando me encontré con su corpulento cuerpo tendido en el suelo en posición fetal.

Me volví y di unos pasos hacia él quedándome sin respiración. Zack estaba allí mismo, delante de mí. Tenía la cara cubierta de sangre y el pelo rubio de un tono mate por la suciedad, pero no había duda. Era Zack y estaba vivo.

Me arrodillé a su lado y le aparté unos mechones de los ojos. Parpadeó aunque no parecía verme.

—Savvy, ¿eres tú?

—Shh. Sí, soy yo. Vamos a sacarte de aquí. —La última parte la pronuncié como un delicado susurro por miedo a que me oyeran.

—No se lo he dicho. No les he contado nada. Lo juro.

No tenía ni idea de qué hablaba, pero no era momento de insistir en el tema.

—No pasa nada, Zack. Lo sé. Todo irá bien. —Me mordí el labio para contener un tembloroso suspiro y posé la mano sobre su brazo con intención de reconfortarlo.

—No, no puedes. —Le tembló la voz—. No me toques. Estoy infectado.

—Zack, soy yo. Soy Savannah. Todo irá bien. —Intenté sonar tranquilizadora, pero no pude evitar retroceder. ¿Lo había oído bien? Infectado.

—No. No irá bien. Estos cabrones me han inyectado el virus. A propósito. —Nunca antes había oído a mi amigo hablar con tanto rencor en la voz. Aun así, estaba claro que no ansiaba carne humana ni nada así de grotesco, así que me acerqué de nuevo. Había llegado hasta allí contra marea y ahora no iba a apartarme de él.

—Cierra el pico y deja que te ayude. —Le eché el brazo alrededor de mi hombro y dejé que apoyara su peso en mí mientras se sentaba. Su otro brazo parecía roto y probablemente también algunas costillas. No llevaba tanto tiempo desaparecido, pero lo habían dejado hecho una pena.

—Savvy, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está todo el mundo? —preguntó cuando logré incorporarlo.

Por, quizá, millonésima vez ese día, respondí:

—Es una larga historia.

Capítulo Veinticinco

Zarah

Han pasado cuatro días y no sé nada de Liam. No dejo de preguntarme qué puede estar retrasándolo y estoy a punto de sacarme los ojos. Esto me está volviendo loca. Literalmente loca. Tal vez esté tardando tanto porque ha encontrado algo que nos pueda servir. Si nada hubiera cambiado, si no hubiera esperanza, se lo dirían sin más, ¿verdad? Volverá esta noche. Tiene que volver.

El pavor que se ha instalado en la boca de mi estómago aumenta por horas. Ha pasado casi una semana desde que me mordieron, y dudo que me quede mucho tiempo. He oído que hay personas que tardan hasta tres semanas en convertirse, pero debieron de haber tenido algo con que distraerse o, al menos, algo que mirar además de unas paredes verde claro e imágenes de la fauna africana. ¿Pero por qué narices tuvimos que elegir esta casa?

Los pasos suenan levemente sobre el suelo de sintasol mientras camino de un extremo al otro de la cocina. Tengo hambre y eso me asusta. Anoche me comí lo último que nos quedaba. Dormí unas nueve horas, así que en realidad no hace tanto que he comido, pero el hambre que tengo es mucho mayor que nada que haya experimentado antes, es dolor y quemazón al mismo tiempo. A cada minuto que pasa me noto más agitada. Necesito comer y hay una parte de mí que cada vez domina más y no le importa el qué.

Me preparo ante la idea de tener que ir a buscar comida sola. Hace meses que no hago nada sola. Liam siempre me ha cuidado.

Ni siquiera estoy segura de dónde buscar. La única respuesta es: en todas partes. Tiene que haber algo.

Hay una libreta sobre la mesa de la cocina, pero tengo que recorrer cuatro habitaciones hasta encontrar un boli. Escribo rápidamente una nota para Liam, apunto a dónde voy y le prometo que volveré para cuando anochezca. Qué orgulloso estará de mí cuando vuelva con comida suficiente para los próximos días.

Al presionar mis labios contra el papel recuerdo a Liam abrazándome mientras lloraba por haber perdido a mis padres. Con suerte lo veré esta noche. Mi corazón no puede soportar echar en falta a nadie más. Dejo la nota en un lugar que salte a la vista.

Me pongo un jersey al salir por la puerta y me froto los brazos para entrar en calor. La primavera está aquí, pero sigo helada. Por un momento

pienso que quizá estoy pillando algo. Pero enseguida me doy cuenta de lo ridículo que suena eso.

¡Claro que estoy pillando algo! A veces me da vergüenza lo estúpida que soy.

Me paso el resto del día registrando las casas de la manzana, y en alguna ocasión, sin darme cuenta, me encuentro buscando *lo que sea* para comer, pero me niego a darle vueltas. Necesito comida, eso es todo.

En lo que debe de ser la trigésima casa del día, encuentro una bolsa pequeña de gominolas de frutas para niños debajo de una cama. Abro el paquete, me las meto en la boca de golpe y gimo de placer mientras el sabor se desliza por mi garganta. Qué maravilla.

Me planteo pasar la lengua por el interior del paquete, pero me resisto y lo dejo debajo de la cama exactamente donde lo he encontrado. Me siento encima de las piernas y me quedo unos minutos esperando a que el hambre pase un poco.

Si notara el más mínimo progreso supondría un éxito enorme, pero nunca llega. En todo caso, el aperitivo sólo hace que quiera más.

Me invade el hambre. Me levanto bruscamente y me tropiezo golpeándome la cadera con la mesilla rosa. Observo cómo la diminuta lámpara de lectura se tambalea de un lado a otro. Cuando para, me siento extrañamente decepcionada.

Cojo la lámpara y la hago rodar entre mis palmas casi rítmicamente. El cable se sale del orificio. El sonido provoca algo dentro de mí que no acabo de comprender e instintivamente tiro la lámpara con todas mis fuerzas. Golpea la pared y el ruido me satisface. Así como todos los pedazos que se esparcen sobre el suelo. Por alguna razón, los ruidos calman la tensión de mis hombros. Estoy algo mejor, pero sigo teniendo hambre.

Es hora de moverse.

Hay una gasolinera al final de la calle. Probablemente la saquearon mucho antes que las casas, pero lo compruebo de todos modos. Siento que encontrar una mísera lata de comida es cuestión de vida o muerte.

No hay nada.

Está claro que alguien se ha tomado su tiempo en llevarse todo lo que resultara útil. Y ocurre lo mismo manzanas más allá, cualquiera que sea la dirección.

El mundo solía estar lleno de gente loca que se preparaba para el apocalipsis escondiendo comida bajo el suelo. Tenía que haber algún sitio que alguien hubiera pasado por alto. La Milicia Unida está formada por gente corriente. No lo pueden haber encontrado todo. «Por favor, que no lo hayan encontrado todo».

La casa que ahora tengo delante tampoco está cerrada con llave así que ya sé que la han registrado. Entro de todos modos. A la gente se le pasan cosas por alto constantemente, pero yo no me lo puedo permitir.

Cuando decido tirar la toalla, el hambre está intentando salir de mi

cuerpo a zarpazos.

Como no he comido más que ese diminuto paquete de gominolas, siento que todo mi cuerpo palpita en respuesta cuando vuelvo arrastrando los pies hasta la casa en la que me dejó Liam.

Corro a la mesa de la cocina y cuando cruzo la puerta se me acelera el pulso.

Mi nota sigue ahí intacta. No ha vuelto.

Por primera vez, me planteo la posibilidad de que no regrese. Puede que haya pensado que así es más fácil para los dos. O puede que viera esa chispa de rabia en mi mirada y supiera que no soy la misma chica de la que se enamoró. Ya no me debe nada. Tal vez sea más fácil dejarme ir porque nunca me ha querido de verdad.

Dejo escapar un sollozo, pero no siento lágrimas en mis ojos. Mi siguiente quejido se convierte en un alarido de frustración y, antes de poder contenerme, me descubro gritando como una loca mientras revuelvo en los armarios, buscando comida desesperadamente. Le pego golpes a las puertas de los armarios y tiro al suelo todo lo que encuentro. No se nos ha pasado nada por alto. Aquí no hay comida. No hay comida ni Liam.

Acabo tirándome al suelo, demasiado exhausta para continuar. Debería estar llorando, pero no me sale nada. Me hago un ovillo junto a la nevera y dejo que el hambre inunde todos mis sentidos. Tal vez si lo hago dejará de parecerme lo más importante del universo. La única cosa del universo.

***

Debo de haberme quedado dormida porque cuando abro los ojos el sol está brillando. La luz de primera hora de la mañana se filtra por la puerta trasera e ilumina la cocina. Estiro los brazos sobre la cabeza y sacudo la espalda intentando desentumecerme. Por un momento pienso que debería haberme metido en la cama, pero sorprendentemente me siento mejor.

Me levanto y me apoyo contra la encimera para mantener el equilibrio mientras estiro los cuádriceps. Y entonces veo mi reflejo en el pequeño espejo que hay apoyado contra la pila. Desesperada, lo cojo y me miro con los ojos desorbitados. Cierro la boca al ver que parece que se haya descolgado, pero no puedo contener la sensación de repugnancia.

Mi piel oscura ha empezado a adoptar el tono gris de los infectados. Es el único síntoma que acompaña aún al virus Z en los vacunados, y ahora me marca. Es sutil. Estoy segura de que ayer estaba como siempre. El cambio es tan leve que alguien que no me conociera de antes sería incapaz de darse cuenta. Sea o no verdad, no hará más que empeorar. Y a medida que aumenta

la lividez gris, también lo hace el hambre.

En cuanto pienso en ello, la sensación de mi estómago vuelve a la vida bramando. Hambre. Comida. Consumir. ¿Cómo he podido pasar tanto tiempo mirándome al espejo cuando mi cuerpo no deja de gritarme?

Se me nubla la vista. Necesito comer. Ahora.

No puedo hacer otra cosa que seguir buscando, así que salgo de la casa y me dirijo en la dirección opuesta a la de ayer.

Al principio camino a paso lento pasando de largo las casas de la calle. Después las de la manzana. Continúo cinco, seis, siete manzanas y me veo en una carretera rodeada por vallas de jardines traseros.

Un fugaz dolor en la cadera me hace darme cuenta de que he estado esperando a que el instinto me indique dónde puedo encontrar comida. No será tan sencillo. Me recojo el pelo grasiento antes de obligarme a salir de la carretera principal y volver a la zona residencial.

Estas casas son más grandes. Hay más sitios donde esconder cosas. Debería haberlo pensado mucho antes.

Maldiciendo, entro en la primera casa de la calle. Está abierta, pero tengo que intentarlo.

Cuando llego a la cocina y veo la encimera de mármol, empiezo a imaginarme todos los manjares que debieron cocinarse allí y eso me está haciendo perder la razón. Ternera asada, costillas, hamburguesas, cerdo. Nunca he probado el cerdo, pero seguro que es maravilloso. Se me hace la boca agua.

No me sorprende nada que la despensa esté vacía y bajo al sótano. En mi familia solíamos guardar allí algunas cosas, así que merece la pena mirar.

El sótano está remodelado y lo han decorado con mucho gusto, con suelos de madera y cuadros que no parecen baratos. Pruebo en algunas puertas antes de encontrar el trastero. Un gran congelador cuadrado en el suelo. Lo abro, pero todo lo que hay dentro se ha puesto malo con los cortes de la luz. Miro los mohosos restos y me planteo por un momento comérmelos de todos modos, aunque sepan fatal.

Ahí no queda nada nutritivo. Sólo lograría intoxicarme.

Cierro el congelador y empiezo a buscar como una loca por las estanterías de latas de pintura y adornos de Navidad. Estoy hambrienta.

Salgo del trastero y estoy a punto de cerrar la puerta de golpe cuando veo a un hombre mirándome desde las escaleras. Me está apuntando con una pistola.

—No te muevas —dice con voz temblorosa. Parece tener unos cuarenta años, tiene el pelo grisáceo y una mirada nerviosa. Se me acelera el corazón y por un momento me abandonan todos los pensamientos sobre el hambre. Despacio, levanto las manos.

—Aquí no hay nada por lo que merezca la pena que nos enfrentemos —digo. En cuanto hablo, baja el arma y esboza una sonrisa.

—Oh, menos mal. No te quería disparar.

—¿Y por qué me apuntabas con un arma?

—Hace semanas que no veo a nadie. He pensado que me vendría bien un poco de ayuda, pero no estaba seguro de si estabas infectada. Te he visto pasar por la casa en la que he estado viviendo y te he seguido. Como caminabas sin mirar atrás ni una sola vez pensaba que eras uno de ellos. Estaba a punto de volver cuando has echado a andar hacia esta casa, pero no quería correr riesgos.

Respiro hondo y bajo las manos, aunque no le quito los ojos de encima al hombre. Ahora parece relajado del todo, aunque yo estoy todo menos relajada.

—¿Qué quieres de mí?

—Nada, nada. Sólo he pensado que podríamos ayudarnos —repite. Dudo que este torpe idiota pueda hacer mucho por mí. No deja de sonreír y divagar, pero para mis oídos es como un zumbido. Ladeo la cabeza observando cómo se le mueve la nuez al hablar.

Sacudo la cabeza y vuelvo a la realidad. Qué estúpida he sido; está claro que este tío es totalmente inofensivo. Me extraña que no se lo hayan comido todavía. Me está mirando como si esperara una respuesta.

—Perdona, ¿qué?

—He dicho que qué haces por aquí.

Días de espera y pesar me llenan el pecho y mi historia sale como a borbotones. No soy tan tonta como para mencionar el mordisco de mi pierna, pero no puedo evitar hablarle de Liam.

—Estoy esperando a que vuelva mi novio. Sólo teníamos documentación de acceso al complejo para uno y ha ido a convencerlos de que me dejen entrar. —Me sorprende lo deprisa con que me sale la mentira.

Su gesto pasa de jovial a compasivo en un instante. Me quedo sorprendida.

—¿Qué?

—Deberías volver al sitio de donde vienes.

—No pienso marcharme sin Liam.

El hombre suelta un largo suspiro.

—Pues entonces deberías ir a buscarlo. Eres joven y sana y la documentación no importa tanto. No va a venir a por ti.

—¿Qué quieres decir? ¿Y tú que sabes? —Tiro del dobladillo del jersey en un intento de distraerme del incómodo silencio que se produce—. ¡Dime!

—Suponía que todo el mundo ya lo sabía. Una vez estás dentro, la Milicia no te deja volver a salir. Han reclutado a la fuerza a hombres y mujeres robustos de toda la zona. Si puedes sostener un arma o una pala, estás dentro. Tu novio ya estará metido a fondo en un programa de entrenamiento.

—No, no es verdad —digo con las mejillas acaloradas—. Dejan entrar a familias. Nos mantienen a salvo.

—Vienes de Michigan o Idaho, ¿verdad? ¿Cuántas familias han

logrado ahorrar puntos suficientes para llegar hasta aquí? No muchas, eso te lo aseguro. No malgastan recursos en aquellos que no pueden contribuir.

Mi mente piensa en los antibióticos disponibles para Liam, pero no para una madre agonizante. ¿Y si tiene razón?

—Olvídate de él. Estás mejor aquí fuera. Tengo comida y puedo cuidar de ti.

La rabia aumenta en mi interior y la mención de algo de comer pasa casi desapercibida. Liam no va a volver. Nada más me importa. Jamás volveré a estar con él.

El hombre está mirando en la mochila que llevaba a la espalda, ajeno a todo lo que estoy sintiendo. Lo odio por haberme contado esto. Lo odio más de lo que puedo soportar. Una parte de mí sabe que no me ha hecho nada, que incluso está intentando ayudarme. No importa.

Lentamente, mi mano se desliza por mi cadera y se mete en mi bolsillo trasero. Esta mañana he salido de casa sin pensar en armas, pero la navaja siempre está en el mismo bolsillo. Este hombre, este hombre gordo con pinta de estúpido necesita pagar por lo que ha dicho. Lo ha echado todo a perder.

Sé que no me lo puedo cargar con mis propias manos, pero eso no cambia nada. Tiene que pagar.

Me muevo con decisión y el muy idiota ni me ve llegar. Dejo la mente en blanco cuando le hundo la navaja en el hombro. Grita y retrocede tres pasos intentando alejarse, pero yo dejo el arma incrustada en su hombro y me muevo con él. En cuanto deja de moverse, la saco antes de clavársela en un lado del cuello. Sus gritos cesan en seco. Ahora el único sonido en la habitación es el de mis carcajadas de alegría.

El olor a sangre llena mi nariz y pierdo el control por completo. Sus ojos ya se han cerrado, pero la sangre sigue brotándole del cuello. Me acerco más y el olor se intensifica. Casi puedo notar las distintas capas de piel donde he hecho el primer corte. Me acerco más todavía. Cuando mi nariz toca su húmeda piel, abro la boca.

Le muerdo el hombro y la sensación es increíble. Al instante, el ansia que ha estado formándose en mi interior disminuye.

En cuanto empiezo a ejercer presión en su carne, me doy cuenta de lo que he estado a punto de hacer. Retrocedo y dejo que su cuerpo caiga al suelo. Me inclino hacia delante para vomitar. No tengo nada dentro que pueda echar, pero me dan arcadas de todos modos.

El cuerpo del hombre yace en la moqueta mientras la sangre se extiende a su alrededor empapando el suelo. Intento apartar la mirada, pero no puedo. Así que en lugar de eso, intento limpiarme la sangre de la boca. Estoy segura de que me he manchado para siempre.

Soy repulsiva. Asquerosa. ¿Cómo he podido hacer esto? Sigo pensando, sigo siendo racional, y aun así he optado por matar a este hombre que me ha ofrecido la mitad de su almuerzo. Tengo que esforzarme un poco más. No puedo dejar que esto me cambie. Tengo que contarle a Liam cuánto

lo quiero.

«Liam no va a volver».

Miro al hombre durante un minuto esperando que se levante, esperando que nada de esto haya pasado. Pero sé que me estoy engañando. Sé que ya no puedo volver atrás. Su mochila está a unos metros de mí, aún intacta junto al charco de sangre cada vez más grande. Ha dicho que tenía comida. Ahí dentro podría haber suficiente como para que me durara unos días más.

Sin pensarlo, deslizo la lengua alrededor de mi boca por si todavía queda algún rastro de sabor a carne. Me doy la vuelta dándole la espalda al hombre y a su comida. No puedo mirarlo, pero tampoco quiero su basura enlatada.

Salgo de allí dejando la puerta mosquitera zarandeando detrás de mí. No sirve de nada volver a la casa donde me dejó Liam. No hay nada para mí.

Me giro hacia la calle y empiezo a caminar sin importarme el destino.

Tengo hambre. Tengo que encontrar algo para comer.

Capítulo Veintiséis

Savannah

Estuve allí, metida en ese terrible lugar durante dos días antes de tener señal alguna de Cole. Nadie me había molestado, pero cada día metían y sacaban a un montón de gente de la zona donde estábamos retenidos. Dos guardias armados se llevaron a un hombre mayor asiático sólo unas horas después de que yo llegara, y no volvió jamás. Otros dos habían desaparecido desde entonces.

Apenas molestaron a Zack, aunque de vez en cuando enviaban a alguien para comprobar sus síntomas y ver cómo se encontraba. Me alegré mucho de que en ningún momento intentaran sacarlo de esa sala, porque entonces sí hubiera machacado a algún científico friki y, probablemente, la cosa no habría terminado bien para nadie.

Entre los llantos y las toses, era difícil dormir bien, así que pasé mucho tiempo intentando descifrar las pocas pistas que tenía para hacerme una idea de cómo era aquella gente. Al igual que el resto de la Milicia, eran tranquilos y eficientes en su mayoría, pero no pude llegar a aventurar qué pretendían. ¿Qué tendrían planeado para mí?

Era extraño. Para la cantidad de prisioneros que retenían, no es que hubiera mucha presencia militar. Sólo vi a tres soldados y a dos médicos distintos entrar y salir, y eso cuando veía a alguien. Me había esperado que la base médica de una milicia estuviera abarrotada de gente trabajando codo con codo para hallar la cura, una vacuna… ¡algo! Pero en lugar de eso había un puñado de personas que se veían aburridas, como si prefirieran estar en cualquier otro sitio. Estaba convencida de que se me escapaba alguna pieza del puzzle, pero no lograba avanzar. Cada vez que le preguntaba a alguno de los otros prisioneros, miraban a las cámaras y me decían que me largara. Supongo que no era de extrañar.

Los soldados no eran mejores. Incluso aquella mujer que parecía ser comprensiva y daba la impresión de que se sentía culpable, se negaba a saludarme, así que mucho más a responder mis preguntas. Pero cuando se llevaba a un prisionero rehuía mi mirada, y algo me decía que había un motivo que lo justificaba.

¡Qué asco de gente!

He de admitir que estaba empezando a preocuparme por que Cole no volviera a aparecer. No podía dejar de imaginarme cómo me habrían mirado

mis padres si aún estuvieran vivos y se hubieran enterado de que me había metido en una situación mortal por voluntad propia. Aunque mis intenciones eran más que buenas, me pasé la mayor parte del tiempo sentada en esa sala sintiéndome como una idiota. Sabía que no me abandonaría intencionadamente. Habría sido un plan muy complicado poner a una adolescente en manos de una milicia que la había ignorado hasta el momento. Pero tal y como estaban las cosas, nada era seguro. Era posible que le hubiera pasado algo a Cole después de que nos separáramos y nunca llegara a saberlo.

Al menos había logrado encontrar a Zack. No había mucho que pudiera hacer para conseguir más información, así que me dediqué a encontrar la mejor manera de ayudar a mi amigo. Su estado empeoraba a cada hora. No sabía si la misma tos estaba volviéndose más crónica por la mala ventilación que había o es que de verdad aquellos cabrones lo habían infectado. Me parecía absurdo, pero no podía ignorar las señales. Cada vez que le ponía la mano en la cabeza, estaba un poco más caliente. Incluso, aunque no le hubieran inoculado el virus, podría morir fácilmente si se le infectaba cualquiera de las heridas que arrastraba desde que se lo habían llevado.

—Savannah —me susurró al darme un suave codazo en las costillas —. ¿Estás despierta?

Lo estaba. Era como si lo estuviera siempre. Abrí los ojos y giré la cabeza hacia él con las cejas enarcadas.

—¿Crees que tu amigo llegará pronto? No quiero morir en este lugar —dijo, mientras me incorporaba y me sentaba. No sabía qué decir. No podía garantizar que volviera ni que Zack no fuera a morir.

La verdad es que ahora que sabía que había cámaras, me arrepentía de habérselo contado. No sólo porque le había dado ilusiones, sino porque existía la posibilidad de que nos oyeran. Aunque, de habernos oído, seguro que habrían estado más alerta.

—¿Savvy?

—No lo sé, Zack. Tienes que aguantar, ¿vale? Parece que estas personas están trabajando para arreglarlo todo, para curarte. Te pondrás bien.

—Ya, sí, tienes razón, parece que estos tíos estén desviviéndose por hacerme sentir mejor. Deberían darles un puñetero premio a la hospitalidad —dijo con tono adusto. Ese chico que estaba sentado frente a mí no era Zack. No era el chico que había crecido unas calles más abajo de la mía. Estaba siendo sarcástico y se mostraba mucho más furioso de lo normal, rabioso. Por un breve momento, sentí como si no lo conociera de nada.

Cuando aquella sensación se reflejó en mi cara, noté por su expresión que se había dado cuenta.

—Lo siento. Me encuentro fatal y echo de menos a mi madre.

Le acaricié el pelo.

—¿Quieres que vaya a ver si puedo conseguirte algo de comer?

—Sí, vale. —Los dos sabíamos que era muy probable que no sobrara comida y, aunque la hubiera, no teníamos nada para intercambiar. Zack ya se

había comido sus raciones del día y la mitad de las mías. Al menos no se le había alterado el apetito.

Justo cuando me levanté y me alejé de donde estaba, la puerta principal se abrió. Era la mujer soldado otra vez. Como estaba casi en el centro de la sala, no pudo evitar mirarme directamente al entrar, pero en ese momento su walkie emitió un sonido de interferencias.

Se lo llevó a la oreja y una expresión de pánico se reflejó en su cara. Un instante después, se dio la vuelta y salió corriendo de allí. El sonido de la puerta cerrándose repentinamente fue suficiente para que todo el mundo saliera de su estupor colectivo.

Nos quedamos sentados en silencio, pero ninguno podía ignorar la sensación de peligro que acechaba al otro lado de la puerta. Negándome quedarme de brazos cruzados, fui hacia la puerta y sacudí el picaporte.

Seguía cerrada. «Mierda».

Puse la oreja y oí pisadas de botas que avanzaban frenéticamente por la escalera de metal. Por lo que se podía apreciar, estaba siendo caótico, y empecé a hacerme una buena idea del tumulto que había justo al otro lado de las gruesas puertas cerradas.

Me imaginé dos posibles escenarios: la salvación que habíamos estado esperando había llegado, o estábamos condenados a morir de hambre aquí encerrados mientras se comían vivos a nuestros captores. Opté por la última. Siempre es mejor estar preparado.

Procurando no llamar mucho la atención, corrí hacia Zack.

—Tienes que levantarte y prepararte. Puede que haya llegado el momento.

—¿Mmm?

—Algo está pasando fuera. Están histéricos, y tiene que haber pasado algo gordo. A lo mejor la gente de Cole ha venido a por nosotros.

Lo ayudé a incorporarse, aunque lo cierto era que no había mucho que se pudiera hacer. Sólo esperar más.

Al principio tuve que afinar los oídos para captar los disparos y casi estaba convencida de que todo estaba dentro de mi cabeza. Entonces esos sonidos se fueron acercando, parecían provenir justo de la planta de abajo. Los demás también escucharon en silencio, por un momento pensé que todos nos habíamos puesto de acuerdo en contener la respiración.

Se me encogió el corazón al imaginarme que Cole resultara herido o lo mataran en el enfrentamiento. Zack me apretó la mano. Yo le apreté la suya y apoyé la cabeza en su hombro bueno.

El gran picaporte de la puerta se movió unas cuantas veces, pero estaba claro que la persona que se encontraba al otro lado no tenía llave. O estaban a punto de rescatarnos o un nuevo problema se había plantado en nuestra puerta.

Oí disparos procedentes del otro lado de la puerta. Alguien estaba pegándole tiros al cerrojo.

Así que no eran zombis.

Después de una última ráfaga de balas, la puerta se abrió.

Tres hombres entraron apresuradamente en la sala. Ninguno de ellos era Cole ni nadie más que reconociera. Todos llevaban ropa normal, aunque parecían demacrados y descuidados. Para nada era la partida de rescate que me había esperado. Cuando recorrieron desesperadamente la sala con la mirada, levanté las manos sobre mi cabeza. Otros me imitaron.

Nadie decía nada y los hombres seguían apuntándonos con sus armas.

«Parece que me toca a mí. Otra vez».

Despacio, me levanté con las manos en alto. El hombre más grande se movió para que su pistola apuntara directamente a la cabeza.

—Hola —dije mirándolos uno a uno.

—Hola —respondió con titubeo el líder. Miró a su alrededor.

—¿Es posible que hayáis venido a liberarnos a todos?

El hombre miró a sus amigos, pero ninguno parecía saber lo que debían hacer. Empecé a sospechar que se sentían menos cómodos empuñando esas armas de lo que me habría sentido yo. Pero si eso les hacía más o menos propensos a disparar a su antojo era algo que no podía saber.

Por suerte, antes de pensar en otra manera de calmar a esos tíos, Cole irrumpió en la sala.

Sin pensarlo, fui hacia él, pero el gruñido de uno de los hombres me obligó a detenerme.

—Chicos, ¿qué cojones estáis haciendo? —dijo Cole con voz firme y calmada—. Está claro que esta gente no está con la Milicia. Relajaos. Hemos ganado.

—Sí, es verdad. —El hombre bajó su pistola y volvió la cabeza hacia Cole, gesto que yo interpreté como el visto bueno para moverme. En tres apresurados pasos me planté delante de él. Nunca en mi vida me había alegrado tanto de ver a alguien.

—¡Pero mira quién es! —dije rodeándolo por el cuello. Él me abrazó y me levantó con la fuerza de su abrazo.

—Siento haber tardado tanto. —Me bajó al suelo con delicadeza y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Una sonrisa se extendió en mi rostro. Su voz estaba cargada de emoción—: No sé qué habría hecho si te hubiera pasado algo.

Lo miré asombrada. Un hilo de sangre le caía desde la oreja derecha hasta el cuello. Estaba segurísima de que no era suya, pero de todos modos deslicé mis dedos contra su piel. Sólo por si acaso.

—¿Qué quieres decir con «hemos ganado»?

—Es raro porque no ha sido tan complicado. No había casi nadie vigilando este lugar. He traído a unas treinta personas, todos los que nos hemos podido permitir, pero prácticamente hemos podido entrar sin más. Es muy extraño, aunque por mí genial.

La misma paranoia que llevaba sintiendo los últimos días revoloteó

por mi cabeza, pero la aparté mientras Cole continuaba.

—Hemos tenido que matar a algunos de los suyos, pero creo que nosotros no hemos perdido a nadie. —Su sonrisa inicial empezó a disiparse—. Ha sido demasiado fácil.

—O a lo mejor sólo ha sido suerte —sugerí intentando convencerlo a él y a mí misma. Sí, claro, era raro que allí no hubiera casi nadie, pero igual que nos pasaba a los demás, tal vez estaban sufriendo escasez de mano de obra.

Cole observó el resto de la sala.

—No lo parece.

Sus colegas armados habían empezado a moverse entre la gente, parándose a hablar con algunos y pasando de largo a otros.

—Ah, hay alguien que quiero presentarte formalmente —dije agarrándolo del brazo y llevándolo hacia donde estaba Zack mirándonos.

***

Cole y yo miramos a través de un gran ventanal de oficina que había en la quinta planta. Había un pequeño campo vallado abajo con algunas zonas manchadas de sangre. Cada mancha tenía unos sesenta centímetros de ancho y estaba a pocos metros del portón. Y a su alrededor se arremolinaban unos cuantos mega Zs, como esperando que de ellas brotara más carne humana. El resto parecía intentar cruzar el portón a bocados.

—Han estado alimentándolos —dijo Cole en voz baja y áspera.
Descrucé los brazos y le agarré la mano entrelazando nuestros dedos. No estaba segura de por qué lo hice, pero no pude relajarme hasta que sentí el contacto de su piel. Cole se quedó paralizado un segundo y después me acarició el dorso de la mano con el pulgar.

A pesar de todo lo que habíamos pasado, habíamos logrado llegar hasta allí. Estábamos bien, mejor que bien. Quería centrarme en eso y en lo segura que me hacía sentir, pero no podía sacarme de la cabeza su terrorífico comentario.

—¿Alimentándolos con qué? —pregunté, pero los dos sabíamos la respuesta y no queríamos decirlo en alto. Gente. Y si tenía que ser más precisa, no sólo gente. «Prisioneros».

Alzó los hombros ligeramente.

—Lo que fueran o quienes fueran intentaron huir y no llegaron muy lejos.

—¿Y cómo iban a poder? Son muchos. —Intenté contar a los infectados, pero estaban frenéticos por los sonidos del interior del edificio. No

había duda de que los Zs querían formar parte del ataque.

—No creo que ésa sea la pregunta. Por lo que sabemos, el grupo principal de científicos se marchó hace unos tres días y el personal mínimo indispensable que se quedó atrás no sabe absolutamente nada—. Se pasó la mano que tenía libre por el pelo y echó la cabeza hacia atrás con frustración —. Ahora tenemos cuarenta personas enfermas y quién sabe cuántos de los infectados que tenían aquí. ¿Y qué tenemos que hacer? ¿Llevarlos a todos en coche al lugar donde nuestra gente ha pasado meses oculta? Esto es un desastre.

—Oye, ésta fue tu brillante idea, ¿recuerdas? Dejarme aquí para que me exploraran de arriba abajo mientras tú ibas a buscar ayuda —dije soltándole la mano. A lo mejor no fue justo, pero me cabreaba su incertidumbre. Fui hasta allí y me puse en peligro porque dijo que tenía un plan—. Ahora no me vengas con que el problema te va grande. Se suponía que esto iba a ser vuestra gran oportunidad, ¿no? Sino, ¿de qué iba todo esto? ¿Ha sido sólo por tu hermano? —Me volví hacia él, no muy segura de cómo darle la noticia—. Me metió aquí y se largó.

—Pensaba que te estaba haciendo un favor. Encontraste a Zack, ¿a que sí?

Me daba vueltas la cabeza. ¿En serio se estaba poniendo del lado de Ethan?

—Sí, claro, y si no hubieras aparecido, probablemente habría muerto con Zack. Ethan sabía que era amiga tuya y me dejó aquí para que me pudriera. Asúmelo, Cole, es feliz con esta gente. Sabe perfectamente de qué van y no le importa nada.

—Savannah, yo… —Alargó la mano hacia mí, pero lo aparté y me levanté un lado de la camiseta para mostrarle una hilera de moretones.

—Si no fuera por tu hermano y por toda su ayuda, no tendría nada de esto. Sí, es todo un héroe —gruñí.

Cole palideció, pero no respondió. A lo mejor tenía a su hermano idealizado y esa imagen perfecta se acababa de hacer añicos, pero no tenía tiempo de recoger los pedazos por él.

—Olvídalo. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos. Vamos a salir de aquí. Zack no tiene tiempo de quedarse sentado mientras espera a que solucionemos tu drama familiar.

Me aparté y lo apremié a que me siguiera.

—Deberíamos salir pronto —dijo Cole al acercarnos a un grupo que se apiñaba alrededor de un mapa grande—. ¿Tenemos todo lo que hemos venido a buscar?

—Unos cuantos archivos y varias muestras —respondió un hombre negro; era delgado y vestía vaqueros y camiseta gris. Dobló el mapa mientras nos miraba—. Pero no tanto como creíamos. Tienes suerte de que tu pequeña misión de rescate no haya terminado con nadie muerto. Ha sido una pérdida de tiempo total.

—Dorian, eso no es justo. Ethan podía haber estado aquí. Y mira a toda esta gente que han tenido encerrada haciéndoles yo qué sé qué.

—Sí, en serio —añadí saliendo en defensa de Cole—. Habríamos muerto allí dentro. Estoy segura de que han muerto bastantes. —Por muy ingenuo que fuera Cole no iba a permitir que nadie le hablara así, y menos que dijera que venir a buscarme había sido una pérdida de tiempo. Incluso si yo no hubiera estado allí, aquella misión hubiera valido la pena porque había salvado a mucha gente. Era lo correcto, y eso había que tenerlo en cuenta.

—No ha sido una pérdida total —añadió una mujer alta con una trenza pelirroja—. Esos Zs de ahí atrás nos vendrán bien. Son justo lo que necesitamos para la siguiente fase, y ahora no tendremos que hacer el trabajo sucio. Ahí fuera hay mucha gente a la que podemos ayudar.

Su comentario me dejó horrorizada y abrí la boca ligeramente. Al parecer, las vidas humanas implicadas en todo esto no importaban nada. Haberse ahorrado aquel pequeño problema les suponía un triunfo.

Dorian asintió.

—Bueno, pues ya está. Además, tienen tantos coches y furgonetas que no tendremos problemas para trasladarlos con todo este equipo y mantenerlos contenidos. Lo único que me preocupa es estar bajo el radar de la Milicia. Si nos los llevamos nos arriesgamos a traerlos directamente a nuestra puerta, pero creo que podremos apañárnoslas. Sólo tendremos que movernos deprisa y utilizar la menor cantidad posible.

—¿En serio? —pregunté, perpleja—. Aquí hay gente que necesita vuestra ayuda y ¿vais a perder el tiempo ayudando a un puñado de Zs que os arrancarían el cuello sin dudarlo? —Me volví hacia Cole—. Esto es ridículo. Lo sabes, ¿verdad?

—Eh, eh, espera un segundo —dijo Dorian—. No vamos a llevaros con nosotros. No podemos arriesgarnos.

Mi expresión cambió de la sorpresa a la indignación en cuestión de segundos. Antes de poder decir algo de lo que me arrepentiría, Cole intervino.

—¿Por qué no? Tenemos los coches. Esta gente está enferma y algunos están infectados. No podemos dejarlos aquí.

—A saber qué clase de cepas mutadas del virus les han inyectado. Y por lo que sabemos, algunos nos delatarían ante la Milicia sin dudarlo. Me juego las botas a que hay al menos dos espías allí arriba.

En ese momento caí en que después de haberme marchado con Cole, a Zack y a los demás los habían vuelto a encerrar.

—Vais a abandonar a toda esta gente para poder tomaros vuestro tiempo en transportar sin riesgos a un puñado de Zs. Esto es una locura. Estáis locos. —Di un paso atrás asqueada por la actitud de Dorian. «La iniciativa del autoestopista», La Milicia Unida… Al final todos eran iguales.

Miré a Cole, pero él estaba mirando a Dorian con gesto de resignación.

—Podemos confiar en ella —dijo señalándome—. Es la única razón por la que estamos aquí.

Dorian estrechó los ojos.

—Creía que habíamos venido por Ethan. —Su expresión dejaba claro que no había nada más que hacer, no iba a escucharnos—. Ya conoces las reglas. Nadie entra sin permiso. No hay excepciones. Ni siquiera para tu nueva novia.

Un rubor recorrió todo mi cuerpo, y un simple vistazo a Cole me reveló que él estaba pasando por lo mismo. Nos miramos brevemente antes de dirigirme a Dorian.

—Que os den a todos. No os necesito —dije con toda la bravuconería que pude reunir, aunque al hablar miré a Cole desesperada por que saliera en mi defensa.

La rabia invadía su rostro, pero permaneció en silencio aguantándole la mirada a Dorian. Al menos podía ver lo equivocados que estaban. Sin embargo, no era él el que tendría que ver morir a su mejor amigo porque aquellos tíos prefirieran salvar Zs antes de ocuparse por la gente que seguía luchando.

Lo peor de todo era que entendía a Dorian tanto como lo odiaba. Éramos un riesgo, todos nosotros. Si yo estuviera tan cerca de una cura, no dejaría que nadie pusiera en peligro mi trabajo.

Pero no estaba cerca de una cura. Probablemente, estaba más lejos que nunca.

Capítulo Veintisiete

Zarah

Noto que mis pies me impulsan hacia delante. También siento la infección en mi cadera. Me pica la mandíbula justo debajo del oído. «Sigo aquí».

Llevo kilómetros catalogando cada sensación que experimenta mi cuerpo. Es raro… Cuanto más ando, más conecto con el yo que llevo dentro. Es como si el sonido de los pájaros combinado con la rítmica pauta de mis pasos me hubiera arrullado y arrastrado de nuevo a mi cuerpo. Y no porque tenga control sobre él. Sigo aquí, pero no puedo dejar de caminar. Ni de rascarme la puñetera mandíbula.

Si estoy atrapada dentro de mi cabeza, ¿quién controla los mandos? ¿Me mueve sólo el hambre que sigue carcomiéndome el estómago?

Al hacerme en estas preguntas, ni siquiera me siento frustrada. Eso ya lo superé hace tres kilómetros. Puede que sea temporal. Seguro que volveré a sentirme frustrada. ¡Es que no es justo! Un mordisco, ¿y ahora qué? ¿Seguiré caminando para siempre? Qué bien, ya me siento frustrada otra vez, y esa sensación está empezando a volver… el hambre.

No. Frustrada, no. No voy a centrarme en la frustración.

Ahora mismo esta experiencia casi resulta interesante, como si estuviera viendo a otra persona sufriendo este cambio. Debería centrarme en eso. Existe una cara de los infectados que nadie ve. Y eso es interesante, ¿verdad?

No lo es tanto cuando eres tú la que estás encerrada en tu propio cuerpo.

Sigo caminando.

Tengo mucha hambre.

¿Es raro que no esté cansada? Dormí hace dos noches, pero ni siquiera sé qué me hizo sentarme, apoyarme contra una pared y quedarme dormida. Tampoco sé qué me despertó. Aun así, creo que debería estar cansada. O a lo mejor fue anoche cuando dormí.

Me pregunto dónde estará Liam ahora. Ha pasado demasiado tiempo; ya tendría que saber que la Zarah a la que amaba lleva tiempo muerta. ¿Sigue pensando en mí? ¿Se siente mal por haberme abandonado y no haber vuelto?

¿Cuánto tiempo ha pasado? No tengo ni idea. Joder, vuelvo a tener hambre.

¿Qué es eso? Hay algo haciendo ruido al final de la calle. Bueno, voy a ver qué es. Habría estado bien hacer una votación. ¿Qué es eso, zombie-Zarah? ¿Quieres ir por ahí? Claro, venga. No, no, por mí no te preocupes. Yo me quedaré aquí fuera esperando y tú decides.

Aquí no hay nada. Ahora estamos bajando por otra calle. Parece la última. Qué bien.

Los barrios residenciales estadounidenses son lugares muy aburridos para una zombi.

Vale, técnicamente no soy una zombi. Infectada. Cambiada.

Lo que sea.

Ni me importa.

¿Cuántos de los infectados con los que Liam y yo nos topamos… que Liam y yo matamos… eran así? Gente como yo, atrapada dentro de una voraz prisión que se parece a ti, pero a la que ya no le importas ni tú ni nadie.

Ojalá no hubiera pensado en el hambre. Cada vez que lo hago, crece dentro y se hace mucho más intensa. Es una fuerza imparable que domina todo lo que mi cuerpo experimenta ahora.

Yo… Estoy ansiosa.

Hace un día precioso fuera; supongo que la ausencia de polución se nota.

Ojalá no llevara manga larga, pero me alegra poder seguir sintiendo el sol en mi cara.

Me alegra poder sentir algo.

Han pasado días. ¿Cuántos? No lo sé.

Creo que mi memoria a corto plazo está empezando a fallar.

A lo mejor no estaré así hasta el final. A lo mejor soy sólo un eco de Zarah Bhandari que se va desvaneciendo lentamente.

¿Cuánto tardarán en desaparecer mis recuerdos de Liam? ¿Los de mis padres? ¿Será más fácil una vez pueda olvidar todo lo que fui antes?

El hambre está abriéndose paso a marchas forzadas y vuelvo a ir a la deriva. Nunca se va del todo, pero a veces se convierte en lo único que queda de quien soy. Es entonces cuando sé que tengo que escapar, que no quiero formar parte de lo que viene ahora. Se supone que aquí no hay nadie, así que no sé qué voy a encontrar para calmar el hambre. Pero agradezco no poder hacer preguntas.

Justo cuando empiezo a arrullarme con un canturreo, lista para salir de mi cuerpo todo el tiempo que dure, oigo pasos detrás de mí.

¡Alguien viene corriendo hacia mí!

¿Aquí acaba todo? ¿Voy a morir ahora?

¿Será otro infectado o a lo mejor uno de los zombis? ¿O será uno de los de la Milicia de Liam que ha venido a limpiar las calles de sabandijas como yo?

Muy cerca. Demasiado cerca. «¡Gírate! Gírate, joder». Quiero ver quién va a acabar conmigo.

Por fin mi cuerpo escucha, o a lo mejor logra dar ese paso él solo. Nos damos la vuelta.

No quiero luchar, pero puedo sentir cómo mi cuerpo se prepara para ello. Un gruñido se forma en mi garganta. Puedo sentir cada vibración.

Nuestro repentino giro hace que quien nos persigue frene en seco. Es un chico. Tendrá unos trece años. Tiene la piel del mismo lustre gris pálido que la mía.

Me mira. Lo miro. Ninguno de los dos ataca ni se mueve.

Manchas de sangre salpican un lado de su cara, pero no hay ninguna herida a la vista. Oh, está respirando. Es un infectado, no un zombi. No técnicamente.

Es raro que no me interese matarlo, ¿no? La carne fresca es carne fresca. Aunque supongo que todo forma parte de la evolución. Ninguna especie puede prosperar si caza a sus iguales.

Lo miro a los ojos; son marrones como los míos.

Él también me mira. Su boca forma un gruñido, pero su mirada me transmite que está asustado.

Sólo es un niño.

Me doy la vuelta y sigo caminando. Sólo un momento después le oigo hacer lo mismo.

Es patético, pero una parte de mí desearía estar muerta. El chico y yo estamos viajando juntos, atraídos por los mismos sonidos, llevando el mismo paso. He empezado a llamarlo Ted. No tiene pinta de Ted, pero es el primer nombre que me ha venido a la cabeza y ahí se ha quedado.

Me gustaba más cuando estaba sola. Sé que debo de parecerme mucho a ese chico. Sólo va unos pasos detrás de mí. Los sonidos de sus pisadas me recuerdan lo que soy.

¡Retiro lo dicho! No me alegra poder sentir.

¿Por qué no puedo despedirme de mi propio cuerpo? Permanentemente, quiero decir.

Ser espectador de tu propia no vida… ¡eso sí que es un destino cruel!

¿El chico también sigue atrapado en su mente? O a lo mejor la mirada asustada se le ha quedado grabada para siempre. ¿Ha encontrado un modo de escapar?

Intento con todas mis fuerzas no recordar a ese perro al que alcancé. O a…

No.

Quiero salir.

Por favor.

Sigo aquí.

A lo mejor tengo que darle más tiempo.

Debería probar a vaciar mi mente.

Me alegra que Liam no volviera. No habría sido capaz de evitar hacerle daño. Es difícil no pensar en cómo habría sido eso. Desgarrar con mis

dientes su pálida piel.

Pensar algo así es terrible, ¿no? Sí. Es terrible.

Se nos han unido otros dos. Un hombre y una mujer.

El procedimiento es cada vez el mismo.

Alguien se acerca, examinamos, continuamos.

Es imposible ignorar lo mucho que se parecen estos dos. Ambos tienen unos cincuenta años y llevan unas camisas ridículamente brillantes que no fueron hechas para pasar desapercibidas.

Sólo pasaron unas horas entre que conocí al hombre y me encontré con la mujer. A lo mejor los dos son de por aquí. A lo mejor se conocían de su club de campo o algo.

A lo mejor esto ha sido un gran reencuentro para ellos, pero están atrapados dentro deseando poder decirse hola.

¿Qué pasa, Henry? ¿Qué tal tu mujer?

Murió hace tiempo. ¿Qué tal tú, Lydia? ¿Ya se han comido a tus hijos unas hordas de infectados?

Ni idea. Llevo semanas vagando y preguntándomelo. Me mordieron en el supermercado.

Vaya, qué faena. A mí en una pizzería.

¡Qué le vamos a hacer! Risas, risas, risas.

A lo mejor estoy aburrida y trato de encontrar un significado donde no lo hay.

La cantinela del «Tengo hambre» ahora ya es una canción. Y hasta tiene ritmo. Como esa nana francesa que mi madre solía cantarme, pero no del todo. Tiene un poco más de furia. No sé quién era Brother John, pero seguro que su vida fue un camino de rosas comparada con esto. Los demás han acelerado el paso. A lo mejor hemos encontrado a alguien.

Siento mi lengua deslizarse sobre mis labios. ¿En serio acabo de hacer eso? ¡Aj!

¡Qué asco doy!

No quiero ser esta persona, esta cosa. No puedo ver esto.

A lo mejor esta vez no vuelvo.

Ahora que «Lydia» no está somos seis.

Estábamos cruzando un aparcamiento cuando un grupo de zombis de los de verdad ha venido hacia nosotros. Totalmente muertos, totalmente hambrientos.

Justo como nos dijeron, no tienen ningún reparo en luchar contra los infectados. Pero han sido lentos y estúpidos. No han podido con nosotros.

Yo no era una gran luchadora antes, pero está claro que ignoraba mis instintos. Esto se me da bien. Es fácil. Casi divertido. Incluso sin armas, nos hemos librado de ellos enseguida.

Aunque no antes de que lograran arrancarle el brazo a Lydia.

La hemos dejado allí, tirada en el aparcamiento, muriendo desangrada. ¡Como si no hubiéramos estado semanas viajando juntos! Bueno, vale, días.

No lo sé. Aun así, me siento mal por ello.

Me pregunto si intentará encontrarnos cuando vuelva.

Primero infectada, después una Z.

Qué mierda.

Tengo sangre fresca en las manos. Una parte de mí sabe de dónde procede, pero no quiero pensar en ello.

No.

Céntrate en otra cosa. Tienes que ser Zarah.

Cosas favoritas, ¡venga! Ya he hecho esta lista un montón de veces, pero una más no me hará daño.

Mis padres. Mi hermano. Pizza con queso y tomate. *Orgullo y prejuicio*. Los perritos. *Buffy, la cazavampiros*. Jensen Ackles.

Mmm, me pregunto si seguirá vivo. ¿Luchar contra actores vestidos de demonios te prepara para esto? No, para. Céntrate en la lista.

Las películas de Disney. La tarta de chocolate. Cualquier tarta, la verdad. *Cake-pops. Juego de tronos.* Mi móvil. Internet. Echo de menos Internet. Facebook. Música que no esté sólo en mi cabeza. Cleveland. No caminar.

Algo no va bien.

Al principio me dejaba llevar por la sensación que roía mi estómago, pero se me ha ocurrido que en esta situación hay algo intrínsecamente extraño.

Ya llevamos diez manzanas siguiendo los sonidos del ganado. Qué raro, ¿no?

No debería haber ganado en la ciudad. ¡Venga, chicos, esto no es normal!

Nadie me oye. A lo mejor ayudaría que pudiera decir algo de esto en voz alta. O, bueno, a lo mejor no.

¡Daos la vuelta!

Dos hombres infectados que no he visto nunca se unen a nuestro grupo. Seguro que alguien está haciendo esto a propósito, que nos está acorralando en un lugar. Seguimos avanzando hacia los ruidos, pero no veo nada más que a los demás.

Nos llevan hacia una trampa.

¡Parad! ¡Parad!

Nadie aminora el paso.

Un montón de nosotros caminando hacia el sonido de las ovejas como si no nos diéramos cuenta de la valla que rodea esta carretera.

Seguro que no soy la única que se está dando cuenta de que algo va mal.

¿No es irónico que nos estén llevando hacia unas ovejas?

No quiero morir.

Debe de ser la vez que más tiempo he estado sin comer y está pasándome factura. No estoy tan débil como debería estar, pero el cambio

continúa ahí. Si voy a seguir viva, tengo que comer. Si no, mi mente morirá por completo. Pero volveré. Al menos mi cuerpo volverá. Necesito comer.

Tenía razón.

Ahora estoy atrapada con al menos otros veinte en un campo vallado.

Algunos de los otros intentan abrirse camino a base de zarpazos hacia los hombres que nos han metido aquí. Bordeo el perímetro. Otros se quedan quietos mirando hacia el sol.

Llevamos aquí menos de un día y ya se han llevado a dos.

Utilizan esos palos que se usaban para los perros callejeros, con unos aros alrededor de nuestras cabezas para que no podamos acercarnos demasiado, además de un traje protector. Por si acaso.

Cada vez que veo a alguien venir pierdo la cabeza. Lo único que me importa es comer. Pero ya no me separo de mi mente. Es como si estuviera reuniéndome con mi cuerpo, pero fuera la nueva Zarah la que tiene el control.

Es más fácil de manejar de lo que creía.

Los que están forcejeando contra la valla puede que lleven así más tiempo que yo.

¿Cuánto tardaré en convertirme en ellos?

Se produce un alboroto al otro lado del patio. Hay un portón que conduce al edificio principal donde están los vivos y algo sale de él.

Gente. Cierro los ojos un momento antes de que la necesidad de comer se apodere de mí.

Los obligan a cruzar el portón, que se cierra de golpe detrás de nosotros.

No son ni científicos ni soldados, sólo cuatro personas mayores. Parecen enfermas, pero no me importa.

Están alimentándonos.

Y no lo cuestiono; corro hacia el portón decidida a llevarme mi parte.

Se me empieza a hacer la boca agua y me humedezco los labios cuando vuelco la energía que me queda en mover las piernas.

Los demás están dirigiéndose al mismo punto y algunos son más rápidos que yo.

Me llevaré mi parte.

Una mujer grita y eso me da fuerzas.

Capítulo Veintiocho

Savannah

—¿Pero de qué vas, tío? —grita Cole alzando las manos al aire. A juzgar por su tono de voz, me sorprendió que no le propinara un puñetazo en los morros. Alex lo habría hecho. Y yo quería hacerlo—. ¡No podemos dejarlos aquí!

Me encontraba en la habitación contigua haciendo como que no me importaba que esa gente estuviera decidida a abandonarnos a todos. Me puse una sudadera que Cole había traído.

Mi arrebato había hecho que me sacaran de la conversación, pero Cole seguía luchando por mí. Conocía a esa gente y tenía más oportunidades de convencerlos que yo.

Podía verlo hablando con Dorian en la habitación situada a mi derecha. Al mismo tiempo que imaginaba a los ineptos amigos de Cole intentando sacarle información al personal de la Milicia que habían logrado capturar.

No me habría imaginado que hablar de manera tan calmada pudiera dar resultados, pero parecía que uno de los soldados estaba dispuesto a hablar. Los demás lo miraron con cara de asco. El chico no parecía mucho mayor que yo, así que dudaba que tuviera algo útil que añadir, aunque por poco que fuera ayudaría.

—No podemos arriesgarnos. Lo siento. —La voz de Dorian me llevó abruptamente a la conversación de Cole. Parecía muy firme y a la vez comprensivo. Casi me convenció de que realmente se sentía mal.

—No pienso abandonar a Savannah. Podemos confiar en ella. Nos ha estado ayudando —suplicó Cole.

Por su tono de voz era evidente que estaba furioso, aunque no la alzara en ningún momento. Me habría gustado creer que estaba enfocándolo de manera correcta, que podían pensar fríamente acabarían saliéndose con la suya. Pero ése ya no es el mundo en el que vivimos.

—Y yo no puedo abandonarte a ti. Tendrás suerte si tu padre te deja volver a salir. Me va a matar.

—Mi padre tardará un día en olvidarse de esto, y lo sabes. Tiene muchas más preocupaciones que un hijo rebelde. Bueno, ahora vuelve a tener dos, pero a saber dónde está Ethan. No perderé a Savannah. No la perderé a ella también.

—La respuesta es no. —Dorian sacudió la cabeza, pero su voz se había suavizado lo suficiente como para que pudiera notar cómo se agrietaba su armadura.

Cole ladeó la cabeza y lo miró fijamente a los ojos. Él debió darse cuenta también.

—Por favor, Dorian. Es todo lo que tengo.

—Vale —respondió el hombre sacudiendo la cabeza. Yo exhalé—. Pero eso es todo. No vamos a llevarnos a toda esta gente con nosotros y, además, tienen más oportunidades de defenderse solos que los Zs que hay ahí fuera. No podemos ayudar a todo el mundo. Van a tener que apañárselas.

Se me encogió el corazón. Ni de coña iba a abandonar a Zack. Aunque tuvieran algún sitio adonde ir, no se encontraban en condiciones de viajar solos.

¡A la mierda la lógica! Me aparté de la puerta y fui hecha una furia hacia Cole y Dorian.

—¡No pienso marcharme sin Zack! —grité antes de llegar a su lado. Cole se volvió y me miró con una sonrisa de satisfacción. No estaba nada sorprendido por mi arrebato—. ¡Para nada! Está herido. Todas estas personas están heridas. Si las dejamos aquí, ya se pueden dar por muertas.

—Hay coches para todos, y puede que tengamos al menos medio día hasta que alguien se presente aquí para ver qué ha pasado. No les pasará nada —dijo Dorian intentando hacerme cooperar.

«Sí, claro, porque tú lo digas».

—Ya, hasta que vuelvan a capturarlos —respondí—. Sois todos unos idiotas. Estáis dispuestos a poner en peligro a un montón de gente que está viva por la remota posibilidad de salvar a un grupo de zombis asesinos.

—No es… —interrumpió Cole.

—¿Qué? —pregunté con brusquedad y fue como si lo hubiera abofeteado—. Lo siento, no sé qué me ha pasado —dije con una dulce sonrisa fingida. Pero al momento mi gesto se suavizó. Estaba siendo terrible. No era culpa suya y sabía que se sentía tan impotente como yo. Aun así, en lugar de responderme con dureza, me acarició la espalda.

—No es una posibilidad remota, Savannah. Han encontrado la cura. La Iniciativa ya ha logrado recuperar con éxito a tres de los infectados. Sólo necesitamos otros diez sujetos de prueba para solventar cualquier fallo.

Cole levantó un dedo para indicarle a Dorian que tardaríamos un minuto antes de llevarme hacia una esquina de la habitación.

—¿Aún tienes el dispositivo de rastreo?

Preguntándome por lo que estaría rondando ahora por su mente, ladeé la cabeza antes de asentir.

—Vale, pues esto es lo que vamos a hacer.

Fruncí el ceño recordando lo bien que había salido su último plan, pero como sabía que nos quedábamos sin opciones, me lo callé.

—Tú te quedas con el dispositivo. Coge a Zack y uno de los coches y

encuentra un lugar donde estéis a salvo, lo más alejado posible de aquí. Iré a hablar con mi padre. Estará de acuerdo, sé que sí, sobre todo porque Zack está enfermo. Dorian sólo está siendo un capullo para salvar el culo. Hablaré con mi padre, haré que os den el visto bueno a Zack y a ti y después vendré a buscaros para llevaros a la base. Si no convenzo a mi padre en un día, pensaremos en otra cosa. Llevaré provisiones para Zack y todo irá bien. Lo prometo.

—Entonces, ¿cuánto tiempo estarás fuera? ¿Dos días?

—Como mucho. Les ayudaré a arreglarlo todo y después me llevaré mi coche para que no me retrasen. No pasará nada. —Se detuvo cuando nos miramos—. No nos pasará nada.

Suspiré incapaz de pensar en ninguna alternativa. Al menos Zack y yo no estaríamos solos. Si de verdad ya había una cura, tenía que conseguírsela. Por lo que había oído, tal vez le habían administrado una versión alterada y retorcida del virus. Iba a necesitar a unos médicos de verdad. Era su mejor oportunidad. Probablemente, su única oportunidad.

—Vale, pero date prisa. No sé cuánto podrá aguantar y no sé qué haría si lo perdiera. Es… No estoy segura de poder volver a hacer esto.

Cole vaciló un momento.

—Toma —susurró inclinándose hacia mí. Bajé la mirada y vi que me estaba metiendo algo en el bolsillo delantero de la sudadera.

—¿Qué es? —Moví la mano para cogerlo, pero él me la apartó con delicadeza.

—Aquí no. Espera a que nos marchemos. Es una muestra de la cura. La he robado del laboratorio de mi padre por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Por si volvía y me encontraba con que te había pasado algo. —Hizo una pausa y su boca se retorció en un gesto de resignación—. Dásela a Zack. No bastará por sí sola. Necesitará por lo menos tres dosis, o tal vez más, pero ésta debería durarle hasta que regresemos. Puede que os facilite un poco las cosas a los dos. Se pondrá bien.

Quise negarme, decirle que era demasiado, o al menos preguntarle si estaba seguro de que no era peligroso o si cabrearía a alguien dándomela. En lugar de eso, le di las gracias y me contuve. Debía de ser la primera vez que lo hacía.

—En serio, Cole, esto significa mucho. Ni te imaginas cuánto.

Cole sonrió en respuesta, pero no prolongó el momento después de mi titubeante agradecimiento.

—Ve a buscar a Zack —dijo—. Os prepararé un coche con todos los suministros que pueda trapichear. No será mucho, pero tampoco tendréis que esconderos durante mucho tiempo.

No fui capaz de preguntar por todas las otras personas de arriba que no tendrían medicina ni suministros con que mantenerse.

Era egoísta y lo sabía, pero si tenía que elegir entre Zack y los otros,

siempre me decantaría por mi amigo. Siempre. Cuando Cole me había dado la cura —la posibilidad de que se convirtiera en el que era antes—, la gente con la que había compartido la planta había pasado automáticamente a un segundo plano. Ya pensaría en cómo ayudarlos, pero más adelante.

Lo rodeé con mis brazos en un rápido abrazo de agradecimiento.

—Iré a buscarte cuando estemos listos para irnos —dije antes de soltarlo—. Gracias.

***

—Savannah, por favor —me suplicó Zack con una expresión de preocupación que alteraba su aspecto juvenil—. La Milicia podría llegar en cualquier momento. Yo sólo os retrasaría. Deberías irte con Cole.

—No pienso abandonarte, así que ahórrate la saliva.

—Necesito que me escuches. Llevo mucho tiempo pensando en esto. A saber qué clase de basura me han inyectado. Puede que me convierta, o puede que no. Puede que esto me mate directamente. Pero no me arriesgaré a hacerte daño, ni a ti ni a nadie. No lo haré. —Se estremeció y se frotó el hombro.

—Quedarse aquí es un suicidio. O peor. No estás pensando con claridad.

—No seas tonta —respondió con una risa forzada mientras imitaba el acento de Pierce.

—Venga, Zack. No pienso dejarte. Sería una chorrada con lo lejos que hemos llegado. —Sólo un día antes tal vez su súplica habría apelado a mi sentido práctico, aunque lo dudo. Pero ahora que sabía que había una cura de verdad, de ninguna manera dejaría que sacrificara un solo día de su vida por mantenerme a salvo. Se pondría bien—. No puedo perderte.

Eso pareció convencerlo y me miró. Mientras me observaba, me aseguré de que mi expresión no flaqueara. Tenía que saber que lo necesitaba tanto como él me necesitaba a mí. Nunca me había decepcionado y no iba a permitirle que empezara a hacerlo ahora. No cuando estábamos tan cerca de todo lo que habíamos estado esperando.

—Vale, vamos a hacerlo —aceptó y me dejó levantarlo. Aparte de los arañazos y los moretones, seguía siendo el mismo chico. Y a la hora de la verdad, nunca me dejaría sola.

—De acuerdo. Antes de irnos voy a buscar a alguien que pueda al menos vendarte para el viaje y que nos ayude. Es imposible que no lleven encima suministros médicos, es lo mínimo que podrían hacer.

—No me puedo creer que vayan a abandonar a toda esta gente —

reflexionó en voz alta—. Paulson nunca se quitaría la mierda de encima así.

—Ya, ya —dije sonriendo—. Tendrás que contárselo todo cuando te llevemos a casa.

Dejé a Zack con alguien que dijo que era enfermera y le quitó la camiseta para vendarle las costillas. Me dijo que estaría listo en veinte minutos, así que me fui a buscar a Cole.

El edificio en el que había estado prisionera hacía sólo una hora bullía con gente que corría por todas partes. Nadie intentó detenerme ni hacerme daño. Menudo cambio.

Cole estaba en el vestíbulo hablando con el soldado de la Milicia que había accedido a cooperar, pero en cuanto me vio, se disculpó y corrió a saludarme.

—¿Cómo está Zack?

—Un poco débil, pero creo que se recuperará.

—Seguro que sí. —Parecía muy seguro y tuve que creerle—. Éste es el día en el que todo cambiará, Savannah. Zack no va a ser otra cifra entre los millones o, tal vez, miles de millones de personas que se han perdido en esta guerra.

Era la primera vez que lo concebía como una guerra, pero ahora que lo pensaba detenidamente, tenía razón. Y si había acertado en eso, a lo mejor también era cierto que las cosas iban a mejorar a partir de ahora.

—Siento mucho todo esto —dijo antes de morderse el labio—. No está bien que quieran abandonaros aquí. Ni siquiera creo que mi padre lo apoyara, pero no sé qué hacer.

Le froté el hombro igual que él había hecho antes para reconfortarme.

—Has hecho todo lo que has podido. Todo. Cíñete al plan y lo solucionaremos. —Intenté sonreír de modo alentador.

Cole dio medio paso atrás y empezó a moverse como inquieto. Sabía que seguía frustrado y que se estaba esforzando mucho en ayudarme. Sabía que había hecho todo lo que había podido, pero no encontraba las palabras adecuadas para decírselo. Alargué la mano para detenerlo, enganché un dedo en una de las hebillas del cinturón y tiré de él hacia mí.

—Lo sé —susurré alzando la cara hacia la suya. Todas sus dudas parecieron disolverse en ese momento. Puso una mano sobre la parte baja de mi espalda y me llevó contra su pecho. Deslizó la otra mano por mi espalda hasta que llegó a mi cuello, donde sus dedos se entrelazaron con mi pelo.

Me acerqué más y lo besé. Al principio fuimos tímidos y delicados, pero enseguida nos relajamos con el beso como si hubiéramos hecho eso miles de veces antes.

Un cosquilleo me recorrió la espalda cuando apartó la cabeza. Entrecrucé mis dedos con los suyos porque no estaba preparada para dejarlo ir todavía. Aún no.

—Ten cuidado —dijo Cole con voz ronca al acercarse para un último y suave beso y después se apartó.

Los brazos me pesaban más sin su abrazo y tuve que contenerme para no suspirar.

—Voy a ver a los demás y a ayudarlos a prepararlo todo, Zack y tú deberíais marcharos. Alejaos todo lo que podáis de este sitio antes de que aparezca la Milicia. Es lo mejor —terminó.

Sabía que tenía razón, pero lo último que quería era apartarme de él. Lo único que logró hacerme dar la vuelta fue pensar en Zack, en que se encontraba muy mal y necesitaba desesperadamente el vial que llevaba metido en el bolsillo. Mis dedos se aferraron a los suyos hasta el último segundo. Cuando le solté la mano, lo oí alejarse de mí. Di unos pasos en la otra dirección, pero no pude evitar echar la cabeza hacia atrás, y lo pillé mirándome. Los dos sonreímos, pero fueron unas sonrisas forzadas.

Dos días. Era como si toda nuestra relación sucediera en intervalos de dos días que parecía que eso era lo que tenía que pasar pero que luego nunca salía tal y como nos gustaría.

Me detuve sólo un segundo, cautivada por su triste sonrisa, y él hizo lo mismo. Antes de saber qué estaba haciendo, ya estaba corriendo hacia él. Vi a la gente mirándome desde la otra habitación pero no me importó.

Cole parecía alucinado, pero eché mis brazos alrededor de su cuello y me aferró a él sin dudarlo. Ese beso marcó la diferencia y deseé haberlo hecho desde el primer día. Más que nada, porque me hubiera gustado tener más tiempo para estar con él de ese modo. Tiempo que sabía que no tenía. Ni ahora, ni tal vez nunca.

Así que me concedí otros cuarenta segundos para quedarme con el recuerdo y disfruté del momento. Gemí cuando me mordisqueó el labio con delicadeza y él hizo lo mismo cuando mi lengua rozó la suya.

Pasó demasiado pronto.

En esta ocasión no hubo ninguna despedida dramática. Si no volvía a verlo, ése sería el último momento que recordaría con él.

Al volverme para ir a buscar a mi mejor amigo, no miré atrás.

Esa noche Zack y yo esperamos acurrucados en una manzana de viviendas a medio construir. Ahora, lo que se había planeado para ser un complejo de cientos de casas elegantes se quedaría así durante cientos de años. Por el momento a nosotros nos vino muy bien para ocultarnos. Toda la zona, aunque ubicada en territorio de la Milicia, estaba prácticamente sin urbanizar. Nadie nos buscaría ahí.

Claro que eso también significaba que no había probabilidades de encontrar suministros. Nos habíamos terminado toda la comida y el agua antes de la noche, y no sabía qué haríamos cuando llegara la mañana.

Zack se quedó dormido enseguida, pero no dejó de toser ni de moverse.

Todavía se podían ver las instalaciones de la Milicia alejándose por el espejo retrovisor cuando le puse la inyección. Después le conté lo del beso.

Me dijo que lo aprobaba, pero yo estaba segura de que la sonrisa era

más bien para hacerse el duro mientras le inyectaba en el brazo a saber qué mejunje. De hecho parecía más bien una mueca de disgusto, pero pasó enseguida.

Me pregunté si tendrían ya un nombre para esa cosa. Debían buscar uno que no fuera «la cura».

Era genial volver a estar en la carretera con él, compartiendo historias y riéndonos. Estaba más callado de lo normal, pero seguía siendo él. Incluso había logrado convencer a Dorian de que les dejara todos los suministros médicos y algo de comida a los prisioneros. No llegarían muy lejos con ello, pero estarían mucho mejor así que si los hubieran abandonado a su suerte.

Como de costumbre, se había desvivido por un puñado de personas a las que apenas conocía, encima, padeciendo toda clase de dolores. Esa actitud era tan Zack que tuve que sonreír. Y fue entonces cuando empecé a pensar que a lo mejor no lo había perdido de verdad. No para siempre.

Pero entonces, cuando el sol empezó a alzarse, le vi cubierto de sudor. Aún seguía en peligro.

Me quité la manta y lo envolví con ella antes de levantarme para mirar por la ventana. Tal vez encontrara algo que se me hubiera pasado por alto la noche anterior.

El paisaje del exterior era tan triste como el de la noche anterior. Frente a la vivienda no había otra cosa que los armazones de más casas, la mayoría poco más que ladrillos y argamasa. La nuestra ni siquiera tenía puerta.

Me puse las botas antes de salir por la parte trasera. Desde ese punto, que seguramente habría sido una terraza, lo único que podía ver era una gran extensión de campo parcelado que no era más que barro y hierbajos. Un cementerio de otras cien casas que jamás se llegarían a construir.

No demasiado lejos vi lo que parecía un estanque casi seco. O a lo mejor era un charco muy grande, pero algo era. Sabía que sería difícil poder llegar hasta allí y volver antes de que Zack se despertara y se encontrara con que no estaba, pero si existía alguna posibilidad de encontrar agua y algo de leña para hervirla, eso podría suponer, literalmente, la diferencia entre la vida y la muerte.

Tenía que intentarlo, así que agarré mi mochila y la cantimplora vacía y empecé a caminar.

Capítulo Veintinueve

Zarah

Los sonidos del enfrentamiento del interior del edificio me han vuelto loca. Durante casi diez minutos se oyen disparos en intervalos constantes y, con cada uno, parece que me alejo un poco más de mi mente.

Por fin puedo volver a controlar mis dedos, pero lo único que quiero es abrirme paso a zarpazos hacia quien sea que está al otro lado de ese portón.

Los sonidos cesan, pero mi hambre permanece.

Alguien viene. Varias personas. No sé si son hombres o mujeres, pero llevan el mismo uniforme protector que todos los otros que he visto aquí. ¿Significa esto que la confrontación ha terminado? Ya no hay disparos. Han sido sustituidos por el piar de los pájaros que oigo en la distancia. Me obligo a inhalar y exhalar rítmicamente.

Céntrate. Céntrate. Céntrate.

Cierro los ojos, me concentro en los sonidos de la naturaleza y, por un segundo, casi vuelvo a sentirme yo. Zarah.

Despacio, abro los ojos. Me obligo a parpadear. Entrecierro los ojos para fijarme en la gente que se acerca. Puedo sentir el hambre como si fuera un monstruo que habita dentro de mi cuerpo.

Algo ha cambiado. Esta gente no se comporta como los otros. Los ponemos nerviosos.

Un hombre, un soldado por el aspecto de su ropa, es conducido hacia nosotros a punta de pistola. ¿La cena?

Lo llevan hasta el puesto de guardia.

¿Qué está pasando?

Algo ha llamado mi atención y me aparto del portón. Observo. Veo a otros hacer lo mismo. Pero Henry no. Él no deja de hacer aspavientos intentando agarrar a nuestros visitantes, a pesar de que están como a tres metros de nosotros. Su rostro redondo se retuerce de rabia y hambre. No parece la misma persona que conocí cuando ambos vagábamos hacia lo que sería nuestra captura. Ha perdido el control.

El hambre amenaza con consumirme, pero consigo contenerme. Sé que tengo que andar con pies de plomo. Un movimiento brusco puede ser garantía de que me metan una bala entre los ojos.

Espera.

Los portones se abren. No es comida; esta vez no. Estas personas

también están aterrorizadas, pero algo me dice que esto es diferente. Los más ansiosos se precipitan hacia el patio de enlace antes de que el mecanismo que controla el portón lo cierre de nuevo.

No lo puedo evitar. Me acerco lentamente para ver mejor.

Algo me engancha el cuello.

Me sacudo a la izquierda y a la derecha intentando liberarme.

Ni siquiera puedo girarme para ver qué me ha atrapado, pero oigo unas suaves y tranquilizadoras voces. Alargo las manos desesperada por atrapar a mi atacante.

¿Están intentando calmarme?

Gruño enfurecida. No me calmarán.

Tiran de mí hacia delante. Tropiezo y caigo en mi intento de liberarme.

Cuando por un momento me encuentro con mi yo más humano, recuerdo que tengo que ser lista. No dejes que el pánico y el instinto se apoderen de ti. Permanece con vida.

Dejo que tiren de mí hacia delante. Cada pocos pasos, pongo a prueba a mis captores e intento liberarme. También están tirando de muchos de los otros. Nos están llevando al otro lado del edificio. Somos unos diez. Puede que haya más detrás de mí.

Me meten en un espacio pequeño. Un grave quejido escapa de mis labios, pero me obligo a permanecer en silencio.

Cuando me echan hacia atrás, me centro en los dos hombres que no dejan de darme empujones.

Otro se acerca y gruño a modo de advertencia.

El soldado de antes. Cautivo de los otros.

Se gira hacia nosotros al bajar la puerta y, por un momento, le veo la cara.

Una cara que reconocería en cualquier parte.

Liam.

Me mira fijamente, pero antes de poder reaccionar, la puerta se cierra de golpe. Oscuridad total.

¿Me ha visto?

Aporreo la puerta con mi puño.

«Liam, estoy aquí».

Oigo voces sordas al otro lado de estas paredes que nos están conteniendo. Intento hablar. No puedo.

«Liam».

Un minuto después nos estamos moviendo. Caigo al suelo cuando nos sacudimos hacia delante. Rujo de rabia al caer. Un hombre aterriza encima de mí y me quedo sin aire en los pulmones. Unas furiosas uñas se clavan en mi brazo y me arañan movidas por el pánico.

Aparto de mí a ese idiota intentando desesperadamente mantenerme centrada y alerta. Sólo tardo un momento en ponerme de pie. Aparto a los

demás antes de darme cuenta de qué está pasando.

Nos estamos moviendo. Esto es una camioneta en movimiento. No sé cómo no me he dado cuenta antes.

El constante zumbido de los neumáticos sobre el pavimento se hace extraño. Familiar. Ya he hecho esto antes. Bueno, no del todo, pero la sensación de estar en un coche está tan grabada en mis recuerdos que cuesta no verme abrumada por ella.

Resulta extrañamente relajante, y según avanzamos, caigo en un estado más sosegado.

Otro recuerdo presiona en mi mente, pero no logro centrarme en él.

El chirrido de los neumáticos es la única advertencia antes de que volvamos a caer. Este impacto no se parece en nada al de antes, y la bilis me sube a la garganta. Las puertas de la camioneta se abren violentamente y a todos los que estaban cerca los arrojan a la carretera como si fueran basura. Es como volar, pero muchísimo más aterrador. Oigo el asqueroso sonido de cuerpos cayendo contra el pavimento, pero no dejo de moverme.

Me tiran por encima de la valla a un lateral de la autopista, caigo al suelo y saboreo el barro. Cierro los ojos con fuerza mientras bajo rodando por una pendiente interminable.

Estoy asombrada, pero agradecida de que a pesar de todo, no haya notado dolor. No siento el dolor. Ya no.

Aun así, mi mente está más confusa de lo habitual.

Parpadeo una vez, dos veces.

Se me nubla la visión y no puedo abrir los ojos.

Después nada.

No sé cuánto tardo en reaccionar. Abro los ojos y vuelvo la cabeza intentando recordar qué ha pasado.

Ted está muerto a mi lado, tiene el cuello roto.

Miro a los demás. Uno de mis nuevos captores está mirándome desde una distancia de, por lo menos, nueve metros. Sigo en la carretera. Flexiono las pantorrillas intentando despertar a mi cuerpo para ir tras él.

Se encoge de hombros y se aleja. Gimoteo.

Me vuelvo y me quedo frente a Ted, cara a cara. Sus fríos ojos me miran inexpresivamente.

Flexiono los dedos antes de usar las manos para levantarme. Puedo moverme. Sólo tengo que hacerlo despacio.

Sé que eso me ayudará.

Miro a Ted y miro arriba.

Nadie viene a por mí.

Aparto el diminuto sentimiento de culpabilidad que da vueltas por mi mente mientras me alimento.

Sé que lo entendería.

Una vez más, me veo caminando. Esta vez no hay carretera que seguir.

No tengo ni idea de dónde estoy.

Aquí no hay mucho más que detritos, barro y pequeñas plantas que parecen haber entrado reptando en este yermo. La naturaleza había desaparecido a la fuerza de la zona y ahora está luchando para volver. Sería poético si no tuviera tanta hambre.

Hay una choza a lo lejos que parece como destruida por el fuego. A falta de otro objetivo, me dirijo hacia ella esperando que algún tonto desesperado haya decidido ocultarse ahí para protegerse.

Debo de haberme hecho algo en la pierna; desde que me han tirado de la furgoneta voy más despacio. Intento ignorarlo.

Paso por delante de la choza, pero no hay nadie en casa. Sigo avanzando.

Miro hacia el sur, veo unos cajones de embalaje abandonados, pero en la distancia sólo consigo distinguir la forma de unas casas. Casas de verdad. Ahí es donde tengo que ir.

Sigue moviéndote.

Cuando el resto de mis músculos empiezan a rebelarse contra la fatiga y debo hacerles caso. Si surge la necesidad de luchar, no puedo permitirme estar débil o cansada.

Llego hasta los cajones y me tiro en el suelo tras ellos, esperando que me ofrezcan alguna forma de protección mientras me recupero.

El pelo se me pega al barro ahí donde apoyo la cabeza, pero no me importa. No necesito estar cómoda.

Duermo.

Ha amanecido cuando despierto. El sonido de unas botas hundiéndose en el barro me hace reaccionar.

Estoy alerta, lista. Escucho.

No estoy sola.

Lentamente, me asomo con cuidado de seguir con el cuerpo pegado al suelo.

Una ramita cruje en algún punto detrás de mí, pero lo ignoro cuando el sonido de las pisadas se acerca.

Una chica está cruzando el barro, pasa por delante de mí sin darse cuenta. No me ha visto.

El hambre cobra vida con fuerza y empiezo a salivar. Tengo que contener el aliento para que el aroma de su carne no me obligue a perder la cabeza por completo.

Miro de lado a lado, observando a mi alrededor; el tiempo que he pasado en cautividad me recuerda que he de ser precavida.

Está sola.

Es como si el hambre esté dando gritos de alegría en mi interior.

Esto es justo lo que necesito.

Será un objetivo fácil. Puedo recuperar fuerzas y después alejarme todo lo posible de este lugar. Puedo encontrar un lugar más seguro donde cazar.

Con cuidado de no hacer ruido, la sigo.

Capítulo Treinta

Savannah

El sol seguía bajo mientras me dirigía hacia el agua. Cuanto más cerca estaba, más lamentaba haber elegido ese lugar para pasar la noche con Zack. Parecía como si fuera a tardar horas en colar algo de agua de la superficie de un interminable mar de fango.

Si esto no funcionaba, tendría que meter a mi amigo febril en el coche y alejarnos más todavía del territorio de la Milicia. Zack parecía estar recuperándose, pero yo no estaba segura de que pudiera aguantar. Aun así, tenía que intentarlo. Lo intentaría absolutamente todo.

Los mismos pensamientos que me habían tenido despierta la noche antes me invadían ahora al adentrarme en la tenebrosa oscuridad, todos ellos basados en el siempre inquietante asunto del «¿y ahora qué?». Durante la primera semana después de que mis padres hubieran muerto, esa pregunta me acechaba, incluso se burlaba de mí. Ahora me empujaba a seguir adelante, incluso aunque no hubiera respuestas claras.

Si lográbamos llevar a Zack con la gente de Cole y curarlo, ¿a dónde iría después? Zack querría irse a casa. Cole, probablemente, insistiría en otro intento de encontrar al idiota de su hermano, pero también querría hacer todo lo que pudiera por sacar adelante la cura de la Iniciativa. Yo estaba atrapada en medio, sabiendo que siempre querría un poco de cada cosa.

Y también estaba el tema de la distribución de la cura. No sabía lo suficiente al respecto como para poder adivinar qué más tenía que pasar antes de que los científicos de la Iniciativa pudieran empezar a hacérsela llegar a las masas. Lo que fuera que Cole me había dado parecía estar teniendo un efecto positivo en Zack por ahora, pero ¿podía saber con seguridad que esa mejoría no era consecuencia de haberlo sacado de aquella improvisada prisión? Probablemente no.

Si la cura era buena, entonces en mi vida ya no volvería a haber un solo momento de aburrimiento. Tal vez sí para la gente escondida en casas y colegios, pero no para mí. Siempre habría que avanzar un paso más para poner al país en marcha otra vez. ¿Y qué pasaba con el resto del mundo?

Me detuve antes de que mis pensamientos se desbordaran por completo. Paso a paso. Así era como había sobrevivido desde que mis padres murieron, empleándome día a día en vivir como ellos habrían querido que lo hiciera. Me había mantenido centrada y había trabajado para convertirme en

un ser humano de valía.

Había aprendido a luchar y era buenísima haciéndolo. Había hecho nuevos amigos y había reconstruido mi vida sin mamá y papá. Había luchado contra algo más que zombis; estaba luchando constantemente con el sentimiento de culpabilidad de seguir viva sin ellos. Pero había hecho lo posible por hacerle la vida más fácil a mi nueva comunidad, aunque no hubiera salido exactamente según lo planeado. Aun así, aquello había llevado a unos resultados que no estaban tan mal.

Vivir como habían vivido mis padres me estaba funcionando de momento, más o menos. Dudaba llegar a ser la clase de mujer dinámica e imparable que había sido mi madre o tener la inquebrantable voluntad de mi padre, pero lo intentaría. Por muy mal que se pusieran las cosas, los Cooper no eran de los que se rendían.

Si allí no encontraba agua para Zack, entonces la encontraría en otro sitio. Si Cole no aparecía nunca, entonces averiguaría dónde se escondía su gente y aporrearía su puerta hasta que me dejaran pasar. Curarían a Zack y yo me ofrecería voluntaria para curar a todos los demás. Y entonces preguntaría: ¿Y ahora qué?

Noté movimiento por el rabillo del ojo. Decidida a no dejarme llevar por el pánico, me quedé parada un instante para sopesar mis opciones, pero lo que tendría que haber hecho era salir pintando de allí. Tuve sólo medio segundo para darme la vuelta y bloquear a un Z que se abalanzó sobre mí.

Levanté el brazo para frenarla y le solté una patada para hacerle perder el equilibrio, con la esperanza de que así no pudiera alcanzarme con sus dientes.

A pesar de estar cubierta de sangre y mugre, estaba claro que esa chica sólo estaba infectada y no era una zombi. Exhalé al empujarla hacia atrás sabiendo que me esperaba una lucha a muerte. Se movía rápidamente, zigzagueando constantemente mientras yo me preparaba para su ataque.

Volvió hacia mí a toda velocidad. Me aparté en el último momento y cayó hacia delante. Aproveché esa breve tregua para alejarme unos cuantos pasos.

Intentar dejarla atrás sólo la llevaría directa a Zack, que no podía defenderse, así que ésa no era una opción. Tenía que retroceder y observarla, intentar averiguar qué me podía esperar.

Intenté hacerme con el cuchillo que llevaba enganchado a mis pantalones, cerca del bolsillo trasero, pero no tuve tiempo porque volvió a lanzarse hacia mí. Sus ojos brillaban de inteligencia. También me estaba estudiando. Además, juraría que había esbozado una sonrisa. Esa chica debía tener más o menos mi edad, pero ahora era toda una depredadora.

Dejé escapar un grito de furia en cuanto la tuve a mi alcance. Me agarró la muñeca y, sin ningún esfuerzo, me apartó.

El sudor me recorría la espalda mientras intentaba soltarme. Volteé la cara para verla y empecé a soltar una serie de patadas que la lanzaron

tambaleándose hacia atrás. Sin vacilar, ataqué de nuevo, esta vez la tiré al barro y cayó de boca.

La Z soltó un gruñido de cabreo y echó la pierna hacia atrás lanzándome una patada al levantarse. Me rozó la espinilla, pero el único daño que causó fue retrasar mi siguiente ataque, lo que le dio tiempo para calmarse.

La pausa duró lo suficiente como para que yo recuperara algo de confianza. Esa chica infectada se movía por instintos. Tal vez yo no había sido una de las más grandes pensadoras del mundo, pero podía ser más lista que una Z sola, por muy empeñadísima que estuviera en destruirme.

Fingí tropezarme al esquivarla. Al instante, ella mordió el anzuelo y arremetió contra mí otra vez. Esperé hasta el último segundo para actuar.

Hice amago de ir a la derecha y picó. Entonces cambié de posición y volqué todo mi peso en una patada que fue a parar justo debajo de sus costillas. Puse toda la fuerza de mi cuerpo en el pie con el que la había golpeado y aproveché el impulso para darle un puñetazo perfectamente dirigido en el hombro.

«Paso a paso. No te despistes. Piensa, paso a paso». Ésas palabras se repetían sin cesar en mi cabeza mientras volcaba siete meses de miedo y frustración en esa Z.

Si las cosas hubieran salido de otra forma, podría haber sido yo la que lanzara bocados desesperada por alimentarme con carne humana. Pero estaba viva mientras que tanta gente que me importaba llevaba mucho tiempo muerta.

La pateé otra vez y sentí una de sus costillas romperse. Eso me animó a seguir.

En ese momento, juro que se me había ido la cabeza. Cada enfrentamiento que había librado lo estaba reviviendo ahora y estaba decidida a hacer lo que fuera para sobrevivir.

Pero entonces la realidad me descubrió su lado más horrendo y me trajo de vuelta de mis pensamientos, donde cada segundo que perdía esperando liberar mis frustraciones, era un segundo que le regalaba a mi enemigo para vencerme.

De pronto, me obligué a centrarme pero todo sucedió muy deprisa.

Al este se oyó un ruido que no podía identificar del todo en aquel contexto, en aquel mundo vacío. Hacía mucho tiempo que no oía ese sonido y una gran parte de mí había dado por hecho que jamás lo volvería a oír. En algún punto de la autopista que Zack y yo habíamos cogido para llegar hasta allí se oyó el sonido de las hélices de un helicóptero cortando el aire. No parecía que estuviera acercándose, pero no había duda de que ahí estaba.

Tuve que obligarme a no apartar la mirada de mi oponente, aunque estaba como loca por hacerlo. Mi breve momento de vacilación me costó ese crucial segundo en el que podría haber sacado el cuchillo de la funda que llevaba colgada a la cintura.

El estruendo de una explosión voló por el aire, seguido de una onda

expansiva cuya vibración me recorrió el cuerpo. La fuerza fue más que suficiente para hacerme perder el equilibrio, pero tanto la chica infectada, que había estado luchando para matarme hacía unos segundos, como yo volvimos la cabeza hacia el origen del sonido mientras esa breve pulsación me dejaba un cosquilleo por la piel.

«¿Qué mierda ha sido eso?».

Por desgracia, mi oponente se recuperó más rápido que yo, y me tiró al suelo.

Un segundo antes de caer, vi un poco del campo embarrado que teníamos detrás y la figura que corría por él.

No era Cole. No era Zack. Parecía joven, pero no era nadie que reconociera. Y no había duda de que venía directo hacia nosotras con un machete que se balanceaba violentamente por el movimiento de sus brazos. No importaba quién fuera porque en lo que tardara en cruzar el campo ya habría terminado. De un modo u otro.

Me olvidé del chico cuando mi espalda chocó contra la tierra y mi atacante actuó aprovechando la ventaja que me sacaba. Intenté apartarme rodando cuando se lanzó hacia mí pretendiendo agarrarme la cara, pero el impacto de su cuerpo al golpear mi costado izquierdo fue suficiente para dejarme sin aire.

Hundió las uñas en mi espalda e intenté darle una patada para escapar. Me agarraba con fuerza y sentí sus uñas rajando mi piel; solté un grito ahogado de dolor.

El mundo pareció derrumbarse cuando se me echó encima bruscamente y, sujetándome con fuerza, me llevó hacia su boca abierta. Sentí cada diente que tocó mi hombro. Mi voz salió de mi cuerpo como si me desgarrara por dentro formando un grito borboteante.

Por un instante, el dolor me recorrió, pero tan rápido como vino, se marchó.

La adrenalina se precipitaba por mis venas. Todo era más luminoso, más vívido. Cuando sus dientes se hundieron más en mi piel, apenas lo sentí. Utilicé esa oleada de fuerza para girar el brazo que tenía libre y cerré el puño mientras mi mano se movía por el aire.

Con un satisfactorio ruido seco, la golpeé en la sien con fuerza más que suficiente para dejarla inconsciente. Me sorprendió no oír su cuello partirse. Al momento, la presión de mi hombro cesó. La sangre se acumulaba copiosamente alrededor de la herida, pero pude soltarme con facilidad. La empujé para quitármela de encima y me alcé sobre su cuerpo tendido boca abajo.

Ahí tumbada, inconsciente sobre el suelo, casi podría haber pasado por un ser humano. Sin embargo, su piel grisácea y su ropa ensangrentada la retrataban por lo que era: un monstruo desalmado.

Cada segundo que pasé observando a aquella chica, el dolor de mi hombro se intensificaba. Tenía que actuar deprisa antes de que aquello pudiera

retrasarme.

Sin apartar los ojos de ella, estiré mi brazo bueno y saqué la navaja que llevaba en mi bota. La levanté por encima de mi cabeza preparada para acabar con ella antes de que me desmayara de dolor.

—¡Espera! —gritó una voz. Alcé la mirada hacia un chico alto de pelo castaño claro que tendría mi edad. Lo ignoré y me moví para hundir el cuchillo en el cráneo de la Z. Pero entonces el chico me agarró de la muñeca para que me detuviera.

—¿De qué vas? —grité cuando me apartó de la mega Z inconsciente. ¿En qué estaba pensando ese tío? Haría que nos mataran.

Cuando los dos caímos al suelo, la chica infectada volvió a la vida una vez más. Empujé al chico para que me soltara mientras ella se ponía en pie. El esfuerzo se reflejó en la herida de mi hombro y no pude hacer otra cosa que quedarme sentada en el barro y gritar de dolor.

Eso debía de haberme convertido en un objetivo bastante atrayente. Parpadeé lentamente cuando la figura de tono grisáceo se movió hacia mí midiendo cada instante. Ahí acababa todo.

Pero entonces el soldado entró en acción y en un segundo sí que acabó todo.

Con un sollozo hundió su machete en el cráneo de la chica, lo suficiente para asegurarse de que jamás despertaría. El cuerpo cayó al suelo mientras su atacante permanecía de pie, mirando, sin moverse.

La humedad de la tierra empezó a filtrarse por mis pantalones mientras seguía ahí sentada en el suelo, totalmente muda de asombro. Una borrosa bruma se posó sobre mi visión.

La pelea, el helicóptero, el soldado… Todo pasó en poco más que minutos. Parpadeé, intentando no desmayarse.

Caí de lado y dejé que me recorriera el dolor, demasiado exhausta como para contenerlo más.

Sólo pude permitirme un minuto antes de que el recién llegado me rodeara mirándome con una expresión de asombro que se asemejaba a la mía.

—¿Estás bien? —preguntó.

Miró a su alrededor analizándolo todo.

—Sí —respondí con los dientes apretados. Pero mi hombro no estaba nada bien. Alargué la mano esperando que me ayudara a levantarme, pero ya se había dado la vuelta. Me levanté sólo cuando echó a andar.

—Yo… intentaba salvar…

Sin ninguna compasión, miré el cuerpo tendido en el suelo.

—Pues tienes una forma muy interesante de demostrarlo. ¿Qué demonios ha sido esto? ¿Te ibas a echar atrás en el último momento? ¿En serio?

Hasta ese instante dudo que supiera exactamente dónde se encontraba y lo que acababa de pasar, y mucho menos que se hubiera dado cuenta de lo mucho que sangraba. Por fin se fijó en mi hombro.

—Joder, ¿estás bien? —Rápidamente se quitó la camisa de cuadros que llevaba abotonada sobre una camiseta de tirantes blanca y la convirtió en una bola. Dio un paso hacia mí, pero no pude evitar retroceder a pesar del palpitante dolor de mi hombro. Mi cabeza nadaba en una mezcla de dolor y confusión.

Alargó la mano.

—Toma —dijo y me dio la camisa—. Apriétala contra el hombro.

Me quedé mirando inexpresivamente su mano extendida.

—Tú estabas allí. Eres ese chico de la Milicia. El que se cambió de bando.

—Me llamo Liam.

—Savannah —le dije al aceptar su camiseta y ponérmela contra la herida. Apreté los dientes para evitar gritar, pero la presión ayudó.

«¿Así que esto es lo que se siente cuando te muerden? Tan divertido como me había imaginado.

Más vale que Cole lleve encima más medicina de ésa cuando venga.

¿Y si no funciona?»

—Tengo un kit de primeros auxilios en mi mochila. Te limpiaré la herida y te la vendaré. Yo… —Miró el cuerpo.

Había algo en la expresión de impacto y angustia de su cara que apuntaba a que esa Z había significado algo para él, no era un simple enemigo que abatir.

Mis sospechas quedaron confirmadas cuando se dejó caer de rodillas, tiró el arma y se derrumbó.

Liam tenía pinta de ser un chico duro. Sus brazos, ahora desnudos, dejaban ver toda una manga de tatuajes. Eso y una cicatriz aún rosa recorriéndole la mandíbula me aseguraron que había tenido sus buenas peleas. Pero verlo allí sentado, con lágrimas cayéndole sin parar por las mejillas ligeramente cubiertas de vello, no dudé de que hasta una ligera brisa podría haber acabado con él.

Había estado allí con la gente de Cole. Y había dicho… No era yo a quien intentaba salvar. Había querido salvarla a ella, esa chica infectada que ahora yacía sin vida en el barro.

—Lo siento —dije no muy segura de sentirlo de verdad. Él permanecía en silencio y empecé a sentirme incómoda observando cómo miraba al cuerpo inerte—. ¿Por qué lo has hecho? —le pregunté finalmente.

Él me miró y ladeó la cabeza.

—La has matado. Sabías lo de la cura, pero la has matado. A lo mejor podrías haber… —Mi voz se fue apagando ante las posibilidades que recorrían mi cabeza.

—Cuando estaba inconsciente he pensado que a lo mejor podía contenerla. A lo mejor podríamos haberla llevado con esa gente. Quizá podrían haberla ayudado —dijo con la voz cada vez más estrangulada—. Pero entonces volvió en sí, dispuesta a atacarte y ya no había tiempo. He tenido que

hacerlo. Ella no habría querido que la dejara hacerlo para poder salvarla. Jamás me habría perdonado. Ni se habría perdonado a sí misma. He tenido que hacerlo.

Asentí, pero no quería que continuara hablando. Era una situación imposible. Incluso después de que casi hubiera hecho que me mataran, lo sentía por él. Saber que yo estaría en los primeros puestos de la lista de espera para ese nuevo medicamento milagroso hacía más fácil perdonar. Yo habría hecho lo mismo por cualquiera de mis amigos.

Miré la mochila que colgaba de sus hombros, desesperada por esas vendas que seguro que llevaba dentro, pero no me veía capaz de pedírselas en un momento así.

—Debería enterrarla. Ella lo habría querido. —Cuando se levantó, su voz recobró fuerzas.

—Yo te ayudo —dije sorprendiéndome a mí misma. Si fuera Pierce, Zack, Cole, o incluso Alex, hubiera hecho lo mismo por ellos. Incluso aunque acabaran infectados algún día e hicieran cosas horribles, se merecerían un poco de dignidad en la muerte.

Liam me miró el hombro dando a entender lo que los dos sabíamos. No le sería de ninguna ayuda, pero me dio las gracias de todos modos. No tendría que hacerlo solo.

Volvimos a la casa con el tiempo suficiente para ocuparnos de las necesidades más básicas. Zack estaba preocupadísimo, pero le aseguré que estaba bien a pesar de haber perdido una enorme cantidad de sangre. Caminaba a mi alrededor nervioso mientras Liam me vendaba la herida y me ponía el brazo en cabestrillo.

Dejamos a Zack con los suministros de la mochila de Liam. Ahora teníamos agua suficiente para, al menos, un día más, así que ya era algo. A Zack no le hizo gracia la idea de quedarse atrás, pero con una mirada le prometí que le pondría al corriente de todo más tarde, así que no insistió.

Encontramos una pala entre las herramientas de construcción y volvimos hacia donde estaba el cuerpo.

—Lo siento, ni siquiera te lo he preguntado. ¿Cómo se llamaba?

—Za… —Se le quebró la voz—. Zarah. —Se detuvo, aunque parecía como si se sintiera obligado a continuar—: He pasado mucho tiempo deseando poder encontrarla y arreglar las cosas. Pero no así. Esta gente estaba dispuesta a ayudarla, pero no tenía ni idea que se había marchado del lugar donde dijimos de encontrarnos. Y justo cuando tenemos una cura, se va para siempre. Habría sido mejor no haberla encontrado nunca.

No supe qué decir, pero asentí comprensivamente.

En silencio, tardó algo más de una hora en cavar una tumba para Zarah. Yo estaba sentada con las piernas cruzadas en el barro dispuesta a ayudarlo si me lo pedía. No conocí a esa chica, al menos no cuando importaba, pero me sentía conectada a ella. Si las cosas hubieran ido de otro modo, su destino podría haber sido el mío.

Mientras la posaba delicadamente en el suelo, lo oí susurrar:
—Siento mucho haberte dejado sola. Lo siento muchísimo.
Tuve que mirar a otro lado.
—¿Quieres que te deje un minuto solo?
Liam me miró mientras salía de la fosa.
—Por favor. Tengo que decirle… —Se le fue apagando la voz al sacudirse el barro de los vaqueros.
—No. Lo entiendo perfectamente. Voy a volver a ver cómo está Zack. Ya sabes dónde encontrarnos.
Liam cogió la pala otra vez, aunque pareció esperar a tener un poco de intimidad antes de empezar a enterrar a su chica. Zarah.
Asentí indicándole que lo comprendía, me di la vuelta y me alejé apretándome el vendaje contra el hombro.
Aunque mi expresión permaneció calmada, mi corazón siguió golpeteando contra mi pecho. Me obligué a inhalar y exhalar a ritmo constante, pero destellos de luz seguían danzando por mi mente. El agrio olor a sangre. La sensación de unos dientes hundiéndose en mi piel, en mi músculo. El gemido de placer junto a mi oído cuando la sangre empezó a brotar de mí. Ese breve momento en el que intenté prepararme para que me arrancaran para siempre parte de mi cuerpo. La confusión cuando me di cuenta de que ese momento no llegaba.
Me eché adelante y me sujeté las rodillas con la mano que tenía libre. Vomité sobre el barro. Salió poco más que bilis, aunque seguí teniendo arcadas.
Me limpié de la cara un hilo de saliva, me sentía un poco mejor. Viviría para luchar otro día.
A lo lejos se oyó otra explosión amortiguada. No estuvo tan cerca como la primera, y esperé una onda expansiva que nunca llegó. Pero sin duda la había oído y siguió otra. Los sonidos resonaron en mis oídos, pero no tuve energía para centrarme en ellos porque un espeso rastro de sangre empezó a caer por mi brazo y tuve que hacer más presión sobre la herida. Estremeciéndome, ignoré la cadena de explosiones. Lo que fuera que estaba causando todo ese estruendo no era mi mayor problema. Hoy no.
Alguien que conducía hacia el complejo de viviendas subió por una pequeña elevación de la carretera. Alguien venía.
O Cole nos había encontrado o se avecinaba un problema que en este estado no tendría fuerza para poder afrontar. Me obligué a moverme más deprisa, aunque mi cuerpo me suplicara que me sentara.
El coche se acercaba rápidamente. Era un utilitario blanco que no me resultaba familiar, pero habría reconocido el pelo negro y greñudo del conductor en cualquier parte. Cole.
Llegué a la casa justo cuando Cole paró dentro del complejo. Como no podía esperar, me acerqué hasta donde había aparcado, pero me quedé atrás cuando bajó del asiento.

—¡Ey! —le grité.

—¡Qué alegría encontrarte aquí! —Sonrió acercándose a mí, pero cuando me recorrió el cuerpo con la mirada, su sonrisa desapareció.

—Me han mordido —dije. Intenté encogerme de hombros para demostrarle que estaba bien, aunque no pude—. Pero no es para tanto, ¿a que no? —Lo miré fijamente, esperando su confirmación, que dijera que todo iba a ir bien.

—Qué típico —dijo ignorando mi pregunta—. Te dejo sola un día y dejas que te arranquen el brazo.

Estuve a punto de contestarle con un gruñido, pero enseguida se plantó a mi lado. Con un suave movimiento me llevó contra su pecho con cuidado de no apretarme la herida.

—¿Estás bien? —me susurró.

—Me pondré bien. ¿Tú estás bien? —Apoyé la cabeza en su pecho.

—Nunca he estado mejor.

Agradecimientos

Erica, mi increíble y prodigiosa compañera de críticas. Gracias por tus impagable comentarios y por evitarme unos cuantos de vicios literarios. Sin ti, esta historia habría sido muy diferente.

A mi editor, Mickey. Gracias por todo tu apoyo y por lo mucho que has trabajado. ¡Eres una estrella del rock!

Teri, te agradezco enormemente que me hayas ayudado a limpiar el texto de palabrejas que ni siquiera sabía que estaban ahí.

La cubierta original es obra de la gran Ravven. Muchísimas gracias por tus ideas y tu paciencia. Estoy segura de que volveré a trabajar contigo y no me cansaré de recomendarte.

Y por supuesto, a toda la gente que forma parte de «mi vida real». Me habéis animado de forma incondicional desde que confesé que quería autoeditar una novela. Mamá, papá, Casey, Judi, Kylie, Morgan, Kait, Matt, gracias.

Por último, a todos los maravillosos blogueros y críticos que me han transmitido su infinito apoyo. Gracias, gracias, gracias. ¡Estoy muy orgullosa de formar parte de esta fantástica comunidad!

Sobre la autora



Kellie Sheridan tiene raíces irlandesas, pero se crió en Ontario, Canadá. Creció, vivió y estudió en Toronto hasta que cumplió los veinte. Siempre ha estado rodeada de libros y forma parte de la comunidad bloguera leyendo y reseñando novelas. Escribe para la revista *Geek Speak* y trabaja en el departamento de *marketing* de la editorial Brain Lag. A Kellie le encantan los videojuegos, los zombis y todo lo que tenga que ver con Disney.

Generación Z es su primera novela y entre sus próximos proyectos destaca una segunda parte también protagonizada por Savannah.